This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SA 5239.05

HARVARD COLLEGE
LIBRARY

THE GIFT OF

CHARLES HOMER HASKINS

Gurney Professor of History and
Political Science.

SANGRE NUEVA

IMPRESIONES DE UN VIAJE A LA AMERICA DEL SUD

FEDERICO P

SANGRE NUEVA

FEDERICO RAHOLA

SANGRE NUEVA

IMPRESIONES

DE

UN VIAJE Á LA AMÉRICA DEL SUD

BARCELONA
Tipografía "La Académica", de Serra hermanos y Russell
Ronda Universidad, 6; Teléfono 861
1905

SA 5239.05
✓

N

HARVARD COLLEGE
Dec 20, 1926
LIBRARY

Charles H. Hutchins

37115
36

A José Puigdollers Maciá

Sin tu voluntad sugestiva no hubiese llevado á término aquel viaje, que me parece todavía un sueño.

Acepta la dedicatoria de este libro, en agradecimiento de haberme lanzado al otro mundo, del que volví afortunadamente para reiterarte mi cordial afecto.

Federico Rahola

PREFACIO

NADA existe como el mar para templar el cuerpo relajado por la excesiva labor intelectual ó sacudido por intensas emociones. En estos tiempos, en que no podemos sustraernos al apresuramiento de la vida, la presión forzada de la acción y el cúmulo de incesantes impresiones consumen el fluido vital en proporción superior á la reposición normal ó fisiológica. Este es el mal de nuestra época, mal físico que se traduce en pesadumbre moral; agotamiento nervioso que se acompaña de desequilibrio mental y de sufrimiento psicológico. El hombre moderno, en posesión de medios que le erigen en dominador del espacio y de la materia, no pone límites á su actividad y abusa de su emoción,

Hoy, á los treinta años, el hombre ha viajado, ha visto y ha producido mucho más de lo que habían realizado en el campo de la acción cuatro hombres juntos en los tiempos de sus abuelos. Por esta razón, el esfuerzo que ha llevado á cabo, si no equivale al de aquellos cuatro hombres, representa cuando menos el derroche de una energía que nunca se imaginara, aplicada por un solo individuo.

Tenemos en contra nuestra agentes de renovación muy inferiores á los de nuestros antepasados, porque, viviendo en las grandes ciudades con preferencia al campo, carecemos de la fuerza regeneratriz de los aires puros, y luchamos con la potencia destructora de las mortales sofisticaciones. Nos falta oxígeno en la atmósfera y nos sobra química en la alimentación. Sólo así se explican los grandes déficits que soporta la economía humana, obligada á rendir un interés que excede de sus naturales frutos.

El cable transmitiéndonos las penas y dolores que dan la vuelta al mundo; la Bolsa manteniendo en inquietud constante á los más previsores; la prensa dándonos la preocupación diaria de los graves problemas que agitan á las naciones y á los individuos; el gran sentimiento de solidaridad humana, constantemente pregonado por los hechos que extienden los males humanos y ligan los más apartados intereses, bastan y sobran para que vivamos en un ambiente corrosivo, al choque de no interrumpidas sensacio-

nes, pequeño si se quiere, pero que, como la gota de agua, por su labor incesante, acaba por dejar huella en el corazón más endurecido.

Bajo otro aspecto, las exigencias de la vida en todos los órdenes son tan imperiosas y exageradas; el hombre de estudio debe leer tanto si quiere estar al corriente de cuanto se publica dentro de su especialidad; el hombre de negocios viene obligado á trabajar con tal ímpetu para resistir los ruinosos golpes de la competencia; el industrial á velar tan sin sosiego para lograr el valor económico del producto; el artista debe alcanzar un refinamiento tal para producir la emoción estética en las almas distraídas ó fatigadas; en una palabra, la lucha es tan fuerte doquiera, que á todos alcanza y hace mella en todas las energías por vigorosas que sean. Dentro de su esfera, cada hombre es un pródigo que no repara en la fuerza derrochadora que le deja demasiado pronto exhausto de medios.

Para remediar este saldo desfavorable, la generalidad, en vez de acudir al ahorro, echa mano del empréstito. Ahí están los venenos que el hombre descubre, y luego falsifica también, para infundir transitoria energía al organismo agotado; los falsos fluidos vitales que renuevan aparentemente la salud, dando otra vez bríos á la prodigalidad. Ahí están las azules llamaradas del alcohol, las tóxicas dulzuras de la morfina, el forzado sueño del cloral, prestando fu-

gaces alientos al organismo agotado al par que mantienen su nerviosidad consuntiva. Todos somos víctimas, en medio de la fiebre que nos agita, de esa terapéutica moderna que no repara en la eficacia destructora del agente con tal de conseguir el alivio momentáneo ó la reparación pasajera. Tarde ó temprano, todos tocamos los efectos de las bruscas sacudidas y violentas contracciones que se logran á fuerza de excitantes y narcóticos.

Pocos, muy pocos, para salvar el déficit, huyendo del empréstito ruinoso para los pueblos y para los organismos gastados por el despilfarro, saben acudir á la economía y al ahorro, que son los medios naturales de la reposición.

Cuando la neurastenia, que es la dolencia en que se manifiesta el desequilibrio, impone la restauración de la fuerza nerviosa, el reposo absoluto es el remedio más eficaz y el más poderoso reconstituyente.

Muy difícil es, sin embargo, poderlo conseguir por lejos que se vaya de nuestras ciudades. El diario os persigue hasta el rincón más ignorado de una aldea, siendo heroica empresa resistir á la tentación, tan fuerte como para el alcohólico la de una copa de licor al alcance de la mano; la carta y la tarjeta postal os salen al paso; el telégrafo está demasiado próximo para perdonaros el descanso; el cinematógrafo, por añadidura, os presenta la imagen de los sucesos, por dolorosos que sean, ocurridos á enormes

distancias ; todos los estremecimientos de la vida contemporánea llegan á vuestros sentidos para sacudir los nervios y mantener el agotamiento.

Los ingleses, que son gente práctica, han dado en el clavo: un viaje por mar, una travesía larga es la única manera de conseguir para el cuerpo y para el espíritu la abstención que reclama una consunción prolongada. El hombre de negocios que, hostigado sin cesar por el afán de lucro y por el temor del desastre, sufre las consecuencias de la anormalidad nerviosa; el político cansado en el batallar incesante y traidor de la escena parlamentaria; el artista ó el literato que padecen el cansancio de una producción intensa, en pleno mar encontrarán la morfina sana, el alcohol inofensivo, el cloral benéfico.

Todas las preocupaciones poco á poco van desapareciendo. En la larga travesía, sin escalas, la prensa os deja en paz; el correo y el telégrafo no funcionan para vosotros, y el cerebro se somete á la dieta indispensable para recobrar la perdida fortaleza. El espectáculo incomparable del mar, Proteo el más asombroso, os quita las ganas de leer, mientras los ojos, acostumbrados á la perspectiva limitada de las calles y de los salones, ganan en poder tendiendo su mirada al inmenso círculo del horizonte. Los pulmones aspiran el aire purísimo que sólo es dable alcanzar en las enhiestas alturas, sin su-

frir la molestia del cansancio ni del enrarecimiento. Aun el mareo, si os hace su presa, acaba por produciros efectos beneficiosos, sustrayéndoos á todas las preocupaciones morales, templando vuestros nervios y estimulando la sangre. El mismo pavor que infunden los grandes temporales, concentra en el ansia de vivir todas las inquietudes y despierta en el alma el sentimiento enaltecedor de lo sublime.

En aquella tranquilidad inefable que produce el íntimo y permanente coloquio con la naturaleza, de sobras olvidada en el seno de las ciudades, viviendo entre las dos grandes inmensidades, el cielo y el mar, el descanso nos reporta sana acumulación de fuerza. El cerebro renace, y se siente materialmente como se repara el desgaste, de igual modo que se nota la cicatrización de una herida.

Todo esto será posible hasta el día, que ya se acerca, en que la telegrafía sin hilos nos acose implacable en medio de la soledad augusta de los mares. En tanto, aprovechémonos.

Enamorado ferviente del mar, y aquejado por la fatiga de una labor continuada, acepté con fruición la grata coyuntura que se me brindó de realizar un viaje á América, tanto más cuanto que, á la dulce perspectiva del reposo y á los saludables efectos del gran tónico, se juntaba la posibilidad de hacer algo en provecho de mi país, pudiendo así realizar lo que constituye un ideal, el bien propio con el bien colectivo.

Confieso con sinceridad que me producía cierto rubor la idea de no haberme movido del Viejo Mundo á mis años, pensando que, siendo tan pequeño el planeta, no vale el permanecer clavado en un solo sitio, por cariño que uno le tenga á su tierra. Con suma razón se ha dicho y repetido que, así los que escriben para el público como los que intervienen directamente en el gobierno de los pueblos, debieran estar sometidos á un largo viaje obligatorio. Viendo otros países se aprende á conocer y á apreciar el propio, se descubren y juzgan sus defectos, se abren nuevos horizontes á la vista del viajero, que se siente transformado. Las emigraciones políticas, al devolvernos á los hombres rehechos en el suelo extranjero, han marcado siempre un avance. Creo que la emigración económica, la que impulsa á los individuos hacia el bienestar, al devolvernos hombres formados por su propio esfuerzo y que han adquirido temple en el ardor de la lucha, es uno de los medios llamados á cambiar nuestra manera de ser.

Por esto, en América, he admirado el valer de muchos españoles que hubieran sido inútiles ó nocivos en nuestra patria, viéndolos allí convertidos en hombres de provecho, ayudando á la cultura y al progreso de una nación que figurará en la historia de los grandes pueblos. Una vez más el dicho de Gracián se ha confirmado, cuando decía que los españoles trasplantados son mejores.

Durante mi viaje he recobrado la fe en nuestra raza, convenciéndome de que tan sólo procede transformar el ambiente en que actualmente respira para hacer resurgir sus cualidades ingénitas. Aunque resulte paradoja, después de haber visto cómo muchos que aquí fracasaron allí triunfan y prosperan, tengo el convencimiento de que, si fuera posible llevar á todos los españoles lejos de España una temporada, estableciendo la emigración obligatoria, renovaríamos la sangre y transformaríamos el medio.

La emigración, con su reflujo fecundante, puede aportarnos capitales é ideas, medios materiales é iniciativas, que es lo que se requiere para acabar con nuestra pobreza física y nuestra anemia moral.

Al vaciar en este libro mis impresiones de escritor, las notas pintorescas de mi viaje sugeridas por la varia belleza del mar y por la observación de las cosas y de los hombres que he contemplado á mi paso, me he impuesto el deber de la sinceridad.

No he echado en olvido lo que me dijo un argentino ilustre al darme el abrazo de despedida: « Cuando hable usted de nosotros, aun cuando tenga usted que decir algo desagradable, no se detenga, porque estamos necesitados de que se nos diga la verdad. Los que vienen de fuera distinguen á veces cosas que nosotros desde cerca no podemos apreciar. Quien dice la verdad á un amigo, le presta un señalado favor ».

Si algo digo que resulte desagradable á fuerza de sincero, viene compensado por lo mucho que puedo alabar en esos pueblos jóvenes, que he contemplado en la aurora de su futura grandeza.

Capítulo primero

Emigrantes detenidos — En plena mar. — Palpitaciones de América. — Orientales y argentinos. — Diálogos interesantes.

La travesía de Barcelona á Cádiz ha sido como la preparación del viaje. No constituye para mí novedad ni me produce la impresión del alejamiento, porque veo siempre las costas de España y me siento aún en nuestro mar. Todavía no me he dado cuenta de que estoy en marcha para muy lejos.

Al hallarme en el Océano, ante la perspectiva del mar sin límites, es cuando me invade la sensación de la partida y me envuelven las primeras sombras de la ausencia.

Durante los primeros días, la vida nueva de pasajero me ha distraído sin cesar, así como las relaciones en que voy entrando con mis compañeros de viaje, que se van agrupando por di-

versas atracciones, formando núcleos que tendrán muy pronto fisonomía y carácter propios. El instinto social ha vencido en seguida el aislamiento en que se encontraban, al comenzar el viaje, los centenares de pasajeros que van en el « María Cristina ».

A la salida de Cádiz hemos sido testigos de una escena que ha dejado en todos cuantos la hemos presenciado visible pesar. La guardia civil ha practicado una pesquisa á bordo, deteniendo á cuatro mozos gallegos, por carecer del pasaporte y demás documentos que se exigen á los emigrantes que no han prestado el servicio de las armas. Eran cuatro adolescentes, de fisonomía inteligente y expresiva, bronceados por el sol, que no dejaban de sonreir á pesar de la triste situación en que se encontraban.

Un militar que iba á Canarias, se les acercó y, con aire de mofa, les dijo:

—¿Conque para huir de las quintas?

—Tenía tiempo de ir y volver, repuso el más osado con voz resuelta que acusaba voluntad firme.

Cuando aquellos desgraciados, conducidos por la guardia civil, bajaron la escalera, en tanto el vapor señalaba con sus silbidos la próxima partida, me alejé de la orla para no verlos. Fijándome en que no exhalaban ni una queja, adiviné en ellos un temperamento viril, comprendiendo que regresaban á tierra sin renunciar á su decidido propósito de emigrar.

Es un gran error, pensé, el de privar al hombre que no puede vivir en su patria la salida en busca del bienestar, so pretexto de que no ha cumplido con sus deberes de ciudadano. Aquel hombre que aquí nada vale, que constituye una carga por lo mismo que viene á aumentar la miseria nacional, en lejanos países se transforma, adquiere valor é influye con su prosperidad en la riqueza de España, enviándole parte de sus ahorros y fomentando el consumo de los artículos nacionales, propagando en su patria adoptiva nuestros gustos y costumbres.

En nombre de ese patriotismo que sirve para detenerlos, dejad que se vayan, puesto que, al poner los pies en la cubierta, sueñan ya con el regreso. En una nación donde se practica el sistema de quintas, no es lícito privar al hombre de que vaya donde quiera á ganar el dinero que le servirá para redimirse. Muchísimo más aprovechará á España con su labor fecunda de emigrante que con su vida pasiva de soldado.

Por esto con razón contestaba uno de ellos al militar que le increpó: «Tengo tiempo de ir y volver».

En buen hora el Estado le proteja y no le abandone á donde quiera que se dirija, pero no se le cierre el paso. La tiranía más odiosa es la que condena al individuo á permanecer en un sitio donde no tiene asegurados su existencia ni su trabajo. Dejad que se vaya para que regrese más tarde; se va pobre é ignorante para

volver rico y útil, aleccionado en la lucha implacable que hay que sostener para sobresalir allí donde tantos y varios pugnan.

8 septiembre 190

Estamos en plena mar: la inmensidad nos rodea. Nos encontramos en el centro de una circunferencia líquida de quince millas de radio. Ni un ave ni una vela ni el humo de un vapor vienen á atenuar la penetrante sensación de aislamiento que experimentamos.

Al anochecer hemos encontrado la mar de fondo que suele reinar en estas latitudes. El grandioso buque se balancea como una cuna movida por manos nerviosas. Los que hasta ahora habían resistido el mareo, sucumben al pálido enemigo. La mesa queda desierta de señoras.

En el camarote, las olas que pasan lamiendo la claraboya dan aires de temporal al tiempo, ayudadas por el ruido aparatoso de algunos platos y cristales que, derribados por el balanceo, se hacen añicos.

Al levantarme, con reinar el mismo tiempo, veo que nada tiene de anormal y me convenzo de que, por ser los primeros bandazos serios, la impresión ha resultado exagerada. Ya nos iremos acostumbrando: esto ha servido para iniciarnos en los temporales que tal vez sobrevengan durante el viaje.

Anoche asistimos á una discusión muy interesante sostenida en tono joco-serio por dos argentinos y un oriental. Se han dicho perrerías sin enfadarse lo más mínimo.

El oriental, joven simpático y buen mozo, resulta un romántico de tomo y lomo. Al preguntarle si se dedicaba al comercio, contestóme que nada de eso, que se consagraba al periodismo, á los viajes, á la oratoria y, cuando llegaba el caso, á la revolución. Había permanecido tres años en Italia, saturándose de arte, y regresaba á su país, reclamado por sus compromisos políticos, en vísperas de la revolución que se preparaba con motivo de las próximas elecciones.

Según nos manifestó, existen en el Uruguay dos partidos, el blanco y el colorado, que no se distinguen por ideas fundamentales, siendo el caballo de batalla la pureza del sufragio.

Los argentinos eran dos jóvenes plutócratas, con aire decrépito, hijos de estancieros que van á Europa todos los años á consumir alegremente sus rentas, más cuidadosos del cuerpo que del espíritu.

Para dar idea de la cosa, vamos á transcribir el diálogo que se entabló entre ellos.

Argentino. — Usted causa un daño inmenso á patria alimentando el espíritu revolucionario. ı esas revoluciones continuas, el Uruguay fuerico y próspero, mientras ahora huyen de él emigrantes, y muchos de sus naturales emi-

gran á la Argentina en busca de la seguridad que en su país no tienen.

Oriental. — No soy partidario sistemático de la revolución, pero creo que se debe acudir á la fuerza para evitar los abusos del Poder. Somos treinta mil hombres armados, dispuestos á impedir las tropelías y arbitrariedades de los gobernantes. A ustedes les tiene esto sin cuidado, con la sola preocupación del dinero. Miran sin pena como se está sajonizando la Argentina, en tanto que nosotros conservamos las cualidades y la altivez de los españoles.

A. — Mi amigo, déjese de sonseras; la cuestión es trabajar y hacer dinero.

O. — Pero si ustedes no trabajan; en la Argentina no trabajan más que los emigrantes.

A. — Es verdad que los hijos del país no son más que estancieros y ganaderos. Por esto deseamos la paz y una política que atraiga la emigración europea, encargada de transfigurar nuestro suelo.

O. — Pues yo no la ansío para mi patria la emigración, por lo mismo que no quiero que perdamos el carácter nacional.

A. — Nosotros no creemos en la Historia; los que figuran como grandes hombres y héroes de nuestras nacionalidades, fueron simples aventureros, de los cuales no nos envaneceríamos si los hubiésemos conocido tal cual fueron. Déjese de tradiciones y de historias; la mejor política consiste, gobierne quien quiera, llámese Pe-

dro, Juan ó Diego, en que se deje al pueblo trabajar y enriquecerse.

O. — Pues yo no paso por esto, que supone una transacción con las dilapidaciones de los gobernantes. No comprendo como puede ir un personaje en comisión á Europa para pagar el importe de un buque de guerra, jugarse en Monte Carlo el dinero que le ha sido entregado y, al regresar á su patria, en vez de meterlo en la cárcel, nombrarle Senador.

A. — Esto son detalles que nada significan en las épocas en que se realizan grandes obras públicas y se introducen progresos de importancia. Sea como fuere, en los tiempos de Juárez Celmán, es cuando más progresó la República Argentina.

O. — No me convenzo, y continúo prefiriendo á todo la dignidad de los pueblos que guarda relación con la dignidad de los gobernantes. Así como hay hombres ricos que son miserables y abyectos, lo mismo pasa con las naciones, por más que naden en la abundancia. De todas suertes, nosotros tenemos el patrón de oro, á pesar de nuestras locuras, y en la Argentina hay cuarenta mil hombres que se mueren de hambre en las ciudades.

A. — Es cierto, pero ello se debe á que no quieren trabajar en el campo, donde yacen muchas veces las cosechas abandonadas por falta de brazos. Sin embargo, si continuamos exportando como el año pasado, en que entraron en

la República setecientos millones de francos, iremos lentamente á la mejora de nuestro cambio, que, si bajaba bruscamente, fuera nuestra ruina.

En el anterior diálogo, percibía las palpitaciones de otro mundo y me parecía distinguir en sus discordancias la manera característica de dos pueblos.

Capítulo II

La tierra se acerca. — Nuevos diálogos americanos. — Llegada á Tenerife. — Excursión á la Laguna. — Impresiones de la Isla en las sombras. — Descenso. — Recuerdos de la guerra hispano-americana.—España en Canarias.

9 septiembre

os vamos acercando á tierra. A las ocho he visto una gaviota solitaria que iba rozando las olas, en dirección contraria al vapor.

Anoche el oriental y el argentino entablaron nueva discusión á propósito del arte. En el salón se improvisó un concierto de piano, y ello fué motivo de que se hablara de música y de la emoción intensa que produce en el alma.

A. — Confieso á usted que soy refractario á la música.

O. — En cambio yo le declaro que me domina, al extremo de hacerme derramar lágrimas, causándome un goce íntimo é inefable.

A. — ¿Qué quiere usted que le diga? Cuando oy al teatro, no me explico nunca porque llo-

ran los que tengo á mi lado sobrecogidos por la representación de un drama. Jamás pierdo de vista que aquello es una simple ficción, y, por lo mismo, no me conmueve. En cuanto á la música, nada me dice, tal vez á causa de mi falta de cultura.

O. — Para mí el arte es el fin supremo de la vida y la superior forma de la belleza.

A. — Sí, ya recuerdo que me tuvo usted una hora en Cádiz viendo el último cuadro de Murillo. Muy lindo, señor, muy lindo; pero, en verdad, no comprendo su entusiasmo.

O. — De fijo lo comprendería usted si se tratase de una letra de un millón de esterlinas.

A. — Natural, señor. Si á mí me dijeran: «¿qué es lo que usted prefiere, un cuadro de Murillo ó cincuenta mil francos?» me quedara con estos últimos. No se crea; también tengo cuadros en mi casa, sencillamente porque me dijeron que debía tenerlos y gasté unos miles de pesos, por más que no veo yo que los valgan. Poseía la cabeza de un Santo, con unos nardos ó flores que salían del cuadro, y me dijo un amigo: «Esto es una joya». Pues bien, lléveselo, le contesté, y salió más contento que unas pascuas.

O. — Sin el arte no nos diferenciaríamos de los irracionales.

A. — El dinero es lo que distingue á los hombres de los brutos. El arte es un complemento de la riqueza, que pueden permitirse los ricos, como el juego. Con el dinero se hace todo, y,

si conviene el arte, se tiene. Lo que necesitamos ahora son trabajadores y no poetas, mecánicos y no músicos, gente que invente y que nos proporcione comodidades.

O. — Los artistas son los que más impulsan el adelanto de los pueblos. Se anticipan á los inventores, y nos proporcionan las mayores satisfacciones de la vida.

A. — No lo crea, señor; es cien veces preferible este vapor con luz eléctrica y buenos maquinistas, que un buque de vela lleno de poetas y adornado con cuadros de Murillo.

O. — Me doy por vencido y me resigno á formar parte de la piara de Epicuro.

En esto se levantó el oriental, y salió á la cubierta, con aire de escandalizado, para contemplar el mar, buscando en su grandiosa belleza consuelo á sus creencias estéticas profanadas.

Entonces el argentino comenzó á discurrir acerca de la utilidad social del hombre y señaló como ideal la aspiración á gastar íntegras las rentas sin clavarle la uña al capital. El hombre que esto hace, asegura el empleo anual de su renta para los trabajadores. « Yo no sirvo más que para realizar esta utilidad, nos decía, para gastar todos los frutos de mi capital, y, haciéndolo, presto un gran servicio á los que producen algo, aumentando el consumo. Los trabajadores requieren consumidores; pues bien, yo consumo hasta el límite máximo á que tiene derecho el hombre ».

9 septiembre

Creíamos llegar á Tenerife á las cuatro de la tarde. A las tres subo al puente y no distingo aún la más leve sombra de tierra. A las cuatro el oficial me señala, entre la calima, la mancha de las montañas, pero nada logro distinguir. Más tarde, entre las nubes, ha aparecido la silueta borrosa del Pico de Teyde que se ha sumergido en seguida en la niebla.

Próximamente á las cinco, de improviso, entre la calígine ha surgido la recortada costa del extremo occidental de la Isla, y muy cerca se ha proyectado en la cortina brumosa la forma cónica de un islote. Estábamos materialmente encima de la costa.

Al poco rato descubrimos claramente la cima majestuosa del Pico de Teyde y con relieve fueron pronunciándose las montañas, elevadas, abruptas, caprichosamente recortadas, restos quizás de la cordillera enorme que atravesaba la fabulosa Atlántida.

A medida que la luz decrece aumenta la obscuridad de la masa montañosa. Entre sus negruras se destacan picos y cumbres que pregonan la existencia de valles profundos y risueños; junto al mar se vislumbran pueblecillos blancos en barrancos desnudos que dejan adivinar fecunda vegetación en sus honduras. Pasan á nuestro lado los botes de los pescadores, y á lo lejos brillan las luces de Tenerife.

Hemos llegado ya. Apenas fondeados suben las autoridades y los representantes de las Corporaciones, lamentando nosotros el retraso que les ha tenido en espera toda la tarde. Se hacen las presentaciones de rúbrica y se cruzan frases sinceramente afectuosas.

El Capitán, que habla poco, pero á tiempo, nos da permiso para estar en tierra hasta las dos de la madrugada. Nuestros acompañantes nos proponen ir á la Laguna, puesto que en Santa Cruz no queda nadie en este tiempo, y aceptamos con gusto la invitación.

La enorme masa de montañas, requemadas, imponentes, llenas de misterio entre las sombras atrae nuestra mirada y nos domina como una idea obsesionante. Llegamos al muelle semi á obscuras, y recorrimos parte de la ciudad, deteniéndonos en la morada del Cónsul argentino, D. Antonio Escriña, quien nos ofrece una copa de champaña. Las gentiles hijas del Cónsul nos invitan á firmar unas postales, las primeras de la serie interminable que nos aguardaba.

Subimos luego en un tranvía especial y emprendemos la ascensión á la Laguna (560 metros sobre el nivel del mar). Al llegar á cierta altura abarcamos el mar, salpicado de luces, y suavemente argentado por los rayos de la luna naciente. El « María Cristina » se distingue allá, en lontananza, como una minúscula luciérnaga.

El paisaje se entrevé más con la imaginación que con los ojos; cabe el camino se adivinan los

terrenos cultivados, surgiendo como fantasmas las chumberas y las palmas. A poca distancia los barrancos muestran sus simas obscuras, y con el resplandor de la luna se acercan las cumbres iluminadas de los montes.

A las diez estamos en la Laguna; todo el mundo duerme, exceptuando la gente del Hotel, donde nos tienen preparado un banquete. En el patio, lleno de plantas y flores sub-tropicales, un corro de ingleses é inglesas conversan en voz baja, sin fijarse en nosotros, pese á las lucientes chisteras de nuestros acompañantes.

A la una de la noche volvemos á tomar el tranvía para el descenso. La temperatura no puede ser más deliciosa, recordando esas noches agradables de los valles pirenaicos. Con la mirada quisiera penetrar en el horizonte para distinguir las bellezas de Orotava, ese Paraíso terrenal, donde encuentran alivio los dolientes y satisfacción los grandes aburridos de la tierra, ese Paraíso de los ingleses animado por los plátanos y las libras esterlinas.

¡Qué encanto el de este país maravilloso! En pocas horas, dentro de breve espacio, puede uno trasladarse á la estación del año que quiera, desde la cálida Santa Cruz y la otoñal Laguna al templado y primaveral valle de la Orotava y á las nieves eternas del Teyde.

En treinta minutos llegamos á la orilla del mar; íbamos disparados, turbando el silencio de la noche y la soledad de la campiña.

Una vez en el puerto, á la luz de la luna, contemplamos de nuevo la muralla gigantesca de montañas, con sus picos como almenas, áridas y sombrías, testimonio de las grandes conmociones volcánicas. Nadie adivinaría entre aquellos muros calcinados, despojados de vegetación, la esplendidez lujuriosa de los valles interiores. Diríase que imitan al palacio árabe, que toda su hermosura y esplendor los concentra en sus entrañas, ofreciendo á la vista un exterior severo y desprovisto de adornos.

Nuestros compañeros nos contaron cosas curiosas del triste período de la guerra hispanoamericana. El Capitán General obligaba á apagar todas las luces y prohibía severamente, conminando al infractor con duros castigos, tener los postigos abiertos si en la casa había luz encendida. En cambio, nada había prevenido para la defensa de la población. Se subieron con grandísima pena unos viejos morteros á la cumbre, y desde allí se hicieron pruebas que dieron un resultado ridículo, pues no alcanzaron los proyectiles más allá del puerto.

En medio de las amarguras de aquellos días, nos dijeron, estábamos tranquilos, pues teníamos la seguridad de que no vendrían aquí los yankees, no por nuestros cañones inofensivos, sino por el veto de sus sobrinos los ingleses.

Dos manifestaciones sorprendimos, manifestándose con fuerza: la de los plátanos y la del agua, ó, por mejor decir, una sola, la de los plá-

tanos, que constituye la principal riqueza de la Isla. Como se necesita agua para el cultivo de los plátanos y llueve poco, se construyen en todas partes charcas que recogen las aguas pluviales, y depósitos que detienen las que se pierden por filtración. El terreno es pródigo y fecundo, abonado por los residuos de la acción volcánica; pide tan sólo agua para dar fruto con cualquier semilla. Los terrenos que hace pocos años se vendían á uno, hoy se arriendan á diez, gracias al cultivo intensivo que los ha trocado de yermos en manantiales de rica producción.

Desde Santa Cruz parte el cable con la Península y el cable con el Senegal, que son como nervios que ligan este país al Africa y á Europa. Esto sólo da idea de su situación privilegiada entre tres continentes.

No en vano lo codician los ingleses, que de momento lo usufructúan. Por más que en todos lados se ven letreros ingleses, que el puerto está invadido de vapores británicos, que Inglaterra es la principal consumidora de sus plátanos, y que se calcula en 500 ingleses los que residen habitualmente en las casas y hoteles de la Isla, nuestra primera impresión fué la de que alienta en los habitantes un gran sentimiento patrio. Lamentan apenados el abandono en que se tiene á la Isla, la escasa importancia que para ellos tiene el mercado peninsular; pero no quieren bien á los ingleses, aun cuando adoran la libra esterlina.

La población es de buenas costumbres, de modo que hasta ahora había existido plena seguridad en el campo y escasa criminalidad en todas partes. Desde la pérdida de las colonias, se ha establecido aquí gente maleante que regresó de Ultramar, y este núcleo pernicioso aumenta á causa de los prófugos y castigados que, por un error inconcebible, vienen destinados á la guarnición de Tenerife. En esto procede tener sumo tacto, no convirtiendo lo que debiera ser un sitio de preferencia y distinción en lugar de destierro ó de castigo.

Estos insulares lamentan con razón el desconocimiento que hay en la Península de sus necesidades, el escaso consumo que se hace de sus artículos y el poco cuidado que se pone en la elección de los empleados. Actualmente están de suerte, pues su Gobernador se ha identificado con las aspiraciones del país y siente el peligro que le amaga, tal vez porque nació en Cuba y le duele aún la herida que recibió su corazón patriota al verificarse la dolorosa mutilación.

A las tres de la madrugada levamos anclas, dejando aquel puerto donde tanto queda por hacer, y dirigimos nuestra última mirada al Pico de Teyde, que es como el gran eslabón que sobresale de la cadena misteriosa que enlaza bajo las aguas el Viejo Mundo con el Nuevo.

Capítulo III

Hacia los trópicos. — Efectos psicológicos del aislamiento de los emigrantes. — Conversaciones de sobremesa. — La misa del domingo. — El paso del «Satrústegui».

9 y 10 de septiembre

Después de Tenerife hemos encontrado buen tiempo. La vida de á bordo ha adquirido su normalidad, dejándose ver en la cubierta rostros nuevos que mantenía ocultos el mareo.

El azul del mar palidece y, á medida que nos internamos en el Océano, el agua se tiñe de verdes matices.

Me he dedicado á observar el efecto que produce en el ánimo de los que me rodean ese apartamiento en que nos hallamos del mundo, solos en la inmensidad de las aguas insondables.

Por lo que á mí toca, noto que concentro más mi atención en las interioridades del vapor, en los detalles de la vida del pasaje, en los accidentes del pequeño mundo que me circunda. Viendo

desde el puente el círculo infinito que nos aprisiona, del cual parece que estemos condenados á ser el centro, siento vaga angustia al pensar que no podemos fiar más que en nosotros mismos. Con la silueta variable de la costa ha desaparecido la perspectiva consoladora del auxilio ajeno.

Los pasajeros que, apoyados en la orla, contemplaban antes con avidez la tierra que discurría ante los ojos como película de cinematógrafo, me he fijado en que ahora apenas miran el mar, sintiendo quizás el peso de su tiranía. Todo el pasaje adolece de un ansia forzada de divertirse, hostigado por tristeza inconsciente.

Los emigrantes cantan y bailan desesperadamente. La gallegada tiene un público numeroso; los pasajeros de primera se asoman á la baranda para presenciar el regocijo forzado de una pareja que baila la jota. Un par de catalanes, con gran seriedad, no se cansan de dar palmaditas acompañando los movimientos libidinosos de un andaluz con aires de torero, que gargariza una canción, bailando flamenco.

Los argentinos se duelen de que los de tercera se diviertan más que nosotros. ¡Infelices! ¿Cómo pueden divertirse los que abandonan su tierra y tienen por inmediata perspectiva la estancia en el Hotel de Inmigrantes y la amenaza de lo desconocido?

Aquello no es diversión; es excitación nerviosa,

afán de distraerse del aprisionamiento en que nos tiene el mar y de la atroz monotonía del horizonte.

Al contemplar la inconmensurable planicie, todos, como yo, apuran la pesadumbre de lo inacabable. Hoy, mañana y muchos días más, siempre lo mismo, sin nada que nos obligue á torcer el rumbo en este desierto líquido, en cuyo horizonte las olas ondulan suavemente como las estepas en los grandes desiertos.

En medio de este absoluto aislamiento, me acuerdo de los seres queridos que he dejado en tierra, de los cuales nada sabré hasta mi llegada á América.

Con los residentes en la Argentina hemos discurrido hoy acerca del valor de los emigrantes españoles. Los que prestan mayores servicios son los vascos, quienes se consagran especialmente á la ganadería. Con su labor é inteligencia han ayudado muchísimo al refinamiento de las razas lanar y bovina. Se distinguen por su honradez, implicando el simple nombre de vasco una recomendación para ser admitido en cualquier estancia. Por excepción, el vasco que resulta malo deja atrás á los peores emigrantes.

Según parece, las hijas de vasco y argentina resaltan por su belleza.

Los gallegos desempeñan cargos de confianza: porteros, serenos, vigilantes en las estancias. Sirven generalmente para todo lo indefinido y so-

bresalen por su fidelidad y por el empeño tenaz con que cumplen la consigna.

Los catalanes no suelen ir al campo, empleándose en los oficios, en el comercio y en la industria.

El andaluz y el valenciano, por regla general, no resultan ni son apreciados, por su falta de apego al trabajo y por su tendencia al jolgorio. Los compadritos de Buenos Aires vienen á ser una mezcla de gaucho y chulo, aficionados á la navaja, pendencieros y cultivadores de la juerga, que se conoce allí con el nombre de *farra*.

Estas son impresiones recogidas en conversación superficial, que aquilataré con mis propias observaciones.

12 septiembre

Hay que hacer un gran esfuerzo para precisar el día y la fecha en que vivimos.

Los pasajeros van y vienen sin objeto fijo, cansados de la lentitud con que transcurren las horas.

El tiempo es magnífico y comienza á apretar el calor. Los peces voladores, que levanta á bandadas el tajamar, quebrantan la monotonía de la líquida superficie, revelando como chispas de una hoguera la gran vida submarina, agitada por luchas crueles y combates sin interrupción.

La lejana tierra nos ha enviado hoy dos gaiotas que me han parecido alegres mensajeras el Nuevo Continente,

Estamos próximos á Cabo Verde y antes de la noche quizás nos encontraremos con el « Satrústegui ».

De sobremesa hemos departido acerca del resurgimiento de las antiguas nacionalidades, y especialmente sobre si el renacimiento de los idiomas regionales constituía un atraso ó un adelanto.

Un joven español, que va á desempeñar un Consulado de América, atribuía al sentimiento particularista la decadencia de España.

—No concibo, exclamaba, esa extraña manía que se ha apoderado de algunos vascos que quieren galvanizar un idioma muerto. Sabiendo inglés voy á todas partes; el saber vasco de nada me sirve.

—No lo crea, interrumpió el Capitán violentando su sobriedad de palabra; sepa usted vasco y en la Pampa Argentina y en las Cuchillas del Uruguay encontrará quien le entienda y le considere.

—Inglaterra, que es la que da la pauta á todas las nacionalidades, repuso el Cónsul, ha implantado doquiera su idioma. El gaélico y el escocés han desaparecido con los típicos trajes del país de Gales y del Highland.

Mi compañero Zulueta observó oportunamente:

—Yo creo que con el progreso de los pueblos no perecen los idiomas regionales, que reflejan la diferenciación dentro de un mismo Estado,

Lo que sucede es que, además del idioma familiar é íntimo, se poseen dos ó más idiomas para la vida de relación y para los viajes.

El Cónsul. — En Londres circulan todos los días cinco millones de personas, el mayor movimiento humano que se conoce, y se entienden con un solo idioma.

*** — Al contrario, entre esos cinco millones se hablan todos los idiomas de la tierra, pues será difícil que no esté representado en aquel enorme núcleo humano ninguno de los idiomas ó dialectos del planeta. Lo que debiera resultar una Babel, es un conjunto armónico en el que se concilia el uso del medio de expresión ingénito con el medio de expresión adquirido.

La inferioridad de nuestros empleados en Filipinas comparados con los holandeses de Java, deriva de que éstos van allí conociendo los idiomas que se hablan en sus colonias, mientras nosotros íbamos ignorantes de ese medio de predominio, empeñados en que los indígenas nos hablasen en castellano.

Tuve que hacer hincapié para convencerle de que el Provenzal era un idioma vivo, porfiado en sostener que á Mistral no le entendían más que los literatos y los filólogos.

13 septiembre

A media noche, cuando nos acostamos, crasos nubarrones cerraban el horizonte, cuya negrura

acentuaba el resplandor de la luna, que brillaba encima, plateando las olas.

A la madrugada nos despertó el resplandor vivísimo de los relámpagos y el seco estallido de los truenos. Poco después, una lluvia torrencial barría la cubierta y el vapor tomaba súbito balanceo.

A no tardar, cesó la lluvia y los resplandores del astro nocturno se difundieron de nuevo por el espacio, recobrando entonces el buque su estabilidad.

Se habían iniciado los chubascos de la línea.

A las ocho y media se ha rezado una misa en un altar improvisado en la galería del salón, que tenía por fondo la bandera española. Los pasajeros de tercera han tenido acceso al recinto de primera, que les está prohibido, oyendo la misa desde los pasillos, asomados á los grandes ventanales del salón. Serían unos trescientos, la mayor parte gallegos y vascos; rezaban con gran devoción, descubriéndose en su mirada ansiosa é implorante que sus oraciones se ligaban estrechamente á los temores de su porvenir.

—¿A dónde vas, rapaciño? preguntéle á un chicuelo gallego. —A América, para ganar dinero.—¿No piensas en volver á España? —Cuando haya ganado dinero, respondió sin vacilar.

Seguramente que todos ellos rogaban al Señor que les permitiese regresar pronto á su tierra, ricos. Ibanse á la conquista del bienestar para

disfrutarlo en la vieja casa solariega, sin sospechar que sus hijos tal vez labrarían su propio hogar en la nueva patria.

Cuando se estaba terminando la misa, un compañero me ha dicho que teníamos el « Satrústegui » á la vista.

He subido al puente y á corta distancia se divisaba el esperado vapor, saludándonos con sus banderas multicolores y alegrándonos con su humareda voladora.

Los pasajeros se han agrupado á babor con febril ansiedad, en tanto se acercaba aceleradamente entre espumas el otro buque, pareciendo que nos venía encima. Derivó un poco y, al pasar por nuestro lado, las sirenas han sonado vibrantes como voces amigas que cambian sus afectos al cruzarse dos trenes, y un estremecimiento nervioso ha circulado como una ráfaga de proa á popa, alcanzando á todos los corazones.

Del vapor que huía, atestado de pasajeros que agitaban frenéticamente sus pañuelos, correspondiendo á nuestros saludos no menos efusivos, escapaban adioses intensos, gritos y palabras ardientes de cariño que han llenado el espacio confundiéndose con nuestros gritos y exclamaciones en que iba toda el alma.

El vapor ha adquirido en aquellos momentos a apariencia de un ser viviente que rompía nuestro aislamiento de tantos días con su amoroso estruendo. ¡Vaya un espectáculo emocio-

nante! Materialmente se percibían las dos misteriosas corrientes de afecto cambiadas entre los dos vapores, la comunicación penetrante entre personas desconocidas que se veían pasar sin distinguirse el rostro, pero que se encontraban en la imponente soledad del Océano y trocaban sus augurios al par que se sentían hondamente conmovidos por las mismas olas de tristezas y esperanzas que envolvían á ambos buques. He sentido un nudo en la garganta y las lágrimas han humedecido mis ojos. A mi lado muchos lloraban.

El « Satrústegui » estaba ya lejos, y creía escuchar aún el inmenso clamor de aquel breve mundo que respondía al clamor del nuestro, vibrando todavía en el aire el concierto de exclamaciones y gritos que constituía el latido unísono de más de mil corazones.

En ambos vapores iban seres que regresaban á la patria, y tristes que la abandonaban; en ambas cubiertas se amontonaban los que iban y los que volvían. Los argentinos y orientales que viajaban en el « Satrústegui », al alejarse de su hogar, nos hacían mensajeros de sus afectos y de sus recuerdos, mientras nosotros les confiábamos el pensamiento de nuestra mente y los efluvios de nuestro cariño á los que habíamos dejado.

Quedaba rota la incomunicación con el mundo. El « Satrústegui » telegrafió que no tenía novedad y que llevaba la Compañía de Opera que

había actuado en Buenos Aires; nosotros le habíamos dicho que llevábamos buen viaje para que lo telegrafiase á Cádiz desde las Palmas.

Eran las nueve y media de la mañana, á los 12º de latitud, 18º longitud Oeste del meridiano de San Fernando.

Capítulo IV

Hacia la línea. — La zona de la igualdad. — Un polisón en la barra. — El dios Jano de los trópicos. — Adiós á la Estrella Polar. — El paso de la línea. — Excursión nocturna de proa á popa.— Un emigrante.

14 septiembre

L cabeceo del vapor, á causa de la fuerte marejada de proa, ha hecho experimentar el mareo á muchos pasajeros que hasta ahora se habían librado del enemigo.

El día transcurre lánguido y monótono. Nada altera la opresión de la implacable circunferencia.

Se transparenta en los rostros la fatiga del viaje y la pesadumbre de la reclusión sin evasiva posible. El aire tibio y los vapores enervantes que saturan la atmósfera invitan á la pereza y á la soñolencia.

Mirando á distancia, se distingue la corriente impetuosa del mar como un río inmenso que tuviese su corriente hacia el Norte. Su marcada

resistencia influye en la marcha del vapor, que en la última singladura ha recorrido tan sólo 315 millas.

Entramos en la zona de la igualdad; el sol sale á las seis para ponerse á igual hora; la luz y la sombra se reparten el día; las brisas y la temperatura son constantes, uniformando las estaciones.

En estos mares los buques de vela se eternizan y tienen que aprovechar, á veces, para salir de este limbo, el viento pasajero de un chubasco.

Al caer de la tarde blanqueaba á lo lejos un velero que el oficial de guardia presumió que era un tasajero catalán, uno de los pocos que se dedican á este negocio que antes sustentaba más de sesenta buques. Entrada la noche, pasó á estribor un brik-barca á toda vela que dibujó un momento su airosa silueta en el cielo luminoso, reflejando su farol rojo en las aguas tranquilas.

15 septiembre

Ha cesado el temido cabeceo y la animación renace á bordo. A mediodía, con el sol completamente vertical, nuestros cuerpos no proyectaban sombra alguna. Estábamos á los dos grados cuarenta minutos de la línea equinoccial y el termómetro señalaba en la toldilla 25º centígrados.

La ardiente línea, con el viento fresco del Sud, nos daba un agradable desengaño. Bromeando

decía yo á mis compañeros que fuera negocio constituir una Sociedad anónima para exportar el fresco sobrante de los trópicos á los veranos achicharrantes de Madrid.

Estaba en el puente y han llegado á mí voces lastimeras. Precipitéme para enterarme de lo que ocurría y ví á un hombre medio desnudo, agitándose convulso y gritando desaforado, sujeto por cuatro marineros. El Oficial de guardia nos ha dicho que se trataba de un loco.

Según parece, en Tenerife dicho individuo con otros dos, uno italiano y otro español, se colaron en el buque por las carboneras. Al encontrarnos fuera de dicho puerto se descubrió su presencia, y el Capitán dispuso que se les dejase en libertad hasta llegar al primer puerto, donde serían entregados á la policía. Esto ocurre con frecuencia en los buques de mucho pasaje, y esos pasajeros clandestinos se conocen con el nombre de polisones.

El sujeto de marras se insolentó ya el otro día con el contramaestre y ha sostenido hoy una disputa con su compañero italiano, amagándole una cuchillada. . Al ser desarmado, echó á correr, y, viéndose alcanzado, tendióse en la toldilla, resistiéndose á moverse, á pesar de las buenas palabras del oficial. Por ello ha sido necesario acudir á la fuerza y, al sentirse arrastrado por los marineros, halos acometido á coces y, cuando no ha podido más, á mordiscos, trocado en una fiera. Entre los pasajeros se

ha producido un movimiento de huída al desfilar tan lúgubre cortejo, pues su actitud furiosa y sus gritos descompasados infundían miedo.

Encerrado en el sollado y puesto en la barra, así permanecerá el infeliz hasta Montevideo, loco, desalmado ó alcohólico, para seguridad propia y de los demás pasajeros. Su situación causa pena, pero cualquiera comprende que hay que acudir á tan duros extremos en trances parecidos, en aras de la disciplina que debe reinar en el buque, donde la intensidad de la vida social exige mayor rigor con los excesos individuales, por implicar mayor peligro. Nunca como en un barco se impone el sacrificio del individuo en bien de la colectividad.

Anoche la estrella polar tocaba ya los lindes del horizonte. Contempléla con avidez, con la seguridad de que hoy no la veríamos ya, recordando que, desde que nací, como un astro familiar ha brillado sobre mi cabeza.

Esta noche surgirá ante mis ojos por vez primera la Cruz del Sud, que con sus resplandores atrae las miradas y marca el cielo del otro hemisferio.

16 septiembre

A las dos de la noche hemos pasado la línea. Algunas bromas en proyecto, con que querían bautizar á los neófitos, no se realizaron porque el mareo jugó una mala pasada á los bromistas.

El crepúsculo vespertino fué tan espléndido

como breve. Un vivísimo resplandor anaranjado se produjo en el ocaso flotando como neblina luminosa, penetrando en el mar con reflejos sangrientos.

Al hacerse noche fuí á la popa para contemplar las fosforescencias inquietas de la estela que labraba el vapor entre las olas, viendo acá y acullá agitarse manchas luminosas que rompían la obscuridad de la líquida superficie.

Reinaba á bordo placidez suma. Unas alegres castañuelas repiqueteaban bajo cubierta, congregando á su alrededor una serie de devotos que entonaban los aires melancólicos de la gallegada. Crucé la pasarela, y desde el fondo, hacia la proa, llegaron á mi oído las suaves notas de una bandurria que alguien pulsaba en la obscuridad del sollado. Más allá, las eternas palmaditas, monótonas, tenaces, azuzaban el zapateado del torero de marras. Toda esta serie de ruidos salían de las sombras, compenetrándose en el misterio de la noche. En mi paseo nocturno de popa á proa iba salvando los cuerpos tendidos en la cubierta, muchos con los ojos abiertos hacia el cielo, en actitud soñadora.

Al acostarme, soplaba fresca brisa del sudeste que hacía cabecear el buque, dando al traste con el bautizo de los neófitos.

Cuando desperté daba el vapor buenos tumbos, chocando las olas contra el ventanillo del camarote. Al salir á la cubierta ofrecióme el mar un hermoso espectáculo. Espesas nieblas cu-

brían el cielo, apareciendo el mar de color de plomo. Cuando las nieblas se descorrían, mostraba el agua un tono azul obscuro tiznado por la sombra de las nubecillas que corrían impetuosas, en direcciones encontradas.

Las olas embestían al vapor de costado y, al chocar con las que levantaba la proa, se encrespaban arrojando al aire una nube de polvo cristalino que, al deshacerse, se iluminaba con los colores del iris. La espuma ocupaba el lugar de las olas que se destrozaban con el choque, labrando blondas caprichosas que, al través de su blancura, dejaban entrever círculos verdes de esmeralda. A menudo se encaramaban las olas, rociando la cubierta.

Los pulmones respiraban con delicia. Un aire penetrante y saturado de sales excitaba el paladar y estimulaba la sangre. Me sentía sumergido en una atmósfera sana y vivificante.

Hemos vuelto la cara al buen tiempo; comenzamos á percibir los efluvios de la primavera que se acerca.

La zona tórrida, entre ambos hemisferios, es como el dios Jano con sus dos caras contrapuestas. Con una contempla á la primavera, impulsando su aliento á las flores; con la otra mira al otoño, arrancando su soplo las hojas; á un lado sonríe á la luz que crece y á los nidos que cuelgan; al otro percibe tristemente la sombra que avanza y las golondrinas que emigran.

Anoche vi en la cubierta á un anciano de ele-

vada estatura, con blanca y luenga barba. Por uno de mis compañeros supe que era un español, del Norte. Empleado de Hacienda, no aviniéndose á la vida oficinesca, emigró á la Argentina. A su llegada, tuvo que emplearse en lo que pudo, y fué pastor en la Pampa. Hombre inteligente, se hizo práctico en ganadería y pronto logró establecerse por su cuenta. Hoy tiene una estancia que representa una regular fortuna. Después de 30 años de residencia en la Argentina, donde constituyó familia, sintió un día la nostalgia de la tierra natal y súbitamente, como pasa en estos casos, decidió retirarse, abandonando á sus hijos el cuidado de la hacienda. Llegó á su aldea y le pareció llegar á un país extranjero; sus compañeros de la infancia habían muerto; las costumbres sencillas se habían pervertido; doquiera veía caras nuevas y gente desconocida, y, sobre todo, notaba un adormecimiento crónico y una inactividad que contrastaba con la lucha incesante á que se había acostumbrado en su patria nueva. Y allí, en su tierra natal, sufrió más viva la nostalgia; en el lugar de su cuna echó de menos el lugar donde se formó é hizo hombre. Por esto volvía á la Argentina, adoptándola como patria definitiva, pues allí tiene el producto de su trabajo, el ambiente que le infundiera vida útil, convirtiéndole de covachuelista en hombre que sabe bastarse á sí mismo.

Cuando poso la mirada en ese hato de emi-

grantes, sucios, miserables, hacinados como un rebaño, empujados por la brutal necesidad hacia lejanos países, quisiera descubrir á los futuros triunfadores. ¡Cuántos y cuántos sucumbirán en la cruenta lucha! Pero en cambio, ¡cuántos volverán transformados, con provechosa experiencia, enriquecidos, á alegrar sus humildes hogares, y á llevar el bienestar y aires nuevos á sus aldeas! Noto miradas expresivas é inteligentes, puños formidables, cuerpos acostumbrados á la fatiga. Entre esas pobres mujeres harapientas, va quizás la madre de algún ciudadano que será gloria de las jóvenes Repúblicas.

En los camarotes de lujo regresan de Europa los argentinos derrochadores, los hijos de los emancipadores que ven aumentar las rentas de sus tierras heredadas, gracias á las indómitas energías de los delanteros que valorizan con su sudor los campos más apartados, los jóvenes ociosos que infiltran á su nuevo país los vicios de la vieja Europa, mientras que en la bodega vienen los que han de renovar la sangre y acrecentar la riqueza de la República, los que pueden vigorizar su cuerpo y atajar la precoz decrepitud que la corroe.

Hoy habremos pasado cerca del maravilloso Penedo de San Pedro, Caribdis del Atlántico, núcleo de escollos que sobresalen en medio del mar, lejos, muy lejos de toda tierra.

Un oficial me ha contado los horrores de un naufragio que ocurrió á causa de un choque con

el Penedo de San Pedro, situado precisamente en el rumbo obligado de todos los buques que se dirigen al Sud, y añadía: « No se comprende cómo Inglaterra y las naciones poderosas no han destruído, con los poderosos medios modernos, ese peligro formidable de la navegación trasatlántica ».

¡Quién sabe, he dicho, si este escollo viene llamado á prestar imponderable servicio á la gran navegación! Esas peñas, insignificantes en apariencia, que por tanto tiempo han resistido los embates del mar, demuestran una resistencia que las hace propias para cimentar la construcción más colosal que puedan idear los hombres. Puede que, en lo futuro, soporten un faro que ilumine las soledades del Atlántico ó sirvan de soporte á una de las estaciones del telégrafo sin hilos que pondrá en comunicación á entrambos continentes.

Capítulo V

El brisote. — Los emigrantes se agrupan. — Reminiscencias de la última guerra, por testigos presenciales. — Un pasajero caído del cielo. — La Cruz del Sud. — De cómo vine á ser padrino. — Detalles del bautizo. — Todos alegres.

ontinúa el viento y la marejada que no nos permite abrir las ventanillas de los camarotes. Neptuno ha soltado sus borregos que brincan bulliciosos en la interminable llanura.

El Capitán, con esa sonrisa burlona de la gente de mar cuando habla á los terrestres, nos asegura que marchamos acariciados por las suaves brisas del hemisferio austral. El maquinista, en secreto, me ha dicho que á las tales brisas, cuando soplan con tan poca consideración, se las llama ya brisotes. El nombre no puede ser más despreciativo.

Al atardecer, los pasajeros de tercera se han arremolinado á babor con grande algazara. Era que una juguetona banda de delfines iba salando junto al vapor, como los pilletes que abren

paso con sus piruetas al regimiento en marcha. Cerca deben de andar los ballenatos.

Ayer me saludó un emigrante que llevaba para mí una carta de recomendación. Al pobre, mientras estaba durmiendo, le robaron el reloj, y, según manifiesta, á otros viajeros les han sustraído carteras y otros objetos. Entre los setecientos pasajeros que encierra el vapor, no podían faltar los criminales. Con los emigrantes va siempre la baraja, y ésta suele ser muchas veces la causa del pecado.

Obsérvase una tendencia entre los pasajeros á juntarse por regiones. Los catalanes han formado ya rancho aparte.

Ha enfermado una niña de tercera, cuyos padres, vascos, no entienden una palabra de castellano. El médico creía que eran alemanes.

A las once de la pasada noche nos encontrábamos á la altura de Fernando de Noronha, que es una isla, estación penitenciaria del Brasil, y á las once de la noche próxima estaremos frente á Pernambuco. A partir de allí navegaremos paralelamente á la costa, si bien, á causa de la mucha distancia, no lograremos descubrirla.

Hemos hablado con los oficiales de las vergüenzas de nuestro desastre nacional, del cual fueron á la vez testigos presenciales y actores en la parte honrosa que corresponde á la marina mercante, que nos realzó ante el mundo. Uno de ellos iba en el « Antonio López », que

tuvo que varar junto á San Juan de Puerto Rico después de una terrible persecución de los yankees. El otro era oficial del « San Agustín », que salió de Santiago un día antes de que entrase en la bahía la escuadra de Cervera, llevando la impresión de la inevitable hecatombe, porque habían tenido ocasión de medir el poder enorme de la escuadra americana y su desproporción cruel con la nuestra. Con las luces apagadas el « San Agustín », pasó entre la Martinica y la Guadalupe, llegando salvo al Océano, haciendo luego rumbo á Canarias. Más tarde, desde allí volvió á Santiago y á Guantánamo para embarcar á los soldados españoles sucios, enfermos, desarmados, que, como si fueran corderos, iban metiendo en nuestros buques los yankees. Muchos lloraban al embarcarse, sintiéndose heridos por aquella espantosa humillación de un ejército de ciento cincuenta mil hombres, vencido sin pelear, desfilando ante un cabo y cuatro soldados norteamericanos que los contaban fríamente, como si fuesen cabezas de ganado. Los soldados de profesión pasando por las horcas caudinas de los *mercachifles* que habían dejado la yarda para tomar el fusil. « A continuación, nos contaba, asistimos á aquella odisea trágica, á las travesías macabres en que los vapores iban sembrando de cadáveres el propio mar en que labraron su surco las carabelas de Colón, entonces cruzado por la estela que señalaba nuestro infortunio ».

El mismo vapor formó parte de aquella mísera escuadra que pasó y repasó el Canal de Suez, entre la befa de la multitud cosmopolita que allí tiene su asiento. Los ingleses obligaron á la escuadra á partir de Suez, y entonces el almirante Cámara dispuso que saliese al Mar Rojo para hacer carbón en uno de sus fondeaderos. Antes de zarpar de Suez se recibió la noticia de la rota de Santiago, y el desaliento se apoderó de toda la escuadra.

Desde el « San Agustín » vieron como el « Covadonga » emprendía la marcha otra vez en dirección al Canal, y, por fin, supieron que el Ministro de Marina había dado orden de repasarlo, noticioso de que la escuadra de Watson navegaba hacia el Estrecho. El « San Agustín » fué el último en pasar, tras del « Pelayo », que debía marchar lentamente y con todas las precauciones, bajo una lluvia de fuego que asfixiaba á los tripulantes.

De esta manera se deshizo el camino andado y se repasó el Canal, después de haber asegurado un particular el pago de los derechos de la escuadra, no prestando la Compañía del Canal crédito alguno á nuestro Gobierno.

Cuando llegaron á Port-Said, el Ministro telegrafió que fuese la escuadra á Mahón, y se dió orden á todos los buques de hacer rumbo en fila, á quince millas de aquel puerto. El « San Agustín », de escaso andar, fué quedando rezagado y perdió de vista á la escuadra, prosi-

guiendo el rumbo, hasta una mañana en que gran número de humos le hicieron suponer que estaba próximo á ella. Al acercarse, reconocieron al « Pelayo » á remolque de otro buque, imaginando al punto que se había librado combate, recibiendo dicha nave algún daño. Pronto salieron de dudas, viniendo en conocimiento de que la escuadra americana no había sido vista, tratándose de una avería en la máquina.

Entrados en Mahón, comunicó el Ministro que, según indicios, la escuadra de Watson había embocado el Estrecho, ordenando, en consecuencia, que la nuestra procurase ganar el puerto de Cartagena ó el de Barcelona. Huyendo del enemigo imaginario, en toda su marcha por el Mediterráneo, así llegó la escuadra á Cartagena. Al fondear, se tuvo noticia del armisticio, y los marinos, para bajar á tierra, vistieron de paisano.

« Pasados estos días, que me hicieron el efecto de una pesadilla, me decía este oficial, después de la rápida deshecha, durante la cual no surgió un político ni un militar que salvase la dignidad nacional, hemos sufrido mucho los que salimos de España. Quienes no se movieron á continuación del ignominioso desastre, no saben cuán amargo era el desprecio ó la compasión insultante que notábamos los marinos españoles al llegar á un puerto extranjero. El patriotismo, que era en mí un sentimiento innato, hubo momentos en que cedió el paso al

rubor y á la falta de esperanza en nosotros mismos. Por suerte, aquella lástima humillante no la sufrimos ya, porque los hechos se han encargado de evidenciar que nuestra marina mercante dió entonces un admirable ejemplo de organización y de civismo, y, además, porque nos ven con ahinco procurando ensanchar la esfera de acción de nuestro comercio, siendo el símbolo de la España que trabaja y reacciona.

» Ya no tenemos que soportar la pena de antaño, sobre todo en esos países donde se ha iniciado una corriente de simpatía hacia España, debido á las circunstancias y también á que, poco á poco, todo se olvida en este mundo ».

18 septiembre

El tiempo muéstrase variable y la temperatura ha refrescado. Se adivina claramente que nos apartamos del septiembre para acercarnos al marzo. Dejamos atrás los pámpanos y nos aproximamos á las mieses. El último hálito del invierno austral se difunde en el espacio, destacándose en el cielo las nubes grises de los días invernales, desfilando en retirada.

Estamos á unas doscientas millas de la costa, que se adivina por las nubes lluviosas acumuladas á estribor, mientras á babor el horizonte despejado revela la extensión inmensa del mar libre que llega hasta el Cabo de Buena Esperanza.

Acabo de saber que una pasajera ha dado á luz un niño. Ha venido al mundo marchando á una velocidad de catorce millas por hora. Este nuevo pasajero que nos ha caído del cielo con tan buena marcha inicial, tiene sobre los demás la ventaja de que no paga pasaje. Este hijo del mar, cuando sea mayor, no tendrá derecho á marearse.

19 septiembre

El tiempo es magnífico. Sopla una brisa auténtica (nada de brisote) y el mar presenta un hermoso color azul que recuerda el del Mediterráneo. En el círculo del horizonte, se improvisan chubascos que casi nunca nos alcanzan por su poco radio. Cruzan el cielo nubecillas sueltas, en sentidos diversos, como si fuesen una legión desbandada de los vastos nublados del invierno. Tocamos el término de la zona tórrida y asistimos á la batalla de las estaciones adversas que, con sus fuerzas compensadas, producen aquí el equilibrio.

Acaban de invitarme á ser padrino del recién nacido. Nunca pude sospechar que en medio del Océano me saliese un ahijado. ¿Cómo rehusar tan original padrinazgo, siéndome tan simpático ese ser que ha venido al mundo, huyendo de la tierra?

El recién nacido ha sido inscrito en el registro especial del buque, actuando de Juez municipal

el sobrecargo, debiendo enviarse certificado de la inscripción al Ministerio de Estado, donde constan todos los nacidos en buques españoles, que es como si hubieran nacido en territorio español. Ya, al nacer, se codea con la Diplomacia.

El bautizo tendrá lugar mañana, á las tres, en el salón de primera, al pie del altar que se arreglará para celebrar la misa.

Mi compañero Deulofeu anda loco buscando, entre los pasajeros de tercera, músicos y aficionados bastantes para armar una orquesta. Ahora sólo falta que al tiempo no se le ocurra aguar la fiesta.

20 septiembre

Anoche, al ponerse el sol, los cúmulos del horizonte se adornaron de ribetes dorados que brillaron un momento, simulando luego abrupta cordillera, destacándose en una atmósfera diáfana y luminosa. El mar veíase salpicado de blancos brochazos movedizos, y, al reinar la noche, aquellas nubes producían aun más el efecto de montañas de una costa prolongada que se nos venía encima. Diríase que entrábamos en una espaciosa bahía. Desde el puente pude contemplar con todo su esplendor la belleza del hemisferio austral, por la incomparable transparencia del aire que acercaba grandemente las estrellas, avivando su luz radiante.

Por vez primera admiraba la Cruz del Sud,

formada por cuatro estrellas de desigual magnitud, que en esta época se presenta tendida sobre el horizonte. Encima, Cástor y Pólux derramaban sus fúlgidos destellos, y, á estribor, Júpiter lucía su grandeza, dejando percibir con los gemelos los satélites que se adhieren á su rutilante superficie.

Entre los mástiles que llenaban el cielo se divisaba la nube de Magallanes (ó mancha pequeña del Sud) y los astros nuevos que vieron brotar del horizonte los osados navegantes que, en frágiles embarcaciones, surcaron por vez primera estos mares. Transportándome al momento grandioso en que desde el navío vieron aparecer los ignorados soles que transformaron el cielo, el vislumbre de lo sublime y el pavor de lo incomprensible invaden mi alma.

Deulofeu me ha despertado esta mañana para anunciarme que había organizado un quinteto de primer orden, que ya estaba ensayando. Efectivamente, á popa, y entre un grupo compacto, una mandolina, dos guitarras, una bandurria y una flauta tocaban un valz encantador, con acompañamiento de olas. A no ser por la oportunidad que nos indujo á congregarlos, aquellos cinco individuos hubiesen continuado tañendo aparte, sin conocerse siquiera. Así pasa á menudo en la vida, debiéndose á la falta de ocasión que, hombres que pudieran entenderse y sumar sus esfuerzos, marchan separados y desunidos.

La idea del bautizo lo llena todo. He pasado á saludar á la madre del niño, hermosa mujer, fuerte y robusta, que no conserva ya huellas de su pasado trance. Hija de mallorquín y de argentina, nació en Tucumán. El padre, aragonés, cuenta 26 años y lleva 17 de residencia en la Argentina.

El Capitán ha dispuesto que se adornara la cubierta con banderas, lo cual resulta muy pintoresco, viéndose discurrir á su través el mar que, con su azul, penetra en todos los colores del abigarrado toldo.

A las dos, dando el brazo á la madrina, una italiana casada con un español, hemos ido en busca de José Federico, que así se llama el niño. La camarera ha ejercido de comadrona, formando en el cortejo el padre de la criatura, el sobrecargo y los argentinos vestidos de etiqueta. El quinteto tocaba en el salón cuando hemos entrado, ocupando por completo las galerías los pasajeros de primera y de segunda, viéndose muchas señoras con mantilla.

Al terminar el bautizo, el quinteto ha tocado la marcha real, y se ha disparado un cañonazo que, haciendo vibrar el aire, apresura el latir de los corazones. Un vapor que se distinguía en el horizonte, al oir el cañonazo, detiene un instante su marcha, temiendo que sea una voz de auxilio; pero, al contemplar las banderas que ondean en todos los mástiles, prosigue su camino, adivinando que reinan en nuestro bu-

que aires de fiesta. El cañonazo, que suele ser mensajero de muerte, es allí anuncio de nueva vida.

Cuando hemos entregado á la madre el niño, ya cristiano, en sus ojos brillaban lágrimas y en su voz se notaba emoción intensa al darnos las gracias por nuestros favorables augurios. «Ya que las circunstancias me han erigido en padrino de esta criatura, le hemos dicho, hacemos votos por que sea un hombre de provecho, á fin de que en lejano día podamos envanecernos de haberlo remojado en la pila bautismal».

Para que se vea la diversidad originaria de los que vamos en el vapor, haré notar lo siguiente: el padre del niño es aragonés; la madre, argentina (de Tucumán); la madrina, italiana; el cura, mallorquín; el sobrecargo, andaluz, y el capitán, vasco. El quinteto se componía de una catalana (que tocaba el mandolín), de dos gallegos, un canario y un oriental.

Hemos obsequiado á los pasajeros de primera y segunda con un refresco, durante el cual han estallado los primeros brindis que en lo sucesivo serán el *Mane, Thecel, Phares* de los innumerables banquetes que nos aguardan.

A los pasajeros de tercera les hemos dedicado un sorteo de variados lotes. Se ha verificado por pelotones de á diez, dando un número á cada cabeza de pelotón. Las suertes han sido veinte (entre ellas, dos en metálico).

De este modo la alegría y el bullicio han im-

perado en todo el buque, sin que hayamos sentido, mientras nos divertíamos, el escozor de habernos olvidado de los pobres y humildes que teníamos á nuestro lado, unidos por completo á nosotros en la igualdad del peligro, corriendo la misma suerte en ese mar que nunca se acaba.

No cabe echar en olvido á esos hombres que, en cualquier momento, pueden encontrarse á nuestro lado en el bote que tenemos señalado para el caso de salvamento; en esos botes perfectamente numerados, cada uno de los cuales tiene ya destinado su pasaje, en el que no hay categorías, sufriendo todos la igualdad que acarrea el común peligro.

Lástima que el niño no fuese bautizado con agua salada, como hubiese deseado. Los cánones, según parece, se oponían á ello; sólo cabe en el trance de no tener á mano agua dulce.

Capítulo VI

Reminiscencias del Golfo de Lyon. — Fuera de los trópicos. — El hijo de un emigrante. — Emigración clandestina. — Primavera en septiembre. — Puestas de sol. — Los ruidos del mar. — La tierra se acerca.

21 septiembre

ntes de acostarnos, vimos pasar á uno y otro lado varios vapores, por estar en la proximidad de Cabo Frío. A las dos de la madrugada nos hallábamos á su altura, pero no pudimos verlo, á causa de haber hecho antes rumbo al Cabo Polonio.

Me han despertado los violentos bandazos del vapor.

Este mar, con sus anchurosas olas, causa la impresión de las marinas de mi tierra. Sopla un fuerte viento Nordeste y las montañas de agua se acercan suavemente al vapor y lo llevan un rato sobre su espumante lomo. Vamos en popa; en frente, sobre el mar azul, cabriolan las blancas espumas, y al lado opuesto los rayos del sol azogan el mar agitado, borrándose el horizonte en la calima.

Tengo delante de mis ojos la visión de nuestro mar, en uno de esos días de verano en que soplan los *cremadors* agostantes. Esperaba de un momento á otro la aparición del Cabo de Creus, ese nido de la tramontana, con sus cumbres tan familiares á mis ojos. La acariciante ilusión que me envuelve mitiga un instante la angustiosa sensación de la distancia que me separa del hogar querido.

Después del almuerzo, contemplamos á estribor un vapor de carga, inglés, luchando contra las irritadas olas. Su proa quedaba á menudo sepultada en las aguas, que levantaban nubes de espuma. Parecía un arrecife moviente contra el cual se estrellaban las olas enfurecidas por el viento.

Comparando la marcha triunfante de nuestro vapor con la lucha despiadada que sostenía el otro para avanzar trabajosamente, en el propio mar y con el mismo tiempo, consideré que en la vida humana y social sucede algo parecido. No radica el mal ni la lucha en el elemento que nos rodea, sino en la dirección que llevamos. Con frecuencia lo que para nosotros es ventaja, para otros es obstáculo.

Nos hallamos á los 25 grados de latitud Sud. Hemos salido ya de los trópicos y, por una de las muchas contradicciones que he notado en este viaje, hoy es uno de los días más calurosos que hemos sufrido. Adivínase, sin embargo, que el frío nos saldrá al encuentro de improviso,

disparando su helado soplo como un pistoletazo.

Al principio del viaje se me hacía gran confusión, no acertando á distinguir entre los pasajeros. Poco á poco se fueron fijando en mi retina las fisonomías y actitudes; últimamente comienzo á descifrar los caracteres. Con la constante observación á que me condena mi espíritu curioso, hostigado por la permanencia en el mismo sitio, voy descubriendo la gran variedad individual de lo que antes se me ofrecía como uniforme amalgama.

Entre los argentinos viene, pongo por caso, un joven que, á pesar de pronunciar melosamente el castellano y de alardear de argentino, parece de otra raza. En tanto sus compañeros duermen, él madruga; mientras aquéllos gustan de conversaciones frívolas, él muestra singular placer en hablar de negocios. Una pequeña conversación me reveló en seguida el secreto de esta diferencia. Aunque nacido en la Argentina, sus padres fueron inmigrantes. Era hijo de un pobre albañil italiano, que formó en las avanzadas del ejército que fecunda los desiertos y da valor á las tierras abandonadas.

Durante su infancia probó las privaciones de los rudos años de prueba. Es, por lo mismo, un temperamento templado en la lucha, y, aun cuando su posición hoy sea brillante, posee el hábito del trabajo y aspira á otros ideales que no se cifran en consumir estérilmente las rentas.

Ha realizado el viaje en compañía de un amigo estanciero, y se dolía en el seno de la intimidad de haberse dejado llevar en su excursión únicamente del afán de divertirse, prometiéndose enmendar el yerro en sus viajes futuros.

Ha visitado Como, que es el lugar de sus padres, y allí ha cedido la pequeña propiedad que constituía la herencia de sus abuelos á unos parientes pobres. Con ello ha renunciado ya definitivamente á la patria antigua. « Mi madre, contóme, no ha querido acompañarme en mi visita á su pueblo natal. Si pudiese llevar á mis muertos y á mis vivos, exclamó, iría contigo, pero, como esto no es posible, aquí me quedo, en la casa que edificó tu padre con sus propias manos, en el pueblo que él ayudó á fundar, velando su eterno sueño ». En esta forma, las familias trasplantadas echan raíces en el nuevo suelo. ¡Quién sabe si á las dos generaciones, los descendientes de este emigrante luchador serán ya estancieros improductivos que irán á consumir sus rentas á París ó á Tokio, en busca del goce material!

He repasado las listas de los emigrantes que van á bordo, viendo que son jornaleros en su mayor parte. Casi todos cuentan allí con parientes que les darán la mano, y algunos van para emplearse en los servicios públicos de la capital. Pocos son los que se acogen á los beneficios de la ley de inmigración, que les da derecho á alojamiento temporal en el Hotel de

emigrantes á la llegada y á ser transportados gratuitamente al sitio en que se reclame su trabajo. Por lo visto, en su mayoría tienen destino fijo.

Al pasar lista para extender las declaraciones á que obliga la ley argentina, hube de convencerme de que casi todos se habían embarcado con documentos falsos. Muchos tenían que hacer visible esfuerzo para recordar su nombre y su edad; algunos rectificaban su estado, es decir, manifestaban que eran casados después de haber dicho que eran solteros, y la edad que algunos producían estaba reñida manifiestamente con su fisonomía. Para lograr estas cédulas y documentos falsos, existen agentes que los explotan inicuamente á las barbas de la autoridad, muchas veces cómplice ó encubridora de tales abusos. Esto ocurre principalmente en Galicia. Palpando estas corruptelas, me afirmo más y más en el convencimiento de que sería más provechoso encauzar y proteger la emigración que ponerle vanos obstáculos que se salvan con malas artes, cortando así los lazos que conviene mantener entre el que se va y la antigua patria.

22 septiembre

Ayer entramos en la Primavera y parece que hayamos llegado al Otoño.

Al caer de la tarde, cuando iba el sol á la puesta, me llamaron para que admirase el her-

moso aspecto que presentaba el Ocaso. El sol, como una esfera roja, con un casquete luminoso, emergía de una franja de niebla obscura tendida en el horizonte. A medida que se iba hundiendo, el color rojo de cereza invadía toda la esfera, que semejó un fez, luego un disco y por fin una ceja luminosa.

Desapareció por completo el astro solar tras de la espesa cortina, y la niebla se fué coloreando poco á poco, formando una ancha faja irisada, de colores desteñidos.

Es curiosa la escasa duración de los crepúsculos en esta zona. Apenas puesto el sol, reina en el Oriente la noche, y en el Ocaso, el espacio todavía luminoso queda ceñido á una pequeña extensión, limitada bruscamente por las negras sombras. En tierra, generalmente, cuando el sol se pone, queda todavía en el horizonte oculto tras de las montañas, mientras aquí se pone de veras.

A la una de la noche me despertó un violento vaivén que me hizo coger los barrotes de la cama. Sin duda sufríamos el contraste de los dos vientos. Efectivamente, esta mañana, al abrir los ojos, por la ventanilla he contemplado el cielo velado y las olas que nos embestían de proa.

El horizonte tiene mal cariz, con su cerrazón lluviosa. El mar es sombrío y los rociones menudean por la proa, llegando al puente. Las olas deshechas por el tajamar desparraman anchamente sus espumas que parecen tules tendi-

dos sobre seda de color verde. Contrasta el matiz luminoso de la espuma con el color de orujo del mar.

Al chocar las olas con los costados producen el sordo rumor de un cañonazo lejano.

Los ruidos del mar cambian sin cesar como sus matices. En los primeros días, cuando estábamos en el comedor y la nave apenas se movía, soplando ligeras brisas, creía en ciertos momentos oir el rumor próximo de una multitud en la plaza pública. Ayer noche en el salón, en tanto el buque no sufría balanceo, al escuchar el ruido de las olas que se estrellaban suavemente contra las planchas, á medida que iba partiéndolas la quilla, se hubiera dicho que nos encontrábamos en la terraza cubierta de una *villa,* situada junto á la playa, cuyos cimientos batía el oleaje. A lo mejor volvía el cabeceo, y la hélice quedaba fuera del agua, lanzando el estruendo de un automóvil al emprender su carrera. Por la noche llegan al oído los más variados rumores; en tiempo de bonanza, las aguas que discurren suavemente á ambos costados, engendran el susurro de la corriente de un río; con el mal tiempo repercute en el oído seguidamente el golpe seco del vapor al dar con una ola monstruosa que ataja un momento su avance. Los más diversos crujidos y rumores llenan el aire: de la madera comprimida, de las lámparas, cortinas y objetos que se balancean, de las sillas giratorias, de la má-

quina y del timón, que vienen á turbar el sueño mientras no se ha adquirido el hábito de oir sus voces incoherentes.

Ha llovido casi todo el día, con mar gruesa. A la hora del almuerzo hemos sentido brusca sacudida, al mismo tiempo que llegaba á nosotros el estrépito de una cascada. Fué una ola que, entrando por la proa, envolvió á los infelices de tercera que estaban comiendo.

El pasaje saca los sobretodos y viste de invierno. Con este día gris y la aparición de los trajes más gruesos y obscuros, se nota un cambio marcado en la tonalidad del conjunto.

Hoy no se ha podido observar el sol y ha tenido que calcularse por simple estima la posición y la distancia recorrida. A las doce nos encontrábamos á los 28 grados de latitud Sud.

El mareo ha hecho nueva aparición á bordo. Una dama bilbaína, que ayer se sentó por vez primera á la mesa, se ha visto obligada á encerrarse de nuevo en el camarote. Está visto que hay mareos invencibles.

Los pasajeros están deseando llegar á tierra, revelándose en las conversaciones y en los gestos el ansia de pisar suelo firme. Todo el mundo cuenta las millas y los grados, tomando lecciones prácticas de geografía, enterándose de la latitud de Buenos Aires y de Montevideo, y aprendiendo que un grado tiene veinte leguas, equivalentes á sesenta millas.

Al anochecer, el tiempo mejoró sensiblemente,

23 septiembre

El mar ha cambiado completamente de color por la fuerza de penetración del gran río que se aproxima. En plena luz ostenta un color verde obscuro, transparentando la espuma de las rompientes un matiz amarillento, y, al ponerse el sol, parece un mar de asfalto.

Dentro de poco estaremos en el seno del agua dulce, la que hizo bautizar estos parajes por Díaz de Solís y los primeros navegantes españoles con el nombre de Mar Dulce.

Comenzamos á prepararnos para la llegada. Los compañeros de pasaje nos dan sus tarjetas y el sobrecargo exige la declaración de los objetos y artículos sujetos á derechos de Aduana.

Capítulo VII

Río adentro. — Montevideo desde el mar. — Pescado fresco. — De Montevideo á Buenos Aires. — Caras tristes y lluvia alegre. — Llegada á Buenos Aires. — Vértigo entre la lluvia.

L amanecer, con mar bonancible, navegamos río adentro, deslizándose á estribor la costa baja del Uruguay. Los pasajeros que han de desembarcar en Montevideo recogen sus equipajes y cambian de indumentaria. Las maquinillas lanzan chorros de vapor, apercibiéndose á la descarga, y comienzan á soltarse las escalas.

Se dibuja vagamente en el horizonte la silueta del famoso Cerro de Montevideo, con su forma piramidal de ancha base, y, á medida que nos aproximamos, pasan á nuestro lado los faluchos de vela latina y nos saludan con sus pitos los remolcadores que cortan las olas, recostándose en la espuma.

Hemos fondeado ya. Por fin contemplamos á nuestras anchas la tierra americana, y una de

las ciudades que conserva más carácter europeo entre las del nuevo Continente. Vista desde el mar, Montevideo recuerda muchísimo á Cádiz por su aspecto risueño, por sus campanarios modernos, y por penetrar en el mar, formando un recodo que oculta la principal parte de la ciudad. Llamónos la atención un edificio, que sobresalía entre los demás, con aires de Grand Hotel, y nos dijeron que era la Universidad. Emilio Reus, el famoso abogado español que tanto influyó en el Uruguay con sus proyectos financieros y su fiebre de negocios, levantó aquel edificio para convertirlo en Grand Hotel y Balneario, aprovechando la afluencia de argentinos durante el verano, pero la crisis de la Argentina, el fracaso del Doctor Reus y la creación de la estación veraniega de Mar de Plata al Sud de Buenos Aires, dejaron sin aplicación tan grandioso edificio, convertido ahora en Universidad. De allí salen los Doctores, que son en este país, como desgraciadamente en el nuestro, los profesionales de la política.

Con verdadera ansia devoro la colección de diarios que me entregan los amigos de Montevideo, en busca de noticias de Europa y más especialmente de España y de Barcelona. Las Comisiones de la Cámara de Comercio y del Club Español, entre las cuales encuentro viejos amigos, se resignan á que permanezcamos á bordo, abiendo el escaso tiempo que podríamos estar en tierra, después de la formal promesa de que

volveremos á pasar unos cuantos días en Montevideo.

Al poco rato de haber fondeado recibo telegramas de Buenos Aires con expresivos saludos de amigos de la infancia, que he recordado siempre con cariño, y siento que se abren instintivamente mis brazos. Hemos pagado el correspondiente tributo al *reporter*, y, para evitarnos molestias y malas interpretaciones, le damos hecho el *interview* y de este modo con un solo *interview* liquidamos.

A la hora del almuerzo he saboreado por vez primera el peje-rey, que es un pescado exquisito, desconocido en el Mediterráneo al menos, que sabe á lenguado y tiene reminiscencias de la merluza. Es singular lo que ocurre en estos viajes por mar; me refiero á la privación del pescado fresco, no entendiendo por fresco el conservado entre hielo. En los buques de vela, encalmados en la línea, se puede gustar pescado fresco porque se coge desde á bordo; pero en los vapores, que siempre están en marcha acelerada, no hay aparato de pesca que resista. De vez en cuando cae algún pez volador en la cubierta: en nuestro viaje se metieron un par de peces voladores en el camarote del sobrecargo, y así pude comer pescado salido del mar. Sólo hay que contar con los peces suicidas.

Salimos de Montevideo al anochecer, yendo el vapor confiado á un práctico del Río. La mayor parte de los prácticos que conducen los

vapores desde Montevideo á Buenos Aires son catalanes ó genoveses.

Marchaba el vapor lentamente, pues nos sobraba tiempo para llegar á Buenos Aires á la madrugada. A menudo se notaba el roce de la quilla con los barros del lecho del río.

Durante la noche hemos tenido una tempestad deshecha; por la ventanilla del camarote filtraban incesantemente los fulgores del rayo como destellos de un proyector eléctrico. Los truenos hacían retemblar el casco del buque y el chubasco barría la cubierta con redobles de tambor. El viento silbaba impetuoso entre el cordaje, pero el agua permanecía quieta, sin asomos de olas. A media noche fondeamos un rato en el río, esperando que clareara la niebla que cerraba por completo el horizonte.

Al salir á la cubierta, por la mañana, he podido contemplar la orilla izquierda del río, que sobresalía más por los árboles que por la tierra que se confundía con el agua turbia. El vapor navegaba por un canal que seguía entre faros y boyas. Llovía á más y mejor y el cielo era de un color de plomo, tiznado por las nieblas bajas que arrastraba el vendabal. El pasaje se mostraba contrariado por el mal tiempo, excepto los estancieros, que veían reflejos de oro en cada gota.

Mi amigo Zulueta, ante la general lamentación, había apostado cualquier cosa á que yo al salir encontraría la cosa bella. Y así fué; así es que

cuando exclamé: ¡Qué hermoso espectáculo! un coro de risas acompañó mis palabras. No se podía negar que el cuadro era soberbio, por más que no se avenía con los gustos de los más. Sea como fuere, con mi salida troqué el humor del corro, poniéndolo en armonía con la situación de ánimo que corresponde al que llega á su patria. Cuando me acerco á mi tierra, á mí siempre el tiempo me parece bello.

Una espesa cortina líquida dejaba adivinar apenas la masa de la gran ciudad que se aproximaba. El vapor marchaba muy despacio; á uno y otro lado íbamos dejando buques de vela fondeados que esperaban el remolcador.

No hemos visto la entrada del puerto hasta tener la proa en el canal. La máquina había parado por completo y dimos fondo en el dique cuarto, donde está situada la Aduana.

A pesar de la lluvia torrencial, bajo los tinglados hemos visto á numeroso grupo que nos esperaba, dándonos con sus pañuelos cariñosa bienvenida. En el centro he distinguido la simpática figura del Doctor Quirno Costa, Vicepresidente de la República, que, al honrarnos de tal modo, quiere atestiguar el afecto que por nuesto país siente. A medida que el vapor se acerca al muelle, descubro fisonomías familiares, rostros que me recuerdan la vida alegre de estudiante, nunca borrados de mi memoria : los hermanos Malagarriga, Pepe Artal, el pintor Meifrén, Rafael Calzada, y veo como tienden sus brazos ansiosos

al amigo y al que les trae ecos y aires de la patria lejana, cuyo recuerdo llamea en sus ojos. Poco después, al abrazarlos conmovido, noto en su cuerpo la sacudida del árbol trasplantado que no tiene raíces resistentes todavía.

Interrumpe la efusión de nuestra llegada el fotógrafo: hay que someterse al tirano y abandonar á los amigos para agruparse en comisión y adoptar la postura forzada del que sabe que van á retratarle. Así que nos libramos del fotógrafo, nos asalta el *reporter,* lápiz en mano.

Después de las presentaciones á los representantes de las varias entidades que han salido á recibirnos, quedamos un momento libres con los amigos, y hablamos en la intimidad. La lluvia, que tanto nos fastidia, al caer en el suelo produce un rumor alegre en todo el campo, castigado por la sequía. Llegamos en momento oportuno, y pisamos por vez primera el suelo de América cuando se estremece gozoso al choque del ansiado chubasco.

Desde el dique no puede formarse idea de la ciudad ni del puerto. Salimos de la dársena, recorremos el Paseo de Julio, construído en terrenos ganados al río, que produce agradable impresión, y después de haber salvado la barranca que forma el desnivel entre la llanura y el cauce del río, atravesamos la plaza de Mayo y de la Victoria, que con sus grandes edificios y su amplitud revela la existencia de una gran capital. Entramos en la Avenida de Mayo, sin

duda la vía más grandiosa de Buenos Aires, que sorprende por su colosal movimiento rodado y por la elevación de los edificios, en contraste con la casa de bajos ó un piso que domina en las restantes calles, y por la famosa calle de la Florida llegamos al Grand Hotel, que nos ha sido señalado para alojamiento.

Instalados en el Grand Hotel, con el ambiente cosmopolita que allí reina, diríase que estamos en uno de esos sitios de baños ó estaciones de moda, donde las Sociedades, para explotar al forastero, han impreso el mismo tipo de organización banal, pero productivo. No me parece estar en América; nada hay que me diga que Europa esté lejos, muy lejos.

Apenas lavados comienza la odisea. Antes de almorzar nos habían instantaneado é interviewado no sé cuántas veces. Sin dejarnos un momento la lluvia, visitamos las redacciones de los principales diarios, y por la noche, á pesar de la fatiga del viaje, asistimos á la recepción del Club Español. Allí comenzaron los brindis, que debían seguir en interminable serie, como al llegar al Hotel nos encontramos con la primera remesa que nos trajo el correo de tarjetas postales, de las que nos esperaba una avalancha formidable.

Y durante tres días, sin que la lluvia nos deje en reposo, no cesan las visitas ni los *lunchs* ni los brindis ni las tarjetas postales ni las instantáneas, y seguimos en marcha vertiginosa reco-

rriendo la ciudad en todas direcciones, conociendo personas en tan gran número que es imposible retener todas las fisonomías, acostándonos todas las noches, asombrados los ojos con los disparos de la luz de magnesio y excitado el cerebro por la sucesión de impresiones que hemos recogido con la rapidez de una máquina instantánea.

Y, sobre todo, sentimos la obsesión del peso, el peso que entre nosotros significa algo y que nos parece ya que carece de valor.

Nos encontramos como si en España, por medio de un decreto, la peseta quedase reducida á veinte céntimos, ó como si de la noche á la mañana todos los objetos hubiesen quintuplicado su valor. El peso equivale á nuestra peseta, y el paquete de billetes de á peso, mugrientos, estrujados que nos metemos en el bolsillo, en un santiamén queda reducido á nada, como un puñado de calderilla. En una carrera, en una bebida, en una propina se va el peso como la cosa más ligera del mundo.

Esto me demuestra que aquí hay que producir á toda costa para allegar pesos, viniendo condenado el ocioso ó el simple consumidor á agotar rápidamente sus medios por la insignificancia del dinero al lado del valor inmenso del trabajo.

Capítulo VIII

Buenos Aires. — Su grandeza y sus contrastes. — Estética social. — Falta de patina y carencia de tradición. — La casa en Buenos Aires. — Amor á la apariencia. — Los Doctores. — El Mercado Central de Frutos y el Palacio de la Prensa. — Ciudades yuxtapuestas. — Milagros de la Higiene. — Intensidad de la lucha por la vida. — El Atorrante.

Después de estos días de ir y venir por la ciudad, llevo en mí la impresión de su grandeza. Cerca de un millón de habitantes de origen europeo, en un área de 186 kilómetros cuadrados, ampliamente abierta, componen un núcleo humano que alienta todos los goces, fiebres y agitaciones de la vida moderna.

La extensión de la ciudad es inmensa; tan sólo he encontrado en Londres distancias parecidas á las que existen en Buenos Aires. Un paseo que hicimos en tranvía, recorriendo las líneas en todas direcciones, obsequio que debimos al *Diario,* nos permitió ver sesenta y cinco kilómetros de calles perfectamente adoquinadas y urbanizadas.

Como ciudad hecha de prisa, formada de aluvión, revela bruscos contrastes: la casa pequeña y raquítica junto á la mansión soberbia; grandes espacios sin edificar en plena Avenida de Mayo, donde se concentra la vida de Buenos Aires; el vasto palacete anchuroso para una sola familia, tocando al conventillo donde se hacinan verdaderos rebaños humanos.

Es por demás curioso uno de los rasgos fisonómicos de Buenos Aires: no se advierte gente mal trajeada en sus calles. Los obreros, con ser muchos, no usan la indumentaria especial que los hace resaltar en las vías de nuestras ciudades. La población ofrece tipo marcadamente burgués; no se notan las blusas ni las gorras que en París y en Barcelona dan un color de mezcla á las muchedumbres que circulan por las grandes avenidas. Los bonaerenses califican este carácter de su población, diciendo que tiene estética social, algo así que viene á dar apariencias de bienestar y señorío á los habitantes de la ciudad, al extremo de que no se admite en las escuelas á los niños mal vestidos. Y, sin embargo, Buenos Aires contiene una porción de gente que padece grandes privaciones á causa de la carestía de la vida, fruto de los elevados cambios y de los derechos protectores que pesan sobre su consumo. El vino es un lujo, la abitación un problema (veinte pesos cuesta una equeña pieza en un conventillo). Esa gran caestía da margen á que todo se falsifique, desde

el agua mineral y el champagne á los tabacos de la Habana y al aceite. Acaba uno por creer solamente en el asado, que era antes el elemento barato por excelencia y que suplía á todo, pero que con la industria frigorífica ha adquirido ya precios elevados.

Otro distintivo de Buenos Aires, que causa extrañeza en el europeo, es la carencia, en ciudad tan colosal, de edificios históricos; se os ofrece una capital toda nueva, sin monumentos artísticos, sin algo que ostente la pátina dorada del tiempo, que constituye el atractivo de las viejas ciudades. Entre las calles rectas, los bulevares suntuosos, los barrios aristocráticos no sobresalen las viejas torres de la Catedral ni las cúpulas del Palacio de Justicia, ni el remate del vetusto monumento que simboliza glorias pasadas. Aquí todo es reciente, todo es cuadriculado, nada revela fisonomía propia; en vano se busca en las fachadas ese bello matiz añejo de las cosas durables. Los grandes edificios, todos modernos, acusan la mano de los arquitectos europeos, ó, por lo menos, la imitación de sus estilos en boga. El neo-griego que tanto predomina en las construcciones modernas del viejo mundo, ha encontrado aquí su campo apropiado, como las modas de París y de Londres. Contemplando las suntuosas moradas y los grandes edificios públicos, sin fisonomía peculiar, diríase que son producto de una importación de edificios hechos.

Por lo mismo que es una ciudad cosmopolita, se nota doquiera el influjo extranjero y la carencia de tradición nacional, á pesar de los esfuerzos que se hacen en las escuelas para avivarla. Allí, en sus calles, tienen sus monumentos Garibaldi y Mazzini (revelando el predominio de la colonia italiana) y no lo tienen Solís, Mendoza ni Garay, que pueden considerarse como los iniciadores de la nacionalidad.

Quizás la idea de que fueron españoles haya influído en esa preterición; pero hora es (si hay empeño en exhumar la tradición nacional), de que sean allí considerados como glorias propias, puesto que en ellos encuentran su abolengo.

Quien haya estado en Buenos Aires no olvidará nunca ese trote seguido de los troncos de caballos criollos, uncidos á los carruajes de alquiler, en carrera constante, como si estuviesen condenados á perpetuo movimiento. A todas horas resuena el choque de sus cascos en el pavimentado de madera, y, en las altas horas de la noche, semejan escuadrones á paso de carga. Nunca se ven parados los coches, marchando siempre, y no sabe uno dónde y cuándo comen aquellos caballos, incansables con su paso rítmico.

Pocas ciudades hay en el mundo que aventajen á Buenos Aires en abundancia de coches de alquiler, á pesar de sus líneas de tranvías, los uales son en tan gran número que difícilmente, aun los viejos en Buenos Aires, dominan per-

fectamente su intrincada red. Con razón ha sido llamada la ciudad de los tranvías.

Las casas son mucho más accesibles que las nuestras. Puede penetrarse fácilmente en el recibimiento; la cancela suele abrirse desde fuera, girando simplemente el pomo. Al extremo de la escalera se encuentra el vestíbulo, cubierto con una claraboya ó una galería abierta, que es la que da luz á las habitaciones interiores de la casa.

Este fácil acceso demuestra una gran seguridad en el interior, fruto de envidiable vigilancia, ó la existencia de menos rateros que en nuestras ciudades, donde cada casa es una fortaleza. Otra consecuencia se deduce de ese carácter que ofrece la intimidad del hogar argentino (que tiene reminiscencias de la casa andaluza) y es la de un hondo sentimiento hospitalario. La sociabilidad es un signo distintivo de Buenos Aires, con la sola limitación de la etiqueta. En esto, como en el *five ó clock* y en el *pic-nic,* son los porteños tributarios de los ingleses, imponiéndose el frac ó el smoking para cualquier visita ó comida. En la vida social domina el culto á la apariencia y á la forma aristocrática, que es el furor de los advenedizos. El emigrante remontado quiere darse aires de gran señor.

Faltos de títulos nobiliarios en un país democrático por excelencia, han inventado el Doctor, que sustenta una clase demasiado numerosa si atendemos al bien de la República. No hay nación

en el mundo en que se prodigue más dicho título, supervivencia del hidalgo, que confiere á quienes lo poseen una especie de mandarinato, erigiéndoles en clase aparte que mira con inusitado desdén á los *bolicheros,* más útiles, sin embargo, y provechosos al porvenir de la República. Menos mal que ya comienzan á competir con los Doctores los Ingenieros, cuyo título se convierte asimismo en tratamiento que tampoco se apea en la conversación familiar.

Volviendo al interior de las moradas, paréceme que, por regla general, aun cuando luzcan muebles y adornos de lujo, carecen de la fisonomía personal que imprime al hogar el buen gusto peculiar del dueño. Son también decoraciones importadas é impuestas, con las cuales tiene más que ver el tapicero que el propietario. Otra cosa observé, y es la de que habitaciones señoriales adolecen en su interior de una falta de acabado que verdaderamente lastima. Me refiero á las habitaciones de la clase media: los muebles y los cortinajes resaltan sobre muros revocados en forma tan basta que no admiten parangón con las paredes de las casas de nuestros menestrales. Falta el toque del artista y la perfección del detalle.

Dos edificios me han producido grata impresión, mezclada con la fuerza atractiva de la novedad: el Mercado general de frutos y el Palacio de la Prensa. Aquél es como una fortaleza; sus grandes muros encarnados, de forma rectangu-

lar, junto al Riachuelo, simulan las murallas de una gran ciudad dispuesta para la defensa. A sus voraces entrañas afluyen trenes cargados de lana, de trigo, de cueros; todas las codiciadas riquezas del agro argentino se acumulan en sus gigantescos almacenes para distribuirse luego por todo el mundo. Allí se forman montañas de lana, médanos de trigo, pirámides de cueros que llenan las bodegas de los vapores que acuden de todas partes y se transportan al amparo de todas las banderas conocidas. Cuando se construyó, juzgóse que se había ideado una capacidad exagerada, y hoy su espacio resulta pequeño para el tráfico siempre creciente. En estos almacenes está la fuerza motriz de la gran ciudad; allí palpita la sangre de la agricultura y ganadería argentinas, las grandes fecundadoras de la populosa urbe, sin las cuales no fuera posible esta aglomeración humana, que es, por otra parte, un gran caudal estancado en daño de la población. Allí están los resortes que ponen en movimiento las arcas de los Bancos de la calle de la Reconquista, y la clave del lujo del Parque de Palermo, de los esplendores de la Opera, de los derroches de Mar del Plata.

El soberbio Palacio de la Prensa, que domina la ciudad con la lámpara eléctrica de su campanil, revela el poder de la prensa en este país, donde las empresas periodísticas realizan prodigios que fueran admirados en los más grandes centros de Europa y de los Estados Unidos.

Al Doctor Paz, el estudiante que comenzó publicando un periódico á mano, debe parecerle un sueño ver las proporciones que ha alcanzado su creación, contemplar ese monumento elevado á la inteligencia humana, donde el paciente encuentra alivio; el atropellado, consejo; el ansioso de saber, cátedra. El Palacio de la Prensa es el verdadero Palacio Real de la Opinión, verdadero Estado dentro de otro Estado, que simboliza á esta prensa portentosa de Buenos Aires, prez y honra de la prensa latina, que recoge diariamente las palpitaciones de toda la tierra; centro receptor de todas las corrientes que circulan por los cables y telégrafos, que son como el sistema nervioso del planeta.

Tienen aquí los periódicos, como atracción, la noticia rápida y profusa; como base, el anuncio pequeño y el reclamo repetido; como fuerza, el impulso de la opinión. Por esto el *interview* es su principal arma, habiendo ideado el redactor viajero, que recorre la República en todas direcciones, siendo el revelador de las cosas nuevas, de las necesidades imperantes y de los males ocultos.

A medida que vamos de un lado para otro, Buenos Aires, como me pasó en Londres, me produce el efecto, no de una ciudad, sino de un conjunto de ciudades yuxtapuestas. Cada barrio esenta carácter distinto, y aun deja oir distinto ioma, desde Belgrano, donde parece estar uno Richmond, hasta la Boca del Riachuelo, en

que se encuentra cualquiera transportado á la Liguria. La Avenida de Mayo, con sus grandes aceras, cafés, teatros y oficinas, me recordó la Canebière de Marsella, rebosante de animación y gritería; la calle de la Reconquista, con su multitud de Bancos, donde se empujan y codean los corredores y hombres de negocios, refleja la agitación febril de Lombard-Street en las horas de trabajo; la Avenida Alvear, ornada de aristocráticos hoteles, camino del delicioso bosque de Palermo, transporta á las vías que conducen al bosque de Bolonia, al caer de la tarde, cuando lo cruzan los lujosos coches que van al obligado paseo; la calle de la Florida, con sus brillantes tiendas, sus dos ó tres líneas de coches á la vuelta del paseo, ofrece el aspecto de la Carrera de San Jerónimo; el movimiento incesante del puerto, con su ir y venir de trenes, su entrada y salida de buques y su rumor de máquinas, sugiere la imagen de los docks de Londres, y, por último, la Boca del Riachuelo, con sus casitas de colores claros, sus bateleros y compadres, su típico bullicio, ofrece la mezcla de Génova y de Bilbao, el pintoresco desfile de la ría y el movimiento concentrado del Porto-Franco.

En Buenos Aires, como debe suceder en las ciudades que se improvisan en la América del Norte, se nota la suma de esfuerzos individuales aislados, insignificantes, acrecentados en valor por la acción colectiva que realiza las cosas que son de interés común. En lo que no significa

grandes servicios urbanos, en lo que afecta exclusivamente al individuo, existe gran libertad, presentando marcado carácter provisorio.

En cambio, todo lo que implica acción del Estado ó del Municipio, es decir, cuando alcanza á la colectividad ó á la salud del pueblo, es en cambio sólido ó definitivo.

Las casas son provisionales, pero las calles son definitivas, al revés de lo que pasa aquí, donde las vías suelen ser provisionales y las casas definitivas. Allí, la pavimentación, las cloacas, el alumbrado, el servicio de limpieza, las aguas corrientes constituyen obras duraderas y servicios de primer orden. Es admirable ver cómo son tenidas las calles, barridas y fregadas lo mismo que el piso de un salón, no viéndose en parte alguna inmundicias ni basura, libres de esas emanaciones pestilentes que son un atentado á la salud pública en las poblaciones reñidas con la higiene. De este modo la mortalidad, en pocos años, del 32 por mil ha descendido al 14 por mil, convirtiendo á Buenos Aires en una de las ciudades más sanas del mundo. La higiene ha salvado así más de 12,000 vidas anuales.

Imaginaos qué horror nos produciría saber que en una ciudad son víctimas todos los años de los asesinos 12,000 personas, y, sin embargo, esto, en realidad, significa dejar perecer por falta de limpieza, por causa de infección, debida á nuestra incuria, á los ciudadanos cuya salud es la suprema ley.

Bien se requiere la defensa de la higiene allí donde se batalla con tanto encarnizamiento. En todas partes se manifiesta la intensidad de la acción, la lucha implacable por vivir y prosperar entablada entre hombres llegados de los más diversos puntos del planeta: los venidos del viejo mundo, los aventureros, los desertores, los huídos, los audaces y ambiciosos que acuden al palenque donde se labran las grandes fortunas, empujándose por llegar, sin fijarse en los que caen, que sirven muchas veces de puente de paso.

Entre los que sobresalen y se encaraman, yacen los caídos, á veces desde grandes alturas, que se mueven inconscientes, muerta la voluntad de la acción. El atorrante, el hombre-perro como le ha llamado mi amigo Zulueta, que duerme en los rincones del puerto ó en las grandes tuberías que no han sido aun colocadas en su sitio, como Diógenes en su tonel, es el tipo de la degeneración humana que surge en esos grandes núcleos de civilización: vedle, buscando en los montones de basura la piltrafa abandonada ó el mendrugo arrojado á la calle, sin ánimo siquiera de alargar la mano para pedir limosna.

Sufre una verdadera locura de pasividad; es un gran trabajador que ha agotado sus fuerzas; un luchador que se tiende fatigado, en medio de la batalla; un hombre, en fin, que nada espera ya del mundo ni de sus semejantes. Son vagabundos devenidos, alcohólicos por necesidad,

pordioseros que piden caridad á las cosas más que á los hombres. El atorrante es el millonario de la miseria humana.

Y, triste es confesarlo, la vida exenta en absoluto de preocupaciones que arrastra el atorrante, ejerce á menudo cierta fascinación en los que luchan ardorosamente, porque en ella ven un fin, por desastroso que sea, un descanso, por horrible que parezca, haciendo dudar muchas veces de si se trata de un loco, víctima del ansia fracasada del bien material, ó de un ser desengañado que practica la filosofía de la sustracción social, abandonado exclusivamente á sí mismo.

En medio de esos milagros de la higiene pública, aparece el atorrante, que es el horrible testimonio de las siniestras miserias morales que se producen en el seno de los grandes núcleos humanos, rebosantes de progreso material.

Capítulo IX

El Palacio del Gobierno. — Visita al General Roca. — El Viejo Pastor y el Zorro. — Haces de trigo y luz de magnesio. — Visita á la Exposición Rural. — La ganadería argentina. — La lana de las vacas. — El General Mitre. — Recuerdos de España. — El Ministro Joaquín V. González y sus ideas directivas.

El ilustre general Julio A. Roca, Presidente de la República, se ha apresurado á concedernos la audiencia que hemos solicitado, señalándonos las dos de la tarde, en su despacho de la Casa de Gobierno.

Hemos acudido con antelación á la Casa Amarilla, acompañados del Presidente del Club Español, D. Rafael Escriña. Nos ha recibido inmediatamente el Ministro de Negocios Extranjeros, Sr. Terry, encargado de hacer nuestra presentación al Presidente.

El Palacio del Gobierno Nacional Argentino fué bautizado con el nombre de Casa Rosada por Sarmiento, á causa del color de rosa que desde tiempo inmemorial ostentaran sus paredes. Sarmiento, que aspiraba á sajonizar la Argentina,

quiso remedar con ello el nombre de Casa Blanca de Washington, ansiando verla animada por el propio espíritu.

Este grandioso edificio ocupa el sitio histórico más notable del Río de la Plata, el que sirvió de base á la fortaleza que mandó levantar don Juan de Garay, en 1580, para defensa de la ciudad que fundara. Esta fortaleza, completada por otros Gobernadores, comprendía los edificios que habitaron las primitivas autoridades de Buenos Aires y más tarde los Gobernadores y Virreyes del Río de la Plata.

Caído el Gobierno de Rosas, se convirtió la fortaleza en Aduana, y el General Mitre, siendo Presidente de la República, estableció en este edificio el Gobierno Nacional. En tiempos del General Roca se dictó la ley de 22 de octubre de 1883, por la cual se autorizó la construcción del Palacio del Gobierno en aquel mismo lugar, aprovechando el edificio levantado para Correos en el ángulo sudoeste, cuyo estilo arquitectónico sirvió de norma al resto de la construcción, que fué ligada al ala primitiva por un grandioso arco central.

Este edificio monumental, á cuatro vientos, que abarca una superficie de más de nueve mil metros cuadrados, domina por completo el puerto, y se distingue desde lejos con su grupo de tatuas gigantescas, colocadas en la parte más a del cuerpo central, representando á la Reíblica Argentina rodeada de la Agricultura, la

Industria, el Comercio y la Ciencia, apoyadas en la fuerza al servicio de la Patria y en la Historia, que señala el pasado como enseñanza para lo porvenir.

El Ministro Terry, descendiente de Cádiz, presentónos al General, quien nos ha recibido con suma efusión, diciéndonos de buenas á primeras: « Deseo vivamente que en la Argentina se consideren en su misma patria ».

Julio Roca es un hombre de unos sesenta años, que conserva en su cutis la frescura de la juventud y en su mirada escrutadora la expresión de una energía que está lejos de declinar. Tiene lo que se llama ángel; por su actitud descuidada, por su manera de hablar y, más que nada, por el halago especial de sus palabras, me recordó á Sagasta, al Viejo Pastor como le llamábamos nosotros, muy parecido al Zorro, con que han bautizado á su Presidente los argentinos.

Como D. Práxedes, el General Roca ha contado siempre con dos factores para llevar adelante sus empresas: la maña y el tiempo, esto es, la habilidad del que sabe manejar el rebaño, y el movimiento de reacción ó el olvido que se produce siempre, con tal que le demos espacio para llegar. Es un gran conductor de hombres y tiene la fuerza sugestiva de la voluntad resuelta.

Al par de Sagasta, caracteriza su rostro cierto aire de tristeza propio de los que mantienen intensa vida interior. Se distingue de Sagasta en que, puesto en contacto éste con un pueblo en

decadencia que no despertaba fe alguna en su espíritu, procuraba ganar tiempo y se valía de su astucia para evitar los males que entreveía, mientras el General Roca, en el seno de un pueblo joven, en cuyo porvenir tiene plena confianza, se impone para obligarle á marchar en sentido progresivo, y eleva ó inutiliza á los hombres políticos, según le ayudan ó estorban, para imprimir á la nación que se está formando el sello de la civilización moderna, dando así mayor eficacia á los esfuerzos de su gobierno puramente personal.

Es un Dictador que no lo parece, porque sabe mantener la ficción constitucional; pero en todas partes se encuentra su voluntad y un sometimiento expontáneo del pueblo á sus designios. Como Porfirio Díaz en México, el General Roca es un cacique civilizador. Su voluntad es ley, pero hay en él la voluntad de realizar el progreso de su país. Mientras Porfirio Díaz simboliza la antigua raza mexicana, la más culta de América, que parece reconquistar el suelo de sus progenitores por el esfuerzo de un hombre en cuyas venas se mezclan la sangre de los conquistados y de los conquistadores, el General Roca es el representante de los antiguos capitanes y de los modernos emigrantes, que consagra definitivamente el predominio de la raza europea en la Argentina.

El General Roca realizó la gran expedición contra los indios de la Pampa y abrió una ex-

tensión inmensa de territorio, en poder todavía de los aborígenes, á los emigrantes del viejo mundo.

La República Argentina es una de las naciones Americanas en que predomina con más fuerza la sangre europea. La población india, que en 1819 se estimaba en 175,000 individuos, ha quedado reducida á unos 20,000, viviendo la mayor parte en los territorios del Chaco y de Formosa y un resto muy pequeño en la Patagonia y Tierra del Fuego.

De igual suerte que con los prodigios de la mestización va desapareciendo la raza criolla, los cruzamientos seguidos con los blancos borran de la fisonomía los rasgos indios, que se conservan indelebles en los países americanos donde no tiene fortaleza la inmigración caucásica.

La Argentina tiene sobre los Estados Unidos la ventaja de no ofrecer el problema negro.

A pesar de que la trata adquirió en Buenos Aires gran desarrollo, el clima templado y el contacto con una gran masa de población europea, fueron sin duda causa de que los negros se disiparan absorbidos ó destruídos en esta lucha etnográfica. El negro, en la Argentina, es un elemento decorativo; generalmente, los Ministros y los altos empleados lo lucen á la puerta de sus despachos, vestido con lujosa librea.

El General Roca dió el golpe de muerte á la población india, que era un obstáculo para la

completa colonización de la provincia de Buenos Aires. Y aquel mismo hombre que no vaciló en llevar la guerra de exterminio á las Pampas, porque ello implicaba un aumento en la riqueza y en el poder de la nación, después de haberse preparado perfectamente para la guerra con Chile, fué quien impulsó sin vacilaciones la paz, oponiéndose á la corriente popular favorable á la guerra, viendo claramente que, aun en el caso de triunfar, atajaba la marcha progresiva de la República. La mayor gloria del General Roca será la de haber comprendido que el aseguramiento de la paz era la principal victoria para la Argentina, así como también un triunfo para la América latina, que daba señales de haber llegado á la madurez.

Junto á la mesa del General se veían soberbios haces de trigo y de lino formando panoplia, que mostraban el estado de las cosechas en diversas comarcas de la República, y ponían en evidencia cuál era la preocupación de aquel Presidente, convencido de que la fuerza impulsiva del avance argentino radica en las entrañas del pródigo suelo.

Hablando con nosotros, recordó el General Roca, con íntima satisfacción, que su abuelo era catalán, hijo de Mataró, la perla de esa costa catalana donde continúa siendo familiar el nombre del Río de la Plata.

Estábamos conversando de las relaciones comerciales con España, cuando entró un edecán

y habló en voz baja al Presidente. Creímos todos que anunciaba la visita de un diplomático y quedamos sorprendidos cuando, dirigiéndose á nosotros, exclamó el General:

—Ignoro si en España padecen ustedes la calamidad que nosotros sufrimos: el fotógrafo instantáneo.

—Algunos casos tenemos, repuso uno de mis compañeros.

—Hay uno en la antesala, que se empeña en sacar un grupo; de manera que, si ustedes no tienen inconveniente, nos someteremos al tirano.

—Cuando el Presidente de la República se allana tan fácilmente, ¿qué hemos de hacer nosotros?

Al instante estuvimos enfocados y con la amenaza del disparo de magnesio. No tuvo bastante con uno y hubimos de soportar dos.

El despacho Presidencial se convirtió en un Sinaí y no hubo más remedio que abrir las ventanas para dejar libre salida á la nube que nos atosigaba.

Despedímonos del Presidente, complacidos en extremo de su afable acogida, y al poco rato le saludamos en la calle en su coche particular, cuando dejaba el Palacio del Gobierno para dirigirse á su modesta vivienda, donde se sustrae todos los días á las preocupaciones del gobernante para hacer la vida del hogar tranquilo.

Al día siguiente, por la tarde, mientras visitábamos la Exposición Rural nos manifestaron

que el General Roca acababa de llegar y había preguntado por nosotros. Salimos á su encuentro y se convirtió el Presidente en nuestro *cicerone,* haciéndonos ver y admirar los ejemplares soberbios de la ganadería argentina que revelan como el hombre moldea á su gusto los animales por medio de la selección de los tipos engendradores. La Exposición Rural hace veintisiete años que viene celebrándose en Buenos Aires, y en estos anuales concursos se ha ido manifestando gradualmente el mejoramiento de la ganadería argentina, por el constante refinamiento de las razas indígenas. Tanto ó más que el inmigrante europeo ha contribuído al adelanto y á la riqueza de esas Repúblicas el animal inmigrante: el toro, el caballo ó el carnero de superiores razas, pagados á peso de oro, que han traído de Europa los hacendados, para crear razas nuevas á base de animales criollos, descendientes de los que aportaron los primitivos pobladores.

En esta obra de verdadera creación, en que el ganadero se nos presenta con rasgos de artista, armonizando los tipos de la belleza con los del superior rendimiento, se han conseguido resultados prodigiosos, de modo que se prevé la posibilidad, en tiempo no lejano, de concurrir en los grandes centros ganaderos del mundo con los reproductores de razas puras argentinas.

Aun cuando estas razas, por su nombre y por su aspecto, parecen razas genuinamente euro-

peas, ya que el sedimento criollo se debe á los españoles y los actuales reproductores proceden de Inglaterra, Francia y otras naciones del viejo mundo, es de creer que el medio ambiente, los pastos y en general esa influencia misteriosa del suelo y de la vida, darán rasgos propios y cualidades distintivas á los Linconn y á los Rambouillet, á los Durhan y Herefort desarrollados á orillas del Plata.

El Presidente de la Sociedad Rural Argentina, D. Ezequiel Ramos Mejía, ilustró con sus explicaciones nuestra visita á la Exposición Rural. Precisamente aquel día funcionaban las desnatadoras de todos los sistemas conocidos en el mundo. La industria lechera, que es el mejor complemento de la ganadería, en pocos años ha conseguido un crecimiento asombroso. Cinco años ha, no se fabricaba manteca, y en tres años ha prosperado de tal modo la cremería, que se han exportado en 1902, cinco millones de kilos. Se ha realizado el anhelo de Ramos Mejía, quien en uno de sus discursos decía á los hacendados que era preciso también encontrar el modo de tonsurar á las vacas. Ya se ha encontrado el similar de la lana, y este millar de cremerías instaladas en toda la República, no sólo constituyen un manantial de riqueza nueva, significan al par un factor de civilización. Por su medio se realiza la evolución fecunda de un país que eleva el primitivo pastoreo á moderna industria, agrupando á los hombres disemi-

nados en núcleos de cultura donde la fuerza muscular y el individualismo salvaje se truecan en impulso mecánico y en cooperación educadora. Asimismo el antiguo carneaje que inducía á sacrificar á una res por su cuero ó por un trozo de carne, retrocede á medida que avanza el frigorífico, donde el gaucho sanguinario se convierte en obrero, y la matanza bárbara en industria refinada que aúna las exigencias más severas de la higiene con los últimos adelantos de la física.

El lechero á caballo, casi siempre vasco, era un tipo popular en Buenos Aires; repartía á domicilio la leche traída de los tambos más próximos á la ciudad, en competencia con las vacas sueltas, moviéndose entre el barro ó el polvo; ahora los tamberos van cediendo el paso á los grandes establecimientos modelos, algunos de los cuales, como la Martona y la Marina, ordeñan 3,500 y 4,500 vacas diarias, contando aquélla más de 41 casas de venta en la capital, en las cuales se cumplen con rigor todas las ordenanzas sobre higiene. En Buenos Aires se consumen unos 200,000 litros de leche por día, y justo es que se procure que ese alimento sea servido en las mejores condiciones y no se transforme en peligroso como sucede muchas veces (1). Esas lecherías modelo, limpias, recubiertas de már-

(1) *La leche de consumo en Buenos Aires.* Estudios bacteriológicos y químicos por el Dr. José Badía, Director del Laboratorio bacteriológico de la Asistencia Pública. 1902.

mol y de estuco, atractivas á los ojos por su pulcritud y blancura, forman más adeptos que los predicadores contra el alcoholismo. Estoy persuadido de que por cada nueva lechería que se abre se cierran diez tabernas, teniendo un gran enemigo el vino y la cerveza en la leche. Bien hace la Intendencia Municipal en combatir por todos los medios las alteraciones y sofisticaciones de la leche, siendo como es un podèroso auxiliar de los grandes elementos de salubridad que ayudan á la vida de la población.

Nos despedimos del General Roca y del señor Ramos Mejía, encantados de aquella visión clara de la riqueza creciente del agro argentino, donde radica la substancia nutriz de la República.

Por la noche tuvimos el honor de ser recibidos por el anciano General Mitre, D. Bartolo, como le llaman familiarmente los argentinos. El Ingeniero D. Emilio Mitre, hijo del General y Director de *La Nación,* fué nuestro amable introductor. Vive el General en una casa contigua al edificio de *La Nación,* en la calle de San Martín, que le fué regalada por el pueblo cuando cesó en la Presidencia de la República.

Por delante de este edificio desfiló todo el pueblo de Buenos Aires al cumplir ochenta años el General, pagando así el tributo debido á la honradez acrisolada y al civismo que avaloran la vida de ese gran argentino, iniciador del progreso moderno de su patria. Como los generales de la antigüedad, el General Mitre ha sabido

manejar con la misma destreza la espada que la pluma. La figura de Belgrano y la silueta de San Martín y de Bolívar surgen con gran relieve de las páginas de sus libros históricos, pródigos en documentos y datos más que en juicios.

El General Mitre nos dió acogida en su famosa biblioteca, notable no sólo por la cantidad sí que también por la calidad y rareza de varias de sus obras. Con el Senador D. Estanislao S. Zeballos comparte el General la especialidad de los libros raros sobre América, que conservan como preciadas reliquias, exhibiéndolos en hermosa competencia.

El General Mitre es alto, enjuto de carnes, de rasgos fisonómicos pronunciados, como de rostro adecuado para el cuño. Recuerda su perfil el de Wagner, habiendo sido trasladada al lienzo su imagen por dos grandes pintores españoles: Raimundo de Madrazo y Francisco Domingo. El retrato de Madrazo ocupa preferente lugar en el despacho del General, y el de Domingo, que fué pintado por encargo de los admiradores del General, no ha sido entregado todavía á se destinatario yo no sé por qué dificultades.

En los armarios de la biblioteca del General Mitre yacen documentos de innegable valor para la historia argentina, no sacados todavía á la luz por referirse á hechos demasiado recientes, y á hombres no juzgados todavía, pero que serán materiales codiciados de los futuros historiado-

res. Especialmente cuanto hace referencia á su persona allí está, por honroso que sea, guardado y oculto, al extremo de que tan sólo cuando fué injustamente atacado por los diarios brasileños, estando nosotros en Buenos Aires, al hablar de la malhadada guerra contra el Paraguay, exhumó documentos que acreditaban por completo su irresponsabilidad en un acto desgraciado de la campaña que imputaban á su voluntad. Durante el transcurso de tantos años no había querido justificarse, asumiendo, como buen compañero, la responsabilidad colectiva.

Hablónos Mitre de los generales españoles que lucharon con los caudillos de la Independencia, y á este propósito nos decía: « Aseguro á ustedes que me causan asombro y admiración las hazañas de esos generales españoles, abandonados, solos, sin recursos, en un país enemigo, luchando con esa perseverancia y valor que les convierte en héroes. Pezuela, Tristán, Ordóñez y otros, á medida que transcurra el tiempo, son figuras que adquirirán proporciones y ocuparán el primer término en las jornadas de la epopeya americana. En mis libros he procurado hacerles justicia, guiándome por la imparcialidad que obliga á reconocer las cualidades y las proezas de los enemigos ».

Recordando el General su estancia en España, que le fué sumamente grata, nos contó una anécdota que quiero consignar. « A los dos días de haber llegado á Madrid fué á verme el Secreta-

rio de la Real Academia de la Lengua, siendo portador de un ejemplar de la última edición del Diccionario que acababa de publicarse, con una dedicatoria muy expresiva y cariñosa del Conde de Cheste. No pude menos, dijo Mitre, que expresar mi extrañeza por tan singular prueba de personal estima, mucho más teniendo presente que, con motivo de la traducción de la *Divina Comedia,* había dado un feroz varapalo al Conde, que no tenía en verdad motivos para guardarme buenas ausencias. Entonces el Secretario repuso: El Conde de Cheste no ha olvidado la crítica acerba del General Mitre, que le dió una estocada con su pluma, pero el Marqués de la Pezuela no olvidará nunca la manera cumplida é imparcial como el historiador D. Bartolomé Mitre trata á su padre el General Pezuela, en sus campañas de América, y váyase lo uno por lo otro».

En realidad, hubimos de replicar nosotros, fué usted, General, tan justiciero con el padre como con el hijo.

El General Mitre goza de una autoridad inmensa: los juicios de *La Nación,* inspirados en el criterio del General, pesan en la marcha de los acontecimientos. La acción fiscalizadora de este gran Diario ejerce marcado influjo en los hombres y en las cosas de la Argentina, por la confianza que á la opinión merece.

Por medio de *La Nación* se comunica con todos sus conciudadanos el espíritu del General Mitre,

libre ya de las ambiciones del Poder que infunden recelos y desconfianzas, prestigio consagrado que reina moralmente en su pueblo. Por dichosa puede darse la nación que cuenta en su seno con una personalidad indiscutible, alejada ya de las luchas por la posesión del Poder, cuyos acentos patrióticos y desinteresados puedan servir de orientación en los supremos momentos de una crisis ó de freno á los vicios de los gobernantes y de las multitudes.

Al día siguiente, pudimos apreciar los méritos de otro hombre público que es el representante de la nueva generación: el Doctor Joaquín González, Ministro del Interior. Fuimos presentados á él por nuestro buen amigo el Doctor Atienza y Medrano, Presidente de la Asociación Patriótica Española, español de buena cepa, escritor cultísimo que así en la prensa como en la cátedra ha alcanzado merecida buena fama. El Doctor González nos invitó á una comida íntima, en el Restaurant Sportman, en la cual fué el mejor plato la conversación, amenísima y caldeada como de antiguos camaradas. Daban carácter á la fiesta los aires populares argentinos que ejecutaba la orquesta, y las figuras graciosas y los pasos cimbreantes del Pericón Nacional que nos brindaba el cinematógrafo.

El Doctor González, joven todavía, es el hombre civil que ha llegado al Poder por el valimiento personal, impulsado por su cultura, entre los que todavía deben principalmente su

prestigio á los hechos militares. Llegó de la lejana provincia de la Rioja, llevando profundamente grabada la imagen grandiosa del Famatina, á cuya falda se asienta su pueblo, con sus cúmulos de nieves seculares; y, joven aún, es un triunfador que lo debe todo á su energía intelectual. Liga al entusiasmo por la República el amor entrañable á la tierra que le vió nacer, fortaleciendo así con el sentimiento la idea de autonomía en que se basa la organización política de la Argentina. Una de las tradiciones que aviva su gratitud á España es la de libertad municipal, la de esos cabildos que *parecían Repúblicas perfectas dentro de una monarquía de hierro,* que duraron en América cuando ya el absolutismo de la Casa de Austria había hecho tabla rasa de ellos en la metrópoli, manteniendo el espíritu de independencia que preparó la emancipación definitiva de las diversas naciones americanas.

El Doctor González, que ha sido Ministro de Instrucción Pública, y que lo es ahora del Interior, empuja justamente las dos fuerzas más pujantes para asegurar lo porvenir de la nacionalidad: la tradición y la cultura. « Desconfiemos, dice en su hermoso libro *La Tradición Nacional,* de ese patriotismo convencional que se adquiere con el cerebro y que no reside en el fondo del alma como un elemento de vida ». Ansía para su país la formación consistente de una tradición nacional, engendradora del senti-

miento nacional, la primera y más viril manifestación de la unidad social, de la fortaleza de los vínculos políticos y morales, de la vitalidad de un Estado (1).

En Joaquín V. González encontramos al hombre plenamente reconciliado con el pasado. Nacido al pie de la gigante cordillera que sirvió de arrimo á los quichúas y á los incas, educado en la Universidad de Córdoba, que guarda aún el ambiente de la época colonial, sumergido en la ciudad abierta á las corrientes de la vida moderna, siente el perfecto enlace del remoto pasado con la América de la conquista, y al propio tiempo es un espíritu preparado para labrar el progreso futuro de su pueblo.

Pertenece á una generación que no presenció los hechos sangrientos de la Independencia; hombre de estudio, sabe apreciar la grandeza de la civilización que desapareció con la Conquista, y logra descubrir en las modernas Repúblicas la fusión de las razas nativas con los pueblos invasores, sediento de una literatura y de un arte que esculpa en el bloque informe que hoy ofrece la epopeya americana, las estatuas y los relieves que consagrarán en formas inmortales su confusa grandeza.

Por esta causa se compaginan en su alma el culto á la civilización primitiva, lleno de piedad, con la admiración á los españoles, mez-

(1) Joaquín. V. González, *La Tradición Nacional*. Buenos Aires, Félix Sajonane, 49, Calle del Perú, 1888.

clada de perdón, sintiendo latir en sus venas la sangre y las ideas de dos pueblos que se fundieron en la lucha, animados por la misma tradición heroica y el propio anhelo de dominación. Llevado por el hondo afán de crear patria, contempla los hechos siniestramente grandes de la anarquía desatada por la Independencia, como fuerzas horribles que presiden á la formación de las nacionalidades para encarnar el instinto social y el amor de la tierra que, al sanearse la atmósfera, son la firme base de los Estados y de los Gobiernos.

Ese amor entrañable al pasado sírvele para mirar resueltamente al porvenir, seguro ya de la existencia de la patria. Y, perfecto conocedor de los resortes que han levantado á los pueblos, cifra todo su afán en imprimir energías directivas á la enseñanza nacional. En la escuela debe mantenerse el calor del patriotismo, y al mismo tiempo la afición y la aptitud para el trabajo, considerándolo como el solo medio capaz de hacer la felicidad posible de los hombres en su hogar y en su país. Sabe descubrir el más grande peligro nacional, en la aversión ingénita de todos al trabajo individual y directo, en este afán de consumir y de no producir bastante, que induce á los más á buscar en el estipendio fijo y en la oficina pública la solución del problema de la vida (1). El mal de la

(1) J. V. González, *Ideales y Caracteres*. — La Plata (1903), pág. 32.

retórica en que se consumen tantos pueblos de nuestra raza le lleva á querer transformar la educación nacional, dando orientación científica á la enseñanza clásica y carácter positivista á la instrucción, á fin de crear hombres aptos para la vida, que se presten á la acción independiente, tan fecunda y esencial en un país que se está elaborando.

Ofrece Joaquín V. González el tipo de un castellano viejo, con el hablar dulce y pausado de los argentinos del Norte, que son los meridionales de la República. Su grave semblante se contradice con la gracia sutil de su palabra, que traduce la sonrisa interna del que vislumbra el aspecto risible de todos los hombres y de los hechos. Asombra lo que ha producido en medio de los quehaceres de la política, de la cátedra y del bufete.

El conocimiento de estos tres hombres nos ha hecho apreciar los elementos que cooperan al porvenir de la Argentina. Mitre es el recuerdo glorioso, el prestigio intachable que sirve de ejemplo y de moderación; el General Roca, la realidad presente, el hombre que ha trazado el camino para llegar á las alturas; Joaquín V. González, la esperanza risueña, el porvenir que se anuncia con los esplendores de la cultura y del trabajo, alejándose de la violencia para aproximarse al ideal de justicia, que es la mayor fuerza civilizadora de los pueblos.

Capítulo X

Buenos Aires implica un estado congestivo. - Causas de ese estancamiento humano. — Falta de justicia en el interior. — Fascinación que ejerce la capital sobre el inmigrante. — La ley de Residencia. — Opinión de Juan A. Alsina. — Buenos Aires como metrópoli de la población humana y de la hacienda de toda la República. — El desarrollo prematuro de la industria manufacturera. — El lujo y la miseria. — El reverso de la medalla.

orprende, en verdad, la desproporción enorme entre la población de Buenos Aires, la capital federal, y la población total de la República. Tiene aquella más de 900,000 habitantes, siendo ésta de cinco millones, lo que significa que la capital absorbe la quinta parte de los habitantes de la Argentina.

Semejante hipertrofia, que contrasta con la despoblación del interior, revela un estado congestivo que se presta á graves meditaciones. Ese estancamiento de hombres en un país que está reclamando en sus grandes soledades la fecunda corriente humana, se atribuye principalmente á la falta de justicia en el interior. Por nuestra

parte, creemos que no es una sola la causa, sino varias.

Dentro de la gran ciudad existen la seguridad y la justicia, pero en el campo se cometen grandes desafueros, y se explica por la dificultad de comunicaciones, que erige á los gobernantes en dueños de la situación, franqueando la impunidad de los abusos.

Según me han manifestado, el Comisario prescinde, generalmente, de los autos del juez, convirtiéndose en dictadorcillo, y, á medida que crecen y se desarrollan los centros de población y de riqueza, los criollos que no encuentran en ellos natural cabida (porque no sirven para el trabajo activo) se apoderan de las funciones de la Administración y de la Justicia, que responden á sus aficiones burocráticas. No fuera esto temible si no mediara cierta convicción de superioridad sobre el emigrante, que predispone á la opresión y á la granjería.

Algo habrá de cierto, cuando los periódicos relatan continuamente sucesos que acusan la inseguridad personal y la de los bienes en los lejanos territorios nacionales.

La Prensa, por ejemplo, publica uno de estos días, un artículo titulado «La vida sin garantías», encabezado así: «Un eco significativo han encontrado siempre en la prensa metropolitana las reiteradas denuncias que llegaban del Neuquen sobre la inseguridad de la vida y hacienda de aquel vecindario, á causa del bando-

lerismo reinante y de la poca actividad que desplegaba la policía en todos los casos en que sus servicios eran requeridos».

Los diarios insertan á menudo sueltos parecidos que, si por una parte evidencian el mal, prueban también que no se mantiene oculto, lo cual implica una esperanza de remedio.

Un dato expresivo es el de la enorme desproporción entre los naturales y los extranjeros en la capital federal. Según el Anuario Argentino de 1903, en una total población de cerca 900,000 habitantes, 350,000 han nacido en el extranjero. En la Provincia de Buenos Aires se nota la misma aglomeración desproporcionada respecto al resto de la República (1).

Esta anormalidad crónica preocupa justamente á los gobernantes. Nos decía el señor Civit, Ministro de Obras públicas, que es de lamentar esa obsesión que se apodera de los emigrantes, empeñados en permanecer en la ciudad, desdeñando la campiña, con lo cual acrecientan la legión de sobrantes que existe en los bajos oficios urbanos.

Quizás ayuda á esta atracción la circunstancia de penetrar casi siempre el inmigrante en la República por Buenos Aires. Al llegar sufre, por lo tanto, el deslumbramiento de esa gran ciu-

(1) *The Argentine Year Book, 1903. — The City of Buenos Aires* Los 350,000 extranjeros se distribuyen como sigue: 182,000 italianos, 41,000 españoles, 33,500 franceses, 20,000 uruguayos, 7,000 ingleses, 3,500 alemanes.

dad, con su lujo y febril movimiento, donde parece que no quedan huecos para la miseria. Allí oye hablar de fortunas improvisadas, siente la fascinación del goce material y, aun cuando vaya al campo, sale con el propósito de regresar, así que pueda, á Buenos Aires, llevando la nostalgia urbana.

En estos últimos años los únicos labradores, ó, por mejor decir, los que llegaban para trabajar en el campo, eran los italianos. La emigración gallega, que es la más numerosa española, tiende á quedarse en las ciudades, y esto será causa principal de nuestra inferioridad en lo futuro, puesto que allí donde se labran las fortunas y se crean las posiciones es en las comarcas rurales, empleando la actividad en la agricultura y en la ganadería. En los campos yacen muchas veces las mieses sin segar por falta de brazos, y la gente se arrastra ante las oficinas de las ciudades, leyendo en todas partes: «No hay empleos».

¡Quién sabe, decíamos, si la dirección fuera distinta, si entraba la inmigración por un puerto distinto, el de Bahía Blanca, pongo por caso, donde, en vez de sufrir la dominación de la ciudad, tendría la sugestión del campo que llega allí triunfador, con su avalancha de productos naturales!

Esta *capitis augmentum,* que puede estimarse como un síntoma del gran desenvolvimiento que espera á la República, fué para mí motivo de

constante indagación. Por esto quise oir la opinión de diversas personalidades.

La ley de Residencia, en sentir de muchos, ha venido á agravar la situación del extranjero en el campo, porque da mayores armas á la arbitrariedad. Esta ley fué dictada en un momento de pánico, por efecto de una huelga pavorosa, y ha sido un gran error político, según mi modo de sentir. En este país, el incremento de la inmigración debe ser principalmente el objeto de los gobernantes y estadistas; cuanto tienda á atajarla es contrario al progreso y á la prosperidad de la República. Una de las fuerzas que más arraigan al hombre á un suelo extraño, es la seguridad plena de su permanencia y la garantía absoluta de su trabajo. Cuando el hombre tiene ante sí la constante amenaza del destierro, no trabaja con fe ni produce con toda la intensidad de su esfuerzo; sueña tan sólo con el regreso. Cuando existe la posibilidad de verse obligado á abandonar los frutos de su labor, no hay el incentivo de las futuras cosechas ni se ofrecen perspectivas al ahorro.

La ley de Residencia pone al extranjero á la disposición del Comisario de Policía. La Justicia no puede ampararle; si una preocupación, un temor infundado ó una venganza personal le arrojan fuera del territorio, no encuentra de momento amparo contra la injusticia. El Juez, en este gravísimo trance para un colono, queda supeditado al polizonte.

Es, por lo tanto, muy natural que el inmigrante prefiera la ciudad, donde no se encuentra tan aislado y en que no caben los grandes abusos, por la publicidad que alcanzan los hechos más insignificantes.

Cumple hacer constar que la ley de Residencia cuenta entre los naturales grandes adversarios, y razón tienen que les sobra. Póngase reparo, si se quiere, en dejar entrar á determinados individuos, pero, una vez admitido el inmigrante, ya radicado en el país, désele la seguridad de que no será expulsado en tanto no medie una resolución judicial, fundada en actos contrarios á la ley ó perjudiciales á la nación que le ha acogido en su seno. Establézcase, si se quiere, un procedimiento sumarísimo, pero déjese en manos del Juez la libertad del residente á fin de que tenga el derecho de defensa.

Sólo así recobrará la tranquilidad que ha perdido el colono, aumentando la resistencia que ofrece la estancia en el campo, cuyo fomento de población debe de ser el capital interés de la República. Puedo declarar, porque lo he oído en el seno de la intimidad, que aun los más reñidos con todo linaje de radicalismos, ante la ley de Residencia han sentido hondo sobresalto, previendo la contingencia de ser víctimas de ella. Es más, algunos hay que han realizado sus escasos bienes, y han emigrado de su patria adoptiva, aquejados del natural temor que inspira una ley ejecutiva tan sumaria que no consiente

defensa, aun cuando sea del todo evidente el atropello.

El Jefe de la Sección de Inmigración, D. Juan A. Alsina, departió largamente con nosotros acerca de esa desproporción entre la cabeza y el cuerpo de la República, y sus opiniones causaron cierta mella en mi ánimo. La grandiosidad de Buenos Aires, que parece un desequilibrio morboso, comparando su población humana con la del resto de la nación, se explica, si bien se considera, que el inmenso territorio de la República no aparece tan despoblado si á los hombres se suman los ganados que viven en sus praderas, trabajando inconscientes, sin interrupción, para la mejora de su suelo y el aumento de su riqueza. Estas reses que, solas, discurren entre los alambrados, son genuinos productores que con su labor incesante fertilizan la tierra y ayudan al desenvolvimiento y sostén de la Argentina. Según el censo de 1901, la ganadería argentina comprende 30 millones de ganado bovino, 5 millones de caballar, 500,000 de asnal y mular, 120 millones de lanar, y unos 4 millones entre porcino y cabrío. En conjunto, 159 millones y medio de cabezas, que en doce años (desde 1888), ha aumentado en 60 por 100. Esta población animal, repartida en una extensión de 3 millones de kilómetros, ocupa un kilómetro cuadrado por cada 53 cabezas, mientras la población humana no llega á dos habitantes por igual extensión. Pocas ciudades habrá en el

mundo que aventajen á Buenos Aires en punto á población caballar, ni que tengan esa copia de vacas lecheras que producen sin cesar para el sustento de la población. Entre carros y carruajes, el número de vehículos, prescindiendo de los tranvías, pasa de 20,000.

Por todas estas razones, Alsina sostiene que no hay que considerar á Buenos Aires tan sólo como capital de los hombres, como metrópoli de la población racional, sino como la capital de todos los seres que viven en la República, la ciudad cabeza de los ganados, el emporio de la hacienda, como llaman al conjunto de las reses en la Argentina. De esta manera se justifica su grandiosidad y aparente desproporción, porque en ella se condensa toda la producción y el crecimiento de la vida zoológica, convirtiéndola en núcleo de una población enorme que, con su labor no interrumpida, transforma y enriquece la tierra que es la base física, moral y económica de la nacionalidad. Desde este punto de vista Buenos Aires se trueca en la capital de 160 millones de seres productores que encuentran en ella el corazón que impulsa el torrente circulatorio de la riqueza creada y la nueva energía que reclama el esfuerzo incesante.

Según mi propia manera de ver, ha influído grandemente también en este desarrollo excesivo de la capital la fabricación, ó sea el empeño por desarrollar las industrias manufactureras, forzando la evolución del desenvolvimiento eco-

nómico. Un país que está en los comienzos de su crecimiento, que tiene toda su potencialidad en el suelo desierto é inexplotado, á fuerza de una protección exagerada ha querido implantar toda suerte de industrias, robando gente á la industria natural en la Argentina: la Agricultura. Esto ha sido origen de la aglomeración urbana que sufre la República, causa manifiesta de dos males que no se conciben en un pueblo joven y donde toda actividad tiene aplicación adecuada: el pauperismo y el proletariado. La industria retiene en las urbes la masa que requiere el campo, los brazos que pide la tierra generosa que guarda en sus entrañas tesoros que responden siempre al trabajo.

Después de haber visto Buenos Aires, donde la gente sobra y hay hambrientos, pensando en las grandes comarcas faltas de hombres y pródigas en frutos, se siente uno fisiócrata, creyendo que sólo en la tierra, en el suelo y en el subsuelo se encuentra el manantial de la riqueza. Más, todavía, cuando vemos confirmado ese contraste doloroso que señala tan bien Georges entre el progreso material y la miseria, entre el mayor lujo y la pobreza más profunda que se observa en las grandes ciudades, donde la propiedad de pocas áreas de terreno constituye un patrimonio. Por una gran injusticia, es allí donde el producto del trabajo se acumula á favor de los que no trabajan, y donde la labor social y colectiva aprovecha á los que permanecen cruza-

dos de brazos, limitándose á ser poseedores de un trozo de tierra baldía.

Imaginad por un momento la ciudad sola, después de un cataclismo que hubiese inundado nuevamente la llanura incomensurable, y tendríais la laguna que desaparece cuando se agotan los manantiales que proveían á su caudal. Y, sin embargo, la ciudad es ingrata con el campo: en los países viejos la vemos atrayendo á sí por todos los senderos á los habitantes del campo, y en las naciones jóvenes intercepta el paso de los que debieran ir al agro; aquí despuebla la campiña, y allí impide poblar las grandes extensiones que esperan la llegada del hombre para mandar á la ciudad sus frutos.

Fijándonos en el reverso de la medalla, no negaremos que una gran ciudad se convierte en foco donde se concentra la vida y la cultura, siendo una escuela de sociabilidad y un centro apropiado para la selección de los hombres. El cuerpo padece en su ambiente, pero el nivel intelectual se eleva, sucediendo que la ciudad, por cada cien que retiene en su seno, envía uno al campo con facultades directivas y pensamiento propio. Además, una gran capital es la cifra que hace ostensible la prosperidad ó la valía de un pueblo desde el exterior, calificando á un pueblo ante el mundo, y en este punto los bonaerenses pueden envanecerse de haber conquistado para su ciudad el título de París de América.

El ideal fuera aprovechar la ciudad y su estancamiento humano para filtrar la inmigración, como se depuran las aguas de un río en los grandes depósitos que sirven para almacenar las aguas corrientes. El problema consiste en aprovechar la condensación de hombres que se produce en la capital para derivar raudales que vayan á fecundizar la tierra inexplotada. Conseguir lo contrario de lo que se produce en los países viejos: la emigración de la ciudad á los campos.

El coronel Holdich, que recorrió todo el país, fijándose en los terrenos baldíos á corta distancia de la colosal metrópoli que absorbe la mitad de la inmigración nacional para distraerla en tareas manuales é improductivas, llegó á la sana conclusión de que para corregir esa tendencia hipertrófica es necesario implantar la colonización, sin la cual la emigración nada significa, difundiendo la población por virtud de iniciativas que la estimulen á formar centros de industrias rurales.

Hay que desbordar el remanso, deshinchar la gran capital, quitando campo de acción á los funcionarios y á los oficinistas, convirtiendo á los proletarios en agricultores, trocando los glóbulos blancos de la sangre estancada en los glóbulos rojos de la sangre circulante.

Capítulo XI

Los extranjeros no se naturalizan. — Los españoles no se inscriben en el Consulado. — Se divorcian del Estado y mantienen el amor á la nacionalidad. — El particularismo regional acrecienta la cohesión. — La beneficencia animando el espíritu de la colectividad. Sociedad de Beneficencia Española. — El Hospital Español. — Sus excelencias.

Según el último censo de la República Argentina, llevado á cabo en 1895, solamente 1,638 personas nacidas en el extranjero obtuvieron ciudadanía argentina por medio de la naturalización. Esto corrobora la persistencia del cariño al hogar antiguo. El número de argentinos aumenta, no por efecto de la naturalización, sino por el hecho de ser considerados tales, con arreglo á la Constitución nacional, los hijos de padres extranjeros nacidos en la Argentina.

Junto á la resistencia que ofrece la naturalización á los extranjeros, hay otro hecho que parece una contradicción del anterior, y es la falta de inscripción en el Consulado de los respectivos nacionales. El Consulado, que debiera

ser un centro de atracción para cuantos abandonan la patria, resulta un local ignoto ó desdeñado para la mayor parte de los españoles que residen en la República. Algo parecido debe ocurrir con los italianos, de manera que la protección que al Estado incumbe para los que abandonan su suelo sin renunciar á sus leyes, no encuentra forma de ejercitarse.

El emigrante siente la nostalgia de la nacionalidad, pero no echa de menos al Estado. Acostumbrado á mirar al agente de la Administración como á un adversario, lleva á su país adoptivo el mismo recelo y escapa á la acción oficial ó prescinde por completo de ella. El emigrante italiano ó el español que tuvieron que emigrar clandestinamente de su patria, pasan por delante del Consulado ó de la Legación con cierto temor, viendo allí al representante del Estado que quiso privarles la salida en busca del sustento, mientras que no sabía arbitrar los medios para que el suelo sirviera de sostenimiento á su cuerpo miserable.

Recuerdo aún aquella época en que Italia ponía toda clase de obstáculos y atajaba el paso á la emigración que se dirigía al Sud América, estimándola un mal y una desgracia, obstinada en colonizar á la fuerza sus territorios del Mar Rojo. En su colonia de Massaua, pese al Estado, que llevaba allí hombres y recursos, Italia se desangraba y empobrecía, al par que en la América del Sud, por virtud de una emigración clan-

destina y contrariada, iba poco á poco creando una colonia nacional llamada á abrir nuevos espacios á la producción y al genio de la raza. La expansión nacional, en pugna con la política del Estado, florecía esplendorosa, en tanto que la colonización oficial era un enorme fracaso.

Así como vemos á los españoles y á los italianos divorciados ó poco menos de su Estado, se nos presentan adheridos á lo que constituyen signos de su nacionalidad y de su raza. La nostalgia, que es la conciencia dolorosa que tiene el hombre de los cambios y desprendimientos que se operan en su organismo por la influencia de un medio completamente distinto del en que se ha formado, empuja á los extranjeros hacia sus afines para lograr una resistencia mayor y sumar sus medios de defensa. Por lo mismo que prescinden de la acción oficial y de la tutela del Estado, prodigan los esfuerzos de la iniciativa individual para el mejor amparo del núcleo colectivo.

El hombre, abandonado á sí mismo, obligado á la lucha tenaz y sin descanso para sobresalir allí donde todos batallan, sólo fía en sus propias fuerzas y en las de la asociación derivada del común interés y de la atracción de la sangre.

En estos países nuevos, donde el Estado no puede atender, aunque quiera, á las imperiosas exigencias sociales de un crecimiento asombroso, y en los cuales el inmigrante se aparta de la sombra de su antiguo Estado, que, por otra par-

te, fuera muchas veces incapaz de suplir á esa total protección si le fuese reclamada, la necesidad impulsa el esfuerzo personal y la fecunda acción social, realizándose verdaderos milagros.

No sólo se aúnan y se aproximan los hombres procedentes de la misma nacionalidad para acrecentar sus medios de defensa, sino que se manifiesta poco á poco una progresiva diferenciación que hace formar grupos característicos que conservan en el extranjero la fisonomía y el ambiente de las regiones de una misma nacionalidad. Existe la Sociedad Española de Beneficencia, fundada el año 1857, que atiende á todos los españoles, irradiando á los más apartados extremos de la República su acción filantrópica; pero, al propio tiempo, se encuentran las agrupaciones regionales que responden al sentimiento particularista de sus individuos. Y al lado del Laurac-Bat, surgen el Centre Catalá y el Centro Gallego, donde se hablan los idiomas de los respectivos países y se entonan sus canciones populares. Esos aires de la patria ausente son los que más atenúan la honda melancolía del alma que sueña con el regreso y la comunicación de esos corazones animados por los propios anhelos, que mantienen idénticos recuerdos, acumula nueva energía para la desesperada lucha.

Adonde quiera que se llegue de la República se ncuentra el grupo local de la Beneficencia espa- ola, que es el eje que sostiene la cohesión de uestros nacionales. De igual modo se nota la

reminiscencia de los particularismos regionales, que se acentúa y se reconcentra en esas ferias españolas que se celebran periódicamente en todas las poblaciones de la República, verdadero espejismo de la patria lejana con toda su característica variedad, que resiste perfectamente la trasplantación.

Entre los italianos, obsérvase también esta diferenciación que induce á constituir agrupaciones que sintetizan los varios grupos étnicos que pueblan la Península Adriática, claramente distinguibles en la aparente homogeneidad de la colonia italiana.

De veras se requiere esta concentración defensiva para sostener al individuo que lleva á su máxima tensión el esfuerzo para vivir. El derroche y el desgaste se señalan en todas partes; en el Hospital vemos como el mayor número de defunciones se debe á la tuberculosis, siguiéndole las lesiones cancerosas y los tumores malignos, y en tercer lugar las lesiones del corazón. Produce triste impresión ver como, en las edades, ocupan el primer lugar los hombres de 21 á 25 años, quienes están en el período del vigor y del optimismo, predominando en los oficios los jornaleros y los dependientes de comercio entre los hombres, y las jornaleras y las costureras entre las mujeres.

En los Manicomios, donde casi la mitad son extranjeros, pasando de la mitad los urbanos, nótase constante aumento, yendo á la cabeza los

degenerados, sin duda por el abuso de estimulantes y excitantes que destrozan el organismo sin reponer el excesivo consumo de fluidos vitales. También el mayor número cuentan de 20 á 30 años, y predominan los jornaleros y los dependientes de comercio, soldados de ese ejército que en el campo y en la ciudad lucha sin tregua por la conquista del bienestar.

En la cárcel, allí se observa también la misma proporción, siendo los delitos más generalizados el hurto y la estafa, propios de una sociedad en que la aspiración general es la riqueza, asombrando el número de reincidentes reclutados entre los que saben leer y escribir.

El inmigrante, sin familia por regla general, y en un ambiente exótico, necesita de verdad ese apoyo de la colectividad que constituye su gran familia, para que no turbe la voluntad de su acción el fantasma del abandono en que puede yacer el día en que la enfermedad ó el agotamiento le hagan caer en el campo de batalla. La seguridad de que hay manos piadosas que le sostendrán, infunde al trabajo doble energía y enardece la vida social del hombre que por simple cooperación logra resolver el grave problema de la Beneficencia, que en su patria no ha sabido resolver el Estado.

Por esto, al visitar el Hospital Español como contemplar el Hospital Italiano, sentimos una impresión de recogimiento profundo, comprendendo claramente que eran aquellos edificios

algo más que una casa de curación: son una verdadera institución social, un faro radiante que alienta á los luchadores, ofreciéndoles puerto en los más duros trances de la vida.

Los españoles hablan del Hospital Español como de un Santuario. Allí encuentran no sólo la salud del cuerpo, aspiran el ambiente grato del hogar ausente, el bálsamo de la nostalgia, porque entre aquellas paredes se sienten transportados á la patria lejana.

La idea de yacer en el Hospital, que en nuestro país produce repulsión, allí es otra, equivaliendo á la de yacer en su propio lecho. Por esto el primer afán del inmigrante enfermo, solo, es el de que lo lleven al Hospital Español.

En 1852, á la caída del tirano Rosas, cuando los españoles pudieron llamarse así sin temor alguno, fueron los primeros que crearon en Buenos Aires un Centro social. En la Sala Española de Comercio, entonces fundada, se reunieron desde el primer día las personas más influyentes de la ciudad. Allí nació la Sociedad Española de Beneficencia (1857) y el gran pensamiento del Hospital Español. Un español, don Pedro Manuel de la Bárcena, nombró legataria de todos sus bienes á la Comisión que llevase á término la fundación de un Hospital Español.

Después de sumas dificultades y pleitos sin cuento con los herederos de Manuel de la Bárcena, en 1872 se dieron principio á las obras del edificio, y en 1877 se inauguró el Hospital.

Desde entonces, á fuerza de donativos, se ha ido ensanchando y embelleciendo el primitivo edificio, dotándolo de las mejores condiciones higiénicas y convirtiéndolo en un Hospital modelo. Con tener Buenos Aires excelentes hospitales, el nuestro figura en primera línea.

En 1903, el capital del Hospital Español figura en el balance con la suma de 1.291,326 pesos. El coste del edificio importa 592,029'39 pesos y el mobiliario 82,275.

Tienen prelación para gozar de sus beneficios los individuos de la Sociedad de Beneficencia Española con un año de antigüedad, y en segundo lugar el español por el hecho de ser tal. En su Consultorio, encuentran asistencia y medicinas gratuitas los enfermos que pueden salir á la calle.

Fijándome en las provincias, observé que las que aportan un contingente mayor son las gallegas, siguiendo las vasco-navarras, Asturias y Cataluña.

Nos llamó la atención durante nuestra visita la diversidad de naciones europeas representadas entre los enfermos, halagándonos mucho ver que no faltaban tampoco orientales y argentinos, buena prueba del crédito que goza este Hospital.

Por las salas de pensionistas, que nada dejan ue desear, han pasado las personas de más cadad de la colonia, y en las camas de pobres, n su mayor parte sostenidas por la caridad de

un protector, tienen su refugio los dolientes miserables.

Uno de los títulos más honrosos que puede ostentar un español, es el de haber sido Presidente de la Junta del Hospital Español. Eralo, cuando nosotros recorrimos sus salas, D. Antonio de Aróstegui, un vasco, fornido, parco en palabras y pródigo en acción, que forma en la legión de los triunfadores. Al verle creí contemplar, hecho carne, el famoso retrato de Carlos Montañés, pintado por Velázquez, que tantas veces he admirado en el Prado.

Tuve la satisfacción de encontrar entre los médicos á dos paisanos míos, D. Justo Carlé, Director del Hospital, D. José Solá, encargado de la sala de Operaciones. ¡Con qué placer evocamos los paisajes y los pueblos de nuestro Ampurdán! El padre de Justo Carlé había sido profesor de francés del Instituto de Figueras, y allá en los tiempos que precedieron á la revolución de Septiembre vióse obligado á huir, encontrando asilo en Cadaqués, mi pueblo. Así es que nos dimos un hartazgo de las remembranzas siempre sabrosas de la tierra querida.

José Solá se trasladó á Buenos Aires, al terminar la carrera en Barcelona, con su malogrado hermano Felipe, Director que fué del Manicomio Nacional, y es muy apreciado en la sociedad bonaerense como médico y como hombre por su ciencia y por su trato exquisito. Hijo de Garriguella, conserva tan vivo el recuerdo de su villa

natal, que á una de sus estancias, que andando el tiempo será pueblo, le ha dado el nombre de Nova Garriguella.

Volviendo al Hospital Español, debo confesar, en mi condición de profano, que una de las circunstancias que más admiré en el edificio fué su carácter risueño, la poca fisonomía que luce de Hospital. Su tonalidad clara, la verdor espléndida de sus patios, la luz armoniosa de sus salas, y, en general, la tendencia á distraer el dolor con la apariencia bella de las cosas, me cautivaron y á la vez me entristecieron, pensando en aquellos lúgubres hospitales de nuestro país en que al entrar el enfermo doliente del cuerpo, por fuerza siente desfallecer el alma. Aquí, el dolor físico se siente mitigado por la dulzura moral; el hombre sano, que sufría en las durezas de su vida diaria la nostalgia, al entrar en estas salas saturadas de aires de la patria, siente ya de momento mitigada su afección moral y penetra en una atmósfera de bella placidez.

No podía menos al contrastar la valía de lo que han hecho aquellos españoles, á influjo de su sola iniciativa, con la incapacidad de nuestro Estado para realizar algo parecido, que reconocer la verdad luminosa de aquel dicho de Gracián, cuando decía que los españoles trasplantados son mejores. Esos mismos españoles que allí do lo pedían á nuestro Estado, que nada sabe solver en punto á instituciones sociales, lejos su suelo, estimulados por el ozono que vibra

en la atmósfera de estos pueblos jóvenes, sin la menor subvención oficial, gracias á los milagros de la cooperación, han levantado un Hospital que, con toda seguridad, no tiene rival en España. Así se explica por qué el Registro del Consulado nada signifique al lado del Registro del Hospital Español.

Capítulo XII

De Buenos Aires á Rosario por el Río.—Mihanovich, rey de los Ríos. — Gonzalo Segovia. — Viajantes españoles. — El Doctor Olascoaga. — El Río de las Palmas. En el Paraná. — Júpiter Varado. — Rosario de Santa Fe. — La intensidad de su acción comercial. — Maquinaria agrícola. — Los golondrinos. — Cigarros sofisticados. — Refinería Argentina — El puerto actual y el puerto futuro. — Recepciones en el Centro español y en el Centre Català. — Influencia catalana en el Rosario. — *Molt be, noy*. — Rosendo Olivé.

4 de octubre

la una de la tarde salimos para Rosario de Santa Fe en el vapor «Júpiter» de la Compañía N. Mihanovich (Cónsul general de Austria).

Mihanovich llegó á la Argentina mísero, entre el rebaño de inmigrantes. Hace cuarenta años era un pobre lanchero de la Boca del Riachuelo; hoy es el dueño y señor de las líneas fluviales del Plata y sus afluentes y de todos los remolcadores y chatas del puerto de Buenos Aires. El Presidente del Uruguay, uno de estos días, le llamaba con razón el Rey de los Ríos, porque no solamente reina en el Plata, sino en el Paraná, en el Paraguay y en el Uruguay. A Casado del Alisal le compró toda la flota que tenía en el

Paraguay por 700,000 pesos oro, cuando estaba ya en posesión, también por compra, de los vapores de Rives que servían para el tráfico entre Montevideo y Buenos Aires. Hoy impera en absoluto sin competidor; es el verdadero cacique del río, con el cual nadie se atreve por ahora.

Nos acompaña en nuestra excursión el Conde de Casa Segovia, Gonzalito Segovia como le llamaban en Sevilla y Madrid hace ya muchos años. Campoamor consagró una cuarteta á sus bodas, que está en la memoria de todos:

No ví más gentil doncella
ni más apuesto doncel,
ni más envidiosas de ella
ni más envidiosos de él

No es ya el apuesto doncel de la poesía; es un anciano atractivo y decidor que, como los buenos vinos, ha sabido hacerse añejo. Entre la colonia española es popular: en la sociedad argentina goza de grandes simpatías.

Lleva en el alma el recuerdo de su Andalucía. En su hogar argentino ha arreglado un patio que tiene reminiscencias de los patios sevillanos, y allí, con su cariñosa familia, mantiene el culto de la patria vieja, rodeado de cuadros de Jiménez Aranda y de García Ramos. Sin embargo, Gonzalo Segovia es un entusiasta admirador de la Argentina, á donde llegó sin fortuna, y ha ganado nombre y crédito por el solo esfuerzo de su trabajo. El antiguo aristócrata y el político

español llegó de emigrante y renació en el suelo americano, ganando nuevos timbres y afirmando su patriotismo.

Su ferviente deseo es el de regresar á España, pero se siente ligado al suelo argentino, principalmente por su hijo Fernando, Ingeniero de la Escuela de Buenos Aires, que tiene á su cargo las obras del valizamiento del Plata.

Gonzalo Segovia, con su blanca barba y su buena sonrisa, tiene el aspecto de un Comendador alegre. Viviría cien años en la Argentina y no perdería el ceceo ni dejara de hablar español castizo.

Hablando del vapor que nos había tocado en suerte, el « Júpiter », decía con gracia, que era ya tan desusado y fuera de moda como el dios cuyo nombre ostentaba.

Nos sirvieron mal de comer, pero tomamos la cosa á broma, pensando que solamente nos tocaba sufrir un día aquella olímpica ignorancia culinaria. Me llamó la atención ver que servían como única agua mineral, una para mí desconocida, el Kristaly (Hungría) que ha propagado Mihanovich por medio de sus vapores, como procura difundir todos los productos de su país, probando que es un buen patriota. En la mesa había dos vinos: uno llamado francés y otro que usurpaba el nombre del Priorato, de los cuales podía afirmarse en absoluto que no habían tenido relación alguna con las uvas europeas.

Saludé en el vapor á un viajante catalán que iba á Río Cuarto para vender aceite español, artículo que penetra en el mercado gracias á la mejor elaboración que de un tiempo á esta parte obtiene en España y á la obligación especial de declarar (á los efectos del impuesto interno) si el aceite es puro ó con mezcla. « Si se conseguía una diferencia entre el derecho arancelario asignado al aceite puro y el correspondiente al mezclado, decíame con razón dicho viajante, nos pondríamos en excelentes condiciones para competir con el italiano que se importa mezclado, principalmente con aceite de sésamo. Hablando del gusto del mercado, locamente aficionado á la apariencia, añadía, hay que presentar las latas con muchos *firuletes* ».

Conversamos también con otro español, el señor Aparicio, representante de una fábrica de sacos de yute, que iba á recorrer la zona agrícola, en la que solicitaban con empeño buena provisión de bolsas, ante las magníficas perspectivas de la próxima cosecha.

Viajaba también en el « Júpiter » el Doctor Ramón D. Olascoaga, con su familia, á quien había conocido ya en España. Olascoaga, durante los días que permanecimos en Buenos Aires, nos obsequió con una comida en el Royal Hotel, llevando por principal objeto el decidirnos á llegar hasta Asunción del Paraguay, donde reside. La invitación era tentadora y el señor Olascoaga muy persuasivo, pero la falta de tiempo nos pri-

vaba de satisfacer lo que entraba de lleno en nuestros deseos.

En dicha comida y en el « Júpiter » departimos largamente sobre el Paraguay, que se levanta de prisa en su no muy lejano destrozo. Aquella guerra cruel de tres poderosos contra un débil, que aniquiló al Paraguay pese á su heroica resistencia, no mató la nacionalidad. La población poco á poco ha ido aumentando; la Hacienda se va rehaciendo lentamente, y las riquezas naturales ofrecen campo inmenso á la actividad de la nueva generación que restaura la deshecha nacionalidad. El Paraguay puede brindar muchos productos á las naciones europeas y principalmente á España, entre otros, cueros, tabaco, maderas y extracto de quebracho, ese prodigioso curtiente que ha acrecentado la riqueza de sus bosques de quebrachos, de los cuales se sacan por otra parte *durmientes* sin rival. El Paraguay, que hasta ahora había realizado casi todo su comercio trasatlántico por intermediación de Buenos Aires y de Montevideo, va creando relaciones directas con Europa. Bueno es saber además que el comercio del Paraguay está en manos de los españoles, siendo la primera casa mercantil la de los Sres. Rius y Jorba, catalanes.

Olascoaga, que fué profesor de Economía Política en la Asunción, hoy se dedica á los negocios, siendo Director de un Banco y representante de los Sres. Casado del Alisal, los más grandes propietarios del Paraguay, que en Puerto

Casado han montado la industria de extracto de quebracho. Olascoaga, cansado de explicar Economía, ha querido practicarla, recordando quizás aquel verso de Florentino Sanz: «Nunca duerme entre flores quien las canta».

Como las aguas están á bajo nivel, á causa de las grandes bajantes de este año, es fácil que tarden cinco días en llegar á la Asunción, debiendo cambiar de vapor para remontar el Paraguay.

Con tan buenos compañeros es natural que el viaje resultase muy distraído.

A la salida de Buenos Aires soplaba fuerte el pampero, levantando bastante marejada en el Río. A propósito del Río de la Plata: Gonzalo Segovia no ha sabido acostumbrarse á la idea de que sea un río aquella enorme extensión líquida que se junta con el cielo en el horizonte, como tampoco sabe avenirse con la Noche Buena sudando el quilo, ni con las hogueras de San Juan entre la nieve.

A medida que nos fuímos apartando de Buenos Aires, cuya silueta, sin grandes masas, destacóse sobre la barranca largo tiempo en el círculo del horizonte, el viento amainó. A las dos horas comenzamos á distinguir los árboles de la lejana costa oriental, y poco á poco se fué cerrando el horizonte, ofreciendo el río el aspecto de un anchuroso golfo.

Entramos en el río de las Palmas, cuyas orillas se aproximaban entre sí, haciéndose cada vez más frondosas. Los sauces á millares ba-

ñan sus inclinadas ramas, que balancea el suave oleaje, en la roja corriente; grupos de álamos y paraísos surgen en segundo término, contemplándose rara vez alguna palmera, con recibir el río el nombre de las Palmas.

Junto á la orilla, vense de trecho en trecho casas de madera, montadas sobre estacas para salvarse de las inundaciones, y un pequeño canal que sale al río y penetra, á manera de puerto, hasta la entrada de la misma casa ó aserradero. En muchas de ellas hay como un muelle prolongado sobre el río, desde el cual los colonos y sus familias saludan el paso del vapor.

La mayor parte de las viviendas que divisamos son establecimientos dedicados al negocio de maderas y de frutas. Hay en esas islas verdaderos bosques de duraznos que se envían ya á Inglaterra, utilizando los frigoríficos, mereciendo gran aceptación. La Mala Real inglesa ha establecido un servicio quincenal para el transporte de frutas á Londres, en cámaras frigoríficas capaces para veinte toneladas, llegando á Inglaterra en pleno invierno para regalo de los *gourmets* británicos.

Por la noche pasamos por delante de Campana, brillando junto á la orilla grandes focos eléctricos. Existen allí un frigorífico y una destilería, actualmente parada. De igual modo no trabajan las de Zárate, Varadero y San Pedro, poblaciones que nos salen al paso. Esto se debe á la competencia de las grandes fábricas de azúcar de Tucumán y al crecido impuesto interno que

paga el alcohol, que favorece la fabricación clandestina. En Zárate hay una fábrica muy importante de papel y un frigorífico en proyecto.

Después de haber dormido á pierna suelta, al levantarme y salir á la cubierta, me ha sido dable todavía contemplar, algo lejos, la ciudad de San Nicolás de los Arroyos, en el límite de la provincia de Buenos Aires. Al poco rato navegábamos en pleno Paraná, teniendo á un lado la provincia de Santa Fe y al otro la de Entre Ríos; las orillas arenosas forman verdaderas playas, quedando las líneas de árboles en segundo término. Pasan frecuentemente por nuestro lado vapores, viéndose buques de vela fondeados en el río y un gran vapor varado.

Se renuevan las conversaciones de la víspera y, hablando de Mihanovich, me refieren que últimamente había convertido su casa en Sociedad anónima, repartiendo las acciones entre sus hijos. Lo propio han hecho, según dijeron, Casares, Santamarina y otros capitalistas, no tanto para liquidar cómodamente sus negocios, cuanto para distribuir su herencia en vida, evitando los crecidos derechos de sucesión. De esta manera los millonarios logran eliminar en parte á un sucesor forzoso: el Fisco.

Nos vamos acercando á Rosario, y, cuando tocamos ya casi el muelle, nuestro vapor da una fuerte sacudida y para en seco. Estamos varados en un banco arenoso. Júpiter Varado era completamente desconocido en la mitología grie-

ga, á no ser que lo bautizasen así cuando, convertido en cisne, quedó sujeto por los brazos de Leda.

Las comisiones y amigos que nos esperan á la orilla reciben pacientemente una lluvia de sol abrasador. Por fin, en un remolcador, acuden en auxilio nuestro y desembarcamos en una chata, prodigando abrazos y apretones de manos en abundancia.

La primera impresión que nos produce la ciudad es de asombro por sus modernas construcciones, sus grandes plazas, sus calles espaciosas y bien pavimentadas, y, más que nada, por su movimiento y actividad. Rosario, el primer puerto de Santa Fe y el segundo de la República, con una población de 110,000 habitantes, ofrece el movimiento y la vida de una ciudad de medio millón, sin duda porque concentra la circulación de una de las zonas más ricas de la República Argentina. Los grandes centros comerciales crecen y prosperan en la proximidad de las comarcas agrícolas más productoras, y la provincia de Santa Fe ha sido hasta ahora la que ha rendido mayor cantidad de trigo. Su privilegiado suelo se presta como ninguno al cultivo de los cereales; la facilidad de encontrar agua subterránea que discurre entre 4 y 72 metros de profundidad, la hacen apta para el cultivo de la alfalfa y con ella para la cría de ganado fino; la abundancia de ríos, desde el Paraná, que recorre en su territorio una distancia de 700 kilóme-

tros, con sus múltiples brazos casi todos navegables, al Carcarañá, que la une con Córdoba, y al Salado, que procede de la remota provincia de Salta, todo son arterias fecundas que hacen converger los productos de remotas comarcas á su principal puerto. Además las líneas férreas de mayor tráfico (el Central Argentino, que tiene conexión con todas las provincias del Norte y del Oeste); el directo de Buenos Aires á Rosario, Santiago y Tucumán; el ferrocarril del Oeste y el Gran Oeste Argentino (que enlaza con el Trasandino y el Central Córdoba), convierten á Rosario en un núcleo regulador de casi todas las comunicaciones y transportes entre los más apartados extremos de la República. Esto revela el por qué una de las ciudades más modernas de la Argentina (fundada en 1730 por Francisco de Godoy) ha llegado con tanta rapidez á ser una de las más importantes y en algunas cosas la primera de la República.

En intensidad de acción aventaja á Buenos Aires, pues en 1902 importó y exportó por su puerto 14 millones y medio de pesos contra 23 y medio que exportó Buenos Aires, dando vida á un movimiento bancario tal, que obliga á los primeros Bancos de la República á tener sus sucursales en Rosario, aparte de los Bancos propios.

Apenas se entra en la ciudad, se aprecia su gran movimiento comercial y su crecimiento fabril, pero se nota claramente que la preocupa-

ción dominante es la agrícola. El estado de las cosechas en todo el mundo, las cotizaciones de los trigos ó de las lanas, las lluvias ó las sequías de las más remotas naciones, las plagas lejanas y próximas, los inventos aplicados á la tierra, esto es lo que fija aquí tenazmente la atención, de lo que se habla á todas horas, porque es lo que más interesa, dando orientación á la actividad de los individuos y de las colectividades.

Así es que la primera visita que hicimos fué la del almacén de máquinas agrícolas de Mantels y C.ª, que vende en su mayor parte maquinaria agrícola norteamericana. Vimos una máquina australiana, que siega y trilla á la vez, que era la última llegada en el campo de los adelantos agrícolas. Allí se discutieron las ventajas é inconvenientes de esta máquina, reconociendo que sólo era de posible aplicación en las comarcas privilegiadas, donde el trigo puede madurar completamente en la tierra, sin riesgo de vientos que lo desgranen y en condiciones climatológicas excepcionales. Tuvimos también ocasión de examinar el arado de cilindro, que constituye una revolución en el antiquísimo arte de arar, muy bueno para un terreno exento completamente de piedras como el de Santa Fe.

Nos decía Mantels que ha llegado á vender algunos años, tan sólo en esta provincia, maquinaria agrícola por valor de un millón quinientos mil pesos oro. Las ventas se verifican á pagar la mitad á los seis meses y la otra á los diez y

ocho meses; materialmente se vende la máquina al agricultor corriendo los riesgos de la cosecha, que es la garantía de cobro. La máquina se impone por la escasez de brazos, que obliga á abandonar á menudo las mieses por falta de segadores. Los diarios rosarinos se quejan ya de la falta de brazos, á pesar de la inmigración temporal que se verifica en la época de la cosecha, por un período de tres ó cuatro meses, aprovechando la diferencia de estaciones, y que está compuesta exclusivamente de italianos. Estos inmigrantes, á quienes llaman los golondrinos, no van á los Estados Unidos por ser iguales las estaciones ni á otros países de la América latina, porque ni el clima ni los cultivos se prestan á la aplicación de los agricultores italianos. Estos regresan luego á su país, llevando íntegro lo que han ganado, para emplearse en las mismas tareas durante la siega y trilla en Italia.

Dada la extensión inmensa de la República y su diversidad de climas, estos trabajadores, al terminar la cosecha en una provincia, acuden á las demás que están sometidas á maduración más tardía, supliendo la insuficiencia de brazos, pero su concurso fuera insignificante á no ser las máquinas. Más que labradores son conductores de máquinas que, por más que se perfeccionen, nada pueden sin el hombre que las guía; como las yuntas de animales, máquinas de carne, requieren la mano humana para abrir los surcos en la tierra.

Durante la cosecha gana aquí el trabajador hasta cinco pesos nacionales diarios.

Hablando del problema de la inmigración, me dijo Mantels, resumiendo las causas de que se haya paralizado la afluencia de gente á la Argentina: «Aquí no viene gente porque la vida es cara y porque no hay justicia. Lea usted lo que escribe *La Nación:* las promesas hechas á los trabajadores contratados para el interior no se han cumplido en muchos casos, y las reclamaciones interpuestas ante la justicia no han sido atendidas. No hay que demostrar las facilidades que encuentra, sobre todo en el interior, el que tiene influencia y es adicto á la situación, para burlarse de los infelices que no cuentan con más amparo que la razón y el derecho, por la inclinación nativa á no hacer caso del humilde, del ignorante, del que no está bien respaldado (1).

» Por esto no vienen ahora aquí más que las aves de paso, no las que forman su nido y llenan el espacio con sus hijuelos. Esto es lo que ha impulsado la inmigración de la máquina, el in-

---

(1) El Presidente de la Cámara de Comercio italiana, en su Memoria del año pasado, escribía lo siguiente: «El inmigrante que abandona su patria en busca de trabajo, no se dirige con confianza á un país extraño si no tiene el convencimiento de que allí encontrará rectitud en la aplicación de la justicia igual para todos, pobres, ricos, humildes y poderosos, pero desgraciadamente el crédito de la justicia argentina ha disminuído mucho en el extranjero, porque algunos inmigrantes no han encontrado en ella las garantías necesarias».

migrante de hierro, que centuplica el esfuerzo de los brazos que escasean, y no padece daño por la falta de justicia».

Visitamos luego la fábrica de cigarros y cigarrillos de los Sres. Destoni y Chiessa, llamándome poderosamente la atención la imitación perfecta de los tabacos italianos (Virginia, Toscanos, Cavours) hecha con hoja de Tucumán, convenientemente preparada. Con toda seguridad que los pobres inmigrantes italianos saborean aquellos cigarros, convencidos de que proceden de la mismísima Italia.

Recorrimos más tarde todas las instalaciones de la grandiosa Refinería Argentina, con elementos para refinar hasta 50,000 toneladas de azúcer anuales. Casi todo el azúcar que refina procede de la provincia de Tucumán, que es el centro productor de la República. Constituyó para nosotros una novedad, una industria que allí vimos, derivada de la refinería, que tiene por base el aprovechamiento de las melazas. Mézclase la alfalfa con un 50 por 100 de melaza y se obtiene un alimento de suma nutrición para el ganado. Por medio de compresión, puede reducirse á panes de forma regular que facilitan el transporte, siendo un artículo que obtiene mucha salida en Inglaterra. Tomé buena nota de ello, por creer que tal vez pudiera introducirse en nuestro país, dando aplicación á las melazas y proporcionando un pasto de primer orden á nuestros ganados.

Muy interesante fué la excursión que hicimos por el río, en el vaporcito « Zolezzi », para formar concepto de la grandiosidad é importancia del futuro puerto. Nos fijamos en la facilidad con que se cargan ya actualmente los vapores: las líneas férreas corren á lo largo de la barranca, estando situadas las estaciones y los almacenes de carga al borde mismo de la barranca. Desde allí, por medio de simples canaletas que van á parar á las bodegas de los buques, en pocas horas se carga un vapor de trigo.

El proyectado puerto, cuyas obras han comenzado ya, tiende á aprovechar los grandes elementos naturales que ofrece el río y sacar partido de los muelles construídos. En el centro del río aparece una isla arenosa, formada á causa de un buque varado, que será el abrigo del venidero puerto. Siempre allí donde vara un vapor y queda hundido en la arena, surge por ensalmo una isla.

El puerto tendrá una longitud de varios kilómetros, y estará dividido en tres secciones; el puerto de importación, al Norte; el de cabotaje, al Centro, y el de exportación al Sud. Esto permitirá una organización adecuada para el tráfico que cada comercio implica, llegando á una especialización que no ostenta puerto alguno, según mis noticias.

En el Centro Español y en el Centre Catalá se ganizaron recepciones en nuestro obsequio, rante las cuales pudimos apreciar la intimidad

afectuosa que reina entre la colonia española y la sociedad argentina. D. Joaquín Díaz, Presidente del Centro Español, y el Doctor Infante, quien nos dió la bienvenida, nos presentaron á la aristocracia comercial rosarina, digna en verdad de este nombre, pues por su merecida fama simboliza aquella nobleza mercantil, que en la Edad media engendró el poderío de Aragón y de las Repúblicas italianas, y que, en los tiempos modernos, es el nervio de la grandeza de Inglaterra.

Al salir del Centre Catalá, llevamos todos excelente impresión, no sólo por el gran número de catalanes que allí conocimos y por la elevada representación que ostentaban, sino por el prestigio y las simpatías que ha logrado captarse la colectividad. Puede aseverarse que una de las mayores influencias que se nota en Rosario es la catalana, al punto de que, cuando el simpático Presidente del Centre, Juan B. Quintana, nos hablaba en catalán, todos los allí presentes, españoles no nacidos en Cataluña, argentinos y extranjeros, seguían con visible interés y demostrando que lo entendían, su entusiasta discurso.

Y al salir, con los más variados acentos, argentinos, castellanos, franceses, italianos, alemanes é ingleses, estrechando la mano á Quintana le decían claramente: *Molt be, noy.*

Quintana, dirigiéndose á nosotros mientras los demás sonreían, exclamaba: « Ya lo ven ustedes; aquí todos saben hablar el catalán ».

Allí estaba el veterano de los catalanes del Rosario, D. Rosendo Olivé, que hace cincuenta años reside en la ciudad, de todos querido y respetado, á quien sorprendieron aquella noche con su retrato colocado en el lugar preferente del salón, destinado á las efigies de Prim, Pi y Margall y Robert.

Capítulo XIII

Hacia Roldán. — El Doctor Toribio Sánchez y su estancia Santa Rosa. — Aparición de la Pampa. — Liebres vizcachas y hormigas. — Los basureros del campo. — Los gauchos. — Sus nombres y apellidos. — Misticismo de sus canciones. — La guitarra, el facón y la taba. — Spartan 6.°, el Buey Apis de Santa Rosa. — Doma de potros. — El descorne. — Comida criolla servida á la parisién. — La Biblioteca del Doctor Sánchez.

umpliendo el programa trazado por nuestros obsequiantes, á la mañanita salimos para Roldán, estación del Central Argentino. Nos aguardaba allí el Doctor Toribio Sánchez, con coches y caballos suficientes para la numerosa comitiva.

Toribio Sánchez, discípulo de nuestro Letamendi, á cuya memoria rinde verdadero culto, es un donostiarra que comenzó en médico y ha terminado en estanciero, llevando su gran cultura de hombre de estudio y su voluntad resuelta de vasco, á la transformación del campo argentino. Ejerció algunos años la profesión de médico en el Rosario, con sumo aprovechamiento, pero las circunstancias le hicieron poseedor de

una gran extensión de tierra, y sin vacilaciones renunció al ejercicio de su carrera. Es el tipo del *landlord* inglés, que vive en su castillo, dirigiendo la explotación de sus tierras.

El Doctor Sánchez ha construído en su estancia Santa Rosa una magnífica mansión, en que están previstas todas las comodidades y atractivos para hacer la vida agradable en las horas de descanso.

Ante nuestros ojos se ofrecía por vez primera la llanura incomensurable, la planicie ilimitada con horizontes de plena mar, conocida con el nombre genérico de la Pampa. En medio de su monotonía y de su tristeza, despierta en el alma la sensación de lo grande, sintiéndose los ojos poseídos por aquel inmenso círculo que en todos sus puntos es el centro de otro círculo exactamente igual.

Los coches y los jinetes, por la ancha vía limitada por los alambrados, iban al galope, deteniéndose al llegar á la primera tranquera de la estancia Santa Rosa. Allí nos aguardaba, á caballo, el alto personal de la estancia y un rodeo de novillos que alegraban los ojos con su aspecto cuidadoso y su hermosa corpulencia. Vimos allí separar las reses por medio de las acometidas del jinete, que aparta á su voluntad al más indómito ganado, y contemplamos la seguridad con que se logra el súbito derribo de la es, con la boleadora lanzada á distancia, luiendo admirable destreza.

Emprendimos luego una excursión por la estancia, que tiene seis leguas y media, ó sean 17,750 hectáreas, con diez puestos, sustentando 10,000 ovejas, 7,500 vacunos y 600 yeguarizos.

Las liebres saltaban á manadas, delante de los caballos. Hace poco tiempo no se conocían aquí las liebres, y un estanciero alemán trajo una pareja, que fueron el Adán y Eva de este paraíso, del cual será difícil ya que arrojen á sus descendientes. En medio del campo yacen restos de animales y blanquean los huesos de las carroñas, que descarnaron completamente las bandadas de caranchos y chimangos, los perfectos basureros de la campiña, que levantan el vuelo cuando pasamos cerca, para dejarse caer nuevamente, apenas nos alejamos, sobre la carne putrefacta.

De vez en cuando entorpecen nuestra marcha grandes montones de tierra removida ó profundos hoyos en todas partes abiertos, obra de las vizcachas y las hormigas, los dos grandes transformadores del suelo, que cavan gratuitamente extensiones inmensas, preparando los campos para el inmigrante. Según el Doctor Vialet y Masset, un catalán muy notable, de quien tendremos ocasión de hablar, si aquí no hubiese hormigas y vizcachas habría que traerlas, siendo como son colonos que trabajan de balde á beneficio de la colectividad.

A la hora del almuerzo, en una tienda de campaña cómodamente dispuesta, pudimos alternar

con los gauchos, mestizos de español é indio, cuyas aptitudes y prácticas se avienen perfectamente con las exigencias de la ganadería primitiva, preparando la evolución agrícola que reclama al inmigrante.

En el gaucho, con la mezcla de las dos sangres, se ha juntado el espíritu señoril de los conquistadores con la independencia salvaje de los nativos. Pregunté por sus apellidos á los presentes y anoté los siguientes: Reinoso, Palacios, Gallardo, Arias, Martínez Taborda, Ramallo. Es digna de mención la particularidad de que los nombres propios son casi todos de mujer, por ejemplo, Rosario, Carmen, Dolores, obedeciendo quizás á la devoción que guardan á la Virgen.

No usan nunca el imperativo y ordenan rogando: «¿Por qué no agarras tal cosa?» No blasfeman ni emplean malas palabras, no usando tampoco el tú en el tratamiento. Cuando son íntimos amigos se llaman con las voces: ché, vos, hermano.

Fijándome en estos detalles, me pareció sorprender las supervivencias de la antigua dominación, que obligaba á los indígenas á un gran respeto y á veces á una perfecta disimulación; mucha suavidad en la frase y crueldad en la intención. Por otra parte les rebosa el señorío de la sangre castellana.

Ese tipo mestizo, genuino Centauro, tan aproiado á la vida semibárbara del campo americao, se encuentra en todas partes donde llegaron

los conquistadores y colonizadores españoles. En la Argentina se llama gaucho; en Colombia, llanero; en Chile, roto, y en Cuba, guajiro.

Hablamos con un gaucho de 75 años, al cual los indios robaron su mujer en este mismo campo hace 35 años, habiendo sido rescatada por las tropas. Lástima fué que no pudiese trasladar íntegramente al papel, su descripción entrecortada é incoherente: «En la estancia Copa Cabaña, nos dijo, el martes de Pascua... una invasión grande... más de tres mil indios. Al saltar el sol, me robaron los caballos, y al llegar rancho... vi como indios llevaban mi mujer».

La guitarra es la compañera inseparable del gaucho, con el facón y la taba. La guitarra es la evocadora de sus ensueños; el facón el arma de sus pasiones y la taba el instrumento de sus vicios.

Entre los gauchos, hay grandes payadores, *glossadors*, como les llaman en Mallorca. Desde luego atrae al observador el carácter místico y triste de sus canciones. De las que oí aquel día, quedaron en mi memoria estos fragmentos:

Cosa triste es el nacer
. . . . . .
Todo es mentira en el mundo
sólo la muerte es verdad
. . . . . .
Nacimos para pecar
después de pecar, morir
. . . . . .
porque habremos heredado
de nuestros padres primero.

Su sabor clásico y su perfecta estructura hacen sospechar que no han nacido aquí la mayor parte de estas coplas, pudiendo muy bien ser que formasen parte de las obras de nuestros místicos, transmitidas por los misioneros que encontraron terreno abonado para ello, en el alma melancólica de los indios.

El Doctor Sánchez, á quien acribillaron á coplas dedicadas á sus bondades, con un simple gesto ponía en movimiento á aquellos hombres, pendientes de sus ojos. Es una gran condición la de ser médico para hacerse respetar y querer de aquella gente, á la que asiste en sus enfermedades el Doctor, que se ha impuesto la obligación de ser el médico en su estancia.

De todos modos, el Doctor Sánchez nos decía que con amable trato se puede conducir á esos hombres á donde quiera. La soberbia ingénita les hace incompatibles con el mando despótico, al par que la sangre india les convierte en vasallos del que aparece como verdadero señor en todos sus actos. El saber conducirlos es cuestión de tacto, advirtiendo que bien llevados resultan excelentes trabajadores.

Aquel día para los gauchos fué de fiesta mayor. Quedé sorprendido, á nuestra llegada, viendo como yacían en los troncos colocados sobre el rescoldo, doce corderitos, y más allá como se saban los enormes pedazos de vaca con cuero, ue forman el plato nacional argentino. Sin uerer recordábase la descripción famosa de

Cervantes, al ponderar las célebres bodas de Camacho.

Después del almuerzo nos fué exhibido Spartán 6.º, toro blanco premiado en la Exposición Rural de Buenos Aires, en 1901. Con su anillo de hierro en la nariz, sigue mansamente á su conductor, y luce en variadas posturas los signos distintivos de su raza (Durhan). Ha dado ya ochenta hijos á la estancia: es el Buey Apis de Santa Rosa.

El Doctor Sánchez lo compró en 5,000 pesos y á los 18 meses pesaba ya 800 kilos. Hubiese valido mayor suma, á no ser blanco, pues entre los gauchos, que es como decir en el campo argentino, hay prevención contra los animales blancos. Se les supone más débiles y se les considera atrayentes á la electricidad. Cae un rayo en una estancia, dicen, y mata al caballo blanco.

Hicieron desfilar luego las manadas de potros salvajes, y vímosles correr como locos, dominados por la cuerda, al ser enlazados á campo libre por el boleador á caballo.

Después presenciamos como el caballo enlazado por el cuello, lo era por los pies y una vez pielado, caía al suelo indefenso, á disposición de sus domadores. Pusiéronle en seguida el bozal con las riendas y el bocado (que reemplaza al freno). Una vez aderezado, le dejaron libre, y apenas estuvo de pie, un fornido joven, hijo del capataz de la estancia, se sentó en sus lomos.

Al sentirse encima el jinete, la furia del caballo no tuvo límites y fueron vanos sus desesperados botes y saltos para despedirlo. Caballo y jinete eran de una sola pieza. El muchacho tironeaba de las riendas para doblarle la boca, y el caballo corcoveaba y corría entre dos caballos que refrenaban sus ímpetus, convertidos en brete moviente. El capataz montaba uno de estos caballos, no abandonando un momento á su hijo en aquel grave apuro.

Después de haber visto el apartado de los toros, que se realiza por medio de un brete, en el cual se obliga á entrar al toro, recibiendo allí la marca, asistimos al peso de los animales, que se verifica por medio de una báscula, modificada por el Doctor Sánchez. Un sistema de doble puerta en un callejón, fuerza al ganado á pasar por el sitio donde está la báscula, pesándolo al desfile.

Una de las operaciones que más me interesaron, por constituir una novedad para mí, desconocedor de la ganadería moderna, fué el descorne de los novillos. Está probado por la experiencia que el descorne facilita extraordinariamente el engorde del ganado, quitándole fiereza. Además, con ello se abarata el transporte, por el menor espacio que ocupan en los vagones y en las bodegas las reses, pudiendo manejarlas mucho mejor sin que se causen daño.

Para lograr el intento, se inmoviliza la cabeza del novillo en una especie de cepo y material-

mente se poda el cuerno. Antes se verificaba la mutilación cuando el novillo tenía ya los cuernos pronunciados, pero ahora suele hacerse cuando apenas apuntan, destruyéndolos con la sosa cáustica. En los Estados Unidos se ha conseguido obtener luego, por herencia, una raza de toros descornados.

Esta innovación en la ganadería no podía menos que sugerirme la idea de que nosotros marchamos hacia un ideal contrapuesto, reñido con los anhelos de la zootecnia moderna. Todo nuestro empeño se cifra en criar toros salvajes, de afilados cuernos, mientras aquí consiste en amansar los toros bravos, suprimiendo las armas de su fiereza. Nunca por el primer procedimiento se conseguirá engendrar animales como el Spartán 6.º, que vale más que seis toros de corrida. Los pueblos avanzan y progresan no sólo educando é instruyendo á los niños, sino amansando á las fieras. Por esto las grandes colecciones zoológicas son un marcado signo de progreso en las ciudades, y las plazas de toros, con sus espectáculos sangrientos, constituyen un indicio evidente de atraso.

Bajo la blanca tienda nos fué servido el almuerzo en vajilla de Sajonia y cristal de Baccarat, con prohibición de brindar, lo cual aumentó los encantos de la mesa. Como dijo Zulueta, fué aquella una comida criolla servida á la parisién. El asado con cuero no llegó á entusiasmarnos. (¡Que no me oigan los argentinos!)

Una nueva sorpresa nos esperaba en la mansión del Doctor Sánchez, y fué su nutrida biblioteca. Más de cuatro mil volúmenes escogidos, brillando en primera línea las obras de los autores españoles contemporáneos, pregonaban la atractiva sociedad de que puede rodearse un hombre en medio de la soledad de un desierto. Allí estaban los últimos libros publicados en Europa que aportaban al Doctor Sánchez las irradiaciones de los cerebros más poderosos del mundo, proporcionándole el mayor goce que anhelaba para sus ratos de ocio, que no eran muchos, con levantarse todos los días al amanecer para recorrer á caballo toda la estancia y vigilar personalmente las tareas de sus numerosos hombres.

Al dejar Santa Rosa, no pudimos menos que pensar en el influjo extraordinario que ejerce un hombre como el Doctor Sánchez en un territorio recién salido de la barbarie. Sin violencia, por el predominio moral de la cultura y de la educación, gana la voluntad de los hombres indómitos que perduran allí, aun después de haber desaparecido los indios y las fieras. Dentro de la actual colonización, la superioridad moral no está precisamente en la fuerza física y en la voluntad, que sirven de mucho, sino en el mayor nivel intelectual que centuplica los recursos de la acción é induce á un trato humano y considerado ra los humildes, acrecentando su fuerza coo-

peradora. Un hombre instruído y educado como el Doctor Sánchez, puesto en la obra colonizadora, irradia cultura en el campo y abre camino seguro á la legión de emigrantes que sin cesar avanza.

Capítulo XIV

Santa Fe. — Los españoles en América después de la Independencia de Cuba. — Españoles é italianos. — Como se suman y restan. — El Rincón de San Antonio. — El esfuerzo de un hombre para mejorar el suelo y la raza. — Los delanteros. — El hachero. — El colono. — El ganadero. — La evolución del trabajo. — Puesta de sol.

Salimos de Rosario para Santa Fe al día siguiente, cautivando nuestra mirada desde el cómodo tren los campos de lino en flor que, con su matiz azul obscuro en medio de la verde extensión de los trigales y alfalfares, ofrecían el aspecto de aguas pantanosas sombreadas por las nubes.

Al llegar á la estación, encontramos lleno el andén de gente que nos esperaba, dándonos la bienvenida D. Ramón Ortíz Jiménez, Presidente del Centro Español.

Un anciano me abrazó conmovido. Era catalán y en catalán me dijo temblando de emoción: «Estich be y treballo, però no hi puch fer més; sempre hi penso ab aquella terra».

Las lágrimas asomaron á sus ojos y desapareció, sin que luego le viera en parte alguna. Adiviné en él á un hombre que tiene cerradas las puertas de la patria, y me inspiró compasión por su constante pena nacida de un deseo irrealizable.

Por la tarde visitamos la Casa de Gobierno, un viejo edificio que fué residencia del antiguo Gobierno colonial.

En sus salones se reunió el Congreso Constituyente de 1852 y la Convención de 1860, lo cual le ha revestido de doble valor histórico.

Recorrimos luego el moderno y espléndido Palacio del Consejo de Educación y Escuela Normal, cuya magnificencia acredita la excepcional importancia que conceden los gobernantes á la educación nacional. Mucho influye en las aficiones del niño la atracción del local que se destina á escuela, al propio tiempo que el maestro se siente poseído de mayor ascendiente cuando el aula es amplia y luminosa. Una de las cosas que más contribuyen en nuestro país á la desconsideración del maestro, es la pobreza y muchas veces la suciedad de la escuela.

Por esto admiré el exagerado lujo que despliega actualmente la Argentina en los edificios para escuelas, por lo mismo que con ello se tiende á dignificar al Maestro y á enaltecer la educación

Cuando entramos en el Gran Salón del Con sejo, y oímos allí entonar por centenares d niños el Himno de confraternidad hispano-ar

gentina, que desde hace poco tiempo se canta en todas las grandes solemnidades, nos embargó profunda emoción. En aquella explosión de voces infantiles, que pregonaban la reconciliación con el pasado histórico, palpitaba el nuevo sentimiento que liga á España con sus antiguas colonias emancipadas. Para engendrarlo ha sido esencial que se haya consumado la total independencia de América, desapareciendo la última huella de la dominación material que mantenía doquiera la aversión al régimen, confundiendo en un solo cuerpo el Estado y la Nación. Hoy España no puede ya enviar á América militares ni empleados, no puede ya fraguar en la oficina el interminable expediente; sólo cuenta para proseguir su obra con el emigrante y con el producto; la literatura indigesta de la *Gaceta* ha dejado el campo libre á la producción literaria y artística, y el poder de expansión ha llenado el sitio que ocupaba el pie dominador, entrando triunfante la Nacionalidad allí de donde salía vencido el Estado.

Es un hecho evidente que los españoles han salido ganando en América con la pérdida de las Antillas; antes eran las víctimas de los errores y vicios de sus gobernantes, y en todas partes se veían obligados á sostener el choque con los americanos simpatizadores de los llamados filibusteros de Cuba. Suprimido el motivo que creaba los bandos, al tiempo que aparecía amenazador el peligro yankee, los españoles vieron de

pronto cambiada por completo su posición. Los adversarios se trocaron en amigos y aliados; de una manera inconsciente comenzaba á imperar el sentimiento de la nacionalidad y el patriotismo de la raza.

En toda la América española y muy especialmente en la Argentina, el núcleo español existente lo forman los habitantes del litoral de la Península; se ha constituído, excepto en las Antillas, después de la Independencia, por medio de la emigración expontánea de los que tuvieron un día prohibido el acceso en América, y está compuesto de hombres que han triunfado por el trabajo, representando un elemento de colonización en vez de un instrumento de conquista. Esto justifica en gran parte el cambio de frente que se ha operado en América respecto á los españoles, una vez libres de la responsabilidad moral que les alcanzaba por la política de la metrópoli en las Antillas, con cuya independencia todas las naciones simpatizaban. Hoy han visto claramente que los españoles son allí un elemento de cultura y de progreso, transformados por completo en aquel medio ambiente estimulante.

En la Argentina, que es la nación que he podido estudiar más de cerca, la emigración italiana sumada á la española ha asegurado el imperio de la raza latina en la América Meridional, pero la emigración española es la llamada á mantener el equilibrio y á fortalecer la poten-

cia asimiladora de la joven República. Hasta nuestros tiempos el colono italiano ha sido absorbido, pero si se producía nuevamente la avalancha de otros días, difícilmente se sustraería la América del Sud al predominio italiano, á no mediar la fuerza compensadora de la inmigración española, sin la cual no acumularía resistencia bastante para impedir su absorción el núcleo nativo. El español aporta una serie de elementos similares y representa un sumando para vencer en la lucha. De ello han tenido plena conciencia los gobernantes argentinos, que miran hoy con marcada simpatía la inmigración española, muy especialmente en la provincia de Santa Fe, donde el italiano ha logrado fundar en el campo verdaderas colonias que conservan su carácter originario. El Ministro de Gobierno, Julián V. Pera, y el Vicegobernador Sr. Miguel Grandoli, por más que son argentinos en cuerpo y alma, ostentan ya apellidos italianos, lo que no se observa en las demás provincias, cuyos gobernantes lucen casi todos nombres muy españoles.

Esto no quiere decir que los españoles se consideren como enemigos de los italianos, habiendo tenido ocasión de comprobar la marcada inclinación que les lleva á cruzarse, sino que son tenidos lógicamente como un elemento natural para evitar el desequilibrio, y un medio adecuado para favorecer la gestación de un tipo étnico en que predomine la raza íbera.

Precisamente tuve el gusto de hablar largo y tendido acerca de este asunto con un médico catalán, compañero de mis años juveniles, establecido desde larga fecha en un pueblo importante de Santa Fe. Dicho amigo me confesó que para visitar en el campo, se había visto obligado á aprender el italiano, pues se encontraba con frecuencia en casas y pueblos enteros donde no se hablaba una palabra de castellano. Añadía sin embargo que no era posible negar que á esos italianos se debía principalmente la riqueza del agro argentino, secundados por los españoles, de manera que, ponderando el trabajo de los unos y los otros, en parangón con la indolencia de los naturales propensos á la burocracia, me decía: « Cada extranjero debe mantener aquí con su trabajo á dos hijos del país ».

En el coche salón del Gobernador de la Provincia, puesto galantemente á nuestra disposición, salimos á la mañana siguiente para San Justo, estación del ferrocarril de Santa Fe. Al partir se juntaron á la comitiva los Sres. Saralegui, Arostegui, López Gomara, Escriña y Landaburu, que llegaron en el mismo tren de Buenos Aires para pasar unos días en el Rincón de San Antonio, que era el final de nuestra jornada.

Hace veinte años, en San Justo no existía ni asomo de población europea, siendo los indios dueños por completo del campo. En esta población moderna, de calles anchas y arboladas, que cuenta 1,200 habitantes, lo que más resaltó á

nuestros ojos fué el edificio para escuela, mixta de niños y niñas, que facilita instrucción á 272 alumnos. En su mayoría vienen de las estancias, á caballo, de manera que junto á las escuela hay un patio destinado á tener los brutos.

Esta escuela, con su taller de trabajo manual, donde se construyen los utensilios propios de la misma, es la base de las superiores escuelas de Artes y Oficios. Los niños traen al taller madera, y, bajo la dirección del maestro, construyen muebles que son luego de su propiedad. Así se despierta en el niño la afición á los oficios, que son los grandes auxiliares en esta existencia que exige un gran cúmulo de aptitudes y habilidades, ya que se encuentra el hombre muy á menudo en circunstancias que no puede valerse del concurso ajeno.

Es notable la cooperación que presta la iniciativa particular al Estado para que la escuela llene perfectamente su cometido. La mayor parte del material de la escuela se provee con recursos de los vecinos, según nos manifestó el Maestro, un alemán que poseía á la perfección el castellano. El primer paso para la mejora de la instrucción en la Argentina, lo dió Sarmiento, provocando una gran inmigración de maestros yankees.

Desde San Justo proseguimos nuestro viaje en jardinera, siguiendo la ancha vía que vienen obligados á dejar los estancieros para el tránito público.

Antes de media hora llegamos á la tranquera del Rincón de San Antonio.

Este famoso establecimiento situado al Norte de la provincia de Santa Fe, en la confluencia del Río Salado y el arroyo de San Antonio, se compone de ocho estancias. En 1707 fué poblado y bautizado por los jesuitas, quienes lo adoptaron como punto de partida para hacer sus jornadas al interior, principalmente á Tucumán y á Santiago del Estero, por reunir muy buenas condiciones para aguada y pastos.

Fué cedido á Urquiza por el Gobierno de Santa Fe, después de la guerra del Paraguay, en recompensa de los servicios prestados por dicho general, y la familia de Urquiza, al ocurrir su muerte, lo vendió á D. Antonio Saralegui. Comprendía 20 leguas españolas; más tarde adquirió el Sr. Salaregui otras veinte contiguas, y formó una sola finca de 108,000 hectáreas.

Lo admirable, cuando cualquiera se fija en tan inmensa extensión, es que todo aquello haya sido organizado por el esfuerzo de un solo hombre. Enérgico y perseverante, el Sr. Saralegui, que se ha formado por sí mismo, cuando adquirió el Rincón de San Antonio ignoraba por completo las prácticas agrícolas, teniendo únicamente nociones escasas de ganadería por haber sido su padre ganadero. Desde el pobre caserío de Somorrostro, acostumbrado á la mísera hanegada donde se aprovecha el palmo de tierra, vino á esas extensiones sin límites, donde lo que

se pierde en caminos solamente constituiría una finca colosal en España, y con su talento organizador y su espíritu de observación, tiene hoy perfectamente organizados el funcionamiento y la administración de esta enorme finca.

La primera exigencia de una finca como el Rincón de San Antonio, que tiene por base la ganadería, es la defensa del alambrado, que abarca aproximadamente en la que nos ocupa 200 leguas lineales, con siete hilos de alambre que representan en conjunto (á razón de 5,196 metros la legua) 7,274 kilómetros. Para sostener este alambrado, se clavaron en el suelo 300,000 postes de madera de ñandubay, cortados en los bosques del mismo establecimiento.

Tiene D. Antonio Saralegui al frente de la explotación á su sobrino Ovidio Arenaza, un vasco joven, recio, que posee todas las cualidades indispensables al delantero. Trabajador, sufrido, valiente, es un colono que hace sentir su superioridad natural sobre la hueste que gobierna; cuando quiere es un gentlemán y cuando conviene un gaucho. Cazador, jinete, dispuesto á la fatiga, pronto y apto para resolver cualquier dificultad manual, es el hombre que se requiere en aquel pequeño Estado donde hace falta una voluntad regida por una inteligencia positivista.

Cada estancia funciona autonómicamente bajo la dirección del Administrador general. Dos mayordomos de campo reciben las órdenes de la

Administración y las transmiten á los capataces que están al frente de cada estancia.

En todo el establecimiento viven unas 700 personas, siendo el personal permanente del mismo 125 hombres, consagrados todos á la ganadería.

Los hombres de á caballo se dedican exclusivamente á parar rodeos, á hacer apartes de ganado y á recorrer los campos, sin bajar nunca de su montura. Los peones se consagran á los trabajos manuales, pudiendo comer carne á discreción unos y otros, que, con la yerba mate, constituye su alimentación exclusiva. Se les asignan cuatro kilos al mes de yerba mate, que es su bebida obligada, con la cual suplen el vino y las bebidas alcohólicas, de uso prohibido en la estancia. La yerba mate domina en absoluto á estos hombres, que prescinden del vino, y no conciben la vida ni el trabajo sin esa infusión maravillosa que es un alimento de ahorro, un estimulante y al mismo tiempo un narcótico. Cuando chupan la bombilla, recuerdan á los chinos fumadores de opio por su actitud soñadora, y en seguida nos muestra la agilidad del marino despierto por el café.

Además de los trabajadores hay para el servicio del establecimiento 1,600 bueyes y 1,000 caballos, sin contar los 500 cedidos á los colonos para las faenas agrícolas.

El establecimiento comprendía una parte de bosque, otra de prado primitivo y otra de bañados. En esa extensión pastaban libremente

las manadas de ganado salvaje, que era preciso cazar con el lazo. Eran terrenos que se prestaban aún á las incursiones de los indios, que habían sido, hasta muy entrada la última centuria, dueños y señores de aquella región.

Una vez alambrado el establecimiento, puede decirse que tuvo en su poder y pudo distribuir á su antojo la Hacienda criolla que pastaba y corría libremente por la llanura. Y una vez en condiciones de poder transformar esta raza inferior y esta tierra inculta, D. Antonio Saralegui realizó una labor parecida á la de los políticos, grandes hechores de pueblos, una labor empeñada de refinamiento.

Para llegar al resultado que se proponía, acudió á la inmigración de razas superiores; importó de Europa y compró en la Argentina los más selectos reproductores que se le presentaron para mejorar su raza. Hoy posee más de dos mil toros y cuarenta y cinco padrillos, y con arte va seleccionando los tipos, y afinando la raza. La raza criolla primitiva, degenerada, merced á esa constante selección, se ha metamorfoseado y se confunde ya con las primeras razas europeas.

Una de las preocupaciones mayores del estanciero ha de ser el llevar á cabo un buen censo de población animal, y en esto el Sr. Saralegui ha llegado á la perfección. Como está el ganado perfectamente distribuído, puede contarlo y recontarlo por grupos, siempre que quiera, llevando

además un registro en el que constan diariamente, de una manera exacta, los animales que nacen, los que se sacrifican y los que mueren, con el número de pieles aprovechadas, señalando por kilos el consumo y los despojos. Una innovación acertada es la de tener un hombre dedicado exclusivamente á recoger las carroñas, que arroja en un tacho para aprovechar la grasa y los despojos, por cuyo medio realiza un lucro y gana la higiene.

Para refinar la raza era necesario también refinar el campo, y esta ha sido otra de las tareas del Sr. Saralegui. La primera operación era la de cortar árboles para roturar el terreno, y la segunda la de convertir el prado natural y primitivo en pradera artificial y selecta.

En los extremos todavía se encuentran los hacheros, viviendo por su cuenta en pequeñas chozas de paja, al amparo de unos árboles, quienes realizan la labor primaria de talar el bosque, preparando el terreno para la roturación.

En aquellas tierras vírgenes, cubiertas de matorrales y pasto ordinario, se acude luego con el arado y viene ya el agricultor en pos del hachero que representa el nómada, llevándose á cabo la evolución progresiva de las agrupaciones humanas. Allí se siembra lino ó alfalfa, y, una vez segado el lino, queda ya arraigada perfectamente la pradera artificial.

Para llevar á cabo esta transformación de la tierra y del ganado, había que resolver el pro-

blema hidráulico. Hay quince leguas de costa en el río Salado, y cuando llueve abundantemente parte de las reses se abrevan en este río, mas cuando hay sequía se pone amargo, y no puede aprovecharse. Para el servicio del establecimiento se necesitan 4.300,000 litros de agua diarios, existiendo dos capas de aguas subterráneas, la primera que se encuentra á una profundidad de uno á diez metros, y la segunda á la de diez y ocho. Estas lagunas subterráneas salen á la superficie por medio de cuarenta norias convenientemente distribuídas en cuarenta zonas calculadas, por medio de las cuales se colman grandes depósitos que, á su vez, llenan automáticamente los abrevaderos para los animales.

La poca profundidad del agua permite en muchos sitios la siembra de la alfalfa, que es el pasto más codiciado, y, una vez hecho el alfalfar, ya no hay que preocuparse de su cuidado, convertido en pradera durable. En coche atravesamos campos inacabables de alfalfa, cubriendo, entre las varias estancias, más de 17,000 hectáreas.

Después del rancho improvisado del hachero que cambia de sitio todos los días, contemplamos el carro ambulante, habitación del colono, que se dedica á roturar tierras recién preparadas. Esta es la verdadera y útil habitación del colonizador, que tiene casa fija, pero que no radica aún en el terreno. Llega á donde quiere en su casa portátil y tiene siempre seguro refu-

gio; abre una zanja para asegurar las ruedas del carromato, se previene contra las lluvias y los vientos, labra un pequeño depósito para abrevadero de animales, y ara luego y siembra con su máquina incansable. Una vez terminado el trabajo, va más allá y otra vez fija su habitación para roturar nuevos terrenos. Es el fecundador del suelo que se perfecciona, libre de matorrales, trocándose, gracias al arado y á la siembra, en hermosa pradera, abriendo espacio á la ganadería. En ese nuevo ambiente, creado por el hombre, la raza criolla va á su vez mejorándose por medio de estudiados mestizajes que la aproximan cada vez más á las razas puras. Nos hemos asombrado ante un rodeo de vacas finas (raza Herefort) pesando la mayor parte más de 1,000 kilos.

Generalmente, los colonos que emprenden las labores agrícolas toman la tierra en arrendamiento, pagando al dueño el 15 por 100 de los productos brutos. Se les anticipa el dinero (sin interés) para comprar herramientas, útiles, semillas y animales. De la cosecha reembolsan al establecimiento las sumas que se les han anticipado sin garantía. El contrato es por uno ó dos años, con obligación de sembrar en la última cosecha semilla de alfalfa que se les proporciona gratuitamente. En la pasada cosecha se sembraron 6,800 hectáreas con 120,000 kilos de semilla de alfalfa que costaron 84,000 pesos nacionales, incluso los fletes. Los animales de

trabajo vacunos son del establecimiento (se les entregan novillos chúcaros y los convierten en bueyes), mientras el ganado caballar se les vende.

Roturado el terreno y convertido en pradera por el trabajo agrícola, aparece la ganadería, pero no la criolla que podía vivir entre matorrales y gramíneas, sino el ganado aristocrático, restaurado por las dos grandes fuerzas progresivas, la selección y el medio ambiente, ambas manejadas por el hombre.

Casi todos los colonos que ayudan á ese mejoramiento de las tierras son italianos del Norte, gente sobria y conocedora de las faenas agrícolas.

En cambio los ganaderos son en su mayoría vascos, especialmente los dedicados al tambo, que es el lugar destinado á las vacas de leche, junto al cual surge la cremería ó fábrica de quesos y mantecas. Esta es ya la forma más útil y perfeccionada de la ganadería, la última evolución que nos lleva á la industria, que hace posible la vida de una población mayor y provoca la agricultura intensiva.

Contemplando de una manera tan clara como una sola voluntad puede cambiar un desierto, haciendo de los yermos praderas y transformando las razas indígenas degeneradas por la pobreza del medio, adquirí el convencimiento de que un solo hombre puede variar el modo de ser de un pueblo, regenerando su suelo que

corre parejas con la decadencia de la raza, y refinando sus pobladores por medio de la importación de verdaderos elementos de cultura exóticos.

Me distrajo de estas meditaciones el espectáculo de una puesta de sol espléndida. La llanura, grandiosa y monótona como una laguna verde, hacia el occidente, cuando el sol se acercaba al horizonte, se ha convertido de súbito en un mar lejano. Un tenue vapor rosado se cernía sobre la planicie y el sol majestuoso, como un globo inflamado, ha ido descendiendo hasta penetrar en las entrañas de la tierra. Su disco se hundía lentamente y al desaparecer han brillado en el ocaso llamas que parecían de un apartado incendio. Entonces ha cesado la hermosa ilusión del mar, reapareciendo con tonos obscuros el verdor de la pradera infinita. Los animales permanecían inmóviles destacándose sus siluetas en el cielo luminoso, y, al par de una apoteósis teatral, iluminóse el ocaso con el rojizo color de las bengalas, mientras llenaban el espacio los mugidos de los bueyes, los relinchos de los caballos y los balidos de las ovejas, como un canto de despedida al sol poniente. Duró el crepúsculo largo rato, y luego quedó sumido todo en el silencio.

Cuando íbamos para la casa, con el ruido de nuestros pasos turbábamos el sueño de las aves dormidas en los árboles, que se agitaban con suave rumor de alas, á un tiempo que millares

de luciérnagas voladoras cruzaban sin el menor ruido el aire en todas direcciones, como estrellas fugaces.

Ibamos marchando silenciosos, pareciendo que del cielo caía una niebla de tristeza que se infiltraba en todas las cosas.

Capítulo XV.

El gran reposo. — Ginetes de nacimiento. — Tipos gauchos. — El ladrón por naturaleza. — Como termina un drama. — El hombre boa. — El trabajo de los gauchos. — La obra de los vascos.—Cruzamiento de vascos é indias. — Tipos vascos. — Rostros infantiles. — Misteriosa gestación de un tipo nuevo. — Cochero millonario. — Perspectivas futuras.

Desde que salí de Barcelona no había dormido con la intensidad que he logrado esta noche en el Rincón de San Antonio. He podido dormir completamente á obscuras: la ventana tenía postigos. Además la fatiga de estos días imponía un fuerte reposo. ¡Ni brindis, ni lunchs, ni discursos!

Desde la mañana al anochecer hemos recorrido el establecimiento en todos sentidos, siempre en coche, pasando de uno á otro espacio cerrado por las alambreras, á través de los pasos cuyas puertas se cierran automáticamente. Y en todas partes he visto tipos humanos distintos, dignos todos de estudio.

En estos campos nadie va á pie. Así como en mi pueblo, los niños, apenas pueden tenerse, se

echan al mar y con seguridad nadan, aquí los suben á caballo y en seguida montan. Todos son jinetes de nacimiento.

Según me han dicho, en el período de las guerras civiles se daba el caso estupendo de llegar á una estancia una partida de gauchos á pie y salir, formando regimiento, montados en potros salvajes.

Cuando el gaucho está ebrio y no puede mantener el equilibrio, lo suben al caballo, y, una vez en la silla, se encuentra completamente seguro.

He tenido nueva ocasión de codearme con los gauchos. Me he fijado en su indumentaria: pantalón bombacho, botas de montar, un mandil de cuero, un pañuelo de seda al cuello y chambergo de alas anchas. En el dorso, cruzado con el cinturón, lleva el enorme facón, y sobre las ancas del caballo el indispensable lazo. En días de frío y lluvia cuelga de sus hombros el poncho de juanaco ó de vicuña. El antiguo chiripá, que substituía el pantalón, ha casi desaparecido en estas latitudes.

Otra vez me intrigó el carácter místico de sus canciones. La idea de la muerte y de la otra vida salen á relucir continuamente al acompañamiento monótono de la guitarra.

Fijéme de nuevo también en el sumo cuidado que ponen en el hablar, procurando no usar palabras imperativas y evitando el empleo de voces que impliquen injuria, aun en los casos más

justificados. Así, cuando denuncian un robo, no citan nunca este vocablo, y se contentan con decir que se les ha extraviado ó perdido alguna cosa. ¿Tendrá esto su origen en la sumisión en que vivieron un tiempo y en la necesidad de emplear estudiada dulzura y respeto, aun cuando clamasen justicia? El temor y el recelo, transmitidos por la herencia, tal vez han contribuído á este rasgo distintivo, á la vez señoril y rastrero.

Hemos presenciado una carrera de caballos en que tomaron parte más de treinta jinetes. El premio era un revólver de Eibar. Al avanzar entre nubes de polvo haciendo retemblar la tierra y profiriendo alaridos estridentes, producían pavor porque evocaban la imagen de la irrupción de las hordas salvajes. Estaban en su elemento tirando el lazo y domando potros, pero descubrí luego que su pasión suprema era el juego. Se jugó á la taba (hueso de vaca) y en un momento se cruzaron centenares de pesos. Ya no se pensó en otra cosa ni se interrumpió el juego, encendiendo al llegar la noche platos llenos de sebo para salvar la obscuridad.

Han acudido hoy los trabajadores de todas las estancias, invitados por el Sr. Saralegui, excepto los encargados del ganado, peones á caballo que hacen el oficio de nuestros mastines. Rompiendo la consigna, se les ha obsequiado con una ración de vino, y con este motivo, á pesar de la tasa, han menudeado las borrache-

ras, quizás porque abundán los alcohólicos y el simple olor del vino les altera.

Cuando estábamos más distraídos, del grupo de los jugadores salieron voces de disputa y en seguida ha sonado un tiro, corriendo allí los capataces, resultando que se había disparado al azar una pistola, que otra cosa no pudieron sacar en limpio. Por lo visto, están apercibidos siempre para la confabulación.

Entre los ejemplares allí reunidos, sobresalía el de un negro ladrón que, sin rebozo, confesaba su instinto perverso. Había sufrido varias condenas, pero resultaba incorregible. « Dios me ha dado el vicio de robar, nos dijo, y es inútil que pretendan quitármelo los hombres ». Era sobre todo un gran ladrón de caballos, explicándose la especialidad de su rapiña por haber tenido á mano durante casi toda la vida los potros salvajes que vagaban sin dueño por el campo. Habitante de un territorio en que la ocupación de la tierra por uno solo era reciente y acostumbrado al aprovechamiento común, no comprendía la razón de la propiedad individual.

Al preguntarle al Sr. Saralegui por qué le dispensaba este derecho de asilo, contestónos : « Este es más temible fuera que dentro. Aquí, como tiene el disfrute de todo, nada codicia; únicamente peligra lo que pasa por la estancia. No hace mucho robó el caballo del Comisario de Policía que durmió una noche en casa y trabajo nos costó rescatarlo ».

Mirando con atención á aquel hombre que con tanta franqueza confesaba su instinto criminal, no supe ver en él la facies del delincuente nato de Lombroso, pareciéndome en cambio vislumbrar la simplicidad brutal del hombre primitivo.

Me mostraron á un indio mestizo que vivía amancebado con una mujer, de quien abusó un compañero. Desafióle y se batieron á revólver, cambiándose cinco balas que dieron todas en el blanco. Aquél logró curarse y el otro murió á consecuencia de las heridas. El abogado del reo basó la defensa en el hecho de haber matado en defensa propia; pero, contestando al fiscal, manifestó el procesado que al salir de su casa el día del hecho llevaba ya la intención de matarle. Cuando le recriminaron por esta respuesta, que echó por los suelos los argumentos de la defensa, repuso que creía que decir la verdad era motivo para que le hicieran justicia, considerando lícito el desafío. Esto le valió cinco años de prisión. Al salir de la cárcel fué admitido en esta estancia, donde casualmente la mujer que motivó el duelo vive en compañía de un capataz. Presentóse á la mujer invitándola á reunirse otra vez, pero ésta le manifestó que hacía ya años que estaba con el capataz, quien la trataba muy bien y que no quería abandonarle. Resulta ahora que trabajan á veces juntos en las labores del campo, como si nada hubiese mediado entre ellos.

Un correntino, tipo marcadamente indio, nos fué presentado como hombre que no quiere dinero ni sabe lo que significa. Trabaja cuando quiere, echa mano de una res cuando el hambre aprieta y en un día se come un cuarto de vaca, siendo luego capaz de dormir cuatro días seguidos, hecho un hombre-boa.

Generalmente duermen á la intemperie y son sobrios hasta la exageración, y, en punto á trabajo, no tienen precio para esas faenas independientes cuya filiación se encuentra en las de los indios salvajes. Nadie mejor para la ganadería ruda que sacrifica la res para tener la piel, ni para las primeras labores confiadas al hachero que habita en el bosque en plena independencia. Reñidos con la disciplina y faltos de cultura, son, sin embargo, indispensables en esta zona semibárbara, donde impera un régimen de transición que no destruye lo existente, sino que simplemente lo aprovecha y lo mejora.

Para esta labor de refinamiento basada en la alta mestización, el vasco viene á completar al gaucho, como las razas europeas son el complemento del ganado criollo para llegar á los tipos superfinos.

Es singular la facilidad con que los vascos se cruzan con las indias ó mestizas. Un mestizo he visto (llamado Velázquez) que hablaba tan ólo guaraní y que parecía arrancado del cuaro de «Las Lanzas». Al pensar que en las enas de muchos de aquellos hombres circula

sangre de los altivos capitanes de la Conquista, me parece asistir á la decadencia de dos razas, y al mismo tiempo se me ocurre presumir que el gaucho tiene quizás sangre vasca en las venas.

Los cántabros y los astures, que emprendieron la reconquista de la España árabe, se mezclaron con los moros y dejaron marcado su cruce en Andalucía. Sabiendo que fueron los andaluces los que primero poblaron estas soledades, mezclándose con los indios, no se juzgará tan descaminada mi suposición, que explicaría en parte aquella afinidad electiva.

Esta inclinación natural de los vascos contrasta con la resistencia de los italianos, que no se cruzan, por regla general, hasta la segunda generación.

Tuvimos ocasión de contemplar algunos curiosos tipos vascos, entre ellos un piloto que condujo hasta el Paraguay un vapor de Casado del Alisal, y que, cuando éste abandonó sus negocios, se encontró sin cargo y sin recursos, habiendo aceptado el mísero empleo de portero en la estancia Petronila, como hombre vencido que se conforma ya hasta con lo más insignificante.

Un vasco, casado con una india, me abordó completamente ebrio. Al preguntarle si había renunciado á volver á su país, se serenó como si le hubiese aplicado un tarro de amoníaco á las narices, exclamando: «¿Cómo no? Pero quiero volver con pesos. Si vuelve usted á Es-

paña, añadió, le quiero dar algo para la vieja ». Y se enterneció, acordándose de su madre.

—¿Es usted el casado con la india gorda?

—No, señor, contestóme, la mía es linda.

Por fin vimos á los ingleses, al cuidado del ganado lanar. Allí estaban, como en todas partes, tomando su baño, bebiendo su te, apurando el *wisky*, leyendo *The Times*, sintiendo la repugnancia de las razas inferiores, al par que son los primeros mestizadores del mundo con las razas animales.

Lo más digno de estudio es sin duda la gran diversidad de tipos que ofrecían los chiquillos. En muchos rostros infantiles surgía la efigie india suavizada por la sangre europea; en otros, los ojos negros del meridional en consorcio con la blancura mate de los sajones; se veía reaparecer el negro en rostros cobrizos, y, entre los hijos de una misma india, se observaba ya el refinamiento de la raza á influjo de cruzamientos indefinidos.

Revelábase en aquella variedad de rasgos, el choque de razas diversas que pugnan por ajustar el tipo humano al ambiente; la misteriosa gestación de un hombre destinado á encarnar el espíritu nacional de este inmenso territorio que clama para su población el concurso de todas las razas del mundo.

Aquí se codean las razas, cruzándose los idiomas y la sangre, elaborándose lentamente el lenguaje y la fisonomía que sellará el carácter

de la creciente nacionalidad. Suenan y se entremezclan voces de varios idiomas, desde el antiquísimo guaraní al moderno italiano, dejando marcadas huellas en el habla castellana, cuyas variantes y voces intrusas consagrarán más ó menos tarde los grandes escritores destinados á florecer en medio de esta vida intensa.

Salimos de la estancia, lloviendo torrencialmente, después de haber pasado allí cuatro días inolvidables que nos rehicieron el cuerpo y el espíritu. D. Antonio Saralegui, envuelto en su poncho, quiso guiar el carruaje, soportando él solo la lluvia, mostrando ser el hombre fuerte y resistente que exige aquella gran obra de avanzada que había realizado en su Rincón de San Antonio.

Mientras corríamos por aquella llanura interminable, los ojos se me iban tras de los negros cúmulos que limitaban el círculo del horizonte, sobre los cuales discurrían crasas y cenicientas brumas que les infundían apariencia de montañas, dándome momentáneo alivio de la obsesión de la llanura.

Y, sin querer, volvía á fijarme en nuestro cochero millonario, poseído de verdadera admiración. Por su formidable impulso se habían allanado los montes, roturado las tierras y abierto anchos espacios á la ganadería creadora y á la agricultura fecunda, los dos grandes manantiales de la riqueza de la República, haciendo avanzar á la civilización y retroceder á la barbarie.

—Andando el tiempo, me decía, estas cuarenta leguas que coloniza un solo hombre, en las cuales viven únicamente 700 habitantes, serán el asiento de grandes poblaciones. Cuando la emigración afluya á estos parajes y acudan los colonos á roturar los yermos infecundos, se irán poco á poco formando núcleos de población, dividiéndose las tierras, y los prados se convertirán en campos de labor, y los campos de labor en huertas y frutales.

El cultivo intensivo sucederá al cultivo extensivo; el agua, que se encuentra á poca profundidad, irá surgiendo en todas partes solicitada por el hombre; se aprovecharán los ríos y la tierra soportará los medios para que puedan habitarla cada vez mayor número de hombres.

Los ferrocarriles y los canales cruzarán el territorio y lo que fué, quince años ha, desierto dominado por los indios, será un nuevo territorio nacional en el que se levantarán ciudades con todos los refinamientos de la civilización moderna.

Tenía plena conciencia de que asistíamos al crecimiento de una región nueva, donde lo que hoy son estancias serán términos municipales, donde los puestos se trocarán en villas populosas que conservarán tal vez el nombre vulgar con que fué bautizado el puesto por esos mismos hombres que hoy preparan esa transformación admirable con su labor pródiga de delanros.

Con decir que, en los extremos de la República, existen varios ignorados colonizadores que realizan en el silencio esa misma labor extraordinaria, indispensable para el avance de la masa de inmigrantes; que son muchos los que cooperan en todas partes al refinamiento del suelo y de la ganadería que ha de preceder al crecimiento de la población humana, se vislumbra próximo el progreso inmenso que está reservado á la Argentina.

Capítulo XVI

El Doctor Freire. — Colastiné. — Paraná. — La provincia de Entre Ríos. — Tierras cansadas. — La vida en el vagón. — D. Rafael Escriña y los colonizadores de oficio. — Colonia Clara. — Los rusos judíos y el Barón Hirch. — Dificultades de la colonización israelita por la atracción de las ciudades. — La Pampa Argentina y la Estepa Rusa. — Los que permanecen en el suelo y los profetas de Israel. — Noche en pleno desierto.

En llegando á Santa Fe, nos vimos imposibilitados de proseguir hacia Paraná á causa de la bajante del río. Aprovechamos la tarde para recorrer el Paraná, hasta Guardia Vieja, en un vaporcito del Ministro de Hacienda Sr. Andino, para apreciar el alcance de las obras del puerto en proyecto.

Tuvimos ocasión de conversar íntimamente con el Doctor Freire, Presidente de la provincia de Santa Fe, quien nos sentó á su mesa y nos habló de los varios útiles proyectos que tenía en vías de realización su Gobierno. Hay que confesar que domina en aquellas alturas la preocupación de las Obras públicas y de la Instrucción, dos palancas para remover el suelo y los hombres, combatiendo la pobreza y la

ignorancia. El Doctor Freire, como todos los gobernantes en la Argentina, es un hombre sencillo, que fuera de su gabinete no se acuerda para nada de su jerarquía y alterna familiarmente con sus conciudadanos. Notamos que conocía y trataba á todos los españoles de arraigo, mostrando por ellos singular predilección, envanecido de su origen ibero.

Llevando una buena impresión de Santa Fe, á la mañana siguiente, en tren especial que nos puso el Gobierno, salimos para Colastiné, puerto donde se carga el quebracho del Chaco y los trigos de la Argentina Septentrional. Allí nos aguardaban los comisionados del Paraná en el vapor « Ceres », empavesado con banderas españolas y argentinas.

Desde Colastiné, veíamos en la opuesta barranca del río la silueta pronunciada de Paraná, la única ciudad que habíamos visto hasta entonces dominando la dilatada planicie. Los ojos se extasiaban contemplando aquella leve eminencia que descansaba la mirada horizontal siempre solicitada por el mismo plano.

Paraná fué un tiempo la capital de la República Argentina, proclamándose allí la Constitución Federal, después que el General Urquiza derrotó en Montecaseros al tirano Rosas. En la Casa de Gobierno, encontramos reminiscencias de este glorioso pasado, siendo afectuosamente recibidos por el Gobernador D. Enrique Carbó descendiente de catalanes.

Desde el Paseo Urquiza nos deleitamos con la vista hermosa del río que serpentea entre la verdeante llanura. Ante nuestros ojos se desarrollaba el fértil territorio conocido con el nombre de Mesopotamia Argentina. El Mocoretá y el Guayquiraró la separan de Corrientes; al Este, el Uruguay le sirve de frontera y división con la República del mismo nombre; al Sud, el Paraná constituye el linde con Buenos Aires, y al Oeste forma su línea divisoria con Santa Fe. Y en todas direcciones, entre sus colinas poco elevadas, pero que le dan pintoresca variedad, corren ríos y arroyos afluentes de aquellas grandes arterias, que son los inagotables proveedores del río de la Plata.

Con tal abundancia de ríos que justifican su nombre, doquiera se encuentra el agua, siendo su vegetación una de las más ricas, prestándose á la ganadería y á la agricultura. De unos años á esta parte, en la provincia de Entre Ríos el trigo barletta, que por su proporción de gluten y peso era reputado uno de los primeros del mundo, especialmente el que se cosechaba en Diamante, ha degenerado sensiblemente. En la Exposición de trigos celebrada en Londres en 1902, una muestra procedente de Villaguay (Entre Ríos) obtuvo la medalla de oro, pesando 83 kilos, notándose desde entonces un retroceso que los peritos atribuyen á la falta de conocimientos prácticos que impiden elegir la variedad más adaptable al suelo, pero que

pudiera ser también síntoma de agotamiento por la continuidad esquilmante de un solo cultivo. El año 1825 la Compañía inglesa The Río de la Plata Agricultural Association envió los primeros colonos á Entre Ríos, y no fuera de extrañar que sus tierras, condenadas á producir sin ayuda de fertilizantes, comenzasen á sentir asomos de cansancio.

Entre Ríos, sin embargo, un día nos asombrará con su producción intensiva, siendo como es una de las regiones más susceptibles de irrigación y prosperando en su suelo el olivo, la vid, los árboles frutales y toda clase de legumbres.

Por la tarde visitamos la Escuela Nacional, fundada por un maestro español, José M.ª Torres, de Málaga, que ha sido un fecundo plantel de maestros para toda la República. El nombre de Torres, el pedagogo que no supo ser apreciado en su patria de origen, de la cual tuvo que emigrar, inspira en la Argentina sincera veneración.

En el suntuoso edificio que ocupa la escuela, recorrimos los talleres industriales, la escuela de cocina para niñas y las clases sistema Frœbel, admirando la orientación práctica de la educación que tiende á formar hombres aptos para la producción manual, á base científica.

Por la Constitución Provincial de Entre Ríos el Gobierno viene obligado á dejar el 20 por 100 de las rentas públicas para la Instrucción; actualmente la partida consignada á este objeto

alcanza el 21, y á no tardar, esperan que llegará al 23.

La colonia española nos obsequió con un banquete que se celebró en el bello local de la Sociedad Española de Socorros Mutuos, habiendo facilitado nuestro paisano D. Antonio Torres para adorno del salón algunos cuadros de su galería particular, entre ellos dos de Bassano y un San José y un Crucificado que ostentaban marcadamente el estilo de Murillo. Aquella nota de arte en aquel medio animado exclusivamente por el ansia de la riqueza y del bienestar material llegó con doble intensidad al alma.

En el banquete se habló, como es natural, del gran porvenir de Entre Ríos, una de las comarcas del mundo más favorecida por su prodigiosa red fluvial, á la vez causa de fertilidad y medio de comunicación y transporte. Esos ríos que abren salida á los productos para todos lados y la abundancia de puertos, harán que no sufra esa provincia de congestión urbana, pues ningún núcleo se encontrará en situación privilegiada para absorber la vida comercial é industrial de una comarca extensa. Se habló también de la predilección que había mostrado el General Urquiza por los industriales catalanes, cuando quiso crear fábricas en la República. Todavía se encuentran allí descendient de un fabricante de Tarrasa que fué llamado r el citado General, llevando maquinaria y vo la mala suerte, al llegar, de encontrarse

con el general asesinado y el país en plena revolución, fracasando en su intento. ¡Cuántos esfuerzos é iniciativas que hubieran sido de grandes resultados se malograron en estos años de trastornos y luchas reñidas con toda empresa durable!

Al salir del banquete fuimos á la estación para descansar en el coche dormitorio que nos cedió galantemente Mr. Follet Holt, Administrador de los Ferrocarriles de Entre Ríos. No se puede ser más exigente: teníamos un cómodo gabinete de trabajo, buenas camas y cuarto de baño y además estufa y ventilador eléctrico para defendernos del frío ó del calor en aquel clima tan vario. Por la mañana, entre sueños, percibimos las maniobras de la máquina que agregaba nuestro coche al tren, y, al despertar, nos encontramos ya en pleno campo, muy lejos de Paraná. Nos acompaña en esta expedición D. Rafael Escriña, Presidente del Club Español, y su hijo mayor, quienes gozan de mucho prestigio en esta región, en la que cultivan excelentes propiedades.

D. Rafael Escriña, murciano, con todo el tipo de la raza, de esa raza que ha realizado una de las más perfectas colonizaciones que se conocen, poblando de verjeles el suelo con los prodigios del agua, como si poseyera el secreto d dar valor á la tierra, desde el año 1883 ha fu dado en la Argentina 27 colonias, seis en l provincia de Santa Fe, siete en la de Ent

Ríos y catorce en la línea del Ferrocarril de Córdoba y Rosario (1).

Escriña representa en la Argentina uno de los factores más esenciales para poblar: es uno de los que prepara y dispone los apartados terrenos para recibir á los hombres y á los animales. Es un sembrador de pueblos y un instaurador de estancias; viene á ser como el iniciador que saca á la luz los suelos apropiados y pone en marcha su colonización.

Sin esos hombres que comienzan por adquirir los terrenos improductivos, inhabitados y aislados y que los colocan en condiciones de producir y de ser poblados, marcharía con lentitud desesperante la obra colonizadora. Los hombres como Escriña, que son varios en la República, estimulan por un lado las empresas de comunicación y transporte, impulsan la inmigración, ensanchando el campo de acción del trabajo, y hacen viable el país. Valorizan los terrenos gracias á la cooperación colectiva que saben excitar, y como los hacheros, que una vez han librado el suelo de matorrales van á otro sitio, así que han fundado el centro urbano

---

(1) Las de Santa Fe se denominan: La Providencia, Constanza, María, la Pelada, Santa María, Prosperidad; las de Entre Ríos: Colo- r- Balvanera (hoy Clara), Bunge, Basavilbaro, Santa Clara, Santa Ana, S José y Alicia; las de la línea de Córdoba y Rosario: Nuevo Alberdi, I Palacio, Santa Teresa, San Genaro, Centeno, Castro, Armstrong, ll, Sastre, Esmeralda, Josefina, Santa Clara, Saquier y Nueva Ra-

ó creado la estancia, marchan á otro lado á reiterar la misma empresa.

En estos países nuevos, al revés de los viejos, la línea del ferrocarril busca al desierto, y las poblaciones y los campos van tras del ferrocarril, en tanto que en nuestras viejas tierras la línea férrea va en pos de las poblaciones.

Generalmente el Gobierno ó la Provincia, concede ó pone en venta una gran extensión de terreno, deseando ensanchar la colonización del país. Si no contara con esos hombres, colonizadores de oficio, con experiencia adquirida, que son los encargados de hacer converger allí los esfuerzos del capital, de la inteligencia y del trabajo, aquellos terrenos yacerían ignorados y estériles. Empiezan por estudiarlos y darlos á conocer, encuentran el modo de sacar de ellos provecho y en muchos casos eligen la inmigración y los cultivos más ajustados á su clima y condiciones. Ellos son los que abren el camino y atraen luego á los constructores de ferrocarriles, á los estancieros, á los comerciantes de avanzada. A medida que se levantan las estaciones, en los sitios previamente estudiados, surgen el almacén de campaña, los alambrados y el rancho de los primeros trabajadores. La Provincia construye luego la escuela y en el primer tren que recorre la línea llegan los emigrantes delanteros, con sus máquinas y semillas, que fundan los primeros hogares.

Desde el mirador de cristales de nuestro coche salón, que va á la cola del tren, vemos discurrir la campiña de Entre Ríos, sonriente aún por las últimas lluvias. Las depresiones del terreno le quitan monotonía, y entre las ondulaciones suaves del suelo, que llaman cuchillas, se distinguen en todas partes pequeñas casas que pregonan la densidad relativa de su población. La mayor parte de los pueblos que desfilan se han ido formando desde que se construyó la línea férrea en 1886. Cada estación se convierte en amparo de una población, como en otros tiempos el castillo feudal, que era el sostén de las aldeas contra los invasores y enemigos.

En la de Nogoyá, una de las más antiguas de la provincia, contemplamos ya una población de gran importancia. Nos saluda una comisión de españoles, entre los cuales hay varios catalanes.

Cruzamos el río Gualegay, que nace en los límites de la provincia de Corrientes y desemboca en el Paraná.

A las cuatro de la tarde llegamos á la estación de Domínguez, término de nuestra jornada. Queda en una de las vías muertas el vagón dormitorio, y subimos á los coches que tiene dispuestos el Administrador de las Colonias Israelitas para visitar á las cuales nos hemos detenido allí.

El barón Hirch fundó en vida la Sociedad Israelita de Colonización, con un capital de

50 millones de francos, entrando él con 9,990 acciones, repartiendo las diez restantes entre los principales banqueros israelitas del mundo. El objeto de la Sociedad es el de amparar á los israelitas perseguidos, creándoles patrias nuevas.

Más tarde cedió á la Institución otros 50 millones de francos, y á su muerte legó una cantidad igual. A su vez la baronesa donó también 50 millones.

Estas donaciones fueron hechas en títulos de ferrocarriles otomanos y de los Estados Unidos, que hoy valen mucho más.

Estos fondos se administran por un Comité que reside alternativamente en París y en Londres, facultado para admitir nuevas donaciones.

Dicha Sociedad ha instituído colonias en varias Repúblicas de América, distintas según el modo de ser de cada país.

En la Argentina se fundaron en 1891, empezando por Santa Fe, con la Colonia Moisesville.

En Entre Ríos posee más de ciento cincuenta leguas de terreno, en varias Colonias.

La emigración se contrata por familias. La Administración paga el pasaje desde la primitiva residencia al nuevo destino; una vez instalados los colonos, les entrega de 15 á 20 vacas lecheras, los animales de labranza necesarios, útiles y vivienda, corrales y semillas, todo lo cual se capitaliza, junto con el valor de la tierra que les vende, á pagar en 20 anualidades que no pueden anticiparse, al interés del 5 por 100.

Al encontrarme entre aquellos hijos del pueblo más perseguido de la tierra, se me ocurrió pensar que los expulsados de España hoy encontraban asilo entre los descendientes de los españoles; los emigrantes forzosos de todas las épocas por fin se habían convertido en emigrantes voluntarios, y su eterno mal se convertía en remedio.

La Colonia Clara, que es la que hemos recorrido, cuenta tres aldeas y 42 grupos. Habrá en su radio una 800 casas y 730 colonos con sus familias. Hoy se desiste del tipo de aldeas, para adoptar el de grupos de 4 á 10 colonos, tal vez para curarles de la tendencia urbana que les inutiliza para el campo.

Los israelitas, que fueron en otros tiempos los grandes pastores, quienes animaron un día con sus rebaños inmensos la Mesopotamia, hoy sienten el horror de la campiña. « Hombres pastores somos desde nuestra niñez hasta ahora », dijeron á Faraón los hermanos de Joseph. Los largos cautiverios y las crueles persecuciones les han obligado, durante siglos, á agruparse en las ciudades y á huir del aislamiento, matando así sus aptitudes rurales, acrecentando en contra su predisposición para el comercio y los oficios urbanos, con lo que se ha cumplido la profecía de Isaías, quien vaticinó que mamarían la leche de todas las naciones de la tierra.

Por esta causa en un principio fué un fracaso la colonización israelita, ya que en su mayor

parte los colonos desertaron y huyeron á las ciudades, para practicar sus aficiones de mercaderes.

Los que han nacido ya en América ó inmigraron jóvenes, se asimilan al país y resultan buenos ganaderos y excelentes agricultores, como si el medio despertase nuevamente la naturaleza primitiva de la raza. Visten ya como gauchos, hablan bien el castellano y se confunden con el paisano argentino. Estos ya no son puebleros, como se denomina á los aficionados á la ciudad.

Los viejos no se mezclan con los criollos, en tanto que los de la nueva generación se cruzan con las hijas del país como los judíos de la transmigración, que habían vuelto del cautiverio, mezclaron su linaje con los pueblos de las tierras que atravesaron (1).

Todos los habitantes de la Colonia Clara son rusos y ofrecen saliente tipo eslavo. En sus pequeñas casas toman diariamente el te ruso en el samovar y hablan su idioma nativo. Me decía el médico de la Colonia, un hombre de vasta ilustración y que goza de gran fama profesional en la comarca, que el paisaje recuerda extraordinariamente á la estepa rusa. Por esto quizás, se aclimatan con facilidad, notándose que en las mujeres es más viva la nostalgia.

Se vislumbra el goce íntimo y nuevo que ex-

(1) *Esdras*, libro I, capítulo IX.

perimentan por la libertad y el respeto de que ahora disfrutan. El médico nos decía: « No podéis figuraros la satisfacción que produce ser dueño de sí mismo, después de la opresión de tantos años ».

Parecían evocar sus palabras las voces del profeta Ezequiel: « Y traerán sobre ti muchedumbre y te apedrearán con piedras y te matarán con sus espadas. Y cesará mi indignación contra ti y se apartará mi celo de ti y descansaré, acordándome de mi alianza contigo en los días de mi mocedad ».

El Señor parece que reposa allí de sus iras y les devuelve la libertad con tanta ansia pedida.

Como sucede siempre que su Dios se reconcilia con ellos, los israelitas no se acuerdan ya tanto de El. En no sufriendo persecuciones echan en olvido la ley mosaica. Según he podido averiguar, la pequeña Sinagoga resulta demasiado vasta y los sábados no son días santos, puesto que en ellos se trabaja y en los hogares humea el fuego.

Visitamos el hospital, una de las ocho escuelas, donde se enseña el castellano, la farmacia y la biblioteca, emprendiendo luego el regreso á la estación.

Por el camino nos cruzamos con el rabino, que es á la vez el sacrificador de animales, y se nos antojó que los jóvenes que tiran el lazo, gastan facón y gustan del asado con cuero, de-

ben prescindir casi siempre de los buenos oficios del rabino.

Vimos á nuestro paso, varias familias de la Colonia, en carricoches que tiraban seis ú ocho caballos de frente. Se distinguían los hombres por sus vestidos obscuros, sus barbas rubias y sus largas guedejas, saludando graves con ese aire resignado del mujik ruso.

Estos son los que han permanecido en el suelo cumpliendo el contrato, entre los muchos que desertaron de su sitio, atraídos por el derroche y la multitud de la ciudad que se presta á sus hábitos de cosecheros de despojos y á sus instintos de usura. Los hijos de estos desertores del campo, serán los futuros millonarios que, más ó menos tarde, excitarán las iras del país, como en todas partes, y en todos tiempos, por el triste privilegio de poseer una riqueza que á su alrededor engendra la miseria.

La única esperanza de la futura Sión debe cifrarse en esos pastores de la Nueva Mesopotamia, en esos agricultores que recobran el amor á la naturaleza y que vuelven á la tierra, alcanzando el que ara al que siega y el que pisa las uvas al que siembra (1). La voz de todos los profetas de Israel señala esa vuelta al primitivo estado como la Era de la reconciliación con el Señor. Y la tierra oirá al trigo y al vino y al aceite y estas cosas oirán á Jezrahel. Se con-

(1) *La Profecía de Amós*, capítulo IX, § 13.

vertirán sentados á la sombra del olivo, se alimentarán con trigo y brotarán como la viña.

Encontrarán la redención cuando sepan vivir de los frutos del trabajo propio los que hasta ahora se nutrieron del fruto del trabajo ajeno, el día que se reconcilien sinceramente con la naturaleza para empujar el brote y el crecimiento en vez de ser los seguidores del despojo y de la ruina. Tienen que substituir el préstamo por la siembra y huir del aire infecto de los Ghetos para respirar el ambiente vivificador de los grandes espacios.

En medio de un crepúsculo suave llegamos al almacén de campaña, único edificio que existía junto á la estación, y allí nos sirvieron una comida, en la que puso sus cinco sentidos el dueño del almacén, al propio tiempo ventero, no acostumbrado á salirse de guisos primitivos. Era un gallego que, con sus botas de montar y su blusa con correa, había adquirido el mismo aire de mujik de los judíos rusos.

Al despedirnos del médico y del Administrador de la Colonia Clara, muy agradecidos á sus atenciones, nos fuimos en busca de nuestro alojamiento ambulante. Entre las sombras de la noche en completa calma, brillaba el resplandor de las lamparillas eléctricas encendidas en nuestro coche dormitorio, que nos sirvió de guía. Abriónos el camarero la portezuela cerrada con llave y nos metimos en nuestras camas, allí, en pleno desierto, con la misma segu-

ridad que si estuviéramos en el Grand Hotel. Al apagarse las luces, las fieras husmearon tal vez nuestro palacete rodante, mas logramos el sueño en seguida á influjo de uno de esos silencios penetrantes y bienhechores que llegan á los sentidos con el mismo ímpetu que el pavoroso estruendo.

Capítulo XVII

Ciento quince kilómetros de línea en un año. — Riqueza del quebracho. — Las nuevas estaciones. — El almacén de campaña. — Las armas de Eibar.—Viaje en la locomotora. — El ganado en la vía. — Llegada á Concordia. — Situación privilegiada de este puerto. Ventajas de una zona franca. — Los últimos tasajeros. — El paso del Río Uruguay. — Llegada á la República Oriental.

La línea que seguimos es de reciente construcción. Desde Villaguay á Concordia (115 kilómetros) se terminó en un año y hace pocos meses que está en explotación.

Según datos que recogí en el camino, el coste de la vía ha sido de 11 á 12,000 pesos por kilómetro, asentándose sobre durmientes de quebracho. La madera de quebracho, que ha tenido gran aceptación en Alemania, ofrece la ventaja de que, lejos de pudrirse en el suelo, con la humedad de la tierra parece adquirir mayor fortaleza. Así es que su mayor coste viene compensado por su gran resistencia, que la hace digna del nombre de durmiente, reñido con la idea de descomposición.

Existen grandes bosques de quebrachos en el Paraguay y en el Chaco, siendo el extracto de quebracho colorado un curtiente de primer orden, que hoy se emplea en las curtidurías, de preferencia á todos por su rápida eficacia. Así es que la industria que se dedica á producir el extracto de quebracho, ha adquirido sumo desarrollo en la Argentina y en el Paraguay, notándose anual incremento en la exportación de este producto á Europa.

Ofrece, además, este árbol privilegiado, en su fruto y su corteza, raras propiedades medicinales.

Llama la atención el hecho de poderse construir 115 kilómetros de vía férrea en un año, pero basta contemplar aquella llanura sin obstáculos, para comprender la facilidad asombrosa de este avance aproximado de 400 metros diarios, que exige tan sólo la dejación de las durmientes y la fijación de los rieles, siempre en línea recta.

Donde se levanta una estación, surge en seguida el almacén de campaña, y á su alrededor se forma un núcleo de población. El almacén de campaña condensa las exigencias primarias de la vida individual y social; no sólo se encuentran en él los indispensables comestibles y bebidas, así como los artículos necesarios para vestir, sino también ciertos productos que constituyen asomos de refinamiento. No en vano el colono que allí llega, procede de los países europeos y sabe lo que es la comodidad y el adelanto.

El almacén de campaña brinda al viajero alojamiento y comida más ó menos primitivos, pero de un valor circunstancial enorme. Allí, de momento, se encuentra el botiquín para acudir á un caso urgente, la estafeta de correos improvisada, el club incipiente.

Allí se acumulan el hacha que sirve para la labor iniciadora; el alambrado que determina los límites de las fincas y convierte el ganado nómada en sedentario; las semillas que reclama la tierra y las máquinas agrícolas de última invención, tan dóciles á la mano del hombre. Lo que menos se puede esperar, en instantes de apuro, allí se encuentra, previsto por la experiencia de largos años ó anticipado por el afán de lucro del comerciante.

Aun el vicio tiene en un rincón su madriguera: el alcohol y el juego, los dos grandes enemigos, acechan desde el fondo del almacén las aficiones nocivas del colono ó los malos hábitos del pasante.

En todos esos almacenes podéis lograr el facón, la guitarra, las boleadoras y las armas de fuego. El facón, disculpable por la necesidad de carnear para comer y que muchas veces abre el paso entre la maleza, heraldo del instinto pendenciero y fautor del delito de sangre, yace junto al arma de fuego, que es su principal enemigo. En armas de fuego, Eibar domina en absoluto: los revólvers fabricados en la pequeña villa guipuzcoana han penetrado en todas

partes, disputando el mercado á los americanos y á los belgas. Por más que soy hombre pacífico en extremo, reñido con toda clase de armas, tuve que reconocer allí que el revólver, lejos de significar agresión y violencia, constituye un símbolo de paz y seguridad. Ante el revólver, el facón retrocede cada día y se mantiene quieto en su vaina, la tranquilidad avanza en el campo y el colono va á cualquier lado con un amigo seguro.

Recuerdo que al pasar por Eibar, viendo tantas fábricas dedicadas á elaborar armas de fuego, sentí como un extremecimiento de horror, pensando que allí se fraguaba el alimento del instinto cruel de los hombres; pero al encontrarme en la inmensidad del campo argentino, entre los que van á la vanguardia, comprendí que el revólver llegaba á ser un auxiliar de los instrumentos de trabajo y un medio de acrecentar la confianza en sí mismo. El arado que penetra en las tierras vírgenes requiere el arma de fuego, que, como el fiero mastín, mantiene á raya al criminal con su temible silencio. El revólver es el primitivo guardián y el policía de bolsillo, que acompaña al colono cuando el Gobierno no tiene aún noticia de la fundación de un nuevo poblado.

En esta línea se han formado, en menos de un año, dos nuevas poblaciones, Clara y Yuqueri, alrededor de las estaciones que fueron levantadas en despoblado.

El conductor del tren nos ha invitado á viajar en el miriñaque de la máquina. Sentados de espaldas á la chimenea, y teniendo delante la barredera de la locomotora, vamos hasta Yuqueri. La impresión es parecida á la de un viaje en automóvil: los ojos lloran, el paisaje nos viene encima y se van ensanchando incesantemente los rieles. Como no hay todavía alambrado que aisle á la vía del campo, los rebaños atraviesan la línea sin inmutarse por los silbidos de la locomotora. Un hato de vacas se obstina en permanecer entre los carriles, obligándonos á moderar la marcha, saliéndose tan sólo de la vía cuando casi sienten el contacto de la silbante locomotora, no sin volver airadas la cabeza como amenazando al intruso mónstruo que viene á turbar su libertad salvaje. A un lado y otro de la vía, yacen cuerpos de reses muertas que acometieron al invasor y fueron lanzadas á distancia, destrozadas, para regocijo de las bandadas de caranchos.

El terreno cambia de aspecto y se convierte de negro en rojizo y arenoso. Aumentan las manadas de ganado bovino que impide la marcha acelerada del tren, pese al continuo silbido de la máquina.

Pasamos el río Yuqueri chico, y en sus orillas vemos una selva frondosa, en la cual sobresalen las palmeras. A continuación cruzamos una gran extensión inculta, salpicada de palmeras, entre las cuales pacen los rebaños criollos.

La proximidad de Concordia se anuncia por las huertas, llenas de naranjos y árboles frutales, formando un cinturón de verdura, animado por risueñas casitas de recreo.

Hemos ya atravesado por completo la provincia de Entre Ríos: desde la orilla izquierda del Paraná hemos venido á parar á la margen derecha del famoso Uruguay, donde está situada Concordia, con su puerto en la desembocadura del Yuqueri. Concordia es una ciudad moderna, de calles anchas, con buenos edificios públicos y particulares. Fundada en 1832, cuenta ya 15,000 habitantes, que ascienden á 20,000 con los pobladores de las próximas estancias y colonias.

Hay que reconocer que la situación de Concordia es privilegiada. A partir de este puerto, el Uruguay no es ya navegable para vapores y buques de algún calado, á causa de los saltos del río y de las rocas que impiden la navegación. Así es que Concordia es el último puerto del comercio exterior de la Argentina, del Paraguay y del Brasil por la vía del Uruguay. Los productos de Entre Ríos tienen por allí su más rápida salida al mar; la provincia de Corrientes está enlazada con Paraná y Buenos Aires por medio de la línea del Este Argentino, que tiene su principal apoyo en Concordia y por el Salto tiene Concordia el más fácil acceso al Uruguay. En este puerto, los pasajeros de Corrientes toman el vapor, en combinación con

el tren, si quieren realizar el viaje á Buenos Aires con el menor tiempo posible.

Concordia está en relaciones comerciales directas con Montevideo, recibiendo desde allí los tejidos europeos y muchos víveres.

Si el Gobierno de la Argentina establece un depósito franco en Concordia, dando facilidades para la manipulación de ciertas mercancías y cambio de envases, Concordia pudiera ser el término del comercio exterior de parte del Brasil y del Paraguay, convirtiéndose en el centro de un gran comercio de tránsito. Hoy Concordia es ya uno de los puertos de más tráfico de la Argentina, y no es aventurado augurar que sería el gran puerto del interior de la América Meridional, si el Gobierno de la Argentina sabía, como sabrá, aprovechar las ventajas naturales que brinda para el tráfico internacional.

Salí de Concordia con la impresión de que, á no tardar, sería una de las ciudades más importantes de la República Argentina.

Allí recorrimos, por vez primera en la República, una viña y una bodega, propiedad de los Sres. Saaze y Baylina, este último catalán. Tenía la viña cincuenta hectáreas, y producía, según nos dijeron, un vino de diez á catorce grados, á tenor de las cosechas. Este vino puede venderse á 20 centavos el litro, mientras el del Priorato, que viene por Montevideo, se vende de 55 á 57 centavos.

Hasta Concordia llegaban un día los veleros catalanes que cargaban en sus saladeros tasajo para la Isla de Cuba. Aun pudimos contemplar una corbeta catalana, fondeada en el río, que me pareció el último defensor de un baluarte que se desmorona. Todavía allí recuerdan los nombres de nuestros buques y el de los capitanes que los mandaban, mantenedores de aquel espíritu mercantil que en otro tiempo animara las factorías del Mediterráneo Oriental.

A las seis salimos de Concordia para el Salto, en un vaporcito de Mihanovitch. La travesía del Uruguay, durante el crepúsculo vespertino, resultó bellísima. Tiene á aquellas alturas el río un kilómetro de anchura y aparece cerrado por todas partes con sus altas orillas, principalmente hacia la Banda Oriental, produciendo el efecto de un grandioso lago. El sol poniente inflamaba el cielo con resplandores de hoguera, flotando sobre el horizonte un vapor luminoso y dorado que se iniciaba con una faja de color violeta. Las casas de Concordia y del Salto se proyectaban completamente recortadas y obscuras en el diáfano horizonte, mientras el río se enrojecía con los fulgores del cielo, serpenteando azuladas las olas que levantaba el vaporcito, que trazaban en la ígnea superficie sus suaves cambiantes de terciopelo.

Saltamos á tierra cuando obscurecía: nos aguardaban los empleados del resguardo de Aduanas. Estábamos ya en otra nación: flotaba

en los mástiles otra bandera, circulaba otra moneda, quedábamos sujetos á otras leyes.

Las aves volaban, sin embargo, de una á otra orilla, sin obstáculo alguno, bien ignorantes de lo que son nacionalidades entre los hombres, y más aún de lo que significan fronteras.

Capítulo XVIII

La Banda Oriental. — De como 271 pesos argentinos se convierten en 109'20 pesos uruguayos. — El Uruguay monometalista oro con moneda ajena. — Razones que demuestran que es nación acreedora. — El absentismo financiero en la Argentina. — Parangón entre la Argentina y el Uruguay. — Los ferrocarriles del Uruguay. — Porvenir extraordinario de sus líneas. — Su actual paralización. — La fiebre revolucionaria. — Blancos y colorados. — Causas históricas y endémicas de estas turbulencias. — La inmigración como gran remedio.

Al desembarcar en Salto, la primera cosa ha sido cambiar 271 pesos argentinos que se han convertido en 109'20 pesos uruguayos.

Habíamos pasado de un país á régimen de papel á otro que no tiene tampoco más moneda que el papel, con la sola diferencia de ser su valor nominal equivalente al del oro.

Es singular lo que ocurre en el Uruguay; no tiene propiamente moneda, y, sin embargo, su moneda imaginaria tiene prima sobre la esterlina, el luis y el dollar.

Por más que el sistema monetario de la República se basa en el patrón oro, esta es la hora en que no ha acuñado moneda de este metal, y

el doblón, establecido por la ley de 23 de junio de 1862, continúa siendo una moneda ideal. Por lo tanto, todas las monedas de oro que circulan en el país son extranjeras, desde la libra esterlina á la media águila norteamericana, con la particularidad de que tienen menos valor que los pesos en billetes emitidos por el Gobierno del Uruguay.

En tiempos del gran comercio de Sevilla con América, el cambio se establecía también sobre moneda imaginaria, el ducado y la pistola, circulando en la Casa de Contratación monedas de todas las naciones del mundo. Esto sólo puede suceder en pueblos de gran potencialidad comercial, como entre los lombardos en la Edad media, que dominaron con sus productos todos los mercados y hubieron monedas de todas partes, al punto de que de su cambio ó trueque hicieron un negocio nuevo.

El Uruguay es una nación que asombra por su riqueza, grandemente revelada en su extraordinario consumo y en su inmensa exportación. Con una población de 964,000 habitantes — digamos un millón — ha alcanzado algunos años su comercio internacional un total valor de 62 millones de pesos oro, representando en el decenio que termina en 1901 un promedio anual de 53 millones. La proporción de 53 pesos por habitante, que esto significa, no ha sido rebasada nás que por la Isla de Cuba, y en 1903 por la Argentina. El cociente que arroja la cifra de

36 millones, que logró su exportación en 1899, ó sean 36 pesos oro por habitante, no lo ostentaron Cuba ni la República Argentina en aquellas fechas.

El Uruguay, desde el año 1891, ha saldado constantemente á su favor la balanza del comercio internacional. Todos los números y hechos acreditan que es un país acreedor, lo cual implica la libre voluntad de imponer la moneda para los pagos. El comercio del Uruguay, que tiene gran parecido con el comercio de la Isla de Cuba, comprendiendo la superioridad del patrón oro, ha podido imponer en su circulación el metal amarillo, como en otros tiempos hizo el de la Habana. Esta es la ventaja de las naciones acreedoras, la de poder elegir la moneda que más les convenga.

El movimiento de importación y exportación de metálico en el Uruguay, acusa perfectamente esta situación privilegiada. Desde 1893 á 1901, la diferencia de valor entre las monedas salidas y las entradas importa más de 20 millones de pesos á favor de éstas. Por efecto de la atracción que ejerce la mejor moneda, se produce una gran exportación de productos del Brasil y de la Argentina al Uruguay, que, con la resistencia que ofrecen aquellos mercados, por la contracción que originan en el consumo los cambios desfavorables, obliga á saldar con metálico la balanza comercial. Esto, unido á la situación privilegiada del Uruguay, favorece el comercio de

tránsito, que produce buenos ingresos á esta República.

Explica la circunstancia de que la Argentina, con un mayor saldo favorable en el comercio de productos, padezca una pérdida en el cambio, el marcado desnivel que existe entre los cobros y los pagos internacionales de aquella República. La Argentina, de momento, sufre las consecuencias de un absentismo financiero: los grandes rendimientos de su agricultura y de su ganadería se consumen fuera del país por los capitalistas que invirtieron sus fortunas en la realización de obras públicas, empresas y ferrocarriles de la Argentina. Este crédito que abrió Europa y especialmente Inglaterra á la Argentina, dió vigoroso impulso al crecimiento de su riqueza, pero ha sido á costas de la hipoteca de la exportación.

El asombroso desarrollo que las fuentes de la producción adquieren en la Argentina hace prever que no tardará mucho en redimirse. El milagro de la Caja de Conversión, que ha conseguido fijar el cambio, por la cesión que hace el Gobierno de las letras, al tipo fijo de 227'27 %, no hubiera podido hacerse sin el aumento de la importación, que ha acrecentado el rendimiento en oro de las Aduanas, y sin el desenvolvimiento de la ganadería y de la agricultura que ha aumentado los productos que hacen oficio de moneda internacional. Si, por cualquier motivo, padeciese la riqueza ó se quebrantase el creciente

crédito, no podría la Caja de Conversión contener la subida de los cambios, y, quieras que no quieras, tendría que ir á remolque del mercado libre de francos, por la insuficiencia de sus medios para subvenir á las demandas. De igual modo, si continúa ascendiendo la exportación y ganando el crédito de la República, no lograría la Caja de Conversión evitar la baja, porque la afluencia de oro precipitaría la oferta de letras, y la Caja agotaría sus existencias de billetes por la exagerada demanda. No tardaremos mucho en ver producirse este fenómeno, viéndose obligada la Caja de Conversión á batirse en retirada. En 31 de diciembre de 1901 tenía la Caja de Conversión una existencia de 2.843,440 pesos oro, y en 24 de igual mes de 1903 contenía 38.324,618. Entraron en dicho año 9 millones de libras, procedentes de Inglaterra, Norte América y Sud América, y para cambiar el oro se emitieron más de 86 millones de pesos de moneda nacional. A pesar de esto, llegó el caso de tener únicamente mil pesos disponibles en billetes.

A los hacendados, principalmente, les asusta la idea de la baja del cambio, porque consideran que constituye una prima á la exportación. No se fijan, sin embargo, en que el encarecimiento de la moneda contrae el consumo, y con ella dificulta la importación del artículo que má conviene á la Argentina: el inmigrante. Las ga nancias del hacendado son á expensas de l

mano de obra y, por lo tanto, dificultan la inmigración. El día que mejoren los cambios, lo que ello pueda perjudicar á la exportación vendrá compensado sobradamente por el incremento que adquirirá el consumo en el mercado nacional y por el valor que obtendrán los terrenos puestos en explotación y sacados de la incultura por la nueva legión de colonos. No hay que olvidar que el mercado propio es el mejor, y que en el aumento de la población radica el más seguro fomento de la riqueza.

Tienen los argentinos un ejemplo en el Uruguay que, mal grado el cambio á la par y aún á su favor, es una nación exportadora por excelencia. Por otra parte, si bien no ha conseguido el rápido desarrollo en sus carriles, tranvías y obras públicas que ha alcanzado la Argentina, lo cual la hace marchar con lentitud, está más en firme posesión de los frutos de su trabajo. Mientras la Argentina lleva ya construídos 17,000 kilómetros de ferrocarril, el Uruguay ha terminado únicamente 1,800; aquellas obras llevadas á cabo con capitales extranjeros, ingleses en su mayoría, obligan á pagar todos los años 25 millones ó más de pesos oro á los tenedores de sus títulos (1). Si á esto añadimos los tranvías y algunas empresas industriales y agrícolas, no resultará exagerada la cifra de 200 millones de

(1) El capital empleado en la construcción de ferrocarriles argentinos asciende á 569 millones, y el del Uruguay á 50 millones.

libras esterlinas invertidos por Inglaterra en la Argentina, que, al 4 por 100, tan sólo, importan, de intereses á satisfacer, 8 millones de libras esterlinas, que hay que separar de los beneficios nacionales antes de aplicar el resto á la República.

En el Uruguay, por más que gran parte de los ferrocarriles sean extranjeros, algo existe propio, más que en la República Argentina, cuya Bolsa no cotiza las acciones de sus ferrocarriles, que tienen el exclusivo mercado en Londres. Por esto, con buen sentido, se ha proclamado la idea de no hacer en adelante concesión alguna que tenga por objeto la explotación de la tierra ó de transportes á empresas cuyo domicilio sea en el extranjero. Estas industrias deben ser nacionales y domiciliadas en el país (1).

En el presupuesto de 1902 de la Argentina figuran para las atenciones de la Deuda pública 23.984,123 pesos oro, y aun cuando el servicio para intereses y amortización de la Deuda pública en el Uruguay asciende á 6.095,602 en 1901, lo que supone una proporción mayor en relación al número de habitantes, sin embargo demuestra la potencia financiera de esta República el hecho de que emplea en mejoras públicas parte de sus rentas y además ha podido amortizar en un año 1.703,655 pesos.

---

(1) Juan S. Jaca, *El pasado y presente económico social de la República Argentina*, 1890, pág. 414.

La constante agitación revolucionaria del Uruguay obscurece, sin embargo, su horizonte financiero, en tanto que la República Argentina, asegurada la paz con Chile, que le consiente aliviar sus gastos por armamentos y defensa, ofrece halagüeñas perspectivas. En los períodos de revolución se destaca el aumento de la Deuda y la disminución de la riqueza; es por esto que, de no aquietar su espíritu turbulento, veremos pronto al Uruguay caminar hacia el cambio desfavorable, al tiempo que la Argentina se aproxime á la paridad del oro.

Es una verdadera lástima contemplar un país tan rico y dotado por la naturaleza para prosperar, condenado á estériles luchas intestinas por un fatal desequilibrio de la raza. Con mayor motivo se conduele el observador de este contraste, al descubrir la solidez de su riqueza y lo bien asentado de su crédito. En punto á estática, su comercio y su producción parecen llevar ventaja á la República Argentina, mas, en cuanto á dinámica, ésta revela mayor empuje. La ráfaga impetuosa de crédito que le llegó de Europa, fué como un huracán que causó ruinas, pero que puso en movimiento muchas cosas y provocó las lluvias que fecundizan la tierra y precipitan las corrientes.

Se sorprende en el Uruguay cierta paralización y mayor lentitud, como si la solidez retardase el movimiento. La hinchazón del instrumento de cambio en la Argentina parece como

que acelera su circulación, provocando un cierto desprecio por la moneda que hace al hombre más aventurero en el terreno de los negocios. La posesión del oro diríase que pone tiento en los pasos y clama prudencia, en tanto que el papel, con su ligereza, induce al apresuramiento en busca de algo más positivo.

El suelo del Uruguay y de la Argentina responden á estas mismas diferencias de su psicología nacional: en la Argentina no hay piedras; el Uruguay le envía todos los años más de 100,000 toneladas de piedra para sus calles y construcciones; en cambio, la Argentina, de suelo sin guijarros, le envía tierras para la industria.

Salto, después de Montevideo, es la población más comercial de la República. Guarda gran parecido con Concordia, por sus calles anchas, sus buenos edificios y su aspecto risueño, pero no ostenta la vida intensa de la ciudad argentina.

En este departamento se hicieron las primeras plantaciones de viña, allá por los años 74 y 75. Los Sres. Francisco Vidiella y Pascual Harriague introdujeron las cepas iniciadoras, cuya variedad no se menciona, habiendo sido consagradas con el nombre de sus introductores. Es el caso que se adaptaron perfectamente al suelo y dieron margen á muchas plantaciones, principalmente en los departamentos de Montevideo, Salto, Canelones, Colonia y Maldonado.

Desgraciadamente, á partir del año 1890, fueron invadidas las viñas por la filoxera, atajando el acrecentamiento de las plantaciones. Con oportunidad observa el Sr. Aguiar, Jefe de la Sección de Estadística, que, con más previsión, la enfermedad hubiera podido evitarse si la formación de viñedos se hubiese realizado con vástagos ó plantas de procedencia americana, aprovechando la experiencia adquirida en Europa con la invasión filoxérica.

Desde aquella fecha se reconstituyen los viñedos, especialmente en las zonas próximas á los centros de gran consumo.

Actualmente existen 1,029 plantaciones que ocupan una extensión superficial de 4,149 hectáreas, con 226 bodegas, muchas de las cuales no tienen importancia bajo el punto de vista industrial, y resultan deficientes para contener y elaborar la producción vinícola.

Los vinos que se producen son comunes y de escasa graduación, siendo difíciles de conservar. Esto hace que deban mezclarse con nuestros vinos de fuerza, teniendo su principal enemigo en los vinos artificiales, siendo éste el motivo de la ley sancionada el día 14 de julio del pasado año, que establece severa pena contra los autores de vinos adulterados, nocivos á la salud, ó elaborados en contravención á lo dispuesto en sus prescripciones. Dicha ley, que favorece el consumo de vinos naturales, se considera allí por los comerciantes españoles que aprovechará

lo mismo á los caldos del país que á los de importación, á pesar de la elevación del derecho de entrada.

En Salto, nos recibió el Cónsul de España, Doctor Villegas, á quien conocí en Madrid con ocasión del Congreso Ibero Americano, y fuimos con él, acompañados de varios compatriotas, al Casino Comercial, donde bebimos champaña, con los brindis de rigor.

El Doctor Villegas, en el expresado Congreso, proclamaba, con fundado motivo, que en América de nada sirven los títulos académicos para encontrar sitio en un comercio ó en una industria. Lo que se quiere es, no que se haya estudiado mucho, sino que se sepa vender y trabajar. Generalmente, decía, sucede una cosa notable con los españoles que van á América: el que vende cigarros fué notario ó relojero en España; ninguno conserva el oficio que tenía en la Península; solamente ejercen su profesión los que llevan una carrera, que es muchas veces como un cepo que les priva de movimiento.

Salimos de Salto al día siguiente por la mañana, notando en seguida que el tren no ofrecía las comodidades ni alcanzaba la rapidez de los trenes argentinos. Por de pronto, no es posible ir directamente desde el Salto á Montevideo, debiendo pernoctar en Paso de los Toros.

En cambio, fijándonos en el plan general de ferrocarriles del Uruguay, establecidos por la ley de 27 de agosto de 1884, hubimos de

reconocer que obedecía á un plan perfectamente estudiado, á fin de sacar partido de la ventajosa posición geográfica que ocupa el Uruguay para abreviar las comunicaciones del Pacífico, del Plata y del Brasil con Europa. La línea de Montevideo á Salto, que se prolonga por Santa Rosa hasta el Brasil, será la línea que dará más rápido acceso al Paraguay y al interior de Río Grande; el de la Colonia á Montevideo sigue el trazado más breve para la gran línea continental que debe llenar en lo futuro las comunicaciones rápidas entre el Continente europeo y los Estados de la América Meridional y del Pacífico. Desde Paso de los Toros parte la línea de Rivera que penetra en Río Grande, acercando ricas y aisladas comarcas del Brasil al Uruguay, siendo la avanzada del gran ferrocarril intercontinental que ligará las dos Américas.

El plan ha sido muy bien estudiado; tiende á la expansión comercial y, al propio tiempo, fija trazados susceptibles de ulterior desenvolvimiento. Casi todas las líneas, hoy puramente locales, están en situación para convertirse en líneas internacionales, creadoras de un tránsito sin medida.

Por esto el ánimo se apena cuando advierte la paralización que existe en la construcción de estas obras. La inseguridad de la vida en el campo, y los estragos que sufre la propiedad, á causa de las frecuentes revoluciones, esterili-

zan todas las iniciativas y alejan los capitales de estas empresas que requieren paz continuada.

El Uruguay no ha conseguido aún, á pesar de su adelanto material, curarse del virus del caudillaje que consumió las energías de toda la América española después de la Independencia. Los que batallaron con tanto encarnizamiento para romper los vínculos con la metrópoli, acostumbrados á la vida libre é inquieta del soldado, aplicaron su actividad defensiva de otros tiempos al dominio del poder. De defensores se convirtieron en enemigos internos, llevando el espíritu indómito del gaucho y el afán de botín á la vida pública.

La falta de una gran corriente de inmigración de colonos que viniese á compensar el ardor aventurero de la raza, ha recrudecido el mal por una selección continuada del natural defecto.

Nueve años de guerra civil, desde febrero del año 43 hasta octubre del 51, atrajeron aventureros de todas las naciones, especialmente de España, que por aquellos tiempos dió paz á sus discordias intestinas, ofreciendo un contingente de hombres que tenían ya por hábito la guerra.

En el Uruguay parece que se han juntado ese afán de lucha que ha caracterizado á los pueblos del litoral español: el espíritu de bando de los catalanes y de los vascos se ha enseñoreado de país, agitado por el recuerdo de héroes sangrientos.

Piensa uno en aquellas Repúblicas italianas de la Edad Media, constantemente perturbadas por luchas intestinas, casi familiares, en que se pugnaba tan sólo por la influencia personal del caudillo y su clientela. Aquí no se batalla por ideas, simplemente por el afán de dominar, no significando nada los nombres con que se disfrazan los combatientes: blancos y colorados. Cuando se deponen las armas y cesan las hostilidades, es gracias á una delimitación de las respectivas influencias, á un reparto del gobierno del país entre los contendientes. El Gobierno toma sus acuerdos con arreglo al pacto oculto que consagró la paz y, obedeciendo á las indicaciones de los blancos cuando dominan los colorados y de los colorados cuando gobiernan los blancos, los Gobernadores de ciertos departamentos obran con entera independencia. Hay en realidad dos gobiernos, uno visible y otro en la sombra, que gobiernan el país cada uno dentro de sus fronteras, como si el ansia federativa surgiese del régimen unitario.

Cierta fatalidad ha influído también en esta cronicidad de las luchas y revoluciones del Uruguay. Su maravillosa situación lo ha convertido en tablero de las luchas internacionales: en su suelo pelearon incesantemente los portugueses y los españoles; más tarde, los españoles los ingleses; realizada la Independencia, los rgentinos y los brasileños dirimieron allí sus ontiendas. Toda su moderna historia respira

aires de batalla, y está saturado su suelo del miasma de la fiebre guerrera.

Tengo el pleno convencimiento de que esto pasará, como ha acabado en la Argentina, tan castigada en otros tiempos por el caudillaje.

En primer término, la corriente de inmigración europea, con su anual ejército de agricultores y artesanos, es la llamada á consagrar la paz, propagando los hábitos de trabajo y el ánhelo de medios y bienestar. Hasta ahora, el Uruguay no ha dado á la emigración la importancia debida, al extremo que desde 1891, por razones de economía, no ha funcionado la Comisaría General de Inmigración. La base de la nacionalidad es excelente; falta tan sólo renovar un poco la sangre, apaciguando su instinto de revuelta, cruzando el guerrillero con el colono.

El crecimiento de las ciudades, la colonización de los campos y el aumento de la riqueza, abriendo la comunicación del país en todos sentidos y creando la fecunda solidaridad de los intereses, son los encargados de imponer la paz interna, como una necesidad sentida en toda la República.

Capítulo XIX

Del Salto á Paysandú. — El carnero más caro del mundo. — El *pedigree* substituyendo al árbol genealógico. — Los merinos españoles. — Los indios churrúas. — Su exterminación. — Vestigios de la sangre churrúa. — Paso de los Toros. — Un parador pintoresco. — El Río Negro. — Montevideo se acerca. — Aspecto de la ciudad : sus tres circuitos. — Un gran *entraineur* de negocios, español. — Señales de su paso. — La colonia española. — Su situación en el Uruguay. — Subsistencia de los particularismos regionales.

Desde Salto á Paysandú atravesamos una comarca suavemente accidentada como la provincia de Entre Ríos. Ondulaciones leves formadas por cerros poco elevados abren cuencas á ríos y arroyos que cruzan la República en varias direcciones.

En esta región, apartada de las comarcas que ofrecen campo á la mestización, vense praderas naturales y hatos de ganado criollo. De vez en cuando contemplamos corriendo velozmente manadas de avestruces, y vienen á dar variedad al paisaje grupos de palmeras, cuyas hojas, en tiempo de sequía, constituyen un recurso alimenticio para los animales. Pasamos dos ríos bastante caudalosos, afluentes del Uruguay,

antes de llegar á Paysandú, que tiene aspecto de buena población, con su cintura de huertas y jardines cultivadas por los napolitanos.

Más allá de Paysandú, nos han mostrado las chacras bien cultivadas de la colonia Porvenir, fundada en 1881, poblada en su principio por familias valencianas.

A uno y otro lado discurren luego las praderas de suave pendiente y los campos alambrados, viendo desfilar ganado de toda clase, en cantidad asombrosa, evidenciando la riqueza esparcida en la República. Especialmente en ganado lanar, descubrimos el tipo de las mejores razas europeas, obtenidas por bien hallados cruzamientos y á fuerza de selección.

El vasco, como en la Argentina, es aquí uno de los más útiles colonos, poseyendo los mejores rodeos de ovejas. Los periódicos mencionan estos días la venta de un carnero reproductor, procedente de la cabaña de los Sres. Zubillaga y Beramendi, de Montevideo, por el cual se han pagado 8,000 pesos argentinos, que es la mayor suma pagada por un carnero en todo el mundo. Con seguridad que el valor de este carnero, sin contar sus excelencias propias, dimana del *pedigree* (la genealogía). Allí donde el árbol genealógico de la familia se desconoce y nada importa, el *pedigree* de los toros, de las vacas ó de los carneros se ostenta con singular predilección. El origen humilde de los ganaderos contrasta con la estirpe excelsa de sus ganados. No faltará

quien pretenda poseer un descendiente de aquellas ovejas y moruecos trashumantes de las cabañas españolas de mayor nombradía, cuya extracción para Alemania autorizó el Gobierno en 1765. De aquellos ejemplares que fueron saliendo, escrupulosamente elegidos, al cuidado de mayorales y pastores españoles, que se encargaron de curar su aclimatación, derivan esas razas afinadas que han desparramado por el mundo los antiguos famosos vellones de Soria, León y Segovia, vanamente codiciados, largo tiempo, por los pueblos manufactureros.

Cuando llegan esas grandes decadencias de los pueblos, con la degeneración de los habitantes viene la de las plantas y de los animales, que vuelven á sus condiciones primitivas al desaparecer el arte y la experiencia de los hombres. Al mismo tiempo que se consumaba nuestra pobreza, abríamos á los demás el manantial de una riqueza más positiva que el oro: la lana de nuestros merinos. Y cuando se fija uno en que las razas derivadas de esos merinos son las que hoy se utilizan para mejorar las razas criollas, descendientes de las que trajeron los conquistadores españoles, se comprende el resultado pasmoso de esta mestización, operada por medio de un atavismo progresivo, que restituye á la corriente turbia la pureza del manantial.

En estas praderas, los caballos y bueyes que introdujeron los españoles se multiplicaron de tal suerte, que invadieron libremente el territo-

rio, volviendo al estado salvaje. Ocupaban las orillas del Uruguay y las comarcas que vemos pasar los indios churrúas, que mataron á Juan Díaz de Solís, el descubridor del Río de la Plata. Según los historiadores primitivos, el número de indios que habitaban el Uruguay en tiempos de la conquista española, á principios del siglo XVI, serían unos 4,000, la mitad de ellos churrúas. De las naciones americanas, la churrúa era la que ofrecía una coloración más próxima al negro, siendo su inteligencia y organización social muy rudimentarias, marchando al lado de los tipos más atrasados de las razas humanas (1).

Desarrollado el instinto animal en la lucha por la vida, asombraban por el afinamiento de sus sentidos en contraste con la obscuridad de su inteligencia. Por esto no se sometían á nadie, ni á los conquistadores ni á los misioneros.

Desde la llegada de los españoles, usaron el caballo y se hicieron muy diestros en su manejo, utilizando los potros y las vacas para alimentarse. Todo esto disminuyó su agilidad para correr á pie y sus hábitos de caza, mezclándose con los mestizos, negros y españoles criminales que buscaban entre ellos refugio.

El pueblo propiamente churrúa fué disminuyendo, al extremo que en 1812, según el General

---

(1) *El Uruguay en la Exposición Histórica Americana en Madrid.* Montevideo, 1892, pág. 133.

D. Antonio Díaz, formaban una agrupación de 647 individuos, entre los cuales había 297 hombres de armas.

Para evitar los daños que causaban con sus incursiones, y lo mucho que dificultaban la colonización, se tendió implacablemente á su destrucción. Según cuentan fríamente los anales, el coronel D. Bernabé Rivera, en 1832, les preparó una emboscada en el Queguay, que hemos atravesado antes de Paysandú, y mató á la mayor parte de los indios.

En París fueron cruelmente exhibidos por aquellas fechas cuatro churrúas, dos hombres y dos mujeres, sobrevivientes tal vez de la matanza. Hoy, la única representación de la raza se encuentra en los cráneos y en algunas reproducciones del Museo de la Plata.

Los churrúas exterminaron primero á las otras razas, y ellos á su vez fueron totalmente destruídos por los europeos, que han probado ser los grandes exterminadores de pueblos. Los que fueron dueños de la gran extensión que vemos desfilar, en la que vagaban ancha y libremente, tan sólo se adivinan por los paraderos y los túmulos, en los cuales encuentran los arqueólogos restos de su civilización rudimentaria y vestigios de su inferioridad intelectual. En su lugar, cada campo tiene ya un sólo dueño, y ni los hombres ni los animales pueden correr sin obstáculos, á su antojo, por la accidentada planicie. Gotas de sangre churrúa deben correr,

sin embargo, por las venas de esos gauchos que sienten renacer la ferocidad así que entran en lucha, dando rienda al anhelo vengativo que caracterizaba á la raza primitiva.

Por la noche llegamos á Paso de los Toros, donde el tren se detiene, como las antiguas diligencias, para que puedan dormir los viajeros. En la Fonda del Español, que tiene un catalán casado con una navarra, encontramos alojamiento. En ella se refugiaron todos nuestros compañeros de viaje, reinando animación extraordinaria. Con sus habitaciones de planta baja y su gran patio central, lleno de carros y galeras que encuentran allí su parada, trajo á mi mente la imagen de las antiguas ventas españolas. La única diferencia estriba en el ambiente comercial que allí se respira; en comunicación con el parador hay el almacén de campaña, bien surtido, al cual acuden desde los lejanos poblados y estancias, á un tiempo Banco y centro de contratación. Entre los viajeros abundan los representantes de comercio, que desde aquel lugar se dirigen al Brasil y á los departamentos del interior, empleando en el viaje largos días, por caminos imposibles, cuyas incomodidades nos narraba pintorescamente un viajante catalán.

Por la noche hubo en la Fonda una algarabía de todos los demonios, á causa de un comerciante loco, que tuvieron que mantener encerrado y vigilado hasta la salida del tren.

Por la mañana, visitamos el almacén propiedad de los Sres. Machicote hermanos, que nos saludaron en nombre de la colonia española de Montevideo, y en él tuvimos ocasión de ver varios artículos de producción española, particularmente víveres.

En el tren trabamos conocimiento con don Héctor Bosch, estanciero y ex Gobernador del departamento de Durazno, donde tiene su residencia. Hijo de Bosch y Artigas, que tomó parte señalada en las revueltas de Barcelona durante la pasada centuria, alimenta el deseo de conocer la antigua patria de su padre. En la estación de Durazno nos despedimos.

Al salir del Paso de los Toros atravesamos el río Negro, que desagua en el Uruguay. Los buques tasajeros catalanes hacían buena provisión de agua en el río Negro, que suponían saturada de zarzaparrilla. Antes de Durazno se pasa por un hermoso puente el río Yi, afluente caudaloso del Negro.

A medida que nos acercamos á Montevideo, el campo se presenta mejor cultivado y abundan los árboles. Antes de llegar á la Florida, se divisan muchos bloques errátiles esparcidos en la pradera, y son más frecuentes las poblaciones.

Todo, por fin, anuncia la aproximación de una gran ciudad: las casas de recreo, las extensiones de huerta, los talleres, el movimiento rodado, la abundancia de caminos afluentes, la manera como se van estrechando las propiedades, son

síntomas reveladores de que se acerca una de esa aglomeraciones humanas, cuyas palpitaciones se perciben desde lejos, así como su fuerza de atracción y su poder absorbente. Los alrededores de Montevideo son bellísimos por su vegetación frondosa, semitropical, y por el gran número de *villas* circundadas de jardines.

A las cuatro de la tarde llegábamos á Montevideo, haciéndonos un caluroso recibimiento la colonia española que llenaba el andén de la estación. Encontramos allí antiguos amigos, á quienes prodigamos abrazos, y tuvimos el placer de saludar á D. Bernardino Ayala, un español prestigioso, queridísimo en el Uruguay por sus excelentes prendas personales, que ostentaba la representación de la colectividad.

La rápida excursión que hicimos por la ciudad mientras íbamos al Hotel, nos produjo deliciosa impresión. Nos encontrábamos más en casa que en Buenos Aires, libres del ambiente cosmopolita que roba carácter á la capital de la Argentina. Montevideo tiene fisonomía propia, y recuerda más de cerca á las ciudades marítimas españolas.

Montevideo no fué la primera población europea del Uruguay. La Colonia, sita frente á la isla de Martín García, mirando á Buenos Aires, es el primer pueblo europeo fundado á orillas del Plata. Los españoles, sin duda por la muerte de Solís, que hizo temibles á los churrúas, no dieron la debida importancia á la situación de

Montevideo. Este abandono sirvió á los portugueses á las mil maravillas para situarse en el Plata, y, en 1769, el Gobernador de Río Janeiro organizó una expedición para establecer el fuerte llamado Colonia del Sacramento, dos ó tres veces perdido en la guerra y recobrado por los portugueses en virtud de los tratados.

Por fin el Gobernador Zavala, cuando desde la Colonia del Sacramento los portugueses, al mando de Freitas Fonseca (1723) pretendieron establecerse y fortificarse en Montevideo, hizo frente á los portugueses, que se alejaron de aquel sitio, y fundó la nueva ciudad, comprendiendo que era ello indispensable para colonizar el Uruguay, y acabar con las pretensiones de los lusitanos. Para impulsar su población, poco tiempo después, erigía á Montevideo en cabildo, siguiendo el ejemplo de otros Gobernadores que llevaron á América el espíritu libre del antiguo Concejo, cuando el absolutismo lo destruía en la Península.

Al recorrer á pie la ciudad, se renueva la impresión de que me hallo en una ciudad española. Los miradores de las fachadas, los patios interiores animados por el surtidor y por las plantas, las azoteas, la blancura de las casas, evocan en mí el recuerdo de Andalucía, mucho más cuando veo las manos curiosas que entreabren las persianas al pasar nosotros por la acera.

Se distingue perfectamente el crecimiento de Montevideo, circunscrito primero á la ciudad

vieja, junto al pueblo, asiento del comercio y de la marina, que es la ciudad de los sitios famosos, factoría y fortaleza desde sus primeros tiempos. Al Este, se levanta la ciudad nueva, donde existen los clubs, los grandes edificios modernos, las casas señoriales, los comercios suntuosos, con sus calles anchas y arboladas, que constituye la población creada por la riqueza, la ciudad que sintetiza la paz, al lado de la que encarnó la guerra. Y más allá, al Norte, están los suburbios, que forman otra ciudad, condensadora de las energías que se expanden del núcleo primitivo con sus talleres, fábricas, modestas viviendas y fincas de recreo, compensación de la vieja ciudad, que envía allí sus trabajadores para tener habitaciones baratas y á los ricos para lograr descanso y bellas perspectivas. Como en todas las grandes capitales, en ese recinto exterior que se defiende contra la carestía del terreno, encuentran espacio las estaciones de la vía férrea, las grandes fábricas y los establecimientos benéficos que requieren amplios solares.

Casi desde todos los sitios se domina el anchuroso río, pues la ciudad va elevándose suavemente como una gradería desde la orilla del Plata á la calle 18 de Julio, que forma la superior meseta.

En Montevideo se descubre el paso de un gran aventurero español, conquistador á la moderna por medio del dinero, uno de estos revolucionarios que suscitan las agitaciones frenéticas del

capital. Nos referimos á Emilio Reus, abogado, publicista y autor dramático, quien, por los azares de la fortuna, tuvo que salir de España y llegó á la Argentina, en el período álgido de la fiebre de negocios y de la efervescencia bursátil. Con Enrique Castells tomó parte en las más audaces especulaciones y, sobrexcitado por aquel ambiente que provocaba á las más atrevidas combinaciones financieras y mercantiles, se trasladó al Uruguay y, apenas llegado, fundó el Banco Nacional de la República en 1887.

Más tarde creó la Compañía Nacional de Crédito y Obras Públicas, Sociedad Anónima de enorme capital, la cual construyó nuevos barrios en la ciudad, entre ellos la playa Ramírez, el Retiro y el que continúa llamándose barrio de Reus.

Proponiéndose convertir Montevideo en la estación veraniega de la Argentina, embelleció la playa, instalando perfectamente los baños, y levantando un inmenso y suntuoso edificio para Hotel.

Reus, según cuentan, durante aquellos días fué el árbitro de la política y de la Bolsa, el niño mimado de los salones y de los clubs, el pródigo dispensador de favores y el obligado iniciador de toda clase de empresas. Carlos Malagarriga refiere que llegó á firmar, para ser descontado, un pagaré de 3.700,000 pesos oro, al vez el mayor pagaré que haya firmado un particular en el mundo.

Y el Doctor Reus, como allí le llamaban, después de haber removido todo el dinero de la República, agitando á la vez la codicia y la actividad, los apetitos insanos y las iniciativas fructuosas, murió en Montevideo, el año 1891, completamente pobre.

Del Pampero bursátil argentino llegó con el Doctor Reus, una violenta ráfaga al Uruguay, que, si bien causó daño, dejó también algo subsistente. El embellecimiento y extensión de la ciudad, esto ha quedado; algunas creaciones suyas todavía duran, y otras han sido transformadas y adaptadas á los nuevos tiempos. El grandioso Hotel, ideado para ser una residencia de moda, con todos los vicios y derroche obligados en esos lugares, se ha trocado en Universidad, convirtiéndose en mansión de pasto intelectual lo que debía ser regalo de cuerpos sibaritas. He aquí cómo Reus fundó una gran Universidad queriendo levantar un espléndido Hotel. En estos períodos de revuelta mercantil y ciclones financieros, es difícil predecir para qué servirán las cosas que se crean. Sucede que se construye sin saber á punto fijo para qué, con el solo fin de atraer el dinero, y luego el tiempo se encarga de dar aplicación á las cosas.

La colonia española no ha adquirido precisamente su riqueza en estos períodos agitados en que se improvisan las fortunas; se ha levantado por el trabajo constante é intenso, por la continuidad del ahorro. « No imaginan en España,

me decía Félix Ortiz de Taranco, Presidente de la Cámara de Comercio, cómo aquí se trabaja, no perdiendo momento ni perdonando vigilia. Alguna vez nos preguntamos si no es vituperable exceso trabajar tanto, sin permitirse una sola diversión, año tras año ». Ortiz de Taranco, como la mayor parte de los españoles, es hombre que comenzó ganando la primera peseta; hoy es propietario del magnífico edificio que construyó el Banco de Londres, siendo uno de los pocos españoles aquí residentes que ha logrado posesionarse de algo importante de los ingleses.

Los españoles, en 1901, tenían declarado en propiedades un valor de 34 millones de pesos, dos millones menos que los italianos. En 1894 estaban equiparados. Según el censo, á cada 25,520 españoles corresponden 6,574 propietarios, radicando el 60 por 100 de sus propiedades en el campo, mientras los italianos poseen la mayor parte en la capital.

Como en la Argentina, los españoles han constituído las Asociaciones de Socorros Mutuos ramificadas en toda la República. Por su medio tienen los enfermos pensiones y asistencia; los privados de recurso, pasaje para España; amparo los desvalidos en las tristes circunstancias de la vida, y, por último, el que fallece lejos de su patria, piadosa sepultura en ese osario social que semeja un pedazo de tierra propia en el suelo extranjero.

Sea porque son menos, sea porque no han tenido el empuje de los españoles en la Argentina, aun no ha podido terminarse el Asilo Hospital Español cuyas obras hace algunos años comenzaron. Tal vez se debe esta lentitud al hecho de ser el Uruguay uno de los países más caritativos del mundo, pudiendo afirmarse que reina verdadero lujo en los asilos, hospitales y servicios de beneficencia. No se justifica, por otra parte, que no logren reunir los españoles los recursos necesarios, sabiendo que el Comité Nacional Español logró suscribir en el período aciago de nuestras desdichas la suma de 365,634 pesos. ¡Qué lástima, me decía yo, al recordarlo, que no se hubiesen destinado á una obra tan sana y patriótica como la del Hospital Español! Es justo consignar que nada oí que significara arrepentimiento por aquel memorable esfuerzo, pero adiviné en todos la amargura de la desilusión padecida y del terrible desengaño. Por otro lado, me confesaron que, si bien en todos tiempos el español se ha encontrado en un ambiente simpático, nunca como ahora, después del tratado de París, ha sido objeto de tan marcado afecto y predilección. Es indudable que la independencia de Cuba ha librado á los españoles en América de la responsabilidad que les alcanzaba por los actos de sus Gobiernos, contra los cuales no se atrevían á protestar. Desaparecida la resistencia que impedía la completa aproximación, pudieron los americanos estrechar sin re

paro, según la frase de Justo Sierra en el Congreso Hispano-Americano, la mano ensangrentada y dolorosa que había dejado caer en el mar el último eslabón de la cadena. Las agresiones del imperialismo yankee, bajo otro aspecto, predisponen á la agrupación de los afines para mantener la personalidad, y luego, dentro de esta cohesión latina, el interés nacional induce á asegurar el predominio ibero.

Como en la Argentina, aquí la colectividad española no ha podido sustraerse al influjo de su origen regional, y existen el Centro Gallego, el nuevo Centro Catalán, la Sociedad Laurac-Bat, el Club Español, y, todos los años, en la fiesta llamada Paseo Campestre, reproducen la variedad de los cantos, bailes y costumbres de las diversas comarcas españolas, para sentirse un momento en su tierra, recrear sus amores regionales y afirmar la diferenciación dentro de la unidad. En la adversidad y para el supremo interés nacional, son unos; en el hogar y en lo que atañe á sus intereses respectivos, mantienen su peculiar idiosincracia.

Para terminar este capítulo, referiré una anécdota. Una tarde, cediendo al programa que nos trazaron, visitamos la Facultad de Medicina, con su sala de operaciones, y el Hospital Clínico; nos llevaron luego al Manicomio, á continuación la Cárcel y, cuando quisieron conducirnos al cementerio, rendidos y cansados de impresiones tristes y penosas, hubimos de exclamar á coro:

« No, al cementerio, no: del hospital, de la cárcel y del manicomio se puede salir, pero en el cementerio hay que quedarse ».

Nuestros acompañantes, no menos rendidos que nosotros, se echaron á reir y compasivamente nos dejaron en el Hotel.

Capítulo XX

Visita al Presidente del Uruguay.—Su origen catalán. El Uruguay, *hinterland* brasileño-argentino. — Su ideal fuera ser la Suiza de América. —La conveniencia y las circunstancias podrán inducirle á confederarse con la Argentina. — El Uruguay se rezaga. — Saladeros. — Diques. — El puerto de Montevideo llamado á ser el intermediario de la América del Sud. — Regreso á Buenos Aires.—Compendio de impresiones en la banda oriental.

COMPAÑADOS del Secretario de la Legación Española, Sr. Benítez, que no escaseó su persona para facilitar nuestras tareas, en ausencia del Ministro, fuimos recibidos por el Presidente de la República, Sr. Batlle.

El actual Presidente es hombre de gran estatura y corpulencia, mostrando excelente vigor físico, que es una de las condiciones más esenciales para los hombres de Estado, sometidos á ruda labor y constante fatiga. Nos acogió afablemente, simpatizando con el objeto de nuestro viaje, sin prodigar palabras, á fuer de hombre poco expansivo.

En su rostro cetrino, encuadrado por negra barba, se delinean los rasgos característicos de

la energía, velando su expresión una sombra de tristeza mal avenida con la fruición del Poder. El Presidente Batlle tiene razón para sentirse preocupado: sucede á un Presidente asesinado, Juan Iriarte Borda, y á otro en el destierro, Juan L. Cuestas. Para mantenerse en su sitio necesita inspirar una política honrada y manifestarse implacable y dispuesto á no transigir con los alardes revolucionarios. La opinión alaba su gestión y reconoce su probidad; su voluntad firme anuncia el propósito de no dejarse imponer, sin arredrarse por la necesidad de acudir á la fuerza.

El padre del actual Presidente, general Lorenzo Batlle, fué el 7.º Presidente constitucional del Urugay, firmándose durante su gobierno la paz con la revolución, acaudillada entonces por D. Timoteo Aparicio. Era el general Batlle hijo de la pintoresca villa de Sitges, encanto de la costa catalana, y el Presidente nos recordó complacido su origen, que aviva sus simpatías á nuestra patria.

El recuerdo de su padre, que, al dejar la Presidencia después de haber transcurrido el período constitucional, volvió al hogar llevando con la pobreza el respeto de todos, ha influído de una manera indudable en la designación del actual Presidente, tras de períodos de despilfarro y nepotismo.

El Ministro de Negocios Extranjeros, Doctor Romeu, descendiente del Vendrell, estudió la ca-

rrera de Medicina en Barcelona y nos habló de varios condiscípulos suyos, cuyos nombres son ventajosamente conocidos en la capital catalana.

Visitamos luego la Jefatura Política y la Cámara Legislativa, encontrando doquiera afable recibimiento, sin llegar, sin embargo, á aquel interés y solicitud que despertamos en los hombres que representaban la acción oficial argentina, sencillamente porque allí la idea económica y la política exterior se han enseñoreado de la opinión y del Gobierno, en tanto aquí se perciben soplos de revuelta y los hombres que rigen los destinos del país viven esclavos de las preocupaciones de la política interna. Al recorrer el territorio, en las conversaciones, en los artículos de la prensa, en la actitud de las gentes, en el aspecto social y en un no sé qué que deja traslucir los sentimientos de la colectividad, se vislumbran asomos de conspiración y preludios de graves acontecimientos.

Es una desdicha para el Uruguay encontrarse entre dos países dispuestos, más ó menos solapadamente, á favorecer sus revueltas interiores. El deseo de lucro, la existencia en el Brasil y en la Argentina de numerosa colonia oriental y el afán de ganar influencia en la marcha del país, empujan ese laborantismo de una y otra orilla, generalmente contrapuesto. No en vano la República Oriental ha sido provincia argentina y provincia brasileña, alternativamente, viniendo en realidad garantida su actual indepen-

dencia por la opuesta codicia de entrambas naciones, que, si bien se analiza, tienen en ese *hinterland* el medio de evitar los continuados rozamientos de sus dos grandes masas en acción.

El ideal del Uruguay fuera ser la Suiza de la América Meridional, y, de no ser esto posible, su conveniencia le inclinara á confederarse con la República Argentina, manteniendo la mayor autonomía dentro del régimen. La raza, la situación y el clima, llegado el caso extremo, la llevarían á ser más bien el satélite de la Argentina que del Brasil. El día que el Río de la Plata, en vez de ser frontera, fuese un mar interior, una y otra orilla, en libre comunicación, se convertirían en muelles de un puerto colosal que llegaría á la más fabulosas cifras en el tráfico marítimo.

Al observador no se le escapa que la República Oriental hubo un tiempo que llevó la delantera á la Argentina. Esto se me ocurría visitando el dique Cibils y los saladeros. El dique Cibils se construyó hace veinte años, acusando una iniciativa poderosa, por D. Jaime Cibils, hijo de San Feliu de Guixols, estando dispuesto para recibir á los buques de mayor porte en su época. Desde que se construyeron los grandes diques del puerto de Buenos Aires, está en decadencia.

Los saladeros están perfectamente organizados, y las operaciones se efectúan con una rapidez extraordinaria, desde el encierro y el enlace

hasta la confección del tasajo. Además, al lado del saladero se han creado una serie de industrias, para la obtención de grasas finas, extractos, carnes preparadas, fiambres y jabones ordinarios. En Fray Ventos, que no pudimos visitar, se ha llegado ya al colmo en punto á saladeros. Allí está el famoso establecimiento Liebig, que contiene variadas industrias, entre ellas la renombrada de los extractos de carne, que sacrifica en una temporada más de 120,000 toros y vacas.

Realmente los saladeros, en la Argentina, no habían conseguido este desarrollo y perfección, pero en cambio los frigoríficos han llevado allí una verdadera revolución en la ganadería y en los transportes, antes de que en el Uruguay se haya instalado uno solo (1). La Argentina ha pasado del aceite á la electricidad, como algunos pueblos de nuestra montaña, y el Uruguay se encuentra con las instalaciones del gas que le impiden realizar la transformación bienhechora.

Esta impresión fué todavía más adentro cuando nos enteramos de la situación del puerto de Montevideo, que, por los yacimientos del río, ha desmejorado mucho desde el tiempo de los españoles, en el cual, durante los temporales del Sud, no es posible embarcar ni trasbordar á los trasatlánticos, que fondean á gran distancia.

---

(1) En los saladeros argentinos se sacrificaron, durante el año 1901; 403,000 cabezas y en el Uruguay, 633,400.

Montevideo, que se construyó como antemural de Buenos Aires, se reveló en seguida como su temible rival, de igual suerte que en otros tiempos Lima lo fué de las demás ciudades del Virreinato.

En 1742, su Cabildo, dirigiéndose al Rey para obtener las mismas franquicias que Buenos Aires, decía que Montevideo era la llave del Reino del Perú.

A fines del siglo XVIII, cuando se levantó la prohibición que pesaba sobre el Río de la Plata de comerciar con el Perú, México, Nueva Granada y Guatemala, y se dieron facilidades al tráfico, Montevideo fué el punto obligado de escala de los buques que iban y venían del Pacífico, y el puerto de trasbordo para Buenos Aires, á donde se llevaba la carga en lanchas llamadas *changadoras.*

Diego de Alvear, en su « Diario », al hablar de dicho puerto, afirmaba que era el único del Río de la Plata y « en él se quedan, añadía, todas las embarcaciones que vienen de España con registro para Buenos Aires y provincias interiores del Reino. El transporte de efectos se realiza luego por medio de las lanchas del Riachuelo, que vuelven cargadas de cueros para el retorno de las mismas embarcaciones ».

En estas palabras se descubre claramente el objetivo que debe perseguir el puerto de Montevideo, situado maravillosamente para ser el puerto intermediario de la América del Sud, y

l'entrepôt del Río de la Plata y de sus grandes afluentes. Sus aguas más hondas le hacen apto para el calado de los mayores trasatlánticos del mundo, que tienen vedado el acceso al puerto de Buenos Aires. La naturaleza traza aquí la política á seguir, completando las condiciones naturales con las obras de la inteligencia, creando todos los medios materiales y el ambiente de libre tráfico que exige el desenvolvimiento de un gran comercio de tránsito.

En el año 1802 se construyó el primer muelle, y puede decirse que nada más se hizo hasta el mes de julio del año 1901, en que el Presidente Cuestas colocó la primera piedra fundamental de las obras del nuevo puerto, cuyo proyecto fué aprobado por ley de 7 de noviembre de 1897.

Hasta ahora no se conocen aún los resultados de una obra tan trascendental para la República. Sea por la paralización de los trabajos, sea por los temporales, que destruyeron lo hecho, es el caso que los buques de alto bordo no tienen allí puerto, y en el lejano fondeadero están á merced de los temporales.

La Argentina comprende perfectamente el gran daño que le hará el puerto de Montevideo, cuando reuna las debidas condiciones, y se apresura á idear nuevos puertos que suplan la insuficiencia del grandioso puerto de Buenos Aires, imposibilitado, por los enormes yacimientos del río, de mantener el calado que reclaman los modernos trasatlánticos.

Los hombres se han empeñado, sin embargo, en el Uruguay, en no querer aprovechar las ventajas imponderables que se obstina en ofrecerles la naturaleza.

Hemos regresado á Buenos Aires en el vapor « París », uno de los mejores de la flota Mihanovitch, siendo despedidos por gran número de compatriotas, á quienes expresamos sinceramente el sentimiento de simpatía que había logrado inspirarnos la República Oriental.

Compendiando nuestras impresiones, hubimos de manifestar los lisonjeros presagios que hacíamos respecto al porvenir del Uruguay, pese á su temperamento inquieto y alborotado, fruto quizás de su exuberante juventud. Día vendrá en que templarán su naturaleza impresionable la reflexiva calma y el sentido positivista, que ya se va abriendo paso, y entonces esa raza hermosa, libre del contacto de razas inferiores, que se lleva la palma entre las razas ibero-americanas por su esplendor físico, dará los frutos que son de esperar de un árbol magnífico, plantado en terreno fértil é inexhausto.

Al contemplar la ciudad de Montevideo desde la cubierta del vapor, sentía crecer mis esperanzas, recordando que tan bella y atractiva ciudad, en la última reunión del Congreso latinoamericano, fué proclamada la capital más sana del Continente austral (1); que sin exageración,

(1) El coeficiente de mortalidad en Montevideo, en el período que media desde 1893 á 1901, fué de 14'21 por 1000.

puede envanecerse de ser una de las ciudades del mundo que menos analfabetos cuenta, y, por último, que su extraordinaria capacidad comercial corre parejas con su sólida riqueza que, para medirse, echa mano de las mejores monedas del mundo: habla en oro de la más pura ley.

El Uruguay, con una superficie que equivale á la tercera parte de la de España, cuenta una población que representa la diez y ochoava parte de la nuestra. Con sólo lograr la densidad de la población de la Península, tendría el Uruguay más de seis millones de habitantes. Esto sólo hace entrever el porvenir extraordinario que está reservado á tan pequeño país, envuelto por los ríos más caudalosos de América, y en el camino de las grandes vías que siguen el comercio y la emigración modernas.

Capítulo XXI

Carlos Casares y el Jockey-Club. — Las carreras de caballos y el juego. — Los baños en Buenos Aires. — El *tub* y el *Finantial News*. — Mr. Thays y el Jardín Botánico. — Maravillas del clima. — Arboles ornamentales. — El Parque Nacional. — El Tiro Federal. La Sociedad de Tiro. — Concurso Internacional. — Una sesión en el Senado. -- Ventajas de la no concurrencia de los Ministros á las sesiones. — Carácter familiar del debate. — El futuro Palacio del Parlamento.

Reinstalados nuevamente en Buenos Aires, destinamos la mañana para visitar el Jardín Botánico, acompañados del Intendente Municipal don Carlos Casares, que ostenta un apellido español muy generalizado en la Argentina.

Casares era entonces Presidente del Jockey-Club, magnífico edificio que recuerda los mejores clubs de Londres, por sus comodidades y gran lujo. En su escalera monumental luce esplendorosa la célebre « Psiquis » de Falguières, que fué adquirida en 50,000 francos, y que con sus destellos de ideal belleza concentra las miradas de los visitantes como el faro que deja en la sombra cuanto tiene próximo. Las fastuosida-

des de aquel vestíbulo, que se construyó sin pensar en la estatua de Falguières, han quedado relegadas á segundo término con la aparición de la hermosa figura que ha prestado alma á la frialdad de los mármoles y los pórfidos.

El Jockey-Club es el gran impulsor de las carreras de caballos, á que tan aficionados se muestran los bonaerenses, que en tal espectáculo funden el amor al juego y la pasión por la ganadería. Los premios del Jockey-Club son cuantiosos, y se nutren de la tolerancia que se suele dispensar en los grandes centros á los juegos aristocráticos, mantenedores del vicio refinado y agitadores de la riqueza. Es difícil, al comparar la mesa del *baccarat* con el corro de la Bolsa y el *turf* de las carreras, saber dónde está el daño y dónde surge el provecho, de tal manera se confunden la desdicha del jugador con la ventaja colectiva, por lo mismo que el dinero del vicio se transforma muchas veces en estímulo del trabajo. A medida que el juego se ensancha adquiere caracteres de factor de la economía social, que impide los estancamientos del capital, y es á la vez el justiciero que devuelve á la masa la gran riqueza que fué lentamente absorbida y detentada por la ociosidad ó la usura. Las dos pasiones del gaucho, el juego y el caballo, parece que se han infiltrado, con las carreras, en la sangre del pueblo argentino, advirtiendo que seguramente no tardarenos mucho en ver á los corredores porteños ga-

nar los grandes premios en los hipódromos de Europa.

Recorrimos el Jockey-Club con una libertad que no se conoce en los clubs ingleses, accesibles para los extraños únicamente en su *Parlor-room*, que es como el locutorio de un convento de reclusos. La sociabilidad latina rechaza esa exageración del aislamiento británico.

Casares nos metió en la sala de baños y allí nos encontramos con una multitud entregada al placer del baño, del ejercicio y del masaje con fruición que se diría griega. En aquella situación especial nos fueron presentadas algunas personas que pudimos apreciar que eran distinguidas, á pesar de la falta de indumentaria. La naturalidad de aquella mezcla y confusión nos transportaba á las termas romanas, que eran los casinos fastuosos de Roma, donde se acumulaban todos los regalos del cuerpo y del espíritu. El cuidado físico y el culto á la higiene se revelan claramente en la práctica pública de esos baños que en el Jockey y en los demás clubs encuentran cabida. En las casas particulares de Buenos Aires el baño es indispensable, y en los conventillos, donde vive la gente hacinada, por las ordenanzas viene prescrita la existencia de un baño.

Los inmigrantes de Europa, reñidos muchas veces con el agua, aquí se reconcilian con el líquido bienhechor. Tal vez no la beban, pero acaban por lavarse, contagiados de la general

preocupación que les pone en evidencia á medida que ganan en posición social.

Un pueblo que con tal empeño se impone la limpieza, es un pueblo culto. El aseo y la higiene son ya los fieles compañeros de la civilización. Por esto Buenos Aires tiene el aire de las grandes capitales; en sus calles y en su ambiente se respira el cuidado y la limpieza de los individuos. En las personas, lo mismo que en los pueblos, marchan de acuerdo el desaliño y la incuria con la decadencia, siendo la limpieza indicio de cultura y de progreso.

Este cariz se debe principalmente á los sajones que, con los grandes capitales invertidos en la Argentina, que les han dado cierto dominio moral además del financiero, divulgan sus costumbres y preocupaciones. Por esto el *tub* y los deportes atléticos, que forman la base de la educación física, están á la orden del día. Mientras el *Financial News* tiene fijos los ojos en la marcha económica del país, y llegado el caso publica saludables avisos, por la cuenta que les tiene á los tenedores ingleses, los diarios argentinos no dejan escapar ninguno de los grandes partidos de *lawn-tennis* ó de *foot-ball* que se juegan en los centros británicos.

Saliendo del Jockey-Club fuimos al Jardín Botánico, que ocupa una extensión de nueve hectáreas dentro de la ciudad. Los prodigios realizados en este jardín, son obra personal de su Director, el Ingeniero francés D. Carlos Thays,

simpático y comunicativo como pocos, que ha encontrado decidido apoyo en el Municipio para el desarrollo de sus planes.

Nos contaba Mr. Thays que su primera impresión fué la de que Buenos Aires era una ciudad reñida con las flores, pues en vano las buscaba en las ventanas; mas luego las descubrió abundantes y varias en los patios.

Mr. Thays ha sido el factor del arbolado de las calles de Buenos Aires, adoptando grandes árboles de flores ornamentales, que han transformado la ciudad, embelleciéndola. Pudimos nosotros contemplar, embelesados, en sus calles y plazas el jacarandá, con sus amplios racimos de flores violeta; el ceibo de Jujuy, cubierto de flores purpúreas; la tipa, desbordante de pedúnculos dorados. Todos estos árboles, que pertenecen á la flora subtropical, han sido aclimatados á la intemperie en Buenos Aires. Cuando la primavera llega, tiene en todos esos árboles pregoneros que alegran á la multitud con sus dalmáticas de colores brillantes. Carlos Thays en esto, siguiendo la tradición de la raza, ha sido un poeta revolucionario.

Lo verdaderamente admirable es conseguir juntar en breve espacio casi toda la flora universal, haciendo alarde de las excelencias del clima, del aire y del suelo de Buenos Aires. Repartidos en grupos, pudimos admirar los árboles clásicos que se crían desde el Brasil á la Siberia, desarrollados al aire libre, con la particularidad,

según nos dijo Thays, de que su crecimiento es tres veces mayor que el que se observa en los terrenos más privilegiados de Francia. Las zonas están divididas en la siguiente forma: América del Norte, Europa, Africa, Australia.

Uno de los árboles que más atrajo nuestra atención fué el gigante ombú, recordando aquel verso famoso

y de la Pampa, el ombú,

aun cuando más tarde pudimos convencernos de que el ombú no se encuentra en la Pampa.

Este árbol que figura en la flora con el nombre de *Pircurnia Dioïca,* es conocido en España con el vulgar de bella sombra. Según Thays, hay estudios que demuestran que los jesuítas españoles lo llevaron á la Península, por más que hay quien pretende que de España fué trasplantado á América. Es un árbol que adquiere en América proporciones enormes: vimos en el Jardín botánico uno de nueve años que era ya colosal. Se asemeja al baobab africano y tiene la particularidad de que no arde ni los bichos lo comen, á pesar de lo cual carece su madera de aplicación.

Para que pueda apreciarse la flora nacional, ha agrupado en breve espacio la flora viva por provincias y gobernaciones, asombrando la variedad inmensa del reino vegetal que se desarrolla en una zona comprendida entre los hielos antárticos y los ardores de la región tropical,

Vimos allí los helechos de plateado anverso, que crecen entre las hayas gigantescas de la Tierra del Fuego, á cinco grados bajo cero, sustentadas por las turbas de las hojas descompuestas, y el helecho de Eli-guazu, arbóreo de seis metros de altura, producto del sol abrasador de Misiones.

Contemplamos allí las plantas colgantes que bajan de los árboles para nutrirse del aire, formando á veces inmensas cortinas, y el *Peltoplonum vogelianum* (vidapita) que sobresale como un grande helecho de los bosques de quebrachos del Chaco, que alcanzan una altura de 40 metros.

Vimos el paraíso, originario del Japón, que tiene la particularidad de resistir á la langosta, de suerte que después del paso de la devastadora plaga, en medio de los campos destruídos, resaltan las verdes entonaciones de sus ramas.

Nos mostró Thays el tümbú ú oreja de negro, el coloso de Misiones, que llega á una altura de 60 metros con un diámetro de tres y medio, las enredaderas de prodigioso desarrollo que hacen inextricables los bosques tropicales, las mimosas de gran tamaño, el palo borracho que produce fibras como seda, los árboles medicinales y las maderas olorosas.

Las más útiles especies de eucaliptus se han desarrollado por modo admirable, así como el árbol llamado sombra de toro, de hojas romboidales, que han adoptado en Montevideo como árbol nacional para la fiesta del árbol.

Tiene además el Jardín una sección de plantas indígenas, susceptibles de aplicación industrial (las sacaríferas, las gomosas, las textiles). Entre ellas destaca el carayday, que recuerda nuestro palmito, invasor temible de los campos de Entre Ríos y que se ha aprovechado por fin, utilizando la parte textil para sogas y para atar las gavillas de trigo.

Una curiosidad del Jardín es la plantación de yerba mate, que no había logrado reproducirse por semilla. Los jesuítas, según se refiere, lo habían conseguido haciendo comer la semilla por el ganado, para quitarle el hierro ó cáscara ferruginosa que impedía la germinación. Thays ha obtenido el mismo resultado hirviendo la semilla.

Gracias á tan eximio *cicerone,* en pocas horas llevamos una lección de naturaleza que no olvidaremos nunca, pudiendo graduar en tan breve espacio la opulencia del suelo argentino, que es un inmenso jardín botánico, ornado del esplendor vegetal de todas las zonas. Allí viven casi en contacto el pino de Misiones, que produce la sabrosa piña dulce y la palmera esbelta del Chaco, con los hermosos coníferos antárticos que llegan á medir más de ocho metros de circunferencia y 35 de altura.

Thays, el botánico artista, ha recibido el ideal encargo de convertir en Parque nacional los bosques inmensos del Guazú, en la Gobernación de Misiones, que sirven de grandioso bastidor al

famoso Salto de la Victoria, conocido por la « Maravilla de la América del Sud ». Mucho sentimos no poder admirar ese Niágara del Mediodía, pero lo adelantado de la estación nos privó de llegar á la proximidad de los trópicos. No tardaremos mucho tiempo, cuando las distancias se acorten, en ver como desde Europa se realizan viajes de placer para admirar las bellezas naturales del Guazú, y la grandeza de los paisajes andinos, especialmente el lago Nahuel-Huapi, mayor que los lagos suizos y norteamericanos, con un clima excelente, rodeado de una vegetación poderosa y casi tropical, que contrasta con las nieves eternas de las altas cimas y con la baja latitud geográfica del sistema andino en que se encuentra (1).

Al dejar el Jardín botánico nos invitaron á entrar en el Tiro Federal, en ocasión en que se estaba celebrando un concurso de tiro internacional.

Existen en la República 160 tiros federales, con sus correspondientes tiros y espaldones, provistos de armas y municiones por el Gobierno. Acuden los días festivos á Palermo, donde está instalado el Tiro federal de Buenos Aires, más de 4,000 tiradores de todas las clases sociales.

Todo ello ha sido creado y organizado en menos de tres años por medio de la Liga Patrió-

---

(1) Dr. Federico R. Cibils, *El Lago Nahuel-Huapi*, Buenos Aires, enero, 1902.

tica, auxiliada con los fondos del Gobierno. Cuando existía el temor de una guerra con Chile, surgió como una escuela de preparación y práctica para la lucha; ahora es ya una institución definitiva que responde á la idea de formar buenos ciudadanos, aptos para la defensa de la patria, libres de ideas agresivas.

La Sociedad de Tiro ha costeado el pasaje y la estancia de los más famosos tiradores suizos é italianos, que han venido á tomar parte en el concurso internacional que se está celebrando. Los jóvenes de la aristocracia bonaerense (Alvear, Carabassa, Romero) han acudido al palenque, habiendo conseguido las primeras categorías.

Con la impresión de ese pueblo que se preparaba para ser fuerte en su territorio, entramos en el Senado para asistir á una de las sesiones y presenciar como se fraguan las leyes.

Se discutía la concesión de una vía de *trocha angosta*, y en el modesto salón de la antigua Casa de Gobierno española departían familiarmente los senadores, sin levantarse siquiera de su asiento. Una pequeña interrupción bastaba á veces para convencer al contrincante, ahorrándose discursos.

Aquella falta de solemnidad y de aparato en la discusión, me reveló la suma energía que se esteriliza en nuestro Parlamento. Muchos son allí los hombres, de probada experiencia en los negocios, que saben dirigir y administrar sus

casas, los cuales permanecen callados y á veces están años en el Congreso sin dejar oir su voz. ¿Por qué será esto, tratándose de materias en que tienen verdadera autoridad, y que dominan mejor que los que pronuncian sobre ellas interminables discursos? Casi siempre una sencilla indicación, una advertencia á tiempo de esos hombres daría la clave y la orientación más conveniente para la buena marcha de las cosas.

Esto es lo que noté allí con cierta envidia, fijándome en el aire de conversación que ofrecía el debate, y en la práctica de las interrupciones oportunas, no para hacer chistes ó para desconcertar al adversario, sino para ganar tiempo.

Presidía el Doctor Quirno Costa, y estaban presentes Irigoyen, Pellegrini, el Doctor Gálvez, y otros ilustres senadores. Pudimos observar el influjo que ejercía Pellegrini, que es el primer parlamentario argentino, sobre sus compañeros. Sin discursos, con una simple interrupción, logró modificar un artículo del proyecto.

Facilita mucho las tareas del Poder legislativo, al par que da mayor intensidad á la acción del Poder ejecutivo, la ausencia de los Ministros de las Cámaras. El Ministro únicamente acude al Congreso cuando se le llama para que responda á una interpelación, siendo también práctica que se le invite á concurrir al seno de una comisión, á fin de estudiar en común los proyectos y facilitar la conciliación entre las tendencias opuestas. El Poder ejecutivo remite sus proyectos al

Congreso, pasando á la Comisión correspondiente para su estudio, y el Congreso resuelve lo que bien le parece, lo mismo que si fuese el proyecto debido á la iniciativa de los diputados ó senadores, que es el procedimiento usual para la formación de las leyes.

El Sr. González, Ministro de Gobierno, nos manifestó que en la corriente legislatura sólo había sido llamado una ó dos veces al Congreso. De esta manera los Ministros no tienen, como entre nosotros, la preocupación constante del Parlamento, que les impide administrar, y les obliga á permanecer en el banco azul estérilmente, convirtiendo las sesiones del Parlamento en un juego continuado para provocar las crisis.

En nuestro país un Parlamento sin Ministros no se concibe, porque las tareas del Poder legislativo se cifran en sostener una lucha incesante y á brazo partido con el Poder ejecutivo. De esta manera no pueden durar los Parlamentos ni los Gobiernos, siendo de todo punto imposible la independencia de poderes que es el alma del sistema parlamentario. El Poder ejecutivo se vale de todos los medios para crear Parlamentos á su semejanza, empollando mayorías dóciles y oposiciones más ó menos ficticias. De fijo, el día que convirtiéramos á los Ministros en Secretarios de Estado, esto es, en que dejaran de asistir á las Cámaras, habríamos dado un gran paso hacia los Gobiernos durables, y hacia los Parlamentos independientes.

Sólo así cabe que el Congreso pueda tener la especial prerrogativa del juicio político, acusando ante el Senado á los miembros del Poder ejecutivo ó del judicial, por mal desempeño ó delito en el ejercicio de sus funciones. De esta manera se concibe la existencia de la Suprema Corte, que es la institución superior en el orden de la soberanía, elegida por el Poder legislativo, una de cuyas facultades es declarar sin valor las leyes contrarias á la Constitución.

Discurriendo sobre este maravilloso mecanismo político, inspirado en gran parte en la Constitución americana y en las libertades inglesas, cuyo abolengo se encuentra en la Confederación Aragonesa, salimos del Senado, después de agradecer á sus ilustres miembros los agasajos con que nos honraron. Al llegar al extremo de la Avenida de Mayo, donde se levanta soberbio y majestuoso el Palacio que cobijará al futuro Parlamento Argentino, sentí nacer el temor de que el fausto de la mansión venidera pueda influir en la exterioridad de los debates que mantienen con su sencillez la causa principal de su utilidad. La magnificencia de la sala, la amplitud del escenario, quizás contribuya á la hinchazón de los discursos y á la retórica de las discusiones, matando esa intervención sana y fecunda de los que sin aptitudes para pronunciar discursos, hoy aportan tan lisa y llanamente á los debates el fruto de su experiencia.

Capítulo XXII

La inmigración consciente. — El Hotel de Emigrantes. Alojamiento y pasaje gratuitos. — Impresión triste. Sufrimientos de la aclimatación. — Misión de sacrificio de los propios triunfadores. — Confidencias de emigrantes. — La segunda generación. — Atavismo de los biznietos. — La ciudad y el campo para la inmigración. — Los manuales y los preparados. — Un pródigo. — Un anarquista arrepentido. — Los conventillos y los barrios pobres de Buenos Aires. — Anhelos de mejora social. — Una conferencia política del Doctor Sáenz Peña.

Hemos sostenido una nueva conversación con el Sr. Alsina sobre el complejo tema de la inmigración.

Se ha manifestado convencido adversario de la invasión atropellada que recuerda las antiguas irrupciones, más propias para destruir que para edificar. Por este motivo rechaza la emigración gratuita y contratada, por los malos resultados que ha producido en otros períodos.

Hay que dejar á los emigrantes que afluyan por la atracción natural y constante de los núcleos afines; de este modo accionan con plena conciencia de sus movimientos, y no penetran en la forma desorientada y pasiva de un rebaño.

En otra forma la inmigración resulta perjudicial para el país que la proporciona y para el suelo que la recibe.

« Del Brasil, añadía, vienen huyendo continuamente los españoles derrotados que no encuentran allí trabajo. Llegan aquí en grado de miseria tal, que los cirujanos del Gobierno tienen que sacarles los gusanos (uras).

» Hay una época fatal para el obrero que inmigra con familia, y es cuando sus numerosos hijos no están en condiciones para trabajar, cuando se cuentan cinco ó seis consumidores y un solo productor, tanto más cuanto el obrero es aquí mucho más exigente que en Europa: come carne todos los días, usa á menudo coche, asiste con frecuencia al teatro y viste bien ».

Manifestamos el deseo de visitar el Hotel de Emigrantes, y el Sr. Alsina se brindó á acompañarnos.

El actual Hotel de Emigrantes, situado á orillas del río, fué en otro tiempo el barracón donde se exhibía el Panorama de Plewna. La ley da derecho á cinco días de alojamiento gratuito en este local, que produce triste impresión. Acababa de llegar un vapor y daba pena mirar aquel enjambre de seres trasplantados.

La ventaja del Hotel de Emigrantes no hay que buscarla en el alojamiento ni en la manutención, que deja mucho que desear, sino en la facilidad de trasladarse gratuitamente desde su recinto á los más apartados extremos de la República.

Por esta razón nos fijamos en que muchos emigrantes, escarmentados ó avisados, llegaban en coche de la ciudad, limitándose á solicitar los beneficios del pasaje. Tan sólo la necesidad suprema puede inducir á soportar aquel alojamiento.

El Hotel de Emigrantes está en comunicación con las vías férreas de la República y tiene telégrafo para pedir datos á todas las provincias. Con tales medios, puede hacerse rápidamente la distribución de emigrantes que, á su petición, obtienen pasaje para trasladarse al punto que deseen con su familia y equipaje. No les dan el billete hasta que han subido al vagón, pues no faltaba quien vendía el billete y permanecía en la ciudad.

Hay un registro de entradas muy bien llevado, y allí quedan los pasaportes y las cédulas de los emigrantes, que reciben en su lugar un documento de identificación en el cual se rectifican muchos de los particulares que constan en las cédulas falsas de que suelen ir provistos, principalmente los españoles.

Hablamos con algunos de los recién llegados, italianos y españoles en su mayoría, enterándonos de que iban á puntos determinados, contando de antemano con el apoyo de amigos y parientes. Una familia gallega se dirigía á un ignorado rincón de la Tierra del Fuego. Es curioso saber que muchos van á poblaciones recién fundadas, junto á las nuevas estaciones de

las líneas férreas, adonde llegan los emigrantes con los primeros vagones, pueblos cuya existencia se ignora en la Argentina y que es popular en las aldeas españolas é italianas de donde partieron los pobladores.

Los niños jugaban y saltaban en el patio, sin la preocupación de los mayores. Estos, dije para mí, serán ya argentinos. Las mujeres permanecían pensativas, sentadas en los baúles, y los hombres, formando grupos silenciosos y tristes, parecían reclutas de un ejército llamado á operaciones. Una mujer que había llegado sola, en uno de los camaranchones acababa de dar á luz un niño.

Alsina borró la triste impresión que nos había producido la vista de aquel refugio sombrío, bautizado con el nombre pomposo de Hotel, diciéndonos que la Empresa del ferrocarril Central Argentino ocupará pronto el solar que llena el antiguo barracón de Plewna, obligándose á construir un edificio exprofeso, invirtiendo la suma de 600,000 pesos. Con ello se dignificará al inmigrante que viene á labrar la riqueza de la República, no acogiéndole como un miserable, sino como un huésped requerido. Esta primera impresión, siendo agradable, puede levantar el ánimo del emigrante, inculcarle elevado concepto de su patria nueva é iniciar su gratitud á la República.

Bien merecen que se les aliente para la lucha á que vienen condenados, que constituye un sa-

crificio y una abnegación que aprovechará á los que vendrán en su seguimiento.

Los emigrantes, en su mayoría, que se trasplantan hechos hombres, difícilmente arraigan en el país, á pesar del afecto que llegan á profesarle. La nostalgia es para ellos incurable: la arrastran como esas enfermedades crónicas que pierden su carácter agudo y forman una segunda naturaleza del individuo.

En la intimidad, cuantos amigos de la infancia he encontrado en la Argentina no han podido ocultar el pensamiento de la patria antigua, á la que dirigen sus ansias, soñando eternamente con el regreso. Si se casan en el país, se plantea en su hogar un problema insoluble. Sus hijos arraigan perfectamente en la nueva patria y en ella quedan definitivamente, mientras ellos recuerdan sin cesar el suelo natal, al que no pueden volver, so pena de abandonar á sus hijos. Es una situación de obligada tristeza la de esos pobres sin patria: en el país adoptivo sufren la añoranza de la patria de origen, y si regresan á su pueblo, sufren la ausencia de los hijos que tienen verdadera patria.

Es digno de compasión ese estado de alma en que se encuentra el emigrante, por más que haya realizado cuantiosa fortuna, sacrificándose por sus hijos.

Un íntimo amigo mío me pintaba los padecimientos morales de la aclimatación y el dolor que se experimenta cuando van cediendo las

raíces que mantienen la unión con el antiguo suelo. « Por los ensueños, me decía, se da uno cuenta de la lenta transformación que se opera. A medida que aumenta el cariño á la nueva patria, y que se conquista el bienestar, se sienten retoñar en el alma recuerdos de la infancia que parecían muertos, surgen las huellas de la vida juvenil, que tornan á la superficie después que ha desaparecido la impresión de hechos y cosas que se habían superpuesto á sus vestigios. Los afectos y las señales recientes, por lo mismo que no son tan hondos, se borran fácilmente, pero duran las que se grabaron en las capas más bajas de la memoria y en los pliegues más íntimos del corazón. Casi todas las noches, me decía, sueño con mi madre y esta persistencia de lo que radica más profundo en mi ser, prueba la fortaleza de algunas raicillas que no es posible nunca arrancar, que son las que se nutren de la tierra vieja ».

Otra conversación no menos interesante, relacionada con el problema de la emigración, sostuve con un español que ocupa en la Argentina una posición social aventajada, conquistada por el propio esfuerzo.

Me refiero al caso especial del español casado con Argentina, en sus relaciones con los hijos. El padre, solicitado por el trabajo continuo, generalmente de escasa cultura, tiene que abandonar la educación de los hijos á la madre quien aspira á hacer de su hijo un clubman en

lugar de un trabajador. El padre envía á sus hijos al Colegio, y allí, los compañeros y los profesores le tratan de *galleguete,* provocando airadamente sus antipatías contra el origen español, causa de aquel desvío social que sufre. Poco á poco se quebranta en su corazón el sentimiento nacional que le había inculcado su padre, y crece su afán por aparentar argentino, al extremo, á veces, de no querer ni respetar á su padre — al viejo, como le llaman — por la falta de consideración social que le rodea.

«En este trance, me decía mi interlocutor, si el padre logra llevarle á la antigua casa solariega, y consigue hacerle atractivo su suelo natal, gana otra vez en el concepto del hijo, por la mayor consideración que disfruta el padre entre sus compatricios. Sin este período de residencia en la patria nativa, que es un remedio eficaz algunas veces, difícilmente evita el padre que resulte su hijo el peor enemigo de su patria de origen. El mote *gallego* le escuece, como le mortifica al italiano el de *gringo,* y obran estas expresiones de menosprecio como un fundente que provoca la repulsión hacia su origen y la atracción de la nueva nacionalidad. Por instinto de conservación, tienden esos pueblos que carecen de un tipo nacional definitivo, á crear un tipo propio, matando por el desprecio y por la absorción aquellas reminiscencias de otras razas que impiden la fusión completa en una sola alma. Los hijos de italiano vense obligados á acentuar más

su repulsión á la vieja patria porque su diferencia es mayor, y extreman la nota, siendo por conveniencia los peores detractores de los *gallegos*, cuando quieren presentarse como argentinos netos y puros».

Tuve ocasión de observar que en el nieto recrudece á veces este sentimiento de aversión al origen, como les pasa á los nobles recién salidos del pueblo que violentan sus pujos aristocráticos. En el biznieto desaparece este sentimiento por completo, gracias á que nadie pone en duda su naturaleza argentina, y vuelve la simpatía á la patria de sus padres, movido por atavismo, como el noble, cuando ya tiene consagrada su nobleza, en la tercera ó cuarta generación enseña complacido la casucha en que moró su bisabuelo leñador.

Los montañeses en Cádiz, tratados con desprecio por los andaluces, y que, poco á poco, van labrando su posición entre quienes los menosprecian y se burlan de ellos, ¡cuánto se asemejan á los españoles que aquí he visto, trabajando sin reposo entre los hijos del país, haciéndose ricos mientras los otros despilfarran! Como los dueños de las tiendas de montañés, el estanciero suele decirse que vive pobre y muere rico.

Actualmente la normal de la inmigración italiana es de 50,000 individuos anuales y la de los españoles de 18 á 20,000. Aleccionados ó escarmentados, no acuden ya tanto á las ciudades, exuberantes de asalariados en las tiendas, en

los escritorios, en las fábricas. En muchas oficinas se lee: « Son inútiles las reclamaciones, por no haber vacantes ». En los Ministerios no se admiten peticiones de empleo.

En el campo es donde hay posibilidad de trabajar cuando se es apto para el trabajo rudo de la agricultura. Para imaginar la miseria que brinda la ciudad al emigrante, en busca uno y otro día de una colocación sin conseguirla, sólo diré que cuando, en 1890, se fundó la colonia de Nueva Plata en la provincia de Buenos Aires, la mayor parte de los emigrantes que acudieron al reclamo eran periodistas, pintores, artistas que se morían de hambre en la capital. Incapaces para el trabajo manual, muy pocos fueron, sin embargo, los que en aquella ocasión se adaptaron, desapareciendo el resto como la broza en un torbellino.

Un alto empleado nos refirió que para cosechar el maíz en una estancia suya, luchando con la carencia de brazos en el campo, reclutó gente en la ciudad, que rebosaba de hombres sin empleo. Por desdicha suya, formó una legión de gente inútil, compuesta de *cantaores* andaluces, *lazzaroni* italianos, señoritos pobres, escribidores y oficinistas, algunos de los cuales acudían á las faenas agrícolas de chaqué y con botas de charol. Apenas comenzada la labor, viendo como en seguida se inutilizaban para el trabajo, hizo una selección y devolvió á la urbe sus inútiles sobrantes.

No hace mucho tiempo tuve ocasión de leer una preciosa carta de uno de esos jóvenes pródigos que en poco tiempo consiguen echar por la ventana una fortuna que amasaron sus padres á fuerza de trabajo. Los sufrimientos y las privaciones porque pasó antes de conseguir un empleo, no son para contados. Por fin le sirvió lo único que había aprendido bien, en sus buenos ó malos tiempos: guiar un carruaje, y fué cochero de plaza. Una gran enseñanza se desprendía de la lectura de aquella carta: «La ventaja que tengo á mi favor, escribía, es que me encuentro dispuesto á dedicarme al trabajo más humilde, sin temor del qué dirán. No me estorba el recuerdo de lo que fuí, digo mal, todavía no he podido desterrar por completo la tiranía del pasado y siento á veces el temor de que los que me conocieron en ésa, se enteren de que me gano la vida montado en el pescante de un coche».

Esto demuestra que no todos sirven para emigrantes. Quien sirve para el trabajo manual lleva mucho ganado, y el que, además de esto, viene preparado para dirigir á los demás, tiene doble ventaja. Favorece grandemente la posición del emigrante la circunstancia de contar con algunos recursos, pues con ellos puede situarse sin apresuramientos y mirando al porvenir.

Hay que tener presente lo que nos confesaba uno de los más opulentos estancieros de la Re

pública, que llegó de emigrante: «La fortuna que hemos adquirido no depende de nuestra inteligencia ni de nuestro trabajo. La mayoría de los millonarios de la Argentina lo son por causa de la valorización de los terrenos que antes nadie quería á ningún precio. Los esfuerzos de la colectividad han enriquecido á los individuos».

Hace catorce años, los terrenos situados al Sud de la provincia de Buenos Aires, todavía en poder de los indios, se vendían á 400 pesos fuertes la legua, y hoy esas mismas leguas se rematan desde 80 á 120,000 pesos. De modo que, sin esfuerzo alguno de sus propietarios, estos y otros terrenos se convierten en manatiales fortuitos de riqueza.

Completó la impresión recibida en el Hotel de Emigrantes, la que me produjo la visita á un matrimonio que cinco años ha se trasladó al Plata, huyendo de Barcelona, donde el esposo, que tomó parte activa en las huelgas de los albañiles, era rechazado de todas las obras en construcción. Ahora trabaja desde que amanece hasta que se pone el sol, ganando tres pesos, que bien pueden equipararse á un jornal de tres pesetas en relación á sus actuales gastos. ¡Cuánto echan de menos su casita de Vallcarca! Viven en un conventillo, que es una casa de vecindad, que arrienda en totalidad un especulador usurario para subarrendarla á partes. Hay en ella 20 inquilinos y cada uno dispone de una pieza, de unos

doce á quince metros cuadrados, por la cual paga veinte pesos mensuales. En el patio, junto á la puerta, á la intemperie, hay un armario donde se encierra la cocina. Allí, en invierno y en días lluviosos, no es posible mayor malestar. La vida, me decían, resulta carísima, con todo y valer solamente 40 centavos la carne y 12 centavos el pan. La pobre mujer se pasa días y más días sin salir á la calle, soportando aquella promiscuidad inevitable en que yacen gentes de las más lejanas procedencias, hablando diversos idiomas, unidos tan sólo en aquel interior sucio y mal oliente, según frase del Doctor Samuel Gache, por la pobreza y la esperanza.

En pocos años la población de Buenos Aires ha cuadruplicado, y el número de edificios ha triplicado tan sólo. De aquí esta aglomeración humana de los conventillos. Según el censo de 1887, existían en Buenos Aires 2,835 conventillos, en los cuales se alojaban 116,167 personas, irradiando de ese hormiguero humano, entre la inmundicia y la miseria, la plaga de la tuberculosis, que causa estragos en la gran capital.

Algo se ha hecho para poner remedio al mal, siendo varios los proyectos lanzados para tener buenos barrios obreros, preparando el Municipio un empréstito encaminado á construir casas que puedan adquirir fácilmente los pobres.

Además, en las ordenanzas ha prescrito una serie de disposiciones que tienden á la seguri-

dad y á la higiene de las casas que se construyen para obreros.

En todas las ciudades populosas, sobre todo las que se han formado por aluvión, existen esos grandes núcleos de miseria trágica en contacto con los centros más aristocráticos y brillantes. En Buenos Aires, las calles por donde pululan los armenios, entre el Paseo de Julio y Reconquista, con aires infectos de *Ghzto,* y el llamado *barrio de las Ranas,* que no llegamos á conocer, en el cual encuentran asilo los criminales, los vagabundos y los seres de peor ralea, entre los montones de basura que arroja de sí la ciudad fastuosa, son comparables al Seven Daels de Londres y á las encrucijadas más sucias del viejo Nápoles.

Por la noche, dando cumplida cima á nuestro día de estudio, asistimos á la conferencia política de Sáenz Peña en el Teatro de la Victoria. El teatro estaba completamente lleno, habiendo quedado sin invitación más de ocho mil pretendientes. La calle rebosaba de gente, viéndose muchos agentes de policía; el público se empujaba por entrar, penetrando en el local atropelladamente.

Sáenz Peña, hijo del que fué Presidente, pertenece al grupo de Pellegrini, y fué el encargado de iniciar las conferencias de propaganda contra la candidatura patrocinada por el General Roca. Desde la cazuela, antes de comenzar el mitín, se arrojaron con profusión hojas impresas en las

cuales se leía: « Muera el Zorro. — Viva la pureza del sufragio ».

En el escenario se distinguían los principales hombres del partido autonomista radical. En un palco estaba Pellegrini, quien, al entrar, fué saludado con grandes aplausos.

La conferencia fué leída, resultando una diatriba violenta contra el General Roca, de estilo recargado, llena de frases artificiosas; un verdadero rosario de metáforas, no siempre de puro brillo, que aplaudía el público entusiasmado.

No puede negarse que en algunos puntos se revelaba Sáenz Peña como pensador, por ejemplo, al señalar los daños que ocasiona la ley de Residencia, al hablar de las causas que en otras épocas justificaron el caudillaje y al sentar la necesidad de que, en nuestros días, no prevalezca el caudillaje en otra forma, de carácter insidioso, que anule toda la fuerza de la opinión y la pureza del sufragio. « Día llegará, exclamó, en que la emigración volverá á afluir, enorme, avasalladora, y como seremos un pueblo sin carácter, por lo mismo que no hemos sabido reaccionar y movernos por impulso propio, seremos fatalmente absorbidos ».

Algo parecido oí á otro ilustre argentino cuando decía: « Nos distinguimos por el don de imitación. Seguimos servilmente á los norteamericanos en lo político, y á los franceses en los gustos y costumbres ».

El Doctor Sáenz Peña terminó con esta frase: «Padecemos una hemorragia lenta pero continua de los jugos vitales que habíamos absorbido en otros tiempos».

La conferencia tuvo un carácter marcadamente personal y agresivo, sin que se produjeran airadas protestas, por más que había en el local hombres de todas las opiniones.

No cabe duda que es un país que sabe practicar la propaganda y que está hecho á mitins.

Fijándome al salir en que se hablaban entre el público diversos idiomas, vislumbré la señalada parte que toman los extranjeros en las luchas políticas de la Argentina, y el influjo que ejercen en su marcha, ayudados por la participación que tienen en la prensa, y por la fuerza de las Asociaciones de Socorros Mutuos, que ejercen un verdadero poder social.

Capítulo XXIII

La cultura moral. — Algo de literatura. — El patriciado de la inteligencia vive más en relaciones con Europa que con su país. — Importancia de las publicaciones relativas á la economía comercial y á la población.—Influencia española en la poesía; modernísima influencia francesa. — Los *payadores*. — El teatro y la novela. — Juan Moreira. — Evolución urbana del teatro y la novela. — *M'hijo el Dotor*. — *Teodoro Foronda*. — El castellano en la Argentina. — Los literatos y la prensa. — El teatro y la novela empujan el neo-español. — La Academia Española y los americanismos. — Augurios sobre el resultado de la lucha. — El Arte en la Argentina. — Amor á la apariencia bella. — Galería de Guerrico. — Las obras de arte y los reproductores. — Esfuerzos laudables de José Artal. — La Sociedad Nacional de Fotografía.— El Museo Nacional de Bellas Artes. — Presentimientos de un arte propio.

No pretendo ahondar en la materia, porque me ha faltado tiempo para aplicar la atención á las manifestaciones literarias, artísticas é intelectuales de la Argentina. Voy á hablar por mera impresión, refiriéndome á lo que he aprendido á mi paso, que, sumado á la previa lectura y al posterior estudio, me ha permitido formar aproximado concepto de su cultura moral.

En aquel pueblo aquejado por el anhelo del bien material y de la riqueza, me pareció que no

había encarnado el sentimiento artístico que representa un grado de evolución superior.

El sentimiento literario, que es más asequible, ha penetrado en la masa del pueblo, si bien no reviste todavía un carácter nacional y propio. La literatura se ha difundido principalmente por el poder inmenso de la prensa, que es de una entidad desconocida para nosotros, pero más bien que la literatura amena, por la índole misma del periódico, se ha desarrollado la didáctica y, en general, lo que marca tendencias sociales ó de acción.

Por esto, entre los escritores ocupa el primer lugar la falange consagrada á esos estudios modernos, de carácter científico y filosófico, que llenan con sus títulos las Revistas Bibliográficas, en las cuales no solemos parecer los españoles. Hoy los latinos americanos comienzan á suplir este vacío que deja la antigua metrópoli.

En toda América hay un núcleo de hombres, influídos por el afán de investigación y por el ansia de progreso que reina en el mundo de las ideas, que bien merecen formar parte de esa nacionalidad espiritual, superior á todas las nacionalidades, en la cual adquieren carta de naturaleza las inteligencias cultivadas y los productores de ideas de todo el orbe.

La Argentina puede envanecerse de haber tenido á Vélez Sarfield, que le dió el sentido jurídico; á Sarmiento, que le infundió el anhelo pedagógico, y á Alberdi, que vertió en su polí-

tica la realidad de su fin, con la famosa frase: «poblar es gobernar». Alberdi, por lo poco que he leído de sus obras, llenas de energía estimulante, se me antoja que, andando el tiempo, será considerado el Emerson de la América del Sud.

Entre los que actualmente alientan con sus obras la vida intelectual de la Argentina, sintiendo las omisiones en que debo incurrir por faltarme el completo conocimiento de su vida espiritual, bien merece citarse Carlos Calvo, autoridad en el Derecho Internacional; Joaquín V. González, tratadista eminente de Derecho público; Ingenieros, cuyo estudio de la Locura Simulada se codea con las obras de los grandes psicólogos europeos; Ramos Mejía, que en sus *Neuroris* pinta de mano maestra las locuras sangrientas que enardecieron el caudillaje; Carlos Octavio Bunge, crítico y sociólogo que no deja adivinar en sus libros audaces su brillante juventud; historiógrafos y escritores políticos como Mitre, Estanislao S. Zeballos, Vicente G. Quesada, García Merou, que enlazan las gestas y los hechos de su tierra con el curso de las ideas y de los sucesos universales.

Este patriciado de la inteligencia sobresale grandemente de la masa, y por esto, tal vez su labor no ha sido todavía apreciada en su patria, llegando tan sólo á una minoría selecta de iniciados, los únicos que se preocupan de estas cosas no sentidas por la generalidad, completa-

mente absorbida por los azares de la lucha por la vida. Así es que la mayor parte de estos escritores buscan el aplauso y solicitan la atención de los lejanos, siendo digno de observar que muchos imprimen sus obras en el extranjero. En realidad constituyen una rama de la actividad mental europea.

La gente se entera algo más de esa producción intensa y notable que tiene por base la geografía, la economía comercial, la emigración y la higiene, por constituir tan candentes problemas la preocupación de los políticos, por cuyo motivo palpitan en las columnas de los diarios y vibran en los programas de gobierno. Son en gran número los escritores consagrados á esa tarea de defender el crecimiento de la población y de la riqueza, en un suelo que sólo espera la voz redentora del trabajo para levantarse de su sueño y marchar lleno de vida. Latzina, Gabriel Carrasco, Moreno, Lahite, Lix-Klett, Cibils y otros con infatigable ardor, ayudan al conocimiento exacto del país, con sus descripciones, sinopsis y estadísticas que forman un caudal de inapreciable valor para el estudioso.

Volviendo á la literatura propiamente dicha, que se reveló con la poesía después de haber proclamado la colonia su independencia, por más que los poetas y los escritores cantaron y enaltecieron las luchas y los héroes de las jornadas emancipadoras, sin notarlo rendían vasallaje á los escritores y poetas españoles; Ole-

gario V. Andrade, que ha sido para mí el poeta argentino de más alto vuelo, en sus odas majestuosas revela la influencia de los líricos clásicos, y la moderna de Quintana y Espronceda. Echevarría, Mármol, Rafael Obligado, Gervasio Méndez, Guido Spano, aun cuando por los asuntos parecen argentinos, por el ropaje y los adornos continúan siendo españoles. Los vagos destellos de poesía nacional desaparecen bajo la vestidura exótica, notándose en sus himnos la manera de sentir y el estilo de Becquer, Espronceda, López García, Zorrilla y Núñez de Arce, que mantienen la servidumbre literaria.

El mismo escritor argentino Juan M.ª Gutiérrez, que renunció al título de académico porque, en su concepto, mal se avenía la independencia política con la subordinación á España en materia de lenguaje, pone todo su empeño en ser castizo. Recuerda á Ovidio jurando en verso á su padre que no haría más versos.

El alma del pueblo no alienta en estos poetas y escritores, que pasaron sin ser vistos, no alcanzando nunca la popularidad; mientras los pobres y sencillos *payadores* avivaban el sentimiento nacional con sus toscas improvisaciones que en la misma incorrección llevan el germen de la poesía nativa. En aquellos tristes, arrancados del lenguaje bárbaro, encontraba el pueblo la expresión ideal de sus sentimientos, porque exhalaban la melancolía de la llanura infinita y la esperanza de un más allá mejor.

Por esto el pueblo no se enteraba de Andrade, que pasó poco menos que ignorado y pobre, mientras se extremecía con las canciones de Santos Vega y de Martín Fierro.

En estos últimos tiempos, la poesía se ha resentido también de la moda, y allí se propaga, como aquí, una lírica de importación. Surgen, no es posible negarlo, jóvenes de talento é inspiración, pero en el ambiente cosmopolita de Buenos Aires no imprimen carácter propio á sus creaciones, que se contagian de los asuntos y del estilo de las modernas escuelas francesas. Por esto no llegan al pueblo; porque el decaimiento enervante en que se inspiran y las formas rebuscadas y descompuestas que persiguen, no encajan con las ansias de un pueblo que prodiga su voluntad y que gusta de las formas claras y precisas de los primitivos. Así es que penetran tan sólo en los salones, y son pasto regalado de los que se nutren de la poesía exótica, no diciendo nada al pueblo, mal avenido con esa suavidad enfermiza de la forma, siendo como es forjador de ideas, sentimientos y lenguaje recios, que se templan al choque de pueblos, pensamientos é idiomas distintos. Todavía no ha salido allí el poeta del emigrante, el cantor de los modernos argonautas que invaden la llanura y avanzan triunfadores hacia las más altas cumbres.

Algo hay, sin embargo, que presagia la brotación de una literatura peculiar y propia. Sus

balbuceos se encuentran en los cantos de los *payadores*, y su iniciada aurora en el teatro y en la novela.

La novela y el teatro, más que la poesía lírica, reflejan la realidad del ambiente y viven con el espíritu del pueblo. El lenguaje, los hombres, los asuntos responden al medio que rodea al escritor, quien no puede substraerse á la sugestión de la vida colectiva. El poeta lírico puede aislarse y resulta á veces exótico en su patria; el novelista y el autor dramático tienen que producir en forzosa comunicación con él pueblo. En la novela y en el teatro se descubren las señales del carácter nacional.

Hasta ahora el teatro en la Argentina había engendrado esas obras ingenuas, semibárbaras que se encuentran en los comienzos de todas las literaturas nacionales. El tipo de Juan Moreira, el apasionado gaucho, el espíritu rebelde y dominador, que resume las cualidades buenas y malas que se requieren para ser un caudillo entre los hombres dueños del campo, es el que inspira las primeras creaciones del Teatro Argentino. Me recuerda nuestro Serrallonga y Diego Corrientes, que también reinaron en la escena, por sus audacias y desmanes, simbolizando el valor individual contra la dominación colectiva, la anarquía contra la ley.

A medida que Juan Moreira y los tipos semejantes han ido retrocediendo por el avance de los colonos y el creciente imperio de la autoridad,

han aparecido los tipos intermedios, que han puesto en relación el campo con la ciudad, la cultura incipiente con la barbarie semivencida. En este período, junto á Moreira han surgido los nuevos colonos, y se han puesto en relación los gauchos con los doctores. Un drama que se representaba con gran éxito durante nuestra estancia en Buenos Aires, respondía ya á esta evolución de la literatura dramática. Se titulaba *M'hijo el Dotor,* y en él se trazaban con acertado claro obscuro estos choques cómico-trágicos de la ciudad europea con la Pampa salvaje. El gaucho feroz que convierte á su hijo en doctor y sufre luego las consecuencias de la propia desigualdad, se presta á una creación típica, que permite la presentación de personajes y costumbres que determinan un período de transición. Se comienza ya á urbanizar la producción dramática, buscando el tema y la acción en la realidad de la vida moderna argentina.

En la novela se marca más señaladamente esta tendencia, propendiendo á presentar ya con más realce y con todos los matices que permite el género esos contrastes verdaderamente bellos y originales que ofrece el contacto de la civilización en marcha con la barbarie que retrocede. La variedad de tipos humanos, la singularidad de las costumbres, la compleja transformación que se opera en todas las manifestaciones de la vida, ofrecen vasto campo para el novelista, que en otros tiempos se concretaba, como Sarmiento,

á pintar un simple personaje, el de Facundo, sintetizando la época de la energía y del caudillaje. Entre los novelistas argentinos, bien puede figurar un español, Grandmontagne, que en sus cuadros de costumbres, llenos de observación y malicia, y, más especialmente, en su *Teodoro Foronda* ha trazado verdaderas aguas fuertes, planteando un problema que entenebrece el hogar de muchos emigrantes victoriosos: el divorcio entre los padres y los hijos, que hemos visto también manifestarse en la escena.

Los poetas se esfuerzan por mantener la pureza del habla castellana, y los diarios, por regla general, hacen lo mismo hasta donde cabe, pero los novelistas y los autores dramáticos no pueden prescindir de los modismos, de las corrupciones, de los barbarismos y de las modalidades nuevas que existen en el idioma. No tienen más remedio que respetar el lenguaje que hablan sus personajes, y en sus obras está el principal demoledor de la pureza del castellano, que sólo se mantiene castizo en algunos libros, pero que en los salones y en el pueblo es ya como el inglés que se usa en el Norte América respecto al que se habla en la Gran Bretaña.

Por más que la Academia Española, desde el año 1884, ha venido aceptando gran número de americanismos, con suma escrupulosidad, proclamando que no quiere sancionar el uso ilegítimo, sino cediendo á fuerza mayor, es tal la producción de voces nuevas, en la Argentina

principalmente, á influjos del italiano y por la facilidad que hay allí en aceptar los neologismos y barbarismos cuando nó hay nombre para las cosas, que las transacciones de la Academia, después de largo regateo, por generosas que sean, no podrán nunca acordar la resistencia excesiva del idioma castellano á crecer con la impulsión corruptora que aumenta las proporciones del lenguaje americano. Será ó no será castellano, en la castiza acepción de la palabra, pero será un idioma vivo, que hablarán mayor número de habitantes que el castellano, que tendrá muy pronto su gran literatura, como lo hacen predecir los primeros pasos de su novela y de su teatro. De igual modo que los Estados Unidos tuvieron un Edgardo Poe y un Longfellow, que escribieron en puro inglés, y hoy cuentan con un Marck Twain y con un Bret-Harte que han publicado obras admirables en el inglés corrompido que se habla en el Far West ó en California, veremos en la República Argentina algún día autores que adquirirán fama universal con libros escritos en el *slang* que se usa en la Boca del Riachuelo ó en las nuevas variedades del castellano que van propagándose en la Pampa ó en la Patagonia.

Quizás tenga razón Ricardo Palma, cuando dice que España se empeña en romper el lazo más fuerte, el del idioma, hiriendo susceptibilidades de nacionalismo. Admite provincialismos de Badajoz, Albacete, Zamora ó Teruel, voces

usadas por tres ó cuatrocientos mil peninsulares, y es intransigente con los americanismos aceptados por más de cincuenta millones de seres que, en el Mundo Nuevo, se expresan en castellano.

Esta lucha de la fijeza á todo trance con la variación que implica el crecimiento, de la libertad en que se forma el neo-español con la intolerancia clásica de la Academia, es ni más ni menos que una nueva forma de las luchas sostenidas entre la España aferrada al pasado y al uniformismo y la nueva España que va adaptándose naturalmente á las influencias del medio y á los particularismos de la raza. Pese á la Academia, nos envaneceremos, á no tardar, de tener en nuestra literatura obras admirables escritas en español excomunicado, el día que el genio moldee y consagre en él sus concepciones, imponiéndose con su energía individual á la resistencia estéril de las Academias.

Quizá llegue un tiempo en que el único español que se hable en el mundo sea el español, ampliado y corrompido á la vez, que crispa los nervios de nuestros académicos, como en otras épocas los hijos del Lacio oían con horror el latín bárbaro que se hablaba en los extremos del imperio, manantial de los idiomas que hoy se estilan.

Si de la literatura pasamos al arte propiamente dicho, notamos todavía bastante rezago. Como en todos los pueblos en período de

formación y desarrollo, solicitados por el trabajo manual y por las preocupaciones de la vida aislada, el arte ocupa lugar muy secundario. La fuerza se aprecia más que la belleza; no caben los refinamientos superiores del espíritu ante la necesidad de defenderse y de vivir materialmente.

Una gran ciudad como Buenos Aires, en constante comunicación con los centros de mayor cultura, por fuerza tiene que anidar el sentimiento artístico, irradiándolo en todas direcciones. Sin embargo, no llega á infiltrarse porque la gente necesita su tiempo para adquirir la comodidad y la riqueza. Este afán esencial de vigor físico quita lugar á los anhelos de belleza que caracterizan á los individuos y á las sociedades que han resuelto el problema de la vida.

Los Estados Unidos, que están ya en posesión completa de la riqueza y que han alcanzado el vigor político y económico de la nacionalidad, hoy sienten la aspiración de la belleza y pugnan por ser un pueblo de artistas.

En la Argentina se observa, por de pronto, como hemos señalado en otro capítulo, un gran amor á la apariencia, cierto culto á la forma externa, que es un comienzo de arte.

Ciertos millonarios devenidos que han viajado mucho por Europa, comienzan á adornar sus viviendas con obras de arte, más por moda y vanidad que por genuino amor á las creaciones

artísticas. Guerrico, un potentado argentino que pasó en París la mayor parte de su vida, formó una galería notable, que puede visitarse en su casa de Buenos Aires, en la cual se ofrecen algunos lienzos auténticos de las escuelas más famosas y algunos primeros premios de los Salones de París.

El Doctor José Prudencio Guerrico fué Secretario de Legación en París y allí fijó su residencia, formando su notable colección. Sufrió durante veinte años una parálisis y se hacía transportar todos los días al Salón, donde había reunido las obras maestras de que era dueño, para distraerse de sus sufrimientos. Hoy poseen la colección sus herederos, siendo de lamentar que no la hubiese donado á su país para iniciar el Museo de Bellas Artes. Los millonarios, en esos países jóvenes, vienen obligados, si cabe, á ser más generosos que en los viejos pueblos de Europa, en razón de que allí las rápidas fortunas son obra principal del esfuerzo colectivo que aumenta el valor de todas las cosas sin el menor trabajo de su dueño.

Vimos en dicha colección, de los antiguos pintores españoles, á Zurbarán, con un fraile arrodillado; á Pérez Villamil, poco conocido en España, con una bella colección de interiores y paisajes que acusan la influencia de Poussin y Claudio de Lorrena, y, por último, á Esquivel, con un retrato admirable de Belgrano. Entre los modernos, destacan dos cuadritos de For-

tuny, « La Mariposa » y una mujer desnuda, dedicado á Goupil; un retrato del general Castaños, obra de Francisco Domingo; un rabino, de Emilio Sala; « Los diletantis », lienzo encantador de Román Ribera; una parisién, de Raimundo de Madrazo; una calle de Fuenterrabía, de Daniel Hernández; una marina, de Galofre; escenas de Boulevard, de Miralles; un baturro, de Barbudo; « El viático en un día de Carnaval », de Villegas, y la notable terracotta « Fígaro », de Vallmitjana.

De las escuelas extranjeras, figuran Teniers, con una familia holandesa; Tiépolo, con dos bocetos para plafones de asunto bíblico, y, entre los modernos, una testa de vieja, de Ribot; una mujer con pañuelo encarnado, de Hermer; un paisaje con figuras, de Lhermitte; el grandioso cuadro de Lefebre « Diana », que obtuvo el diploma de honor el año 88; la « Primavera », de Gabriel Ferrier, premiado con medalla de oro en la Exposición Universal de 1889; un delicioso busto de andaluza, dedicado á Mme. Guerrico, pintado por Lefevre; un paisaje de Normandía, firmado por Corot; un cartón dedicado al Príncipe de Moskowa, retrato del general Rey, obra de Meissonier; un pífano, de Luis Leloir; un bebedor flamenco, de Roybet; dibujos al lápiz, de Rosa Bonheur; el « Rapto », cuadro muy reproducido, de Delort; una exquisita figura de mujer sobre fondo dorado de Chaplin; un niño con un gallo, de Luis Deschamps; naturaleza muerta, de

Johannes Fyt; una marina, del inglés Foucking, y, por último, una cabeza de Diana, en bronce, de Falguières.

Nos hablaron de alguna otra colección particular, de mucho no tan rica é interesante como la de Guerrico.

De todas maneras, en Buenos Aires es más frecuente gastar siete mil pesos en un carnero reproductor que en un buen cuadro. Y se comprende que así sea: aquél ayuda al desarrollo de la riqueza y es un manantial de vida; el lienzo parece como riqueza muerta y materia estéril. Esto decía yo á un artista español que se lamentaba de esta prodigalidad para la compra de animales y de la avaricia para la adquisición de obras de arte. « Deja, añadía yo, que estas ovejas se multipliquen; ya verás como su lana será la fomentadora de la opulencia y con ella de las obras artísticas. Los pueblos comerciantes, cuando llegan á ser ricos acaban por ser pueblos de artistas: la pobreza y la escasez suelen estar mal avenidas con la estética ».

Refiriéndome á las estadísticas de importación, las pinturas artísticas introducidas en 1902 fueron 36, con un valor de 1,361 pesos, siendo el total del quinquenio de 326, con un valor de 19,381 pesos. No es mucho, que digamos. En objetos de mayólica, terracotta, biscuit, etc., se han importado en un quinquenio 560 objetos, con un valor de 12,459 pesos.

Las pinturas pagan el 35'60 por 100 de su valor, resultando el valor promedio de los cuadros que se importaron de 60 pesos.

Si nos fijamos en los reproductores, veremos que los animales importados en un año representan 500,000 pesos de valor. Al fin y al cabo, no deja de ser un arte el de la zootecnia ó escultura de carne, que enlaza la belleza con la utilidad.

José Artal, catalán, actualmente Director gerente del Banco del Río de la Plata, ha trabajado mucho para introducir aquí las obras de los artistas españoles. A sus esfuerzos se debe que cuelguen de las paredes del Club Español cuadros de Urgell, Vayreda, Meifrén, y en el Museo Nacional de Bellas Artes, de que luego hablaremos, lienzos de Sorolla, Casas, Meifrén, Barbudo y José Benlliure.

La casa de Artal es un verdadero rincón de arte, donde hay obras de la mayor parte de los pintores españoles contemporáneos, avaloradas con cariñosas dedicatorias. Es meritorio lo que ha hecho Artal, gran amador del arte, pese á la resistencia del medio, siendo dignos de mención sus primorosos cuadernos de *Arte Moderno,* cuyo texto escribe con suma competencia, acompañado de reproducciones fototípicas de las obras de los artistas que forman el objeto del cuaderno, publicadas con un lujo y una perfección que bastan para acreditar la Compañía Sud Americana de Billetes de Banco, que es la que hace

el tiraje. Los cuadernos dedicados á Villegas y á Jiménez Aranda, de los cuales puede hacer gala, han causado verdadero asombro entre los literatos y artistas de nuestra tierra. Casi me atrevo á decir que nada se ha publicado en honor de aquellos dos artistas que pueda comparársele.

¡Cuán suave ráfaga de arte nos envolvió en el hogar de Artal, viendo doquiera pinceladas y nombres conocidos, sobre todo después de aquella sucesión de días consagrados á la aridez del problema comercial y á la contemplación de los productos del trabajo material! Estábamos saturados de prosa, y respirábamos en el ambiente del ideal.

Al hablar del Arte en la Argentina fuera injusto no hablar de la Sociedad Nacional Fotográfica Argentina, uno de cuyos fundadores fué el abogado español Francisco Ayerra. Los paisajes hermosos y variados de la Argentina han sido tratados por los aficionados con arte exquisito, pudiendo asegurar que las fotografías de Leonardo de Pereyra atestiguan su temperamento de artista.

Hay que ver esas fotografías, que no son la mera reproducción de la naturaleza, para convencerse de que el hombre hace hablar, cuando quiere, al paisaje, sorprendiéndolo en las horas íntimas en que se manifiesta el alma de las cosas. Viendo esas fotografías subjetivas, dije para mí: muchas veces los fotógrafos pueden enseñar á los pintores.

Hablemos algo también del Museo Nacional de Bellas Artes. El Museo ha sido instalado en un edificio particular llamado el Louvre, y cabe afirmar, que es la obra personal y perseverante de un artista, Enrique Schiaffino, italiano de nombre y argentino de naturaleza. Tiene en el Museo un solo cuadro: una cabeza de mujer que acusa pincelada vigorosa y segura, pero su obra maestra ha sido la formación de este Museo, en un país donde todavía no comprenden bien su finalidad.

Ha procurado reunir algo antiguo y moderno, realizando verdaderos milagros con los pocos recursos de que ha podido disponer.

De la escuela española recordamos « La Educación de la Virgen », de Alonso Cano; una magistral cabeza, de Menéndez Osorio; un Ecce-Homo, de Juan de Juanes, una cabeza que se atribuye á Murillo y un estupendo retrato de Goya que lleva impresa la mano del maestro; de la escuela italiana, una Cleopatra, remedo de Leonardo de Vinci; de la escuela inglesa, un anciano leyendo, de Wilkie, y un muchacho afeitándose, de Jhon Phillip.

Entre los modernos, merecen citarse una cabeza de estudio, de Puvis de Chavannes; varios paisajes, de Corot y de Stadler; unos músicos ambulantes, de Meissonier; características pinturas, de Chaplin, Gervex y Van-Beers; una mujer junto al piano, de Aublet; un hermoso pastel, de Dégás, y, por último, « La femme aux Tau-

reaux », de Adolfo Roll, de la escuela francesa contemporánea. Este último cuadro, que lució en la Exposición Universal de Barcelona, me produjo el efecto de un amigo querido á quien veía tras de larga ausencia, pudiendo asegurar que para él no han pasado los años.

De la escuela moderna italiana, vimos un cuadro de Fabretto; una mujer pensativa, de Mancini, con todo el colorido y la poesía de tan malogrado artista, y un lienzo, de Domenico Morelli.

Entre los españoles, hay una miniatura encantadora, de Villegas; una cabeza de marinero, de Sorolla, y una de las características chulas, de Casas. Para mí tuvo singular atracción, el hermoso cuadro de Meifrén « Portlligat », que vi colgado de aquellas paredes, rebosante de bella tristeza, pues con su imagen me transportó á las añoradas calas de mi tierra.

Contemplamos largo rato una colección de tablas que firma Miguel González, ejecutadas evidentemente en América durante la dominación española, que representan la Conquista de México. Chapeadas de nácar y compuestas de lacas, lo que más llama la atención en estas tablas es la influencia marcadamente oriental que ostentan.

Entre los pintores argentinos, figuran Angel del Valle, con su potrero y su cuadro « La Vuelta del Chalón », episodio de una de las muchas incursiones de los indios en la provincia

de Buenos Aires; Ernesto de la Carcova, con su lienzo « Sin pan y sin trabajo », estudio realista de un hogar obrero, influído visiblemente por la escuela italiana; Sivori, con un excelente auto retrato, y un estudio de la Pampa en Olavarría; A. Malhairo, que muestra el influjo de Pissarro y de Monet; Mendilaharzu, con su « Vuelta al Hogar »; Ripamonte, autor de una hermosa testa de muchacha; Javier Maggiolo, con su « Modelo », buen estudio de desnudo; Augusto Ballerini, con el panorama de la Sierra del Tandil; Alfredo Paris, con sus cuadros « A través de la Pampa » y « El General Roca al llegar á Río Negro »; una manada de toros, de Julia Bernike, y, por último, una pintura muy notable de Rodríguez Etchart, que hace lamentar de veras su prematura muerte.

Sin que haya una obra maestra, y aun cuando se notan las divagaciones que produce el influjo contrapuesto de las varias tendencias modernas, en medio de lo exótico, se perciben los balbuceos de un arte propio que pugna por manifestarse, atraído por el misterio recóndito de la Pampa, que está esperando al gran artista revelador de la inagotable tristeza de su monotonía infinita. Las reses y los rebaños que animan en todas las comarcas el paisaje argentino, han logrado fijar también las miradas de los artistas que han razado los primeros borrones de esa pintura que enaltecerán un día los émulos argentinos de Landseer y de Rosa Bonheur.

En todos estos tanteos y vaguedades, palpitan los presagios y presentimiento del arte futuro, que mantendrá estrecho maridaje con el medio ambiente, despertando en el pueblo el amor á la belleza, que hoy apenas constituye un sentimiento, acercándose más al instinto.

Capítulo XXIV

De Buenos Aires á Bahía Blanca. — La Pampa central. La sierra de Curramalán. — Impresión de las montañas para un bonaerense. — Coronel Suárez. — Sociedad colonizadora Curramalán. — Primera impresión de Bahía Blanca. — Su estructura hace presagiar su gran crecimiento. — Lo que era hace cincuenta años. Su admirable posición geográfica — La Pampa central y la Patagonia tienen en su puerto la salida. — La línea trasandina desde Bahía Blanca. — Augurios de su grandioso porvenir. — Líneas férreas. — Bancos. Intermediarios de un tránsito abundante. — Ventajas de su latitud. — Bahía Blanca llamada á ser la capital de la provincia de Buenos Aires. — Militares y comerciantes.

Por la noche hemos salido de Buenos Aires para Bahía Blanca. Nos acompaña el Director de Comercio del Ministerio de Agricultura, Federico C. Cibils, con su hijo Raúl.

Al despertar he abierto la ventana y desde mi lecho he podido contemplar de nuevo la llanura sin límites. El cielo plomizo y lluvioso contrastaba con la verde planicie, en la cual brillaban grandes charcos.

Este suelo, dominado ahora por el trabajo de los colonos, fué hace quince años la temible Pampa de las leyendas. La frontera de la civiliza-

ción estaba en el Azul, que hemos dejado ya atrás.

En 1879, emprendió el General Roca, á la sazón Ministro de la Guerra, bajo la Presidencia de Avellaneda, la campaña destinada á finir el imperio del indio en una extensión de 400,000 kilómetros cuadrados, limítrofes de las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, San Luis y Mendoza. Los que habían sido por largo siglos dueños de aquella pradera inagotable, fueron arrojados sin piedad de su suelo nativo para dar paso á los emigrantes de la vieja Europa, descendientes de razas irruptoras que en otras épocas se posesionaron ya de tierras ajenas que hoy no bastan para su sostenimiento.

Hemos visto discurrir vastas extensiones de pasto tierno, en terrenos que han sido removidos ya por el arado, y luego espacios inmensos de yerbas duras, restos de la pradera primitiva, donde las gramíneas salvajes amarillean entre la verdor apagada de la exuberante vegetación indígena.

Desfila ante nuestros ojos la estancia de la colonia Krabbe, un irlandés que ha hecho prodigios en las doce leguas que le pertenecen, animando el desierto con un millón de árboles (eucaliptus, pinos, robles y acacias) que han crecido gallardos en la tierra virgen. El campo comienza á collnear; nos acercamos á Coronel Suárez, partido de campaña que cuenta cien mil hectáreas sembradas de trigo.

A lo lejos se distinguen las sierras de Curramalán (1), que significa en indio corral de piedra, produciendo en el ánimo la misma grata sensación que causa la silueta de la costa tras de largos días de contemplar únicamente la líquida superficie.

Raúl Cibils mira fascinado la lejana montaña, que atrae sus miradas con avasallador imperio, muy comprensible sabiendo que hasta ahora no había visto montaña alguna. En Buenos Aires son muchísimos, especialmente los nacidos en la ciudad, que no han podido ver nunca la forma levantada de un monte. Es necesario salvar inmensa distancia para librarse de la tiranía constante de la llanura.

Estamos navegando en un mar de trigo; cuanto abarcan los ojos en todos sentidos, es un trigal, cuyo término no se vislumbra. Cibils nos habla de un vasco y de un gallego, peones y lecheros ayer, que hoy son ricos estancieros en esta región. Volvieron á España, y, sintiendo allí el deslumbramiento de lo pasado, adquirieron los títulos, blasones y castillo de un noble arruinado, pero acostumbrados á la vida de acción y al ambiente estimulante del país adoptivo, volvieron aquí renunciando á la vanidad del nombre superpuesto para ser lo que siempre fueron, grandes trabajadores que han dado patria nueva á sus hijos, transformando su propia naturaleza.

---

(1) El verdadero nombre indio es Curramalal.

Coronel Suárez tiene aspecto de población importante, sobresaliendo la Iglesia con sus dos campanarios de cucurucho. Junto á la estación hay varias fondas italianas, españolas y alemanas, adosadas á los almacenes de campaña rebosantes de máquinas para la agricultura. En la estación vese un tren de carga, compuesto de treinta vagones que llenan exclusivamente los instrumentos agrícolas.

A poco de salir de Coronel Suárez atraviesa la línea la antigua estancia de Eduardo Casey, de 100 leguas cuadradas. Compróla al Gobierno de la provincia, y fracasó en su vasta empresa colonizadora, cediéndolo todo á la Sociedad Curramalán, que se constituyó con capitales ingleses y argentinos. Actualmente tiene dicha Sociedad entregadas al cultivo 30 leguas cuadradas, á pagar en diez años. Las 70 leguas restantes se destinan á la ganadería, sustentando 300,000 ovejas, 60,000 vacas y 20,000 yeguas.

La sierra se va aproximando y la línea penetra en el terreno quebrado. El paisaje cambia de aspecto; las praderas ondulantes ascienden suavemente hacia las montañas que limitan el horizonte con su mancha violácea; los arroyos surcan el terreno en todas direcciones, y un lejano chubasco envuelve las colinas con una gasa líquida, á cuyo través se distingue la depresión obscura de las hondonadas.

Me fijo otra vez en nuestro compañero, que no separa un momento la vista de las cimas eleva-

das, y noto la penetrante sensación que produce en su espíritu la contemplación de la sierra que viene á alterar súbitamente la imagen fatigosa de la llanura que habían soportado siempre sus ojos. Aquella elevación de la tierra, que revela de un golpe las grandes moles no imaginadas en la plana superficie, parece despertar el deseo de ascender y el ansia de ver cómo se ensancha el horizonte. Por las exclamaciones de entusiasmo y las voces de admiración que deja escapar Raúl, comprendo que su impresión es más honda tal vez que la que experimenta el montañés que contempla por primera vez la inmensidad del mar. Con toda su grandeza el mar resulta prisionero de las orillas, mientras la montaña aparece fuerte y majestuosa dominando la llanura.

La estación de Dufaur, que es la que sigue á la de Coronel Suárez, corresponde todavía á la región de Curramalán. Los terrenos que la circundan fueron comprados por el millonario Tornquist, y hoy los está vendiendo á los colonos españoles, italianos y franceses á un promedio de 62 pesos la hectárea. Dufaur, que ha dado nombre á la estación, era un francés, hijo de un zapatero de la calle de Rivadavia, que colonizó una parte de este territorio, haciéndose muy rico. Se calcula que en Dufaur hay cincuenta leguas sembradas de trigo.

A las dos de la tarde llegamos á Bahía Blanca, habiendo tenido el gusto de saludar en la penúltima estación (La Vitícola) á los comisionados

de la Colonia Española, que habían salido á recibirnos. Presidía la comisión D. Tomás Gutiérrez, nuestro compañero de travesía de Europa á América, cuya mano estrechamos con viveza, como si se tratase de un viejo amigo no visto en mucho tiempo.

Bahía Blanca, con sus calles espaciosas, sus grandes plazas y los edificios públicos que tiene en construcción, deja entrever el grandioso porvenir que le aguarda. Ocupa una situación estratégica comercial de primer orden. Los ingleses, que ven venir las cosas de lejos, la han ceñido de líneas férreas.

Hace cincuenta años se componía de unos cuantos ranchos, viéndose á su alrededor estériles arenales. La propiedad no tenía valor por la imposibilidad de ocuparla, puesto que los indios eran los dueños del campo. En el 74, ocurrió todavía una invasión que llegó hasta Juárez, siendo incendiadas las chacras, robados los ganados y asesinados muchos colonos. En 1881 avanzaron los indios aún hasta la Sierra de la Ventana.

La primera expedición del General Roca (1879) inicia la prosperidad de Bahía Blanca, y la que se verificó después, á las órdenes del General Villegas, que terminó con la prisión de los caciques Uircaleo, Sayneque, Cayucurá, Namuncurá y Juan *Catalán,* completó los buenos resultados de la primera. Las tropas penetraron hasta la cordillera, y los indios quedaron reducidos, ce-

sando las invasiones, y haciéndose posible la estancia en la Pampa con escaso peligro, quedando tan sólo los desertores del ejército mezclados con algunos indios, convertidos en cuatreros, ejerciendo el bandidaje que sigue á la terminación de todas las campañas militares.

Viendo la pobreza del terreno que ocupa Bahía Blanca, salpicado todavía de marismas, falto de agua potable, se comprende la influencia de la posición geográfica en el porvenir de los pueblos. Pese á la esterilidad de su campo, Bahía Blanca á mediados de este siglo será una de las primeras ciudades del Sud América, y uno de los más activos puertos comerciales del mundo.

El Sud de la provincia de Buenos Aires, que asombra con su producción susceptible de grandísimo desarrollo; la Pampa Central, que empieza á mostrar su latente fertilidad á medida que los emigrantes la fecundan con su trabajo; la Pàtagonia, que centuplicará la riqueza ganadera argentina; espacios inmensos, preparados para recibir una gran población, todos tienen su natural salida por el puerto de Bahía Blanca, situado excepcionalmente en el camino de la ruta comercial que enlaza los pueblos sudamericanos del Pacífico con el Africa Meridional, con Europa y con la costa occidental de la América del Norte.

El ferrocarril del Sud se apercibe para trepar á los Andes, para lo cual hace tiempo que su personal técnico realiza estudios y trabajos prepa-

ratorios. El ferrocarril hasta el Neuquen es ya un hecho, y quizás no tardaremos en ver esta línea convertida en línea trasandina. La menor distancia que separa ambas costas y la resistencia menor que ofrecen los Andes á esa latitud tal vez sean causa de que se verifique antes la unión ferroviaria chilena argentina por la Pampa y el Neuquen, que por la región de Cuyo. El día en que Concepción y Bahía Blanca estén unidas por los rieles, será llegado tal vez el momento que algunos prevén de proclamar á Bahía Blanca capital de un nuevo Estado Argentino. El tráfico enorme del Pacífico al Atlántico circularía caudaloso por esa vía, en la cual tendrían los chilenos el camino más breve para llegar á su casa desde Europa.

La grandiosidad venidera de Bahía Blanca se adivina en diversos síntomas. Las líneas de vapores más importantes del mundo hacen escala en su puerto, años atrás desierto; cuatro líneas férreas en poco tiempo han venido á afluir á su recinto; los Bancos más importantes de Europa y América establecen allí sus sucursales; su Mercado Central de frutos, en comunicación con todas las líneas, condensa y pone en circulación los de la agricultura y de la ganadería, al par que aumentan todos los días los galpones de los consignatarios y las barracas de los comerciantes, ayudando á la distribución y transporte de la creciente riqueza que encuentra en Bahía Blanca su natural desagüe. En el

mercado de frutos Victoria, que pertenece á la Compañía Ferrocarril Bahía Blanca Noroeste, en virtud de una concesión municipal con carácter exclusivo que tiene por término 20 años, se reciben anualmente 15 millones de kilos de lana, y una cantidad equivalente entra en los galpones y barracas. La grandiosa bahía solitaria, en poco tiempo, ha visto surgir en su seno tres puertos, uno militar y dos comerciales, en los que ondean las banderas de las grandes naciones mercantiles del mundo.

Esta pequeña ciudad, sin riqueza propia, que con sus agregados cuenta una población de 15,000 habitantes, posee en cambio el utillaje y los organismos intermediarios poderosos de una gran metrópoli comercial. Es como un niño que deja ver ya la osamenta y los músculos incipientes del coloso.

Todo allí se dispone rápidamente, con la preparación forzada por la marcha de las cosas, á asegurar el tránsito de una abundosa corriente comercial.

En la actividad de sus moradores, comerciantes por temperamento, que parece que han acudido al lugar por inclinación natural; en la energía y en el empuje que allí se acumula, proveniente del trabajo incesante que desde lejos envía sus productos, mientras el consumo universal transmite á todas horas la expresión de sus apetencias y necesidades; en ese movimiento febril de trenes y vapores que acuden á la ciudad y al

puerto, late ya la vida enorme, el flujo y reflujo en que se manifiesta el funcionamiento de los grandes centros mercantiles y productores.

En el curso de la civilización se observa que la germinación y el florecimiento de la cultura se han realizado hasta ahora en la zona templada boreal. El hemisferio Sud, hasta la época moderna apenas figura en la historia del mundo: Australia, la Colonia del Cabo y las Repúblicas del Plata y de Chile parecen las llamadas á ilustrar con sus progresos los anales del hemisferio Austral, que puede decirse, que comienza ahora su existencia universal.

Se ha dicho que la civilización marcha de Este á Oeste, y, en rigor su trayectoria ha seguido en el hemisferio septentrional la dirección de Sudeste á Noroeste, como puede verse trazando una línea desde el antiguo mundo asiático á Grecia, Roma, Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos. Hay como un impulso de los trópicos y una atracción del Polo. Decimos esto, porque si en el hemisferio austral se reproduce la misma marcha misteriosa, la Argentina se encuentra entre los paralelos que corresponden á los que podemos llamar privilegiados del hemisferio Norte.

El paralelo de Bahía Blanca equivale al de New York en el hemisferio austral; se diría que con la proximidad del frío se estimula la actividad y se cimenta la reflexión. Por esto me atrevo á vaticinar que el mayor desenvolvimien-

to de la Argentina será hacia el Sud, que es donde pueden vivir y prosperar mejor los pueblos europeos que llevan la delantera.

Bahía Blanca, por un error lamentable, no ha sido proclamada capital de la provincia de Buenos Aires. La fundación de La Plata para este objeto no tiene explicación, habiendo sido causa de que Bahía Blanca haya retrasado su crecimiento. La Administración provincial centralizada de La Plata, casi siempre desconocedora de las necesidades y problemas que surgen en una gran ciudad que se forma rápidamente, á setecientos kilómetros de distancia, dicta disposines de carácter general para todas sus dependencias, sin cuidarse de la diversidad manifiesta de su vida, costumbres y negocios. Una ciudad artificial, completamente muerta, es la llamada á regir á la ciudad que brota expontánea, viva por excelencia.

En la recepción que organizó en obsequio nuestro la Casa Municipal, con el Intendente, Sr. Rufino Rojas; con el Presidente del Consejo Deliberante, Sr. Olaciregui y con las personalidades más distinguidas de Bahía Blanca, discurrimos acerca de estos y otros problemas, habiendo tenido ocasión de apreciar el hondo patriotismo local que inspira aquella ciudad, apenas nacida, y la extraordinaria fe en lo porvenir que alienta en dos los corazones. Estos dos sentimientos empujan resueltamente á los pueblos hacia adelante.

En esta recepción de la Intendencia tomaron señaladísima parte los militares. Resulta grandemente simpática esta comunicación íntima entre los militares y los comerciantes, tan poco frecuente en nuestro país, donde el militar mira con cierto desdén al *mercachifle*. En las fiestas del comercio, no se nos ocurre á nosotros invitar á los militares.

No en vano aquí la expedición del General Roca, fué una campaña colonizadora, yendo los comerciantes al lado de las tropas para fundar poblaciones en los países conquistados. Junto á las tiendas de los Jefes se establecían las primeras factorías, y los fortines servían para guardar los almacenes de campaña.

Es evidente que ayuda á este sentido puramente moderno del ejército, el servicio militar obligatorio, que pone á los oficiales en contacto con los comerciantes y agricultores, pudiendo así adquirir el útil convencimiento de que en el trabajo y en el intercambio radica lo porvenir de la República. Viviendo en este ambiente el ejército, comprende con razón que su cometido es sencillamente el de garantir la paz para que la actividad humana se desarrolle en un campo libre y seguro.

Capítulo XXV

Puerto Galván. — Extensión de la bahía. — Un lobo de mar madrileño. — El frigorífico Sansirena. — La evolución frigorífica y la ganadería. — Congelación y enfriamiento. — Aspecto interior de un frigorífico. Espectáculo macabre. — Porvenir de la industria frigorífica. — Puerto del ferrocarril del Sud. — Su complicado mecanismo. — Juan A. Badía. — El puerto militar. — El ingeniero Luigi. — Dique de carena. Baterías de defensa. — El hospital. — Transformación del puerto militar en puerto comercial. — El nuevo pueblo de Punta Alta. — Ocupación de terrenos ajenos. — Transformación del arenal en bosque. — Los hombres enamorados del árbol. — Vaticinios sobre el porvenir de Bahía Blanca.

A las dos de la tarde en tren especial nos hemos trasladado al Puerto Galván, propiedad de la Compañía del ferrocarril del Noroeste, á cuya estación está unido por una línea de diez kilómetros. Este puerto fué construído en virtud de una concesión que termina á los cincuenta años.

Hemos atravesado largo terraplén que salva una gran extensión que cubre el mar durante las altas mareas.

Puerto Galván está situado al fondo de la inmensa Bahía Blanca que tiene una longitud de 90 kilómetros hasta el Atlántico. Esta bahía es

el estuario de un río muy caudaloso que bajaba desde la cordillera, hoy completamente seco, del cual queda como leve muestra el cauce del río Negro, más al Sud.

Dentro de esta bahía, que será la salida obligada de la Argentina central y aún de la zona meridional en tanto no se abran y organicen las demás bahías que hay más al Sud, caben multitud de puertos, todos perfectamente defendidos por el puerto militar, emplazado á la entrada.

Nos llamó la atención la forma de construir los puertos; en ellos tienen los muelles marcado carácter provisional en tanto que todos los mecanismos de carga y descarga llegan á la mayor perfección.

Puerto Galván consiste en dos muelles de madera, en los cuales pueden atracar varios trasatlánticos á cada lado. Sobre el muelle hay un sobremuelle para salvar las mareas altas que elevan los vapores á un nivel superior al del muelle. Entonces desde el sobremuelle se carga por medio de canaletas. En un día se pueden cargar quinientas toneladas de trigo y mil fardos de lana.

Hay cuatro grúas de tonelada y media que se mueven sobre rails á lo largo de las vías por tracción eléctrica.

Los elevadores, por medio de una cinta sin fin, llevan las bolsas al sobremuelle, desde los vagones, yendo á parar luego á la bodega del vapor por medio de las canaletas.

Desde el puerto, en un vapor que puso á nuestra disposición la prefectura marítima, fuimos por la bahía al frigorífico « Sansirena », situado en el pueblo de Cuatreros, cuyo nombre indica lo que fué aquel lugar, lleno hoy de vida y tráfico, hace pocos años.

El patrón del vapor que nos conducía resultó madrileño, pese á su aspecto yankee, pariente nada menos que de Severo Catalina. Tomó parte en la revolución del 54 siendo estudiante y escapó de Madrid, refugiándose en Gibraltar, donde estudió náutica, adquiriendo el título de piloto, efectuando dos viajes á Boston, con lana, durante la guerra de secesión. Se llama ó le llaman Brihuega, y demostró no acordarse mucho del Manzanares.

El grandioso edificio y los anexos que comprende el frigorífico, hace pocos días que inauguraron sus tareas. Un año atrás, el espacio que ocupan era un vasto salitral. Una vía estrecha liga la fábrica al muelle, donde se cargan directamente los vapores para Europa y Sud Africa.

Este frigorífico es de la misma Sociedad que construyó en Buenos Aires el llamado La Negra, situado en la Boca del Riachuelo, montado para sacrificar seis ó siete mil lanares en un día.

En el de Bahía Blanca se matan diariamente 00 vacunos y 2,000 lanares, pudiendo aumentar l doble con sólo realizar algunas instalaciones

que exigirían un trabajo de dos meses, estando todo dispuesto para el ensanche de la fábrica.

La modernísima industria frigorífica se ha convertido en gran fomentadora de la ganadería.

Por su medio se ahorran muchos millones de fletes, seguros de elevada prima, forrajes, peones y gastos de carga y descarga. Se establece con una gran regularidad el transporte, y se puede almacenar el ganado, sin que las demoras en la venta ocasionen los graves perjuicios que irroga la estancia de las reses vivas en los puertos. Además se puede cotizar la carne sin temor alguno, cosa difícil tratándose de ganado en pie, que no se sabe cómo llegará al término de su viaje.

La exportación frigorífica ha dado mucho incremento á la salida de carnes. Ya en 1901 el valor de las carnes congeladas que se exportaron, superó en más de 2 millones y medio pesos oro al promedio anual de la exportación de ganado vivo.

En 1902 se exportaron 3.294,175 carneros congelados y 88,615 cuartos de ganado vacuno.

Nueva Zelandia con un stock lanar de 20 millones de ovejas, exporta anualmente, entre capones congelados y animales vivos, de 4 á 4 millones y medio de cabezas. La República Argentina, con arreglo á esta proporción, pudiera exportar todos los años 20 millones de ovejas, á medida que el frigorífico, que es la gran palanca, se vaya propagando en la Argentina. Nueva Ze-

landia tiene 25 frigoríficos, y la Argentina sólo tres, por añadidura sindicados, que han llegado á repartir dividendos del 60 por 100.

Uno de los efectos del frigorífico ha sido el de impulsar el refinamiento de la ganadería, por lo mismo que el factor peso ha adquirido en seguida más importancia que el factor número; la calidad se ha sobrepuesto á la cantidad, y por ello resulta en sumo grado preferible que los mismos pastos los consuma un ganado fino á un ganado criollo. Con el propio gasto se obtiene superior rendimiento. Un rodeo de 1,000 vacas ó un rebaño de 2,000 ovejas, de sangre pura ó muy mestizada, representan más capital y utilidad que 5,000 vacas ordinarias ó 10,000 ovejas criollas. La verdad es que lo mismo pasa con los hombres, pues se ha dicho muy bien que 5,000 suizos valen más que 10,000 irlandeses.

Según averigué, hay dos procedimientos distintos para la conservación de la carne: el de la congelación y el del enfriamiento. El de la congelación, al parecer de algunos, ofrece el inconveniente de que, al llegar á cero, se quebranta la fibrina y pierde la carne sus mejores jugos, mientras que por el enfriamiento, conservando la carne á bajas temperaturas, sin llegar á cero, se mantiene jugosa como si fuese recién sacrificada. La contra del sistema es que las carnes frías no pueden guardarse mucho tiempo, y deben transportarse teniendo colgadas las reses, lo que exige mayor espacio. Los carneros con-

gelados se amontonan como fardos en las cámaras frigoríficas de los buques: sólo así se explica que todo esté dispuesto, para cargar en un vapor que se espera, dos millones seiscientas mil libras inglesas, que equivalen á unos 45,000 carneros (1).

En los amplios apartados, junto al frigorífico, donde pacen tranquilamente, esperan los rebaños el turno para el sacrificio. Por un brete van marchando los carneros en fila, y, apenas entran en el degolladero, húndese afilado cuchillo en su nuca, y son arrojados sobre la larga plancha donde patalean convulsos á centenares. No es posible mayor rapidez para matar que la mostrada por aquella legión de hombres que no se dan punto de reposo en su sanguinaria tarea; los carneros, con la cabeza desplomada que pende de la plancha, se desangran formando rojo arroyuelo que tiene ya su cauce. Es un espectáculo horrorizante el que ofrece aquel conjunto de cuerpos agitados desesperadamente por el temblor de la agonía.

Pasan luego los preparadores con las cuchillas y cortan la piel al extremo de las patas, facilitando el desuello, que se verifica con una limpieza y celeridad portentosas. Desde este momento, una vez libre de la cabeza, patas y menudencias, casi todas las operaciones se verifi-

(1) En la balanza, sin cuero, sin cabeza y sin menudencia, pesa los capones de 56 á 59 libras inglesas (52 libras equivalen á 11 kilos).

can automáticamente, trasladándose y subiendo por impulso de las máquinas las reses sacrificadas á la cámara frigorífica. Impresión más fiera produce todavía el sacrificio de los bueyes, porque hay resistencia y lucha, que resulta inútil por la sujeción mecánica en que yace la res. En un momento queda suspendido el corpulento animal, y descuartizado, para dar paso á otro, saturándose el ambiente de vaho de sangre. A no ser por la abundancia de agua y por la pulcritud con que se procede, la permanencia en aquellos sitios fuera irresistible para el cuerpo y para el espíritu.

Poderosas máquinas son las encargadas de producir é inyectar el aire helado en las espaciosas cámaras donde las carnes se congelan, á temperaturas que exceden de 15º bajo cero.

Con las debidas precauciones entramos en el seno glacial, cuyas paredes y suelo cubre finísima capa de hielo, que en ciertos sitios forma verdaderas costras de reluciente esmalte. Al penetrar allí, me acordé sin querer del noveno círculo del Infierno del Dante.

Eran *l'ombre dolenti nella ghiaccia;* horripila pensar que pudiera quedar allí uno encerrado, donde no es posible la vida.

Los corderos están convertidos en témpanos que suenan, al golpearlos, como trozos de madera.

Desde aquel momento tienen que moverse en compañía del aire frío, que les rodea en las bo-

degas del vapor, y en las cámaras receptoras de las ciudades europeas. Es preciso evitar la transformación que se opera constantemente en la materia, paralizando su movimiento con la supresión del calor.

La industria frigorífica, que ahora comienza, es compleja en extremo y está llamada á revolucionar el mundo, por hacer posible el transporte, á distancia, de las cosas muertas.

Al lado del frigorífico han nacido ya muchas industrias, que tienen por primera materia los desperdicios y los residuos de la ganadería, y allí se elaboran las riquísimas conservas de las lenguas y entrañas de las reses, la margarina, la albúmina obtenida de la sangre, siendo de suponer que los lavaderos de lana y la curtiduría, con sus derivados, tendrán pronto su asiento al lado de todos los frigoríficos.

Ya, junto con las carnes congeladas, se guardan en las cámaras y se embarcan en los vapores las piezas de caza, los pescados y las frutas. Se exportan á Inglaterra muchos duraznos de la Argentina, y se han remitido con éxito espárragos, pepinos, tomates, fresones y cerezas, lo cual hace presumir que con el contraste de las estaciones, andando el tiempo, podremos trocar los frutos, haciendo desaparecer la sazón, porque en todo tiempo podremos comer, á nuestro antojo, los productos de los más apartados meses.

Al dejar la cámara frigorífica hemos sentido las caricias de un calorcillo agradable que se ha

sumado, cuando hemos salido al campo, al aire puro, impregnado del aroma de los pastos tiernos, que ha substituído al olor acre y penetrante del degolladero.

Desde el frigorífico fuimos en el vaporcito al puerto comercial, propio del ferrocarril del Sud, emplazado en el centro de la gran Bahía. Conserva el nombre del ingeniero White, que fué quien lo proyectó.

En comprobación de la rapidez con que se desenvuelve el tráfico, baste saber que, no finalizadas aún las obras del Puerto White, hubo necesidad de ampliarlas con un muelle de madera para la carga de trigo, de 250 metros de largo, que ofrece sitio para dos vapores. El muelle de acero tiene de ancho frente al mar 615 metros, y sus extremos, en forma de T, miden 250 metros.

Pueden atracar á este muelle doce vapores trasatlánticos, permitiendo un calado de 28 á 30 pies en la baja marea, al extremo del muelle, y más adentro de 24 á 25 pies. Durante la marea gana 12 pies.

El coste aproximado de este puerto ha sido de 650,000 libras esterlinas.

Funcionan en dichos muelles, cruzados de rieles, diez y seis grúas eléctricas, ocho hidráulicas y ocho de vapor. Hay además diez elevadores que pueden cargar, con nueve horas de trabajo, en un vapor, 23,000 bolsas de 65 kilos de trigo. Cuando no hay que clasificar y se

puede cargar en dos bodegas á la vez, viniendo el trigo bien, cabe vaciar en dos vapores de 35 á 40,000 bolsas, en igual espacio de tiempo.

A pesar de tantas facilidades, el comercio lamenta las deficiencias que se observan, que tienen lugar porque el movimiento ha superado en desarrollo á todas las previsiones.

Está al frente de la Superintendencia del tráfico en Bahía Blanca, del Ferrocarril Sud, don Juan A. Badía, un catalán que hace honor á su tierra. En las oficinas de este ferrocarril se ha formado, ganando sus grados á fuerza de méritos, y es de todos reconocida su competencia, que se ha revelado con firme relieve, en el manejo del complicado mecanismo del puerto, sacando de sus poderosos medios la máxima eficacia. Nos dijo, el señor Badía, que todo estaba dispuesto para cargar durante la próxima cosecha setecientos vagones de trigo diarios.

Una de las condiciones que más favorece la gestión del señor Badía es el contacto en que vive con los comerciantes, haciéndose cargo de sus quejas, y estudiando sus indicaciones prácticas. El alto comercio de Bahía Blanca le ha demostrado en varias ocasiones su estimación, justamente merecida.

Al día siguiente nos esperaba una nueva sorpresa, con la visita al puerto militar. En los muelles del ferrocarril Sud nos embarcamos en el vaporcito « República » para ir al puerto militar. Iba á bordo la banda de la escuadra, que

tocó, durante la travesía, aires nacionales argentinos.

Al desembarcar nos fué presentado el coronel D. Luis Maurette, Jefe del puerto militar y el Ingeniero Luis Luiggi, italiano, de la Escuela de Turín, autor de las obras del puerto. El Ingeniero Luiggi, alto, seco, nervioso, nos fué dando copiosas noticias de la transformación que se había operado en aquel lugar. Se dió comienzo á las obras el año 98, cuando se cernía la amenaza de la guerra con Chile y se imponía un puerto de refugio y aprovisionamiento en el Atlántico, terminándose en tres años, á pesar de su excepcional importancia.

En su dique de carena pueden entrar cómodamente los colosales trasatlánticos que salen hoy de los astilleros, habiéndose prevenido para calados y longitudes mayores aún.

Hay un ferrocarril militar de 20 kilómetros que circula, oculto entre los médanos, poniendo en comunicación el puerto con las cinco baterías rasantes de cuatro cañones de 24 centímetros Krupp, que defienden la entrada de la bahía.

Perfectamente abrigado, se levanta el Hospital, reproducción de la enfermería de Eppendorf, cerca de Hamburgo, considerado por el Dr. Kock como el más sencillo y perfecto hospital que se conoce. Naturalmente, ha sido adaptado al clima y á los materiales de construcción del país.

Según nos dijo Luiggi, los chilenos pidieron los planos, que les servirán para levantar un

hospital en Talcahuano. Todas las paredes están recubiertas de una pintura á esmalte, llamada en holandés Ripolín, que consiente el lavado con ácidos.

Las materias fecales van por cloacas á un tanque aséptico donde se liquidan y sirven para abono de un campo de alfalfa, pasto de las vacas que proporcionan luego leche á los enfermos. Este es el ideal de la higiene: que las inmundicias y resíduos de la enfermedad se conviertan en manantiales de la salud y de la vida.

Se han gastado hasta ahora en estas obras ocho millones de pesos nacionales, que llegarán á ocho y medio cuando estén terminadas las que hay en curso. Se presupusieron diez millones, existiendo el propósito de destinar lo sobrante á transformar el puerto militar en puerto comercial. Despejado el horizonte, y habiendo desaparecido el riesgo de una guerra, es de buenos gobernantes sacar provecho del enorme sacrificio que hizo la nación, aplicando á la paz lo ideado para la lucha.

El diputado nacional Ingeniero Seguí, fué quien propuso la habilitación del puerto militar para puerto comercial. Si bien se ha impugnado esta idea, considerando algunos que sería más útil ampliar los muelles existentes del ferrocarril del Sud y del NO., á donde convergen todas las líneas, que transformar en comercial el puerto militar situado fuera de la zona productora, y de las líneas de los ferrocarriles, la mejor contes-

tación la tenemos en la facilidad con que se construyó un ramal desde Bahía Blanca al puerto militar, cuyo dique por sí solo lo puede convertir en puerto de escala, el día que se aplique á la marina mercante.

No se olvide que los demás puertos pertenecen á empresas particulares, que pueden sindicarse cualquier día para imponer fletes elevados, matando la competencia, lo cual podrá salvarse con este puerto libre, que será siempre el regulador de los fletes, por lo mismo que no debe repartir dividendos.

Ayudará mucho al carácter mercantil de este puerto la población civil que en tres años se ha formado á orillas del mismo, con el nombre de Punta Alta. Luiggi, el simpático Ingeniero, con su mujer y sus niños fueron los fundadores de Punta Alta y los primeros habitantes de este desierto; allí vivieron en su casa provisional, cuando era esto un despoblado. Todo eran arenas movedizas, charcos, médanos desnudos, donde hoy existe el puerto militar y el pueblo de Punta Alta. Los trabajadores y los pequeños comerciantes acudieron así que se iniciaron las obras, y, como los terrenos no tenían valor alguno, sin oposición de nadie, ocuparon los solares que bien les parecieron para levantar sus chozas, que más adelante se trocaron en verdaderas casas. Ejercitaron el primitivo derecho de ocupación, que es el medio de adquirir el dominio de las cosas sin dueño. De esta manera se fundó

una población de 3,000 almas, cuyas casas radican en solares que no pertenecen á los propietarios de las paredes. Algo semejante ocurrió en Barcelona con el barrio denominado Pekín, improvisado por gente advenediza, á orillas del mar y en la proximidad del Besós.

Aquellos terrenos que nada valían, por el trabajo de los mismos que los ocuparon, aplicado á las construcciones del puerto militar y por la misma existencia de una población, adquirieron impensado valor. De ahí, una serie de pleitos que se están ventilando entre los antiguos dueños de aquellos terrenos y los propietarios de las casas, en los cuales la razón parece estar del lado de quienes han construído en el desierto, realizando una verdadera adjunción, en que lo principal es el trabajo, siendo la materia cosa insignificante. El antiguo propietario ha tenido sobrada compensación con el mayor valor que han adquirido los restantes terrenos que le quedan libres, gracias al esfuerzo puramente ajeno.

Más que el pueblo, y aun más que las baterías y el dique, nos produjo asombro la transformación rápida del desierto en parque, de los médanos en montículos cultivados, por la competencia fecunda sostenida entre varios hombres enamorados del árbol.

El Ingeniero Luiggi fué quien inició la cruzada contra el despoblado, encontrando dos grandes colaboradores en el coronel Maurett y en el teniente coronel jefe de artillería Ange

P. Allaria. Los árboles rodearon muy pronto la mansión del Ingeniero Director y las cercanías del puerto militar, por la competencia fructuosa de esos tres hombres que iban creándolo todo, allí donde encontraron la naturaleza intacta en su pobreza.

Muy pronto la obra individual tenía que devenir obra colectiva, por virtud del entusiasmo del teniente coronel Allaria, que propagó entre sus soldados el culto del árbol. A tal grado llevó su estímulo, que, de los ahorros que fomentaba y guardaba de sus soldados, algunos solicitaban una parte para obtener semillas y sacar á luz árboles inéditos.

En tres años, alrededor de los magníficos cuarteles, modelo de higiene, se contempla un extenso bosque, hijo del esfuerzo de los soldados que debían batirse con sus hermanos, y que mientras se preparaban para la guerra, se sintieron ya animados por el santo espíritu de la paz. Eucaliptus, pinos, tamariscos, plátanos y otras muchas clases de árboles han cubierto los médanos y sujetado las arenas, embelleciendo el paisaje y saneando la atmósfera, castigada antes por las nubes de polvo que levantaba el viento y por los miasmas de la tierra pantanosa.

Debe ser un goce comparable con el del artista el que habrán experimentado esos hombres que, poco á poco, por la labor de sus manos y de su inteligencia, han visto surgir la vida, la fuerza, la belleza y el amor en aquellos parajes abando-

nados y tristes, sin hombres y sin árboles, en los cuales no se concebía el hogar ni el cariño al suelo.

Por esto, al dejar el acorazado « Pueyredón », en el cual fuimos obsequiados con un almuerzo íntimo, durante el cual la conversación giró alrededor del comercio y de la agricultura, viendo los demás acorazados y las obras inmensas del puerto militar, hube de confesarme que la impresión más honda allí recibida no dimanaba de aquellos buques de guerra ni de aquellas obras formidables de defensa. Lo que había causado mella en mi ánimo era algo que no procedía de los astilleros lejanos, y que al fin y al cabo no implicaba cosas más ó menos hechas por los extraños, la labor grandemente personal de aquellos hombres que habían metamorfoseado los arenales infecundos, aquella colonización del desierto realizada por el propio esfuerzo de los soldados, que así saben triunfar con las armas de la paz. Con su labor admirable preparaban ya la transformación del puerto militar en puerto comercial.

Allí descubrí la clave de esa compenetración del ejército con los comerciantes y agricultores. Los soldados salen de las tiendas, de los escritorios y de las chacras, contagiando á los oficiales de sus preocupaciones, que constituyen la preocupación nacional.

En el grandioso banquete con que fuimos obsequiados en el Hotel de Londres, aquella mis-

ma noche, el coronel Allaria hizo alarde del afán por realizar la cultura que flota en aquel ambiente: « No veo diferencia, dijo, entre lo ideal y lo práctico, pues lo práctico, para los pueblos, es lo ideal ».

Llevamos todos una impresión indeleble de Bahía Blanca, convencidos de que no fallaría el vaticinio de Luiggi cuando dijo que antes de 25 años sería Bahía Blanca el primer puerto del Sud América y la segunda capital de la República. Es una ciudad que tiene plena conciencia de sus grandes destinos, y esto influye en la característica de su población, que, por ser en las avanzadas, está compuesta por los audaces, por los más activos, por los ambiciosos que llevan en sí el germen de la fuerza impulsora.

Capítulo XXVI

A través de la Pampa Central. — Villa Iris. — Bernasconi. — Los estepares. — Los bosques de caldenes. Establecimiento Ramón Blanco. — Sus cinco estancias. — Ganados, bosques y sembrados. — 200 hectáreas de frutales. — Lo que era hace 20 años. — Sequías pertinaces. — Paisajes de la Pampa. — La caza del huanaco. — El pobre huanaquillo. — Hacia el General Acha. — El Indio Trapailán. — La Quinta de Adolfo Lafeuillade. — Los vascos en la Pampa. — Toay. — De Toay á Santa Rosa. — Producción y ganadería en la Pampa Central. — El cultivo de la alfalfa. — Un antiguo soldado español y su odisea. — El Capitanejo Rojas, el último cacique indio. — El huanaquito en la ciudad.

A las seis de la mañana, por el ferrocarril del Noroeste, salimos de Bahía Blanca en dirección á la Pampa Central.

Pronto nos rodearon los estepares, y vimos pasar, desbandada por el tren, una manada de yeguas que conducían al saladero de Bahía Blanca. Según dijeron, se venden á seis y á siete pesos nacionales, aprovechándose el cuero, el sebo, las cerdas, las pezuñas y las lenguas que se ponen en conserva.

El aspecto de la Pampa, propiamente dich no es llano como generalmente se cree. Est

formada por una serie inacabable de médanos que han fijado las yerbas. El pasto duro predomina, aunque lentamente se va refinando por el pisoteo y el abono de los crecientes hatos de ganado.

Hace quince años valían esos terrenos 400 pesos nacionales la legua; hoy se venden de 40 á 50,000 pesos, según sea la distancia de la estación.

Todas las estaciones que vamos dejando al paso, primero tuvieron el nombre del kilómetro en que se enclavaron, apareciendo en seguida el colono que se sitúa al amparo de la estación como en otras eras se procuraba el del castillo ó del monasterio, dándole su nombre. Al principio los campos excelentes para la ganadería se consideran inadecuados para la agricultura; más tarde el arado demuestra la bondad de aquellos terrenos que ocultaban la riqueza bajo su mísera vegetación espontánea. El convoy de la faena chacarera planta sus tiendas á ambos flancos de la línea, y poco á poco la estancia pecuaria que ha transformado el suelo se subdivide en chacras que representan la evolución agrícola.

Se detiene el tren en Villa Iris, centro urbano de una gran extensión, colonizada por Stroeder. Esta Sociedad compra amplios territorios, y después de haberlos preparado convenientemente los subdivide para venderlos á plazos, de seis á diez años, con hipoteca sobre la finca y 8 por 100 de intereses anuales. En esta forma ha creado

diez ó doce colonias en la Argentina. Aquí vende ya á dos ó tres pesos la hectárea.

El pueblo cuenta tres años, encierra doscientos cincuenta habitantes, y tiene seis mil hectáreas sembradas de trigo y mil quinientas de lino. Los dos primeros años fueron malísimos á causa de la sequía, esterilizando el trabajo de los colonos, muchos de ellos españoles, quienes nos manifestaron que, sin la buena cosecha pendiente, hubiesen tenido que abandonar el pueblo porque no podían ya apoyarse en el crédito.

Cerca de la estación de Arauz entró á saludarnos un joven porteño, hijo de oriental é inglesa, que después de haber llevado una vida disipada en Buenos Aires, agotados sus recursos, vino el año 88 á la Pampa y fué dependiente de un boliche, hasta que consiguió establecerse por su cuenta. Sus sufrimientos y sus luchas no son para descritos, acostumbrado á la vida regalona é indolente; hoy posee 50,000 ovejas, habiendo marcado este año 13,000 corderos. Paga 25,000 pesos por 16 leguas que tiene arrendadas para sus ganados.

Atravesamos luego los vastos estepares tristes y monótonos. De vez en cuando pequeñas lagunas rompen la monotonía del paisaje. Los trigales, á trechos, se prolongan paralelamente á la vía, como verdaderos oasis, destacando con su intensa verdura en la amarillez verdosa de la planicie

Al detenernos en la estación Bernasconi sostenemos breve conversación con los españoles R. y

P. Nieves, y García y Arminio, propietarios de la importante colonia que allí tiene su asiento. Comprende 10,000 hectáreas arrendadas, de las cuales hay 2,500 sembradas de trigo. Nos envuelve aquí, como en todas partes, una ráfaga de alegre esperanza que esparce la hermosa vista de las mieses cuasi salvadas.

Al alejarnos de la estación, de nuevo entramos en la estepa. No se ven, sin embargo, como en el centro de España, enormes yermos, completamente pelados. Siempre los pastos duros y las gramíneas indígenas visten la extensión arenosa.

Comenzamos á descubrir las avanzadas de los bosques de caldenes, árbol de madera dura para leña y postes, muy parecido al algarrobo de nuestro litoral. Es el bosque natural de la Pampa, cubriendo una región considerable.

A las dos de la tarde hemos llegado á la estación de Ramón Blanco, nombre del español dueño de la famosa estancia que allí radica. Nos detenemos, invitados por el propietario, que desde Buenos Aires nos brinda cordialmente á permanecer unos días en su finca.

En la estación nos aguarda el Administrador D. Mariano Barbosa, quien se constituye desde aquel momento en nuestro acompañante.

Abarca el establecimiento, que es el mejor de la Pampa, 40 leguas, 22 de propiedad y 18 arrenladas, subdividido en cinco estancias.

Pacen en sus campos 110,000 ovejas Rambouilet, 3,000 vacas mestizas y 2,000 yeguarizos.

Existen en el establecimiento 26 leguas de bosques de caldenes y algarrobos, creciendo además el piquillín, el chañar, el moye, la jarilla y otros árboles y arbustos. Una parte ha sido ya cultivada, y se cuentan 2,000 hectáreas de alfalfa, 300 de trigo y 200 de avena.

Existen 40 puestos y llega á 100 el número de empleados, que tienen á su disposición 500 caballos para el completo servicio de las estancias. El agua se encuentra á unos seis metros, y los tres pozos semisurgentes hasta ahora abiertos, cortan la corriente á 136 metros de profundidad.

Hasta hace poco los vacunos se vendían para el saladero, produciendo actualmente novillos para la exportación. En 1903, el establecimiento ha vendido 3,000 capones al frigorífico de Bahía Blanca, y el año próximo llegarán á 10,000 carneros capados.

Se venden al año 2,000 toneladas de leña y unas 1,000 toneladas de pastos.

Cuando se pueda exportar la fruta, adquirirá indudable desarrollo su frutal, que abarca ya 200 hectáreas de duraznos. Se dice que fueron plantados por los misioneros.

El primitivo dueño de esta hacienda fué don Antonio Cambeceres que lo adquirió del Gobierno, y desde el año 88 en que pasó á ser de D. Ramón Blanco, ha venido colonizándose. Era un arenal inhabitado, que tenía por única base de explotación los pastos naturales, el alfilerillo,

la cola de zorra, la cebadilla, la gramínea blanca y el pasto colorado.

Los primeros pasos fueron difíciles y costosos: la estación más próxima era Bahía Blanca, á 40 leguas, sin caminos ni veredas. Sus primeros trabajos se realizaron por administración, estando al frente D. Ramón Alvarez, fuerte, enérgico é inteligente cual requería el caso, descendiente de españoles. Los primeros empleados fueron los indios mansos que vivían en el fortín General Acha, familiarizados con la ganadería criolla.

No existía hasta Bahía Blanca más poblado que la estancia de López Lecube, pasando cada quince días la galera que seguía á campo travieso.

El gran enemigo fué la sequía, que durante los primeros años mostró tenacidad descorazonante. Pasaban ocho meses y un año sin llover. Cualquiera diría ahora, y así lo creen los colonos, que el clima se ha modificado con la remoción del suelo y con los trabajos del hombre. Es el caso que ahora llueve á menudo, habiendo sido este año un año excepcional. La extraordinaria variedad de los pastos que han brotado comprueba la fertilidad de la tierra y la abundancia de semillas que hay depositadas en su seno. En casi toda la finca existe ya pasto refinado.

La casa en donde hemos sido alojados en forma que nadie pudiera presumir en plena Pampa, pertenece á la estancia Ucal, que, en indio, sig-

nifica junco. Ucal se llamaba una laguna próxima al establecimiento, verdadero ojo de agua, que dió nombre á la estancia.

Junto á esta laguna los indios tenían sus tolderías, conservándose restos aún de su viejo cementerio. Poblaban esta región los rangueles, tehuenches, pihuenches y pampas propiamente dichos. Sus descendientes, mestizos, son esos peones y tranqueros que se han amoldado á esta media civilización que les consiente aún la cuasi posesión de la libertad primitiva.

A treinta leguas al Oeste se levanta la sierra de Lihuel Calel, que es la región minera de la Pampa, rica en cobre y fierro.

Durante la tarde hemos recorrido los caminos que atraviesan la parte boscosa. El paisaje cambia por completo: los caldenes con sus troncos robustos y sus ramas espesas, de hojas largas y estrechas, alegran la vista, recordando la campiña de nuestra tierra. El prado se extiende entre los candeles, y los rebaños lanares huyen á la desbandada cuando se acerca el coche, trotando los caballos.

Las lagunas de los fondos serpentean como riachuelos, haciendo resaltar los montes y la pradera. ¡Qué Pampa tan distinta de la que nos habíamos figurado!

En el camino del bosque hemos visto la langosta voladora, que iba saltando delante de los caballos. Era una de esas mangas, que si no se combaten, forman luego la columna asola-

dora de los campos. El Director de Comercio, Sr. Cibils, ante la presencia del enemigo, redactó un telegrama que pasó un peón á la estación del ferrocarril, reclamando inmediatamente la presencia de una de las brigadas que tienen por misión especial destruir el temible insecto.

A la mañana siguiente fuimos á la caza del huanaco, que al alambrar la finca quedó encerrado en manadas, habiéndose multiplicado en extremo.

Los peones, en la extensión más apartada del bosque, corriendo los caballos, han arreado los huanacos hasta acorralarlos contra el alambrado. Al llegar á la tranquera, desde el coche hemos visto ya aquellos ligeros animales en grupos que, á distancia, nos contemplaban curiosos.

Cuando el coche penetró en el espacio donde se encontraban, lejos de huir, les vimos aproximarse, como si se avivase su curiosidad. Los cazadores saltaron del coche y pudieron á mansalva disparar sus mausers y vinchesters contra el hato de aquellos graciosos animales. Al oir el chasquido tétrico de las balas del mauser, han emprendido veloz carrera en todas direcciones. Han caído algunos y hemos visto varios que huían mal heridos, dando saltos de dolor, perseguidos por los peones á caballo, al galope, sin darles alcance.

Son las cabras monteses de los Andes que bajan á la llanura y llegan á adaptarse á todos los climas.

Al recorrer el campo de batalla, hemos encontrado tres cadáveres, horriblemente atravesados por los mausers, habiéndonos traído los peones un huanaco de leche que encontraron gimiendo junto al cuerpo rígido de su madre. Daba remordimientos verle, tan suave é indefenso, mirándonos con ojos asustados. Lo llevamos con nosotros, balando tristemente.

Nos salieron al paso algunos avestruces con cría, que echaron á correr vertiginosamente, amparando y empujando á la vez con sus alas á los pequeñuelos. Con su rápido zig-zag burlaban la puntería de los tiradores hasta perderse de vista.

Al día siguiente abandonamos aquella agradable residencia, llevando duradero recuerdo de tan hospitalaria estancia, despidiéndonos afectuosamente del Sr. Barbosa y de su gentil compañera.

Al partir de Ucal el tren asciende y cruza una extensa meseta, cubierta de caldenes, descendiendo luego para penetrar en una dilatada planicie que da la impresión de la Pampa que suele imaginarse la gente, sin alambrados, sin poblaciones ni casas, mostrando la tonalidad gris de los pastos pobres y primitivos. Al poco rato encontramos una faja de bosque en declive y ascendemos luego para descender nuevamente y cruzar esos valles extensos que se desarrollan al pie de los montículos prolongados y ondulantes, formados sin duda por el Pampero, que

sirven de valla á las aguas que se acumulan en las concavidades prolongadas de aquel accidentado mar de arena.

Antes de llegar á General Acha se vislumbra una gran extensión de monte bajo, limitado por líneas obscuras de álamos que crecen alrededor de una laguna, y, más allá, en el horizonte, una serie de colinas revestidas de pastos tiernos.

A las cinco nos deteníamos en la estación de General Acha, conocido antiguamente con el nombre de Queutren Huitrée. Dista 279 kilómetros de Bahía Blanca, y está situada á 218 metros sobre el nivel del mar.

General Acha fué un fortín después de la ocupación de la Pampa. A orillas de la laguna, tuvieron su toldería los indios, viéndose aún, al otro lado del médano, vestigios de un cementerio indio.

Existe todavía en Acha, y nos fué presentado, un indio llamado Trapailán, antiguo cacique, que ostenta el grado de comandante del ejército argentino. Doce individuos de su familia han muerto tuberculosos en un año, probando una vez más la fiereza del contagio cuando se ponen en contacto dos razas distintas. Al llegar los españoles á América, la viruela y otras enfermedades eruptivas se propagaron entre los indios, diezmando los poblados.

Se resiste á hablar español por más que lo comprende bien, y se vale siempre de un intérprete. Esta es su única protesta contra el presente estado de cosas.

La población actual de General Acha suma 2,500 habitantes, abarcando su departamento 10,000 hectáreas. El Gobierno vendió estos terrenos el año 80, á raíz de la conquista, á 400 pesos la legua, y hoy se venden los campos próximos al pueblo á 32,000 pesos la legua.

El 80 por 100 de la población de General Acha y en general de la Pampa Central, es española, y, por añadidura, vasca.

Hemos visitado el almacén de los Sres. Pérez hermanos y C.a, bebiendo una copa de sidra, que es allí bebida corriente, como lo es en calidad de prenda la boina, y el frontón como sitio de recreo en los pueblos.

En compañía del Sr. Pérez y de otros compatriotas hemos recorrido la espléndida quinta de Adolfo Lafeuillade, que ha hecho prodigios de horticultura en sus 32 hectáreas. Comprendo que se entusiasmen viendo aquella frondosidad y aquel regalo, quienes recuerdan que no ha mucho era tan incomparable huerta un mísero yermo sin asomo de árbol ni esperanza de fruta. Para empezar, comenzó el Sr. Lafeuillade plantando las líneas de álamos que debían ser el amparo de la huerta. Al resguardo de tan elevada muralla que formaron los árboles, plantó perales, manzanos, duraznos, ciruelos *(Reine Claude)*, nísperos, granados, parras, higueras, almendros, dando ocasión á la tierra, tenida por pobre, para asombrar á todos con su fertilidad inagotable.

A ochenta centímetros se encuentra el agua de buena calidad, y la tosca calcárea del suelo, compuesta de carbonatos, facilita la mejora del terreno arenoso, haciéndolo apto para la agricultura. No hay duda que el pasto amargo que todavía domina en muchos terrenos, será vencido primero por la labor automática de los ganados que hoy lo pisotean si no lo comen, y más tarde por el arado y las buenas semillas.

Hemos pasado la noche en nuestro coche dormitorio que dejamos en la estación, y, al despertar, nos encontramos ya en la estación de Utracán. Atraviesa la línea una ancha meseta, llena de pastos indígenas, llegando luego á un declive en el cual crecen abundantes los caldenes, hasta pasar á un valle donde brillan azogadas las lagunas salitrosas.

Puede decirse que ésta es la estructura y el aspecto de la Pampa Central; esto es, valles amplísimos que discurren entre dilatadas líneas de médanos fijados por las yerbas salvajes; bosque en las vertientes y en el fondo, terrenos que esperan el arado para responder al avance de la agricultura, en esos valles que son como cauces secos de una serie de grandísimos ríos paralelos.

Entre las estaciones de Caldén y Naicó existe una finca de un hermano del General Roca que abraza 72 leguas cuadradas de terreno, la cual explota y arrienda. Ultimamente ha vendido, á pagar en seis años, tres lotes á 26,000 pesos

la legua. En este primer año se han sembrado 20,000 hectáreas de trigo.

La mayor parte de los arrendatarios de Roca son vascos, dedicándose especialmente á la ganadería, en que son maestros.

Antes de llegar á Naicó divisamos una gran laguna, circundada de bosque, cuyas orillas ribeteaba una costra de sal, bañándose en su centro una bandada de flamencos que tomaron el vuelo al paso del tren.

Se acaba de constituir una Sociedad alemana para colonizar 600 leguas en la Sección 24 de la Pampa Central, á la que pertenecen los terrenos que discurren á nuestra vista.

A las diez de la mañana estamos en Toay, saliendo á la estación una comisión de españoles que nos invitan á visitar el pueblo.

Toay dista 615 kilómetros de Buenos Aires y está en plena Pampa. Con una superficie de 20,000 hectáreas, no pasa su población de 1,000 habitantes. Para formar idea del predominio de la población española, sólo diremos que la Sociedad Española de Socorros Mutuos registra 135 socios.

El pueblo se dedica principalmente á la ganadería, iniciándose la labor agrícola, pues cuenta ya 2,000 hectáreas de trigo, 5,000 de alfalfa y 500 de lino.

Para invernada no hay todavía pastos de engorde en los campos, siendo, por lo tanto, el ganado lanar el que predomina.

Nos fué presentado y saludamos al escocés Mr. Juan Brown, fundador del pueblo. Tomó una gran extensión para colonizar y la arrendó por partes, provocando la inmigración de trabajadores.

Hemos recorrido varios almacenes de campaña, todos pertenecientes á los españoles, adquiriendo datos muy interesantes sobre el comercio, que es aquí de importancia, puesto que se proveen en Toay los lejanos colonos del interior.

Los Sres. Martínez Gómez y C.ª me hacían notar que si bien las casas introductoras españolas conceden cinco ó seis meses de plazo, mientras los ingleses y alemanes otorgan ocho ó diez meses, en cambio luchan con la ventaja de no exigir á los compradores pagarés ó letra aceptada, á lo que, como es sabido, se resisten obstinadamente nuestros comerciantes, aun dentro de la misma Península.

El viaje de Toay á Santa Rosa de Toay, capital interina de la Pampa Central, lo hemos efectuado en coche descubierto afrontando la lluvia.

Santa Rosa, fundada por el argentino Tomás Masson, descendiente de ingleses, en 1892, cuenta en la actualidad 3,000 habitantes.

El Doctor González, Gobernador de la Pampa Central, en el lunch con que nos obsequió la municipalidad, dijo que la Pampa comprende 6,100 leguas, con 60,000 habitantes, diez ó doce millones de cabezas de ganado lanar, 250,000 bovino, no existiendo cálculo para el caballar.

Tiene en la actualidad 122 hectáreas cultivadas, entre ellas 30,000 de trigo, 17,000 de lino y 75,000 de alfalfa, sin mencionar otros cultivos, y los frutales, que han adquirido suma importancia.

El cultivo de la alfalfa acrecienta rápidamente la ganadería. En Catriló, que depende de Toay, hay campos donde se mantenían antes tan sólo 1,500 ovejas por legua, mientras hoy cada legua cuadrada sostiene 30,000 simplemente con la alfalfa. Además caben en ella 2 ó 3,000 bovinos y yeguarizos. Así se explica que un año há comprase un hijo del país, en dicho pueblo, una legua de terreno por 15,000 pesos, habiéndola vendido recientemente por 90,000, únicamente por ser terrenos excepcionales para el cultivo de la alfalfa.

Al considerar la cuantía de ese cultivo realizado por tan pocos hombres, no pude menos que reconocer nuevamente la importancia excepcional que tiene aquí la máquina, el inmigrante de hierro. La fuerza muscular, que poco significaría, cede el paso á la fuerza mecánica, erigiéndose el hombre en mero director del artefacto que hace penetrar el arado en aquella tierra fácil, que por la falta de piedras y su planicie ayuda poderosamente á la rapidez de la labor, suprimiendo obstáculos al hombre. En esta forma puede cualquiera ser agricultor, por lo mismo que se aprende fácilmente el manejo de las máquinas, mientras que en nuestro país

es un arte que requiere experiencia y larga práctica.

La gran mayoría de la población de Santa Rosa de Toay es española. Hemos entrado en los almacenes de los Sres. Torroba hermanos (de Soria) y de Felipe Yarza (de Tuy) admirando la variedad pasmosa de artículos, predominando los instrumentos de trabajo. Estos bazares surten gran parte de la Pampa, por más que existen buenas casas de comercio en plena campaña, todas ellas españolas.

La Sociedad de Socorros Mutuos Española se fundó en 1894, dos años después de haberse creado el pueblo. Tiene más de cien socios, posee edificio propio y además una quinta para romerías.

Entre los españoles que hemos conocido en Toay es notable Tadeo Gutiérrez, licenciado del ejército español, que tomó parte en la batalla de Alcolea, con Novaliches. Emigró á la Argentina después de la derrota; á su llegada fué admitido en la policía, más tarde arrendó terrenos, sufriendo dos fracasos, primero á causa de las inundaciones, y después por razón de la sequía. Desesperado, con su familia, tomó el camino que conduce á fuera (éstas son sus palabras), hacia el desierto, y se estableció en Tres Arroyos, que distaba 440 kilómetros de Buenos Aires, y era ntonces el último centro urbano de la región entral. Allí se dedicó á la ganadería, y á meida que avanzó la colonización fué hacia aden-

tro con los delanteros. Hoy tiene fincas en Toay, y allí se ha quedado, siempre en las avanzadas.

Tuvimos también ocasión de conversar en Santa Rosa de Toay con un antiguo cacique, á quien llaman el Capitanejo Rojas, el único sobreviviente de los naturales de esta región. De tez casi negra, dientes blanquísimos, será hombre de cincuenta años, mostrando en todos los rasgos su estirpe india. Habla el español con tonillo desmayado. Al preguntarle si eran diferentes los actuales tiempos, comparados con los de su juventud, se dibujó una expresión de *recansa* en su semblante y exclamó: « Ahora todo tiene patrón y en todas partes se tropieza con el alambrado, mientras que en aquellos tiempos la tierra era de todos ».

¡Qué honda emoción me causó aquel hombre solo, desheredado, sin su lengua ni su traje, allí donde los suyos vivieron siglos y fueron señores de todo!

Solamente le queda de la muerta patria el campo del antiguo cementerio indio.

A pesar de la mayor riqueza del suelo y de la creciente hermosura del paisaje, ¡cuánto debe soñar con la miseria y libertad antiguas!

Por la tarde tomamos el tren en la estación General Lagos (antes Santa Rosa de Toay) y al despertar, á la mañana siguiente, recorríamos los espléndidos campos de Luján, donde estuvo el histórico fortín de Luján, en tiempo de los

españoles. En sus riquísimas tierras, abundantes en pasto natural de excelente calidad, pacen innumerables rodeos de ganado bovino. Estos campos se venden ahora á 400,000 pesos la legua.

Nos aproximamos á Buenos Aires, después de haber recorrido 1,900 kilómetros, siempre en el mismo coche salón, para lo cual ha sido indispensable la combinación y aquiescencia de tres compañías (la del Sud, la del Noroeste y la del Oeste) que consiguió nuestro excelente compañero D. Federico Cibils.

En Bahía Blanca se agregó á la expedición el alférez de navío D. Alberto Ibarra García, á quien reconocimos por haber ido á Barcelona como guardia marina en el « Almirante Sarmiento ». Obtuvo especial permiso del comandante del « Pueyredón », de cuya dotación forma parte, para que nos acompañase. Inútil decir cuán agradable fué para todos la compañía de tan simpático agregado, cuya amistad renovamos cordialmente.

En las estaciones del tránsito nos ofrecían muestras exuberantes de espigas y alfalfas, que pregonaban la alegría del campo triunfante, adornando nuestro coche salón. El guanaquito se atrevió con la alfalfa, dando tregua á su balido plañidero, acostumbrándose á la nueva vida.

Al pobrecillo le aguarda una odisea espantosa: desde la Pampa, donde saltaba libre y gozoso, llega á la gran ciudad.

[illegible] el [illegible] permitir [illegible] co-
[illegible] circular en [illegible] au-
[illegible] para penetrar en
[illegible] y si
[illegible] a la ci-
[illegible]

Capítulo XXVII

El Campo de Mayo de Buenos Aires. — El presupuesto de Guerra comparado con el de Instrucción y Obras públicas. — Maniobras de Caballería. — La fiesta del árbol en el Ejército. — Opinión del Mayor Tassi sobre el servicio militar obligatorio. — El Conservatorio de Alberto Williams. — Su Director y Julián Aguirre. Contraste en nuestra visita. — Visión de la mujer argentina. — Entrecruzamiento de rasgos. — Predominio del alma mediterránea. — Las dos mujeres: la del colono y la del triunfador. — Misión que cumplen.

La visita al Campo de Mayo ha completado la impresión recibida en Bahía Blanca respecto al ejército argentino.

El mayor Tassi, muy amigo de España, donde ha residido largo tiempo conservando buenos amigos, por encargo del Ministro de la Guerra se convirtió en nuestro guía y acompañante.

Tomamos el tren del Pacífico y bajamos en la estación de Bellavista. Luego, en sólidos coches construídos en el Arsenal Militar, nos internamos en el Campo.

El Campo de Mayo, de reciente construcción, comprende 3,000 hectáreas. Le sirve de límite el río de las Conchas, siendo bastante acciden-

tado su terreno, lo que permite el ejercicio de las tres armas combinadas. Cuenta el Campo de Mayo tres estaciones ferroviarias (Muñoz, Bellavista, Ilurlingan), lo cual facilita mucho las maniobras.

Por de pronto se instaló en el Campo de Mayo una ladrillería militar para las construcciones, servida por soldados. Se han elaborado ya en ella cinco millones de ladrillos, que se han aplicado á las edificaciones militares, que cuestan allí seis pesos en vez de trece que llevan los ladrilleros particulares, más dos pesos de transporte.

El Campo de Mayo con todos sus edificios, se ha construído sin subvención alguna, sencillamente con los recursos del presupuesto ordinario. La salubridad y la higiene han presidido á sus construcciones, comenzando así por triunfar de un temible enemigo: la infección.

Los únicos cuarteles que hay aquí son de infantería y caballería. Los cuarteles de artillería están en Liniers.

Se ha formulado ahora un proyecto para emprender la construcción de edificios militares, cubriendo la amortización y el interés con la suma que el presupuesto ordinario asigna al capítulo de alquileres. De este modo, en 18 años todas las dependencias del Ministerio de la Guerra quedarían instaladas en casa propia, sin haber recargado para nada el presupuesto de la nación.

El presupuesto de Guerra es de quince millones de pesos, yéndose en pensiones, inválidos y retiros unos seis millones. En relación al año 1902, en que hubo la constante amenaza de la guerra con Chile, ha disminuído en tres millones.

El presupuesto de Guerra excede muy poco del capítulo de Instrucción pública, que suma 13 millones, y del de Agricultura y Obras públicas, que asciende á una cifra parecida.

Imaginad por un momento que en España la suma que destinamos á Instrucción y á Obras públicas fuese el doble de la que consagramos á Guerra (150 millones) y en seguida veríais resuelto el problema de la transformación del suelo y de la población de España.

Al presenciar las maniobras de artillería, nos hacía observar el mayor Tassi que la Argentina tiene nueve cañones por cada mil soldados, que es la proporción mayor que se conoce, siendo la ordinaria de cuatro por mil. Por otra parte, y esto habla mucho en favor de la fisiología del argentino, ha llegado á aventajar á Suiza en el tanto por ciento de individuos aptos dentro de un llamamiento.

Los cañones del ejército argentino son Krupp con cierre Melstron, que es una modificación del cierre Krupp. Los chilenos, ante la perspectiva de la guerra, para pasar la cordillera dividieron el cañón en dos piezas que se atornillan, mientras los argentinos se contentaron con partir la cureña en dos.

Las maniobras de caballería aquilataron la gran superioridad del jinete argentino, acostumbrado al caballo desde niño, que puede habérselas con los mismos cosacos, con los cuales guarda cierta afinidad el gaucho, acostumbrado también á la rasa inmensidad de la estepa.

Hablando de la admiración que nos había causado la obra colonizadora del puerto militar de Bahía Blanca, nos refirió Tassi que el ejército celebra todos los años la fiesta del árbol. Asistieron á la pasada fiesta el Presidente y el Vicepresidente de la República, plantando cada uno un árbol al lado de los que plantaron los soldados.

En el Campo de Mayo de Buenos Aires hay cuartel para 5,000 hombres. Existen además en la República otros seis campos de instrucción, correspondientes á las seis secciones restantes, alguno de los cuales lleva ventaja al de la capital.

En cada cuartel hay un pozo semisurgente que alimenta un depósito que contiene desde 25,000 á 200,000 litros de agua, perfectamente filtrada, para atender á todos los servicios, y muy particularmente á los baños de hombres y caballos.

En grandes barracones donde artificialmente se produce la lluvia, pueden bañarse á la vez doscientos soldados.

Esta excelente organización y la vista de los soldados maniobrando, que á nosotros nos causó

tan buen efecto, debe llenar de sorpresa á los que no hace muchos años conocieron un ejército sin disciplina, compuesto más bien de partidas y caudillos que de regimientos y oficiales. En pocos años, al decir de los que han sido de ello testimonio, el cambio ha sido notable como el de las gramíneas en alfalfa, como el de la hacienda criolla en ganadería de raza, como el del saladero en frigorífico. La evolución se ha producido en todos los órdenes.

Recordando lo que nos había dicho respecto á la influencia del servicio obligatorio sobre la decadencia de la inmigración, hablamos con el mayor Tassi acerca de este aspecto del problema. Según su opinión, el servicio militar obligatorio es el medio más eficaz para nacionalizar á los hijos de los extranjeros, ya que los ingleses, italianos y alemanes adquieren así el idioma nacional, que muchas veces no penetra en los núcleos aislados, que continúan siendo moléculas de la antigua nacionalidad, mientras en las clases que se dan en los cuarteles aprenden la geografía y la historia argentinas, generando su patriotismo.

Añadía, además, á favor del servicio obligatorio, que por su medio se logra un efectivo menor del que fuera preciso con el ejército voluntario, merced á las reservas.

No logró convencerme del todo, y sigo creyendo que en una nación tan necesitada de brazos, el ejército voluntario respondería mejor á

las exigencias de la colectividad, aun cuando se tenga muy en cuenta actualmente la fecha del período de incorporación á fin de que no sorprenda á los estudiantes en la mitad de sus cursos y á los colonos cuando están en plena actividad las faenas agrícolas.

Tuvimos ocasión de apreciar un nuevo aspecto de la vida argentina, en nuestra interesante visita al Conservatorio Nacional de Alberto Williams, el músico poeta, á quien habíamos aplaudido sinceramente viéndole dirigir un concierto sinfónico en el Salón de la Biblioteca Nacional, local de óptimas condiciones para estas fiestas líricas.

Williams, que ha permanecido largo tiempo en Europa estudiando, es un buen compositor y un perfecto técnico, que conoce é interpreta las obras de los grandes maestros, devoto ferviente de Wagner y discípulo de César Frank.

En el bello edificio que ocupa su Conservatorio, reciben lección más de mil alumnos, siendo el gran impulsor de la afición musical en Buenos Aires.

Es el brazo derecho de Williams, Julián Aguirre, laureado del Conservatorio de Madrid, discípulo de Arrieta, artista de temperamento y armonizador brillante de los *tristes* y demás aires argentinos.

En este Conservatorio dió lecciones Eduardo Amigó, el eximio concertista catalán de armonium, y explica en sus clases la Historia y Estética de la Música, el crítico musical de *La Nación,*

Enrique Frexas, tan conocido y estimado en Barcelona.

Tuvimos en el Conservatorio la grata sorpresa de ver preferidos los pianos de Ortiz y Cussó, de Barcelona, casa que ha instituído un premio anual para los alumnos de aquella Academia, consistente en un piano de cola.

La impresión que nos produjo el Conservatorio de Williams fué un rudo contraste de la experimentada momentos antes al recorrer un frigorífico. Después del hórrido espectáculo de la matanza incesante, tras de haber pisado lodo sangriento en aquel recinto saturado del vaho de carne muerta, viendo sangrar todavía las entrañas palpitantes, como quien se libra de una pesadilla, habíamos penetrado en un ambiente perfumado; la seda y las gracias femeninas venían á recrear nuestros ojos; las dulces armonías acariciaban nuestros oídos.

Algo presentimos, en tan vivo contraste, de la misión dulcificadora de la mujer argentina, llamada á infundir idealidad y poesía á una vida de lucha y aquejada por fuerza de positivismo.

Las alumnas, en nuestro obsequio, cantaron algunos coros de Williams y un fragmento del *Tanhauser*.

Ante aquel delicioso enjambre de niñas no pudimos menos que fijarnos en el entrecruzamiento de rasgos que elaboran lentamente la belleza característica de la nueva raza. A lo mejor sorprendíamos unos ojos negros bajo unos ca-

bellos de oro, trasunto de las Dánaes del Ticiano, en cuyo rostro se confunden las mujeres de Rubens con las vírgenes de Rafael, ó nos encantaban unos ojos azules en una tez morena, pregonando el encuentro del Norte con el Sud, manifiesto también en el conjunto de cutis suaves y transparentes, reflejo de la Sajonia, armonizados con los labios sensuales de la italiana ó de la andaluza. Veíamos en todas las fisonomías señales de una confusión de sangres y de temperamentos contrapuestos, que se iban equilibrando hermosamente, recordando aquel enlace soñado por el poeta de la palmera ardiente con el pino solitario del Septentrión.

Hay, sin embargo, un rasgo que domina, una expresión que caracteriza las facciones, que es como el resplandor del cielo latino. El Mediodía, el alma mediterránea, gran moldeadora del arte y de la belleza, ha sellado claramente el tipo de la mujer argentina. En las venas de las madres reina la gentil sangre latina.

Este predominio del tipo mediterráneo en el semblante de la mujer, pudimos aquilatarlo repetidas veces: en las regatas del Tigre, lugar pintoresco sito entre las islas verdeantes del Plata, donde vimos reunido el mundo elegante de Buenos Aires, lo propio que en algunas fiestas de Beneficencia á las que fuimos galantemente invitados, siempre que se presentaba á nuestros ojos la multitud femenina, que revela de un golpe el signo distintivo de la raza.

Contrastando las diversas impresiones recibidas en el hogar, en la fiesta, en el salón, en el campo y en la calle, he podido distinguir dos tipos de mujer completamente distintos: la mujer del luchador, la esposa del emigrante, la compañera del colono, que rige la casa en formación, generalmente en el campo, en los pequeños pueblos ó en las modestas viviendas de la ciudad, que es la mujer fuerte, concentrada en el hogar, que labra el ahorro y alienta á sus hombres. Esta mujer es la que ayuda á la natalidad, al aumento vegetativo de Buenos Aires, superior al de todas las ciudades del mundo. Es la mujer madre, nodriza de sus hijos, que espera confiada en el mañana, que embellece el hogar y anima al trabajador.

Y existe luego un conjunto brillante, una minoría de mujeres, que, por lo mismo que se ven en todas partes y llenan los paseos y animan las fiestas, parece que son el tipo indiscutible de la mujer argentina. En rigor, más que argentinas, forman parte de esa Cosmópolis que ofrece el mismo carácter en Niza que en París que en Mar del Plata. Mujeres que viajan, que en su patria sueñan con el extranjero, que lo mejor de Buenos Aires se cifra para ellas en el parecido con París, esclavas de la lejana moda, atractivas, frívolas, enamoradas de la apariencia y cultivadoras del lujo y el buen tono. No intento con esto denigrarlas, convencido como estoy de que tienen una gran misión que cum-

plir en aquella sociedad que tiene la obsesión del bienestar material, y, además, porque la Beneficencia en Buenos Aires encuentra en sus ingeniosas iniciativas y en sus lujosas fiestas el mejor sostenimiento. Han tenido el buen acierto de poner en moda la caridad.

En su árbol genealógico se encuentra siempre el inmigrante, y, á pesar de esto, se diría que es la mujer refinada de las viejas civilizaciones. Hijas del luchador, en el hogar triunfante son las encargadas de poner en circulación la riqueza, enalteciendo los gustos primitivos y exaltando el gasto individual, por las exigencias de la vida del espíritu. Allí donde los hombres no sienten la preocupación intelectual ni el anhelo artístico, absorbidos por el trabajo y el ansia de la riqueza, satisfacen esta aspiración y desparraman en el ambiente un soplo de espiritualismo y un aroma de arte con su propio lujo y afán de fiesta, que suaviza las asperezas del trato y la rudeza de la vida nativa.

Sin darse de ello cuenta, siembran el germen de la idealidad en los cerebros solicitados en demasía por la tierra y el afán de lucro, y en los corazones endurecidos por la intensidad del esfuerzo personal.

Existen, por lo tanto, dos mujeres: la que ayuda á formar la riqueza, la que fomenta la natalidad y crea ciudadanos y trabajadores, y la que pone en circulación la riqueza acumulada, la coercitiva de la población, la llamada á

impulsar la cultura por sus gustos refinados. Aquélla es la mujer europea que se ha identificado con la nueva patria, en la que arraigan sus hijos, que siente el influjo bienhechor del campo abierto para el trabajo; ésta, la mujer argentina que vuelve los ojos á Europa, influída por el esplendor y la fiebre de la ciudad, que no tiene ya espacio para los que afluyen de lejanas tierras.

Capítulo XXVIII

Ilacia Mendoza. — Panoramas del camino. — La Pampa de San Luis. — Las primeras viñas. — El cansancio de la llanura. — Aspecto risueño de Mendoza. — Avenida de Sanmartín. — Recuerdos del emancipador. Cómo preparó la invasión de Chile. — Sus dotes de gobernante. — Sanmartín y Bolivar sintetizando dos políticas. — De cómo Sanmartín facilitaba á España el reconocimiento de la Independencia. — Las viñas y el vino en Mendoza. — La crisis vinícola. — Sus causas. — Los vinos de Europa y los vinos de América. — Una visita á Guaymallen. — López Gomara. Su ensayo de socialismo municipal. — La antigua casa de López Gomara.

El día 17 de noviembre emprendemos nuestra última excursión, la soñada excursión á Mendoza y á la cordillera.

Forman parte de la expedición D. Rafael Escriña, D. Federico C. Cibils, el arquitecto catalán D. Cayetano Buigas y el famoso marinista Elíseo Meifrén.

Ha llovido bastante la pasada noche y no sufrimos la molestia del polvo finísimo que suele levantarse al paso del tren.

Vamos á cruzar toda la República de Este á Oeste, viajando cómodamente en un coche especial con ocho dormitorios, que ha puesto á

nuestra disposición el Gobierno Nacional, por intermediación del Ministro Terry.

El tren ha partido á las once de la mañana de la estación del Retiro. Antes de construirse la vía férrea, á causa del mal estado de los caminos, se invertían dos meses para ir desde Buenos Aires á Mendoza. El primer camino de hierro que acortó la distancia fué el de Rosario á Villa Mercedes, que se inauguró el año 73, yendo por el río á tomar el tren en Rosario. Entonces se abrevió la travesía, y bastaron tres días para llegar al término del viaje.

Hasta el día 15 del corriente mes de noviembre se empleaban en el trayecto 26 horas, pero en virtud del nuevo horario, los trenes rápidos que salen cuatro veces á la semana, recorren los 1,200 kilómetros que separan la capital de Mendoza en 24 horas. De esta manera, saliendo de Buenos Aires á las once de la mañana, se llega á Mendoza á la misma hora de la mañana siguiente. En el tren trasandino siguen los viajeros hasta Puente de Inca, donde se pernocta, y á las seis de la mañana del siguiente día continúan en el mismo tren hasta Cuevas, tomando allí las mulas para llegar á las diez á la cumbre y á la una al Juncal. Desde este lugar, en coches, se va al Salto del Soldado, estación inicial de la línea trasandino-chilena, llegando á Santiago á las diez de la noche. En sesenta horas se salva en esta forma la distancia que separa el Atlántico del Pacífico.

Poco después de haber salido de Buenos Aires, desde el coche hemos divisado la silueta de la gran Basílica de Luján, santuario nacional que se está construyendo con recursos particulares.

Más allá, vemos pasar los prados y los trigales, cortando el círculo del horizonte grupos de árboles que rodean las estancias. A trechos la manzanilla, blancamente florida, sugiere la imagen de un campo nevado.

A las tres y media contemplamos Chacabuco, población importante de la provincia de Buenos Aires, en el centro de una extensa comarca cultivada, poblada de chacras, con abundante arbolado, espléndidos maizales, campos de trigo y alfalfares. Los campos de Chacabuco fueron cedidos á los soldados después de la guerra del Paraguay. El aspecto de los cultivos y los árboles que sirven como de cerca á los campos, hacen patente la división de la propiedad reñida con los inmensos latifundios que hemos atravesado antes.

A las cuatro pasamos por delante de Junin, cuyos alrededores guardan semejanza con los de Chacabuco, por sus chacras limitadas y sus estancias cercadas de arbolado. El paisaje me recuerda el de la llanura ampurdanesa.

Viaja en nuestro tren una compañía japonesa que trabajaba en el Teatro Odeón de Buenos Aires, que se dirige á Chile. Unas señoras, tipo mestizo de indio y europeo, que van en nuestro tren, he creído, de momento, que for-

maban parte de la compañía japonesa. Indudablemente hay rasgos comunes entre los malayos y los primitivos pobladores de la Pampa.

A pesar de la monótona llanura, el paisaje ofrece matices diversos. A veces el tono blanquecino de la avena resalta sobre el verde subido de los lejanos trigales; vense á menudo las aguas encharcadas brillar refulgentes en medio de la pradera, al par que los troncos de los árboles apartados, quedan hundidos en el horizonte, dejando asomar tan sólo las ramas, como los cascos de los buques que navegan á distancia, que asoman únicamente las velas.

A media tarde cruzamos amplias extensiones de prado primitivo, recubiertas de matas amarillas y verdinegras. Tropas de ganado animan la llanura desierta, y de vez en cuando, un camino entre alambres, marcado por los surcos de las carretas, traza su faja negra en la planicie disfumándose en lontananza. Humaredas densas se arrastran cabe el círculo del horizonte: son los pastos secos, desdeñados por los animales, que se queman para sembrar en su lugar el maíz.

Aquí no ha llovido: un polvillo tenue, penetrante, llena la atmósfera y flota en el vagón, cubriendo de harinosa capa el suelo, las paredes y los asientos. Se respira tierra; los ojos, las manos, la lengua, los oídos, todo sufre las acometidas del tenaz enemigo que se infiltra á través de las ventanillas cerradas.

Al atardecer, cruzamos un colosal bañado ó laguna de poco fondo, formada en terrenos anegadizos por las lluvias primaverales. Se llama la Laguna Picaza, situada entre las estaciones Diego Alvear y Rufino. El sol, que se aproxima al ocaso, inflama las aguas con sus rayos rojizos. Nadan en la laguna innumerables bandadas de ánades, patos y cisnes, levantando el vuelo una legión de rosados flamencos, encogidas las largas patas.

Poco después nos internamos en la estepa indefinida, salvaje, desierta, sin árboles ni casas, cuya regularidad desesperante alteran tan sólo los ganados que pacen soñolientos, iluminados por el sol poniente, y las bandadas de caranchos que revolotean alrededor de las carroñas.

Una estación interrumpe á lo mejor aquella desolación prolongada, y junto á la vía aparecen las segadoras del último modelo.

De nuevo aparecen los terrenos pantanosos, sobresaliendo las yerbas de la líquida superficie, recordando el aspecto de nuestras marismas.

La puesta del sol ha sido un remedo de las que presenciamos en alta mar. El crepúsculo ha quedado circunscrito á un reducido espacio, brillando los resplandores anaranjados encima de una faja azul luminosa, sobre la cual se destacaban obscuros y recortados los árboles y los rebaños.

A las doce de la noche estábamos en Mercedes de San Luis, punto de partida del tren andino,

y á las cuatro de la mañana hacíamos la parada de San Luis, capital de la provincia del mismo nombre. Fué en esta ciudad donde estuvieron prisioneros Ordóñez y Primo de Rivera, generales españoles, durante la lucha por la Independencia, que vivían juntos y se entretenían en cultivar un huerto.

Al despertar se ofrece á nuestra vista la Pampa de San Luis, un conjunto de arenales, con vegetación arbustiva, achaparrada que, según Cibils, se asemeja muchísimo al territorio del Nenquen.

Eran las seis y cuarto cuando nos detuvimos en la estación de Alto Pencosa.

El terreno continúa siendo árido y sin asomo de pastos. Se llama esta región la Travesía, por ser la comarca solitaria que cruzaban antes en galera ó carro. Unicamente resisten aquí los rebaños de cabras, que se nutren de las hojas de los arbustos.

Entre los rudos matorrales se divisan las chozas y corrales de adobe, descubriendo por fin la mancha azul de una montaña que eleva el horizonte, y desaparece luego como visión fugaz.

Una línea prolongada de álamos, cerrando la planicie, anuncia la proximidad de Paz, primer pueblo de la provincia de Mendoza.

Junto á la línea férrea discurre el canal de riego derivado del río Tunuyán.

Aparecen las primeras viñas, pero volvemos en seguida al matorral ligeramente ondulado.

Son las ocho: hace ya más de veinte horas que recorremos la llanura interminable, que hace desear la vista de la cordillera. Estos enormes sedimentos, depuestos por las aguas, con un trabajo incesante de miles y miles de años, nos están anunciando sin cesar las moles colosales que, allá muy lejos, desprenden incesantemente sus moléculas para contribuir á la formación de esas llanuras incomensurables que invaden y penetran en los abismos del mar. Va creciendo el ansia de substraerse á la planicie que domina el espíritu como una obsesión y, por último, nótase como una sensación de libertamiento, cuando se empiezan á vislumbrar vagamente, al par de nubes, las nevadas cumbres de los Andes.

Después de Santa Rosa nos rodean por completo las viñas que, en esta región, proceden todavía del período colonial, y por esto se llaman criollas.

Al paso que nos aproximamos á Mendoza el paisaje se hermosea. Las viñas alternan con las huertas y prados de invernada, cercados por árboles, todo en terrenos de regadío.

Al llegar á Mendoza somos objeto de una recepción cordial y entusiasta, contestando emocionados al saludo de bienvenida que nos dirige, en nombre de la colonia española, el Doctor Gálvez.

Más de mil personas se agolpan á nuestro alrededor, y recorremos las calles en comitiva,

acompañados por la banda de música de la policía.

Mendoza, situada á una altura de 727 metros sobre el nivel del mar, tiene 34,500 habitantes, siendo la población de la provincia de 142,000. La colonia española se estima en 2,500 individuos, siendo una tercera parte catalanes y otra tercera vascos y navarros.

El aspecto de la ciudad es muy simpático con sus anchas calles y sus espaciosas plazas, entre las que descuella por su grandiosidad la de la Independencia. Aun cuando sus edificios son pequeños y construídos de adobe en su mayor número, contribuye á infundirle vida y alegre fisonomía la disposición de sus calles con frondosa arboleda, en la que dominan los caro linos, que adquieren un desarrollo extraordinario. El agua turbia, producto del deshielo de las nieves que alimenta el caudal del río Mendoza, circula junto á las aceras. Recuerda muchísimo á las poblaciones francesas de los Pirineos. El que plantó los primeros álamos en Mendoza fué un español, Miguel Cobos, habiéndose dado su nombre á una de las mejores plazas de la ciudad.

Desde sus avenidas se divisan las enhiestas montañas, estribo de los picos gigantes andinos, recreando los ojos con sus tonos azulados y las nubes recostadas en sus crestas. A la puesta, en las hondonadas, flotaba una blanquecina gasa luminosa, tejida por los rayos oblicuos del sol.

Embebido en su contemplación, siento crecer en mí el ansia inefable de escalar las alturas.

La calle de Sanmartín, con la frondosa alameda que plantó el mismo héroe de la Independencia, trae á la mente las épicas jornadas de aquella lucha. En esta ciudad todo habla del insigne caudillo, de origen español, que, después de haber combatido en la Península contra los franceses, vino á América á luchar contra sus mismos compatriotas, ó más bien, adoptando sus palabras, por la causa de la emancipación americana.

Aquí fué donde silenciosamente preparó y organizó Sanmartín el ejército que debía invadir Chile, realizando el paso memorable de los Andes, para arrabatar al dominio español Chile y el Perú.

Con temperamento de gobernante, puede decirse que aquí solamente pudo ejercitar sus dotes de político y sus cualidades de estadista. Al par que exaltaba el espíritu bélico del país, se preocupaba de la instrucción pública, introducía la vacuna contra la viruela y embellecía los paseos públicos de la ciudad, haciendo una gran plantación de árboles. Para estimular la producción agrícola, mejoraba los canales de regadío, y al propio tiempo, aprovechaba un molino para instalar una fábrica de bayetones y pañetes, con los cuales se confeccionaban los uniformes de las tropas, que las mujeres cosían gratuitamente.

Como en todos esos períodos de transformación, pródigos en contradicciones, Sanmartín por un lado introduce las prácticas religiosas como elemento de disciplina moral, y elige por patrona de su ejército á la Virgen del Carmen, así como Belgrano proclamó la Virgen de las Mercedes, y por otro se incauta del fondo de redención de cautivos de los frailes mercenarios, suspendiendo la facultad que tenían de confesar y comulgar, por haberse mostrado contrarios á la causa de América. Más tarde le vemos en el Perú, borrando de todas partes las armas de la monarquía española como símbolos de esclavitud, á un tiempo que declaraba subsistentes los títulos de Castilla con el derecho de lanzas y medias annatas. Palpita en el fondo de esta oposición de tendencias, la necesidad de acomodar lo pasado á lo presente, la conveniencia de transigir con lo creado para implantar las reformas que deciden del porvenir.

Sarmantín, en las jornadas de la emancipación, es una figura que gana en proporciones con el tiempo. Tal vez el acto más heroico y hermoso de su vida lo realizó cuando se alejó de la escena política, dejando á Bolivar dueño y árbitro del Continente americano. La famosa carta dirigida al Libertador en que manifiesta tal resolución, si bien llena de amargura, convencido de que su *presencia* es el obstáculo que impide á Bolivar venir al Perú con el ejército de su mando, expresa su convencimiento de que,

sean cualesquiera las vicisitudes de la guerra, la independencia de América es irrevocable, pero también reconoce que es un deber sagrado para los hombres á quienes están confiados los destinos de los pueblos, no prolongar esos períodos de lucha que causan su ruina y males sin cuento. Creyó sinceramente que, sumando los esfuerzos de ambos ejércitos, para lo cual estorbaba su persona, dado el espíritu dictador de Bolivar, abreviaría ese doloroso período de prueba, y se retiró noblemente.

Significaban Bolivar y Sanmartín dos políticas distintas; aquél aspiraba á formar la unidad de la América del Sud, y Sanmartín quería la independencia de las colonias, dejando á cada una que decidiera libremente acerca de su régimen. Bolivar representaba el antiguo imperialismo español, transformado en imperialismo americano, mientras Sanmartín llevaba el espíritu de autonomía arraigado en su ser, y, después de haber conseguido la independencia de Chile y del Perú, no las anexionaba á la Argentina. Uno era el unitario; otro era el federalista; de momento triunfó Bolivar; hoy parece que la victoria es de Sanmartín.

Aquellas grandes unidades que creó Bolivar por su voluntad imperiosa se disgregaron antes de su muerte, y después de haber formado los Estados Unidos de Colombia, pudo contemplar que se rompían en tres pedazos. La obra de Sanmartín todavía dura: las tres nacionalida-

des que ayudó á formar subsisten perfectamente deslindadas.

Sanmartín dió ocasión á España para terminar digna y provechosamente la inútil lucha en que se había empeñado. Desde 1811 á 1818, para sostener la guerra con sus colonias, envió la metrópoli 42,000 soldados veteranos, gastando 75 millones de pesos de sus propios recursos, mas había llegado la hora y el enorme sacrificio era estéril. Sanmartín decía al general Laserna, que tan valientemente luchó en el Perú á favor de España: « Aun cuando pueda prolongarse la contienda, el éxito no puede ser dudoso para millones de hombres dispuestos á ser independientes y que servirán mejor á la humanidad y á su país, si en vez de ventajas efímeras, pueden ofrecer *emporios de comercio,* relaciones fecundas y de concordia entre los hombres de la misma raza, que hablan la misma lengua y sienten el generoso deseo de ser libres ».

Durante la entrevista de Punchanca, que precedió al armisticio, sin resultado, de 1821, los comisionados de Sanmartín manifestaron que si estaba resuelto á conquistar con las armas ó á negociar en el silencio de ellas, la independencia de América, no estaba menos deseoso de unir esta parte del Nuevo Mundo á la antigua metrópoli, *por los lazos de la amistad y del comercio, que forman la prosperidad recíproca.*

Menos afortunados que Portugal, no hemos sabido nunca aprovechar las favorables con-

tingencias que se nos han presentado para zanjar pacíficamente esos conflictos que se presentan en todos los pueblos dominadores, que deben terminar necesariamente con el arranque violento ó con el desprendimiento natural. Nuestro destino en la Historia es el de llegar siempre al último extremo, el de no ceder á tiempo para evitar lo irreparable, sin que nos haya valido el escarmiento para reconocer libremente lo que nos toca después aceptar por fuerza.

¡Qué trágico final el de los grandes emancipadores de América! Bolivar muere en la miseria, mientras las naciones que forjó independientes sufren el despotismo irritante de los mismos libertadores; Sanmartín, ciego, muere en el ostracismo, olvidado de su patria, cuya ingratitud lamenta, deplorando su triste suerte, aunque no desespera de sus altos destinos. Más tarde se les ha hecho justicia, por la necesidad que sienten los pueblos de tener héroes y caudillos en que apoyar el sentimiento nacional. El instinto de conservación de las naciones les induce á enaltecer á sus grandes hombres, generalmente menospreciados en vida.

Hoy los restos de Sanmartín, repatriados, yacen en la catedral de Buenos Aires, en suntuoso mausoleo; su estatua adorna las plazas de Chile y de la Argentina, su retrato pende en todas las escuelas de niños, y no faltan italianos y alemanes que, al hablar de Sanmartín, lo consideren *el más ilustre de sus abuelos.*

Mendoza en todo tiempo ha debido su importancia á ser el paso obligado para Chile; en tiempo de los españoles era la clave de las comunicaciones entre el virreinato del Plata y el Pacífico. En todo tiempo ha tenido importancia comercial, especialmente por el tránsito, y ha sido base de la defensa militar. En Mendoza reside el Comandante en Jefe de la 5.ª región militar, llamada *Cuyo,* y en el caso lamentable de no haberse evitado la guerra con Chile, en esta región hubiese habido los primeros choques.

La amenaza de la guerra había contribuído á paralizar el progreso de esta región, muy castigada por la crisis vinícola, siendo como es el vino su principal producción. La vid de Canarias fué importada, á principios del siglo XVI, en el Perú, por iniciativa de Francisco de Caravantes. A mediados de dicho siglo se realizaron plantaciones en la Argentina, si bien no adquirieron importancia hasta fines del siglo XVII en los alrededores de Córdoba, y más tarde en la región andina. Sin embargo, decayó su cultivo por falta de inteligencia y por las condiciones poco favorables al comercio de la región productora.

Después del 70, por la influencia de Chile y por el aumento de la inmigración europea, el cultivo de la vid se propagó, valiéndose al principio de la variedad criolla y después de algunas especiales vides francesas. En 1893 las viñas ocupaban una extensión de 10,000 hectáreas

en toda la República; hoy abarcan 45,000 hectáreas, que producen 300 millones de kilos de uva y 1.600,000 hectólitros de vino. Se calcula que los 9,000 viticultores, con sus 1,800 bodegas, representan un capital de unos 75 millones de pesos.

Las uvas, que se pagaron un tiempo á 10 y á 11 pesos nacionales (del 85 al 95), en estos últimos años han descendido á tres, siendo el precio remunerador de 4'50 á 5 pesos los 100 kilos (unas quince pesetas de nuestra moneda).

El cultivo resulta barato relativamente, porque dos bueyes aran una hectárea y los jornales invertidos por hectárea varían de 50 á 60 pesos. La viña, bien cuidada, produce por término medio 80 hectólitros por hectárea.

Las viñas son todas de riego y producen el efecto de jardines, pues suele haber un camino en el centro, cruzado por vías paralelas, todos los cuales lucen á sus bordes altas parras que cobijan una cerca de rosales, que estaban en flor cuando nosotros visitamos las viñas.

El exceso de riego, tendiendo á conseguir más bien cantidad que calidad, es tal vez la causa de que se produzcan á veces vinos impotables.

En mi sentir, guiándome por mera intuición, dada mi incompetencia en esta materia, quizás ha sido un gran error no haber basado la viña argentina en la vid criolla, ya perfectamente aclimatada en el suelo y que produce vinos de un grado alcohólico muy elevado, de suerte que

vinificada en blanco, permite elaborar vinos imitando al Madera y al Jerez.

Si con la viña, á mi entender, se hubiese seguido el mismo procedimiento que con el ganado, esto es, partir de la variedad criolla para crear un tipo superior por medio del injerto con otras variedades perfectamente escogidas, me parece que el resultado sería mucho más halagüeño. En lugar de ello se arrancaron las viñas criollas y se propagaron variedades francesas que, sin el apoyo de la vid indígena, padecen el mal de las plantas intrusas.

Por una parte las leyes restrictivas que favorecían los vinos nacionales, por otra la facilidad del crédito, indujeron á invertir grandes capitales en obras de irrigación para plantar viñas, sobre todo en presencia de los primeros éxitos, que convirtieron en millonarios á varios cantineros. Se produjo aquí la fiebre del vino como en California la fiebre del oro, hasta que estalló la crisis, bajando á un precio en que el vino no es remunerador, á pesar de lo cual los fletes, los transportes, los impuestos provinciales y nacionales continúan gravando el producto como en los tiempos de prosperidad. La miseria se cierne sobre el país que nadaba antes en la abundancia, los Bancos que prestaron su dinero están arruinados, los grandes propietarios han tenido que ceder las fincas á los acreedores que se encuentran con una garantía sin valor.

El Gobierno Provincial y el Gobierno Nacional se han preocupado de ese estado de cosas, y han procurado el alivio de los tributos, montando una bodega modelo en Mendoza para formar prácticamente capataces de bodega, pero hay que correr mucho campo todavía para salvar la presente crisis, grandemente agravada por el descrédito en que han caído los vinos nacionales por los apresuramientos é imperfecciones de la elaboración, y más todavía por las prácticas censurables de los cortadores del litoral, que hoy se encuentran casi todos establecidos como bodegueros en las provincias andinas.

A pesar de tan graves dificultades, no hay que hacerse ilusiones respecto á la mortal competencia que harán á nuestros vinos los de producción americana. En la Argentina los vinos comunes europeos importados en cascos representaban 1.073,456 hectolitros en 1887, y fueron 309,292 en 1902. Tenemos el ejemplo de Chile, que hoy produce vinos de calidad, evidenciándose ya la tendencia á elaborar bien los caldos. Las bodegas que visitamos en Mendoza son notabilísimas, montadas con todos los adelantos modernos, produciéndose en alguna de ellas cincuenta mil hectolitros de cosecha propia. Entre las mayores bodegas figuran las de los españoles Balbino Arizu y hermanos (navarros), Escorihuela y otros.

Desde una altura hemos contemplado el Trapiche, viña de 230 hectáreas, que fué la primera

viña que se plantó en Mendoza. Abarcamos una extensión inmensa llena de viñas hasta perderse su verdor en el horizonte. Allí donde no alcanza la irrigación, allí termina la viña y comienza la Pampa. La industria vinícola mendocina debe mucho al Sr. Venegas, propietario que fué del Trapiche y Director del Banco Nacional, pues él fué quien facilitó grandemente el crédito que aprovecharon los plantadores y bodegueros.

Convertido el Trapiche en Sociedad anónima, se ha dedicado á producir vinos de marca, vendiendo más de un millón de botellas al año. Este es el camino á seguir, por medio del corte bien hecho, en lo cual pueden jugar importante papel nuestros vinos de graduación (1).

Nuestra gran defensa radica principalmente en el transporte. Según nos dijeron, se traen tres bordalesas de Europa por el flete que paga una desde Mendoza á Buenos Aires. El transporte de la región de Cuyo al litoral equivale al precio del vino en la bodega. Mientras no sea factible evitar este encarecimiento, no bastarán las demás medidas para cerrar la puerta á los vinos de Europa.

Puede juzgarse del daño espantoso que ha sufrido la comarca con la crisis vinícola, visitando una población próxima, Guaymallen, fundada por un español, López Gomara, actual redactor

(1) Para estudiar el problema vinícola en la Argentina, léase el libro *Investigación Vinícola*, que contiene el informe de Pedro N. Arata, publicado por el Ministerio de Agricultura en 1903.

de *El Diario,* que se capta las simpatías de cuantos le conocen por su talento y su bondad exquisita. Es, sin duda, el español que tiene más amigos en la Argentina. Justo S. López Gomara llegó el año 80 á la Argentina, no cumplidos los 21 años, después de haber derrochado alegremente la fortuna que le legaron sus padres. Desde Bélgica, donde realizó sus estudios, solicitó de sus tutores permiso para trasladarse á América, con el propósito de rehacer su fortuna, y, como se opusieran, vendió el reloj de oro, resto de su patrimonio, y llevó á cabo el viaje. A los dos años era ya propietario y Director de *El Correo Español,* habiendo constituído hogar, casándose con una argentina. En el año 88, en un solo mes, con las acciones de la Sociedad Muelles Catalina, ganó 800,000 pesos. Con Reus y Castells tomó parte en grandes especulaciones bursátiles, llegando á poseer sesenta casas en la Plata y doce en Buenos Aires.

Durante toda su vida ha sido Gomara un gran iniciador, pero le falta la perseverancia. Con su aire moresco y soñador, los detalles de la práctica le fatigan, y á su alrededor hay quien siempre se aprovecha de sus pensamientos. Ha sido un pródigo, en todos sentidos, de dinero y de ideas.

Fundó una colonia de pescadores en el Mar del Plata, empleando una red que arrastraban á caballo desde la orilla. Más tarde compró tres barcas, y equipadas con gente marinera de la

Boca, se hicieron á la mar, descubriendo un banco de langostinos. Los acaparadores de Montevideo le hicieron guerra, y entonces creó un establecimiento para la venta de pescado en Buenos Aires. Un día á la semana cedía el producto de la venta á la Sociedad de Damas de Beneficencia, presidida por la esposa de Pellegrini, lo cual dió fama al negocio, que al poco tiempo se aclimató.

El año 95 se dictó una Constitución en la provincia de Mendoza que concedía la autonomía más amplia á los Municipios. En estas circunstancias fué López Gomara á Guaymallen, un lugar sin población apenas, en busca de salud, quebrantado por su vida de inquietud nerviosa, y allí fundó la municipalidad de Guaymallen, de la que fué nombrado Intendente. Comenzó por expropiar un potrero destinándolo á solares, ideando luego una serie de medidas para atraer pobladores.

Encontró un colaborador práctico en Silvano Rodríguez, actualmente Jefe político de Guaymallen.

A fin de suprimir los impuestos locales, se crearon una serie de industrias municipales, entre otras la de ladrillos y tejas, que fué una novedad, la de cerámica artística y modelado, y, por último, la de tejidos y cuerdas.

Se organizaron ferias dominicales, dedicándose el producto de los remates al servicio de beneficencia.

La gente afluyó al nuevo pueblo, que en menos de tres años llegó á sumar 18,000 habitantes. Durante este período se tendieron 1,200 puentes de madera sobre los canales, se construyó la casa municipal con un magnífico salón, se creó un gimnasio popular, se instaló un sanatorio municipal y se estableció una sociedad de socorros mutuos.

El Gobernador se alarmó con el incremento que tomaba la villa, y, más que nada, por el deseo de imitación que asaltaba á las demás poblaciones. Esto fué causa de que suprimiera la autonomía administrativa, convirtiéndose el Intendente en Jefe político, nombrando para este cargo á Gomara, sin duda para probarle que tal reforma no obedecía á animadversión personal. Al mes y medio renunció Gomara al cargo, siendo nombrado para substituirle Silvano Rodríguez.

López Gomara, que había tenido la desdicha de perder á su esposa, sufrió en Guaymallen el dolor de ver morir á su hija única, de 17 años, y entonces partió de aquel lugar que nutría su tristeza, abandonando sus fincas y la colonia Segovia, que había fundado para el cultivo del cáñamo que se tejía después en los talleres municipales.

Así terminó este ensayo de socialismo municipal, llevado á cabo por el esfuerzo de un individuo, porque es cosa singular, siempre observada, que las grandes obras cooperativas y lo

que parece resultado del esfuerzo colectivo, son casi siempre obra puramente personal. Desaparecido el impulsor, cesa la apariencia de conjunto de voluntades que revisten muchas empresas.

Guaymallen no ha vuelto ya á ser lo que fué: ha disminuído su población, ha cesado su movimiento, y las viñas han caído en poder de los acreedores, que algunos años ni se toman el trabajo de vendimiarlas.

Entramos en la casa de Gomara: los techos, las paredes, el suelo, todo revelaba el mayor abandono; en el hogar yacían aún cenizas frías de otros tiempos; tan sólo la viña lozana y exuberante alegraba un poco aquel hogar en ruinas. El arisco guardián de la finca nos enseñó el cuarto donde murió la hija de López Gomara, su más amada creación, y al penetrar en su recinto, lleno de dulce melancolía, sentí el vaho estremecedor que llega á los sentidos cuando se abre una tumba.

Capítulo XXIX

Terremotos en Mendoza. — Señales del último. — Ruinas del de 1861. — Una diana alarmante. — La Casa de España. — El trasandino. — Las gargantas de Cacheuta. — Los Potrerillos. — El Valle de Uspallata. Un gran desierto de montañas. — El pilón del Tupungato. — Los Penitentes. — Puente del Inca. — Mal de las montañas. — Las Cuevas. — Paisajes de los Andes. — El Aconcagua. — El invierno en las alturas. La perforación de la cumbre. — Varios proyectos de líneas trasandinas. — Asombro que producen los antiguos viajes á través de la cordillera. — Bellezas del regreso. — Adiós á los Andes.

Al despedirnos para Mendoza, los amigos de Buenos Aires, invariablemente, en tono joco-serio, nos decían: «Guárdense ustedes de terremotos». Los volcanes inextinguidos de los Andes extienden hacia esa región los efectos de sus estremecimientos. Aquí el suelo permanece en constante estado seísmico, como si la tierra fuese coréica.

La gente está acostumbrada á la trepidación, que, desgraciadamente, adquiere en momentos determinados proporciones de terremoto. El día 12 de Agosto, tres meses antes de nuestra llegada, un violento temblor produjo la ruina de varios edificios y algunas muertes. Lo primero que

vimos al entrar en el Hotel, fueron las obras de reparación que llevaban á cabo en la agrietada fachada, que presentaba aún el hueco de un trozo de cornisa desprendido.

En 1861 ocurrió un terremoto espantoso que todavía se recuerda con pavor. Era el día de jueves santo, cuando los templos estaban llenos de fieles, y, al desplomarse las bóvedas, quedaron sepultadas miles de personas entre sus escombros. Doce mil muertos se contaron en tan triste fecha.

Pudimos contemplar todavía las enormes ruinas del templo de San Francisco y de la iglesia de Santo Domingo. Grandes bloques, formados por los muros rotos, yacen allí como losas de aquella inmensa sepultura, destacándose las parietarias en su superficie, al par de piadoso epitafio. La noche de difuntos, los deudos y allegados de los que murieron en aquel infausto día siembran de luces aquella fosa común horripilante.

Entre las ruinas de Santo Domingo sobresale un pino gigantesco, que resistió impávido el terremoto, más fuerte que las obras de los hombres, creciendo luego frondoso, verdadero árbol de la muerte.

Con estas impresiones nos acostamos, y júzguese cuál sería nuestro susto, al amanecer, sintiéndonos despertar por un ruido ensordecedor que hacía retemblar las paredes. Salté ligero de la cama, convencido de que era aquello un terremoto, pero en seguida la armonía del es-

truendo me hizo entrever la verdad. Una banda militar, en el patio del Hotel, tocaba á diana, en obsequio nuestro. El general Fotheringham, comandante en jefe de la región de Cuyo, nos había enviado á preguntar el día anterior á qué hora pensábamos levantarnos con el propósito, sin duda, de despertarnos con tan ruidosa diana. En realidad, pudimos así experimentar la impresión terrible de un terremoto, sin asomo de peligro.

Antes de partir de Mendoza, que recordaremos siempre con deleite, recorrimos el edificio llamado « Casa de España », que está construyendo la colectividad española, compuesta de 2,500 individuos. Se han presupuesto las obras en 60,000 pesos, pero llegarán á cien mil, á pesar de los donativos en especies (ladrillos, cal, arena, rails, paja, carros). Contiene un espacioso teatro de tres pisos y galería, y tiene á un lado la cancha de pelota y al otro lado un balneario y las oficinas. A la fachada corresponde el edificio social, domicilio de la Sociedad de Socorros Mutuos, compuesta de 620 miembros, que preside un catalán, D. Agustín Mercader. La colectividad española debe muchas de sus iniciativas al vicecónsul y comerciante D. Remigio Acevedo, que ejerce verdadero y merecido influjo sobre sus compatricios.

Con ser este edificio el más alto de Mendoza, no sufrió el más leve deterioro durante el último terremoto.

A las once y media de la mañana salimos en el tren trasandino, de vía estrecha, para Puente del Inca.

Al salir sigue la línea el fondo de un canal seco, formado por montecillos de cantos rodados, llenos de arbustillos y cactus en pleno florecimiento.

Después de haber cruzado el río Mendoza, atraviesa el tren una meseta cubierta de matorrales que amarillean floridos. En el fondo, tras del circo montañoso, aparecen entre las rasgadas nubes, los manchones de nieve de los altos picos.

Al entrar en las gargantas de Cacheuta, me señalan el sitio donde hasta ahora se han explotado unas minas de petróleo que parecen agotadas. En este mismo sitio — Boca del Río — se ha intentado construir una presa para 5,000 caballos, destruyendo las primeras obras una gran avenida. Hay un establecimiento termal, próximo al río, pudiendo tomarse los baños de vapor en una gruta.

Al dejar Cacheuta se ensancha el valle y se descubre plenamente el anfiteatro augusto de la cordillera. Las cimas están envueltas por cúmulos de una blancura luminosa que se confunde con la nieve que desciende en estrías hacia los valles.

Seguimos entre las grandes estribaciones, completamente desprovistas de vegetación. Fuera de la vía, no se ve durante largo trecho ni una casa ni un árbol ni señal de trabajo humano.

Llegamos luego á los Potrerillos, propiedad de D. Carlos González, donde reposa y refresca el ganado que va á Chile, en los campos de alfalfa y entre los grupos de árboles.

Al dejar Potrerillos, discurrimos junto á grandes molas rojizas, sin vegetación alguna. A medida que nos internamos, aumenta la grandiosidad de las montañas y la severidad imponente del paisaje. La vía sigue constantemente el cauce del río Mendoza, viéndose casi siempre serpentear á uno y otro lado el camino que trazaron los antiguos españoles. Las masas cambian á cada paso de color, contrastando las rocas asfálticas, negras y brillantes, con las extensas superficies ferruginosas que dejan ver los brochazos dorados del azufre y las manchas del ocre. En las altas regiones del aire nos señalan un punto negro que se mueve pausadamente: es el primer condor que se ofrece á nuestra vista en su natural elemento.

Estamos en pleno terreno eruptivo, arrastrándose la línea al pie de los inexpugnables desfiladeros cortados á pico.

Al ensancharse la garganta, surgen de nuevo las cimas gigantes con las nieves eternas.

A la derecha contemplamos una montaña rojiza, llena de hendiduras y grietas, semejante á un montón colosal de barro petrificado, deformado por huellas é impresiones de una acción violenta.

Tras de una larga extensión pedregosa, se distinguen los prados de la estancia de D. Carlos

González, y se deleitan los ojos con el soberbio panorama del valle de Uspallata. Estamos á 1,800 metros sobre el nivel del mar.

En esta región los buscadores de minas han hecho muchas calicatas sin resultado alguno. Unicamente en el Paramillo de Uspallata se explotan filones de plomo argentífero.

A la salida de Uspallata se cruza una planicie pedregullosa, salpicada de jarillas y pichanas, lecho enjuto de un gran lago andino. La naturaleza se torna salvaje y primitiva; el paisaje llega al colmo de la desnudez. En estas soledades no se concibe apenas la vida humana: ni siquiera agua se encuentra, á no ser la fangosa agua del río Mendoza. En todas partes impera una aridez y una carencia de vida orgánica que producen anonadamiento. Dondequiera se posa la vista alcanza una desolación sublime que convierte el sitio en gran desierto de montañas.

Aquí, sin embargo, están los depósitos inexhaustos que han engendrado la llanura inconmensurable y la pampa misteriosa; las masas que, en continuo y silencioso desgaste, al bajar al llano con las aguas truecan su aparente pobreza en causa de fertilidad y de abundancia.

En estos lugares pasan á menudo ocho y nueve meses sin llover, lo que atribuyo á la elevación y á la falta de arbolado. Motivos hay para suponer que nunca ha habido aquí vegetación, pues no se encuentran vestigios de lignito ni de formaciones carboníferas.

Al pasar por Río Blanco nos fijamos en los restos del antiguo campamento que se levantó al construirse la vía. Tocando la línea se divisa el cementerio de los trabajadores que murieron en la cordillera durante la epidemia colérica de 1886. A las cinco estábamos en Zanjón Amarillo, donde existe el depósito de máquinas y la Casa de los Ingenieros.

A partir de Río Colorado el tren se convierte en tren de cremallera. A uno y otro lado de la vía se distinguen colosales taludes de rocas descompuestas, mezcladas con pedregullo. Es una visión imponente qué sugiere el temor de un desprendimiento inaudito que ciegue el vacío de la lóbrega angostura.

Antes de llegar á Punta de Vacas (2,476 metros), el río se despeña impetuoso en un canal estrecho, abierto naturalmente entre las rocas.

En Vacas hay algunos pastos que se venden á los ganados, de paso para Chile. Como Potrerillos y Uspallata, resulta un verdadero oasis en medio del desierto de montañas.

Al salir de Punta de Vacas existe la confluencia del Tupungato y del Colorado, descubriéndose un momento, por el canal de montañas, el pilón soberbio del Tupungato, circundado de nubes brillantes que entre sus desgarros permiten admirar la nitidez de las blancas vestiduras del coloso.

Continúan irguiéndose á entrambos lados los altos peñascales revestidos de sus propios des-

pojos, con rozagantes vestiduras de variados colores que se arrastran hasta el valle.

De pronto se vislumbra allá á lo lejos la cumbre, el paso de Chile, rebosante de nieve, obscurecida por la sombra, al par que los montes que dejamos atrás ostentan sus cimas blandamente iluminadas por el sol poniente, mientras ciñe sus faldas la negra proyección de las lejanas masas que interceptan los rayos solares.

Estamos tocando á la nieve, sepultada por inmensurables terraplenes, que han rellenado los abismos, á cuyo través filtran las nieves derretidas que salen en turbios arroyuelos.

Próximos á Puente de Inca, á la izquierda de la vía, contemplamos la montaña llamada de los Penitentes. Los peñascales inhiestos semejan torres y campanarios, y el muro acantilado en que se apoyan, libre de la nieve que se extiende como un mar á sus pies, se levanta con la pátina dorada de las viejas catedrales. Entre la nieve amontonada á sus pies, que va á parar al fondo, en suave declive, asoman una serie de pequeños picos que tienen el aspecto de una comitiva de frailes y penitentes que se dirigen en procesión á la catedral. A los rayos del sol poniente y en medio de aquella soledad pasmosa, produce tan súbita aparición el efecto de un hermoso espejismo.

A las siete llegamos á Puente del Inca, que recibe este nombre de la maravilla natural que existe en aquel lugar: un colosal puente de pie-

dra labrado por la naturaleza, que deja libre paso á las aguas manantes de las nieves eternas. De su bóveda penden caprichosas estalactitas, y en sus estribos existe el famoso manantial de aguas gaseosas que brota de una gruta, donde algunos de nuestros compañeros tomaron un baño, en una piscina natural. Mientras dura el baño, es necesario agitar constantemente el aire para evitar la intoxicación por el ácido carbónico.

Día vendrá en que este Hotel de paso y este baño instalado en forma tan primitiva, se transformarán en establecimiento famoso y en lugar de moda para el verano austral.

Se nota el enrarecimiento del aire, acompañado de una sensación de mayor agilidad corporal, propia de la elevación de 2,780 metros á que nos encontramos. Uno de nuestros compañeros sufre la *puna* ó mal de la montaña, que viene á ser el mareo de las alturas. Nos llama la atención ver que no contesta á nuestras preguntas, y que permanece indiferente á cuanto le rodea, dormido y con los ojos abiertos. A fuerza de estimulantes y acostándole, logramos que entre en reacción, saliendo de su anestesia.

Experimento singular deleite mirando la bóveda celeste. Nunca he visto las estrellas tan cercanas ni tan brillantes. Si bien el termómetro pasa del bajo cero, el ambiente resulta agradable y la permanencia al aire libre no molesta. No se percibe el menor soplo de viento.

Ignoro si es la falta de presión lo que hace tan reparador el sueño en las elevadas montañas, especialmente cuando viene uno del mar ó de la llanura. Es el caso que he dormido opíparamente.

Por la mañana el cielo hace gala de una pureza y de una diafanidad incomparables. La cresta de los montes se ofrece al alcance de la mano, perfectamente recortada sobre el azul intenso.

A las seis de la mañana salimos para Cuevas, la última estación del ferrocarril trasandino. Este es el trayecto últimamente construído. Durante el camino siempre ascendente, en el espacio abierto por un desfiladero, surge de golpe la masa augusta y dominadora de la Aconcagua, con su envoltura de nieves sempiternas. ¡Qué grandiosa imagen! La visión espléndida del gigante andino dura un instante. Se vislumbran los abismos de los eternos heleros, que descubren desde lejos sus cortes inmensos, y el relieve de sus murallas de hielo inquebrantable.

El sol parece iluminar orgulloso aquella blancura infinita que no ha pisado la planta humana.

Nadie puede substraerse á la fascinación que ejerce la cumbre inaccesible. Un inglés, Fitz Geralt, en 1895, acompañado de un guía suizo, Zubriggen, llegó á escalar, según cuentan, la cima de la Aconcagua.

Ronkin, otro inglés, se empeñó en subir hace poco tiempo en día de temporal, desoyendo á los

guías, y tuvieron que amputarle los dedos de los pies.

Nos hablaron de un inglés, que reside en el Hotel del Puente de Inca, y que hace ya dos meses que viene preparándose para renovar la tentativa. El alma de Icaro palpita en el afán de esos grandes escaladores de montañas, á quienes embriaga la vista de las alturas inalcanzables.

A las nueve y cuarto estábamos en las Cuevas. (3.190 metros sobre el nivel del mar).

Desde la pequeña fonda, la que he visto montada á *mayor altura*, se abarca un panorama nunca soñado.

Las montañas volcánicas, negras, requemadas, sostienen en sus faldas de tierra obscura, fantásticos hatos de bloques enormes. Las salpicaduras de nieve acentúan el tono sombrío de la montaña, sembrada de escombros gigantescos, de ruinas de cumbres grandiosas desplomadas, causando el efecto de una Babel destruída, esparcidos los restos de sus muros ciclópeos.

En Cuevas cabalgamos en mulas para llegar á la cumbre. Al salir de Cuevas se domina el valle, cuenca del lago primitivo, hijo de las nieves.

Con el movimiento del sol cambian los colores de las montañas y el aspecto del paisaje. La nieve adquiere blancuras nunca pintadas, de una intensidad insuperable. Los picachos, llenos de dedadas de nieve, parecen retorcidos, revelando la violencia de la erupción lejana que

los lanzó fuera de la tierra. Los grandes aludes y ventisqueros blanquean macizos, y como cabezas de pulpo extienden sus albos tentáculos en todas direcciones.

Antes de llegar á la cima, emprendemos el regreso á las Cuevas, siguiendo con ojos envidiosos á la caravana de pasajeros que prosigue su viaje hasta Chile. ¡Lástima que la falta de tiempo nos vede doblar la cumbre y recorrer la ponderada República de Chile, cuya frontera tocamos!

A la una estaríamos en el Juncal para tomar el coche que nos conduciría á Salto del Soldado, la estación de partida del trasandino chileno. A las once de la noche nos encontraríamos ya en Santiago.

Confieso sinceramente que la pena que sentí en aquel momento al ver que debíamos quedar á la mitad del camino, se renueva cada vez que vuelve á mi recuerdo la ocasión perdida, tanto más sabiendo la cordialidad con que hubiésemos sido recibidos en aquella progresiva República.

Almorzamos con buen apetito en el Paradero de Cuevas, cuyo restaurant tiene un piamontés. Allí pasa el invierno, bajo la nieve que sepulta el pequeño poblado. Durante seis ó siete meses, aquí moran sus escasos habitantes, enterrados por la nieve, gozando del silencio infinito en noche constante, puesto que las ventanas quedan cegadas por la nieve. Tan sólo el teléfono les pone en comunicación con el mundo.

Los condores, que hemos visto volar majestuosamente siguiendo la caravana, emigran de estos lugares en el rigor invernal, cuando se hace imposible la vida para todos los seres. Durante el invierno pasan, sin embargo, los peatones que llevan el correo, para cuyo amparo existen de trecho en trecho cabañas de refugio.

En el año 1764, en tiempo de Carlos III, se estableció ya el correo para Montevideo, Buenos Aires y Chile, saliendo cada dos meses un buque del puerto de la Coruña.

Por estas soledades cruza el telégrafo que comunica á entrambos Continentes. La corriente eléctrica circula rápida bajo el manto durísimo de nieve para transmitir nuevas y comunicar los corazones y los entendimientos de hombres separados por las más grandes distancias.

En las Cuevas termina por ahora la línea trasandina de la vertiente atlántica, y hasta ahora no se notan señales de que quieran continuarse los trabajos, que, á partir de aquí, se limitarán casi á la apertura del gran túnel internacional. Se nos ha hablado de dificultades técnicas insuperables para llevar á término esta perforación, pero ante los problemas resueltos con las perforaciones alpinas, no hemos dado mucho crédito al fundamento de estos obstáculos. El túnel más largo tendrá cinco kilómetros. Lo que sin duda ha influído en la paralización de tales obras ha sido el recelo que han mantenido hasta ahora Chile y la Argentina, en perspectiva de una gue-

rra. El enlace de los trasandinos chileno y argentino suprimiría esa zona de incomunicación, que tiene ventajas estratégicas manifiestas, pues evita una invasión rápida.

El túnel entre Cuevas y el Juncal me produce el mismo efecto que el túnel del Canal de la Mancha, que pugna con obstáculos más bien de orden moral que material y económico.

Es más fácil, sin embargo, que desaparezcan aquí los temores, y que el mismo avance de uno y otro país impongan esa comunicación fecunda antes de que se abra ese túnel submarino entre Francia é Inglaterra, que en rigor convertiría á la Gran Bretaña en una Península. Síntoma de ello, una vez consolidada la paz, puede estimarse el que el Gobierno chileno haya aceptado la propuesta de la Sociedad Grace y Clark para dar término á la gran obra del Juncal, garantizando por el término de 20 años el interés del 5 por 100 á un capital de 1.350,000 libras esterlinas, que podrá elevarse eventualmente á 1.500,000. La Argentina no se da tanta prisa, por más que el aumento extraordinario de su producción le obligará á buscar la salida, por el Pacífico, de muchas regiones que tienen su natural desagüe por Chile. Por esto se agita en estos momentos la idea de varios trasandinos, entre otros, el paso de la cordillera austral por las vías de San Antonio de Atacama, Tinquiririca y Pucón, el ferrocarril proyectado por Belaustegui que enlazará Antuco con la bahía chilena de Talcahua-

no, y por último, el de Victoria al Neuquen, que apenas ofrece dificultades, el cual dará valor á ricas comarcas incomunicadas, poniendo en contacto á los audaces delanteros del Neuquen con los sufridos pionners de la Araucania.

Sin todos esos ferrocarriles no es posible que las comarcas próximas á la cordillera puedan adquirir el gran incremento que les espera en punto á población y á comercio, ni que el Sud América quede convertido en el puente de paso más formidable de la mayor corriente comercial y humana que habrá visto el mundo.

El actual trasandino mide, desde Mendoza á Puente del Inca, 158 kilómetros, pudiendo calcular hasta Cuevas en unos 170 kilómetros. Su coste hasta Punta de Vacas fué de 5 millones y medio de pesos oro, no habiendo hasta ahora repartido ningún dividendo. Es probable, sin embargo, que, cuando cumpla su grandioso objeto, completamente terminada la construcción, sea una de las empresas más fructíferas que se conozcan.

Actualmente durante el invierno el viaje se termina en Zanjón Amarillo (kilómetro 132), calculando en cinco mil el número de pasajeros que cruzan los Andes, en uno y otro sentido, por esta línea.

Es lo cierto que, cuando se considera la comodidad con que hoy se realiza el viaje, y se imaginan las molestias, peligros, privaciones y tiempo que había que arrostrar en otros tiempos, se siente honda admiración por aquellos lejanos

conquistadores y pobladores españoles que atravesaron la cordillera, así como por los caudillos de la Independencia que, al frente de ejércitos numerosos realizaron tal hazaña, que excede á las de Napoleón y Aníbal pasando los Alpes.

Se concibe entonces que Sanmartín dijera: «lo que me priva dormir es, no la oposición que pueden hacerme los enemigos, sino el atravesar estos inmensos montes». Al ponerse en movimiento el ejército, se produjeron 400 bajas, entre enfermos, desertores y estropeados por las mulas. De las 10,000 mulas que llevaba Sanmartín, sólo llegaron 4,000 á Chile, quedando los caballos completamente estropeados y sin herraduras.

Al regresar á Puente del Inca hemos admirado otra vez, raudamente, como en cinematógrafo, el Aconcagua. Con ojos ávidos hemos mirado los torreones blancos de la titánica montaña, con sus bloques desmedidos de nieve centenaria, más dura que el mármol, y llenando el horizonte, la grada majestuosa de los heleros prehumanos, como escalera gigante de los cielos.

En el valle de Uspallata detuvimos de nuevo la mirada en los grandes montículos de lava, duramente contraídos, vestigio frío de las hórridas convulsiones de este suelo, que ha dejado impreso en las peñas esa expresión de violencia y sufrimiento que conservan los cadáveres de quienes murieron entre grandes dolores. Dondequiera, se transparentan las huellas de las hondas revolu-

ciones geológicas que han transtornado el terreno. Los sedimentos aparecen invertidos y revueltos como las hojas de un libro destrozado, formando montón.

Desde allí vemos el Paramillo nevado, á cuyo pie organizó Sanmartín su ejército invasor, que dejamos á la izquierda, y en frente el teatral Cerro del Plata, que dominamos completamente al llegar á Cacheuta. A la caída de la tarde, iluminado en sus enhiestas alturas por el sol, se confunde la extensa agrupación de aquellas montañas con las nubes, y semejan sus contornos blanquecinos un conjunto de cúmulos tempestuosos.

Desde el valle es cuando se aprecia la altura prodigiosa de esos colosos, por lo raquíticas y míseras que resultan montañas que, antes de descubrir el cerro, parecían grandiosas. La alteza del segundo término reduce desmesuradamente las proporciones del primero.

Llegamos á Mendoza á las seis de la tarde, y, después de haber tomado un lunch en el salón de espera, que nos fué ofrecido por el Intendente, y de haber estrechado la mano de nuestros buenos compañeros de viaje, agradeciendo con el alma sus afectuosas atenciones, cambiamos de tren y emprendimos el viaje para Córdoba.

Al salir de Mendoza, todavía con la fiebre hermosa de las alturas, contemplamos largamente la formidable cordillera, con el presentimiento

de que la veíamos por última vez, posando nuestros ojos en las crestas heridas por el sol poniente, ribeteadas de fuego, que brotaba visualmente de la nieve, á cuyo alrededor flotaban inflamados arreboles.

Capítulo XXX

Camino de Córdoba. — Río Cuarto. — Río Tercero. — Otra vez la llanura sin término. — Río Segundo. — Llegada á Córdoba. — Aspecto español de la ciudad. Reminiscencias de la sede colonial. — Su carácter señorial y místico. — Hidalgos y doctores. — Influjo del feudalismo del Perú. — Influencia moderna del litoral. — Socialismo é individualismo. — Aires populares argentinos. — Los varios estilos criollos y su semejanza á los diversos aires españoles. — El Río Primero y el Dique de San Roque. — Grandiosidad de la obra. — Temor de su rotura. — Proceso á los constructores. — El tiempo, gran defensor del dique y sus autores. — Carácter político del proceso. — Colección de antigüedades de Jacobo Wolf. — Una tempestad imponente en la Pampa. — Visiones de la tormenta. Llegada á Buenos Aires. — La Asociación Patriótica Española.

URANTE la noche nuestro vagón ha evolucionado repetidas veces. Ibamos por la línea del G. O. Argentino y en Villa Mercedes hemos entrado en la línea del Andino hasta Villamaría, donde comienza el Gran Central Argentino que lleva á Córdoba.

Con el día se ofrece á nuestra vista la dilatada planicie, alterada por algunos cerros que surgen como islas en un mar de trigo maduro que todo lo llena con su amarillez dorada. El paisaje proclama aquí el verano.

Al llegar á Sampacho vemos en el andén algunas mujeres del país, envueltas en mantos negros que apoyan en la cabeza, como las de Tarifa y otros lugares del Sud de España. Hay también en la estación grupos de emigrantes recién llegados, sin duda, para trabajar en la próxima siega.

Llama nuestra atención Río Cuarto, perteneciente ya á la provincia de Córdoba y cabecera del departamento. Debe su importancia á la fábrica de pólvora del Gobierno y á los cuarteles, que aparecen rodeados de grandes plantaciones de árboles, así como el Arsenal Militar regional, con buenos edificios.

Al dejar Río Cuarto, atravesamos amplia extensión alfalfada, dividida por numerosas líneas de árboles, entre las cuales pacen yeguadas. En este departamento hay muy buenas estancias, entre otras la de Ambrosio Olmos, un argentino, que mantiene en sus prados unas 100,000 vacas.

A la una atravesamos el río Tercero, que más adelante se llama Carcarañá. A sus orillas crece un extenso bosque de algarrobos que alegra el paisaje y aproxima el horizonte, distanciado por la llanura rasa. Saturados los ojos todavía de las imágenes erguidas de la inolvidable cordillera, sienten más el vacío de la llanura inacabable, sin elevación alguna, que se extiende leguas y más leguas hasta juntarse con la llanura infinita del mar.

En todas las estaciones se leen anuncios de rebaja en los pasajes de segunda para grupos de peones, desde 5 á 35 individuos, en vista de la perspectiva de una gran cosecha de cereales y de la escasez de brazos para su levantamiento. La rebaja se establece desde el 1.º de noviembre hasta 31 diciembre. Los peones, durante la siega, cobran, según nos dicen, seis pesos y la comida (sin vino).

Villamaría, á orillas del río Tercero, ofrece la particularidad de ser el centro matemático de la República. El Presidente Sarmiento, á lo que cuentan, puso su veto á una ley que declaró á Villamaría capital de la Argentina.

El andén bulle de peones. Los trenes llegan repletos de braceros de Santiago, Catamarca y Tucumán para trabajar en las cosechas de Córdoba y Santa Fe. Los de Mendoza van á la provincia de Buenos Aires.

Hablamos con algunos chacareros españoles que hay en la estación y nos refieren que cobran estos peones, trabajando á destajo, 0'60 pesos por cuadra, con la comida. Con las espigadoras pueden voltear el trigo de diez ó doce cuadras. Temen los colonos que lleguen á exigirles 0'80 pesos.

¡Qué piélago de trigo! A uno y otro lado de la vía las brillantes mieses se extienden hasta el confín del horizonte, y se ve que continúan más allá como el mar sigue tras de la línea recta que limita nuestra mirada. La paja voladora

y el espartillo, restos de la Pampa, sólo se conservan en la vía, formando dos fajas amarillentas junto á los alambrados.

La mayor parte de estos campos desde Tiopugio han sido cultivados de tres años á esta parte.

Salimos del mar de trigo y penetramos en una región llena de matorrales de difícil cultivo. Nos aproximamos á Córdoba y cruzamos el río Segundo, que después de correr largo trecho en dirección al Este, se pierde en un pantano situado al sud de Mar Chiquita.

Divisamos ya la Sierra de Córdoba, y en las colinas que atravesamos se distinguen jardines y arboledas.

El primer barrio de Córdoba, con sus chozas y corrales, ofrece el aspecto de un aduar morisco.

Llegamos á Córdoba, siendo recibidos con los brazos abiertos, y después de haber sacudido el polvo en el Hotel, recorremos la ciudad.

Córdoba me parece, de primera impresión, la ciudad argentina, de cuantas hemos visitado, que conserva más señaladamente el carácter español.

Fué fundada en 1573 por D. Jerónimo Luis de Cabrera, á orillas del río Primero, y en la falda de la serranía que le recordó el sitio que ocupa la Córdoba española, su ciudad natal. Ostenta todavía muchos edificios de la época colonial: el Cabildo, el Colegio Nacional, la Catedral, Santo Domingo y la Iglesia de la Compañía. La cúpula de la Catedral, que trae á la mente la

silueta del campanario de la Mezquita cordobesa, se destaca airosamente en el aire, al par de muchos campanarios.

Los tañidos de las campanas vibran siempre en el espacio; la teja española cubre las casas y asoma á los aleros; las mujeres y los hombres lucen morena faz. Las calles más angostas que en las demás ciudades, los edificios altos, las cancelas y los alegres patios de las casas, los muchos conventos y capillas, y una especie de adormecimiento que flota en la atmósfera, le infunden aires de capital de provincia española.

En una de las principales plazas existe todavía la casa donde nació el general Concha, que tanta celebridad alcanzó en España, y duran todavía los conventos que fundara la sobrina de dicho general.

Córdoba es una ciudad de tradiciones, y en su seno alientan gérmenes aristocráticos que mantienen las familias descendientes de los españoles que conquistaron y gobernaron el país. Hay allí ciertos apellidos que saben á nobleza, contribuyendo á darle carácter señorial la Universidad, fundada en 1612 por el obispo de Tucumán, fray Bernardo de Trejo y Sanabria, cuya estatua se levanta en el centro de los claustros del famoso establecimiento docente. De esta Universidad, rival de la célebre de Lima, han salido gran número de políticos y jurisconsultos, motivando el dictado de Doctoral con que es conocida Córdoba.

Quizás en la lentitud del progreso material de Córdoba han influído ese apego á la ejecutoria y al diploma, que no se compaginan con el trabajo manual ni con la vida independiente. Hidalgos y doctores tienden á la ociosidad ó á la vida oficinesca. A ello se debe sin duda el viejo sello de sede colonial que aun ostenta Córdoba, que le da, por otra parte, un ambiente de cultura y distinción de que suelen carecer los centros donde la lucha activa y febril estimula los esfuerzos individuales, dando el predominio á los sobrevenidos.

Córdoba revela su origen colonial, y pertenece al grupo de ciudades del antiguo Virreinato que crecieron influídas por el feudalismo del Perú, viviendo aisladas del litoral, que iban colonizando clandestinamente los fugitivos de España y los extranjeros. Mientras en el estuario del Plata, incomunicado con España por el rigor de las leyes, se fundaba una comunidad libre y con espíritu individualista, en el resto de la República, desde Salto á Córdoba, en relación con la Corte de los Virreyes y bajo el régimen militar, alentaba una sociedad con rasgos totalmente diferentes, en que privaba la acción del Estado y el régimen de clases.

A esto cabe atribuir que ande esta ciudad algo rezagada en el movimiento progresivo de la República. Por otra parte hay que reconocer que estas poblaciones que no han perdido el tipo criollo, si bien no progresan con la rapidez del

litoral, brindan un ambiente más plácido al extranjero, especialmente á los hombres de nuestra tierra, que padecen con más fuerza la fiebre de la aclimatación en esas ciudades cosmopolitas, en cuyo medio se nota el frío del exotismo y del aislamiento.

A pésar de ello, la inmigración ha tardado en llegar á Córdoba, provincia que debe su crecimiento más al aumento vegetativo que á la inmigración.

Mucho se ha adelantado, sin embargo, en estos últimos años en agricultura, ya que en 1887 el número de colonias existentes era de treinta y pico, siendo en 1900 de 183 con más de un millón de hectáreas sembradas de trigo, lino y alfalfa. En 1902 se habían fundado ya 72 colonias más, que representan 242,000 hectáreas entregadas por vez primera al cultivo.

Córdoba, que por la disposición de los cinco ríos que cruzan su territorio, pudiera regar la mayor parte de su suelo, pierde á menudo sus cosechas por las sequías extraordinarias que padece.

De igual modo, para abaratar la salida de sus productos, tiene alguno de sus ríos en disposición de ser fácilmente canalizados hasta el Paraná, habiéndose realizado á este objeto varios estudios que no han tenido resultado práctico todavía.

Fijándonos en las leyes y decretos de la legislatura de Córdoba, se descubre en seguida ese

espíritu socialista que informa su política, por las raíces que conserva del antiguo régimen. La subvención y la concesión menudean en todos los órdenes, demostrando que el individuo no se mueve de por sí, requiriendo los estímulos del Estado, sin que se note, á pesar de ello, un resultado plenamente satisfactorio.

Los grandes empréstitos realizados y la prodigalidad de crédito bancario no se han traducido en adelanto manifiesto del país, que aún sufre las fatales consecuencias de aquellos derroches.

Se debate actualmente en la prensa el problema de las deudas municipales de Córdoba y Santa Fe y de las cédulas hipotecarias de Buenos Aires, la mayor parte en poder de tenedores ingleses, quienes pretenden que la nación intervenga directamente en los arreglos. Como sin negarse á un arreglo equitativo, la opinión con razón se opone á que el Gobierno nacional asuma la responsabilidad de lo que es una deuda puramente provincial, algunos diarios británicos quieren poner en duda la integridad financiera de la República. *La Nación* observa justamente que los hombres de negocio ingleses, acostumbrados como estaban á satisfacer todas sus exigencias, se irritan ahora cuando luchan con contrariedades, fruto del laudable anhelo de mejorar el país, como, por ejemplo, la abusiva exoneración de derechos concedidos á toda clase de empresas para la introducción de materiales, que venían

considerándose ó poco menos como un derecho concedido á perpetuidad.

Por la noche, en el local del Centro Español de Córdoba, hemos pasado un rato delicioso oyendo al profesor de guitarra Pedro Maza, discípulo de Tárrega, que, en pequeño círculo, nos ha recordado las originales composiciones del maestro. Maza, que domina las cuerdas y es un buen músico, ha propagado la música de concierto para guitarra, popularizando á Tárrega.

La guitarra es aquí el instrumento genuino del país, más que en ninguna parte de la República. Como en Andalucía, la gente del campo aprende sin maestro la guitarra, naciendo materialmente con los dedos enseñados para el rasgueo.

El profesor Maza nos decía que los principales aires del país, llamados estilos criollos, son: la *vidalita,* que se asemeja á la *soleá;* el *gato,* un zapateado allegro; la *milonga,* parecida á la petenera; el *pericón,* que es la *jota nacional argentina;* el *cielito,* una especie de *jaleo* pausado. La nota característica, como hemos tenido ocasión de observar, es la melancolía, pudiendo decirse que sintetizan este sentimiento los *tristes,* que consisten en décimas cantadas, casi todas de sabor místico. El Barón de las Juras Reales, prisionero de los indios en el Río de la Plata, en su libro *Entretenimientos de un prisionero,* publicado en Barcelona, refiere que los misioneros del Paraguay, después de inútiles tentativas, selladas muchas veces con su sangre, para convertir á

los naturales del Paraguay, sabedores de la afición que los indios tenían á la música, idearon un plan que les dió favorable resultado. Sentándose á los lados de las piraguas cantaban alternativamente los himnos y los salmos de la Iglesia, mezclando por intervalos á sus voces la armonía de algunos instrumentos que traían á propósito. De este modo pudieron permanecer entre aquellos salvajes sin peligro alguno.

De este contacto del misionero con el indio por medio de la música, nacerían tal vez los *tristes,* cultos en su forma literaria y religiosos por su entonación.

No puede negarse que tiene la Argentina un caudal abundoso de música popular, susceptible de engendrar una ópera nacional el día que un músico de talento sepa extraer su esencia, como lo consiguió el brasileiro Gomes, en su *Guarani.* La tentativa más señalada ha sido la de Pablo Berutti, que compuso una ópera titulada *La Pampa,* siendo el obligado protagonista Juan Moreira, la cual, sin ser un fracaso, no reune méritos para obtener la consagración universal.

A las cinco y media de la mañana, en el ferrocarril Córdoba Noroeste, de vía angosta, salimos para el Dique de San Roque, embolsamiento colosal del río Primero.

Al salir de Córdoba pasamos una gran extensión de monte bajo, churcal como aquí le llaman, en el cual crecen la tala, el espinillo y el algarrobo. Antes de que el riego hubiese transfor-

mado el terreno, la parte alta del valle de Córdoba presentaba idéntico aspecto.

Nos aproximamos á la Sierra y se distingue el color blanco de las canteras de cal en explotación, que se elabora en forma parecida al Portland.

Para llegar á la altura del dique sigue el tren el valle hermosísimo del río Primero, con sus pendientes llenas de arbolados, que recuerda á trechos el Congost de Vich y á trechos el valle de Ribas.

Al dominar el agua embalsada desde la estación San Roque, permanecimos asombrados. Se extiende ante nuestros ojos un lago entre montañas, bello y misterioso como una obra de la naturaleza, cuya grandiosidad hace dudar que pueda ser creación del hombre, á no estar allí el gigantesco dique de contención para atestiguarlo. Se realizó en tiempo de Juárez Celmán, durante cuya Presidencia, si bien se tiró mucho dinero, se hicieron buenas cosas, siendo proyecto del Ingeniero argentino D. Carlos A. Casaffousth y obra del empresario constructor Dr. D. Juan Vialet Masset, catalán que honra á su tierra.

La naturaleza había ya formado este lago. En 1827 tuvo el río Primero una avenida colosal, la cual arrastró grandes moles de piedras que cerraron la quebrada, y el lago de San Roque se creó por obra de la Providencia. En 1831 una gran creciente arrancó las piedras que constituían el muro natural y el lago desapareció;

más tarde, después de vanas tentativas, se acordó su realización, y en menos de veinte meses, fuera de las instalaciones preparatorias, se construyó este monumento romano, una de las obras de mampostería notables del mundo, quizás el embalse mayor de aguas existente, antes de que los ingleses hubiesen construído las maravillosas obras hidráulicas del Nilo. Es capaz para contener 300.000,000 de metros cúbicos de agua, con la seguridad de llenarse dos veces por año.

En el fondo del lago, á una profundidad de 33 pies, yace todavía el pequeño pueblo de San Roque, cuyas casas, después de expropiadas, ni se tomaron los constructores la pena de derribar por ganar tiempo.

La belleza del lugar y la fresca temperatura hacen sus orillas apropiadas para quintas de recreo veraniegas. Es difícil dar, en la proximidad de Buenos Aires, con un sitio tan elevado y hermoso como San Roque, no extrañándonos que Cosquín, situado algo más allá en la Sierra, se haya convertido ya en residencia de moda durante los meses calurosos.

Hay dos canales maestros que parten del Dique, uno al Norte y otro al Sud, saliendo de los mismos sucesivos repartimientos, que sirven para regar gran número de hectáreas, trocando en tierras de labor los churcales.

La masa de agua allí acumulada se traduce en 30,000 caballos efectivos, y potencialidad para regar 100,000 hectáreas de terrenos.

Al caer Juárez Celmán, el Dique de San Roque tuvo el privilegio de acumular las iras de los enemigos del Presidente derribado. Durante su gobierno, al parecer, se cometieron grandes abusos, se realizaron negocios á expensas del erario y fué la coima (1) gran impulsora de las obras públicas; por ello al estallar el clamoreo contra aquel régimen de despilfarro, lo que era más sólido y firme de cuanto se había construído, el Dique de San Roque, atrajo con más fuerza el rayo de la política triunfante.

Se comenzó á propalar el miedo en Córdoba, augurando la rotura del dique y promoviendo en varias ocasiones verdaderos pánicos que hicieron salir á la gente de la población, preparando así la causa criminal por supuesta defraudación y defectos de construcción en las obras contra el Ingeniero y el empresario constructor. Procesados ambos, sufrieron trece meses de cárcel, declarándose al final en la sentencia absolutoria, que los defectos señalados eran de detalle é insignificantes en proyecto de tanta magnitud, y que el Doctor Bialet al hacer las obras de riego, no omitió gastos ni sacrificios para realizar una construcción de primer orden, demostrando que no le guiaba el espíritu de lucro.

Más que esta sentencia habla á su favor la resistencia del dique á las grandes inundaciones, de manera que ha cesado ya todo temor y Cór-

(1) Coima, antigua palabra castellana que ha revivido en América.

doba mira aquel embalse como obra bienhechora que evita los desbordamientos devastadores de antaño.

Lo que falta allí es empresa: no se ha sabido aprovechar aquel instrumento poderoso para el desarrollo de la industria y de la agricultura. Los hombres del litoral poco á poco van labrando las tierras é introduciendo industrias, en lucha con la resistencia del antiguo espíritu señorial, pero el avance es lento. Hasta ahora, por virtud de concesiones gratuitas del Gobierno Provincial, que es el propietario del Pantano, se ha aprovechado una mínima parte de su fuerza para una central de electricidad y para una fábrica de carburo de calcio, pero miles de caballos duermen, y los cañales de riego se ofrecen en vano á las tierras sedientas.

Antes de salir de Córdoba fuimos obsequiados por el Ministro de Hacienda, D. Pablo Argañarás, con un almuerzo íntimo, teniendo la satisfacción de ver en este acto cómo los gobernantes y los hombres de mayor prestigio compensan con su elevada consideración las amarguras del Doctor Bialet Masset, que encontró la ruina y el sufrimiento en la realización de la obra de ingeniería más grande de la América del Sud.

Visitamos la curiosa colección de antigüedades del Doctor Jacobo Wolf, compuesta de cuadros, objetos de arte, alfombras y tejidos, adquiridos en Córdoba, casi todos de procedencia española y americana. Entre ellos recuerdo un

San Antonio con el Niño, atribuído á Murillo, dos mujeres tocando la vihuela, de factura goyesca, y una Virgen con el Niño y los ángeles, de escuela italiana.

Nos entretuvimos viendo una original arquilla de cuero repujado, para joyas, con la siguiente inscripción: «Buelbe tirana á mis brasos asi lo fyrme yo Jvan Agustin del Pino el año 1785». Contemplamos también multitud de vasos, ídolos y objetos procedentes de los indios calchaquies y comenchingones, que traen á las mientes los vasos é ídolos egipcios.

En el Museo prehistórico del Sr. Bialet y Prida observamos también, pertenecientes á los indios americanos, amuletos parecidos á esfinges y ciertas pirámides que servían para el culto.

A las dos de la tarde emprendimos el regreso á Buenos Aires, con un calor asfixiante.

A las cuatro se cernían sobre el horizonte espesos nubarrones como montañas, formando una serie de escalonados macizos. El tren iba en dirección á los cúmulos, y, á medida que nos acercábamos, veíamos manojos de centellas rasgar la cortina violácea que unía las masas flotantes con la tierra.

El calor comenzó á ceder con el aire, que traía lejanas emanaciones de tierra húmeda. El nublado se extendía al par que la sombra cubría el paisaje que, más allá, quedaba circunscrito por una faja luminosa que contrastaba con el color negruzco del cielo.

Las aves volaban en dirección opuesta á la tormenta, mientras el cielo se tornaba cárdeno encima de nuestras cabezas, notándose en el horizonte las rayas oblicuas del chubasco.

De pronto un viento impetuoso levantó á distancia nubes de polvo que se destacaron sobre el nublado de variados tonos negros, agitándose la paja voladora de la planicie como un mar picado é inclinándose los árboles al paso del furioso vendabal, que sacudía el tren en plena marcha. Nieblas rastreras cruzaban veloces, y las primeras gotas azotaron los cristales. La lluvia se hizo luego torrencial, formando cortinas líquidas que, á impulsos del huracán, flameaban violentas, reflejando seguidamente las exhalaciones eléctricas.

La línea y los caminos se cubrieron de agua que burbujeaba rojiza, encharcándose en la pradera. Los ganados, en fila, daban la espalda á la lluvia, inmóviles y con las orejas levantadas.

Fué una tormenta imponente, de escasa duración, porque nos alejamos de ella con la rapidez del tren, que no hizo más que cortarla.

Todavía conseguimos el sol fuera de las nubes, admirando una puesta sorprendente. Cuando el sol tocaba casi el horizonte, cruzamos una extensión de bosque y vimos la cúpula roja del astro correr fantásticamente sobre la masa verdinegra de los árboles.

Cuando desapareció el sol en un ocaso completamente despejado, las nubes levantinas co-

menzaron á iluminarse, como las elevadas cumbres que pregonan con sus claridades enhiestas que todavía contemplan el sol que ya no alcanza á la llanura. Primero fueron colores pálidos y nacarados, como suaves emanaciones de resplandores internos, que adquirieron luego entonaciones rosadas en el centro, mientras las cimas se teñían de manchas verdosas y toques morados en una serie indefinida de matices.

Cuando esos colores se amortiguaron, reavivó la luz ponentina, y en el espacio claro entre las nubes y la tierra estalló un resplandor de aurora boreal que fulguró largo rato en el horizonte, sin atravesar la obscuridad de las nubes que servían de bambalinas. Durante estos momentos las charcas de los campos brillaban sangrientas.

Cuando hubo cerrado la noche, de todas partes surgían emanaciones eléctricas, viéndose á menudo las centellas que se hundían en la tierra. A las diez de la noche el espectáculo era sublime, pues en la llanura inmensa contemplábamos los efectos de un conjunto de tempestades desencadenadas á distancia. Los rayos brillaban sin interrupción. Según de donde brotaba la centella, quedaba iluminada por completo la planicie sobre el cielo obscuro ó aparecía clarísimo el cielo sobre la llanura sombría. En el horizonte lluvioso, la llamarada eléctrica descubría una gasa líquida, uniforme, al par que en la altura iluminaba fantásticamente los contor-

nos macizos de los cúmulos, que lucían sus majestuosas proporciones de cordillera nunca vista.

Desde la plataforma del coche veíamos iluminarse súbitamente los rieles como dos líneas de plata, que se deshacían en lontananza. Los árboles, sobre el cielo alumbrado por el rayo, mostraban al trasluz sus negras ramas, viéndose voltigear en el campo, durante la obscuridad, fosforescencias de los animales insepultos y reflejos fugaces de las exhalaciones en las lagunas y bañados.

Al pasar una estación, cuando el tren se detenía un instante, se percibía el ronco retumbo del trueno, nunca interrumpido, que al marchar se confundía con el rumor sordo del convoy. Agrupados bajo los tinglados y envueltos en los ponchos, estaban los peones recién llegados de Santiago del Estero y de Salta para trabajar en la recolección, que esperaban la aurora para ir á las estancias.

Al acostarnos llovía á mares, y al despertar nos enteramos por los diarios de Buenos Aires, que compramos en las estaciones próximas á la capital, que habían caído durante la tarde anterior tremendos pedriscos en Río Cuarto y en otras comarcas de la República. Eran las tormentas, que sorteamos en nuestro viaje, de las que vislumbramos la sublimidad y el estrago.

A las ocho llegamos á Buenos Aires. El «María Cristina» entró en la dársena esta mañana,

ofreciéndonos la dulce perspectiva del próximo regreso.

Emprendimos en seguida nuestras visitas de despido, comenzando por la Asociación Patriótica, cuya obra meritoria, más patente á nuestros ojos después de esta rauda excursión á través de la República, ponderamos sinceramente á nuestro cariñoso amigo D. Antonio Atienza, que con tanto fervor la dirige é impulsa.

La esterilidad de la abnegación y entusiasmo que desplegó la Asociación Patriótica en el curso de nuestras pasadas desventuras, no ha entibiado su patriotismo, que ha adaptado á las nuevas circunstancias, dándole aplicación más práctica. La Asociación Patriótica es hoy, puede decirse, la que ejerce el patronato sobre la emigración española. Este generoso empeño tan favorable á nuestros nacionales, es visto con gran simpatía en la Argentina, necesitada de una inmigración sana y fructuosa que, en vez de aumentar el proletariado, venga á implantar la colonización de las tierras solitarias é improductivas.

Sólo allí se comprende la finalidad noble y levantada que cumple la Asociación Patriótica, guiando á ese ejército pacífico y desvalido, que sale de nuestro país, empujado por la privación y el malestar, en busca de medios que aseguren la vida. Ante la ciudad repleta que rechaza á los que vienen sin recursos ni oficio, llena un deber de conciencia encaminando á los que llegan hacia las lejanas comarcas inexplotadas, ce-

rrando el paso en cuanto cabe, con sus advertencias y consejos, á esos proletarios de la pluma que, en América, sufren con seguridad mayores miserias que en el seno de nuestras viejas ciudades, viéndose excesivos en medio de los escritorios y oficinas, que no pueden engullir más empleados. El trabajo de propaganda que en este sentido realiza la Patriótica es un trabajo humanitario, al par que resulta provechoso y útil ese amparo y orientación que presta á los que inmigran, á fin de que puedan aplicar su actividad en forma segura y progresiva.

La Asociación Patriótica tiene núcleos en toda la República; así es que hasta los últimos extremos irradia su influencia tutelar y bienhechora.

¡Cuántas miserias de nuestros nacionales ha sido llamada á mitigar!

Nada más piadoso que las repatriaciones que facilita, dentro de sus medios limitados, á esos pobres soldados de la legión trabajadora, inutilizados durante la batalla que no cesa. Y es tanto más digna de alabanza esta obra de caridad, si se advierte que el Estado, muy preocupado en impedir, pero no en proteger, la emigración, así como los institutos religiosos, que no han aplicado su celo á aliviar tales sufrimientos, dejan en abandono á estos desgraciados que yacen faltos de recursos y desvalidos, á miles de leguas de su patria y de su antiguo hogar.

Se puede apreciar también, aunque mediato, un fin utilitario en tan generosa empresa: crean-

do un gran núcleo de población española sana y fuerte, se fortifica el sentimiento nacional en lejanas tierras, dando el más firme apoyo á nuestro comercio, que debe cimentarse principalmente en el mantenimiento de los gustos y costumbres de la patria, que causa la demanda de nuestros productos.

Este espíritu de hermandad que difunde la Patriótica entre los españoles esparcidos por la República, al par que ayuda á la formación de las asociaciones benéficas, sostiene las cualidades ingénitas en provecho de las relaciones mercantiles y morales con la patria de origen.

Capítulo XXXI

Preparando el regreso. — La Estancia San Juan de don Leonardo Pereyra. — La vaca Dalia y el toro D. Juan. El primer Hereford. — El toro Farrier, patriarca bovino. — Una raza de campeones. — La Plata, ciudad improvisada. — Error de su fundación. — La Plata y Bahía Blanca; el engendro oficial y la formación espontánea. — Impresiones de la Plata. — Absorción de Buenos Aires. — Puerto Ensenada convertido en puerto de la nación. — El Museo de la Plata. — El panteón de los Indios. — Historia y prehistoria. — El mamífero misterioso de la Patagonia. — El perito Moreno. — Sus viajes y sus estudios. — Moreno en la cuestión de límites con Chile. — Cómo resolvió el conflicto Inglaterra — Ventajas del desarme. — De cómo en la Patagonia hay campo para la obra colonizadora de las dos Repúblicas. — Velada en el Parque del Doctor Moreno. — Visión de las regiones desconocidas de la Argentina. — Impresión final

Ya con el pie en la palanca, aprovechamos todavía el tiempo, por lo mismo que son muchas las cosas que nos faltan ver y varias las personalidades que nos quedan por conocer y tratar.

Nos contraría vivamente una indisposición del Doctor Quintana, quien nos había señalado hora para recibirnos, pues esto nos obligará á marcharnos sin haber tenido ocasión de ver y hablar al futuro Presidente. Por de pronto hemos recogido dos impresiones: la de que cuenta con

muchos entusiastas entre la juventud y la de que no tiene detractores, que no es poco en las grandes democracias.

A las seis de la mañana salimos del Hotel para ir á la estancia de D. Leonardo Pereyra Irazola. Tomamos el tren de la Plata, bajando en la estación Pereyra, lindante con la estancia llamada «San Juan». Las 12,500 hectáreas que comprende esta finca, valen mucho más que los centenares de miles de hectáreas que abarcan algunas estancias del interior; sus seis ó siete mil bovinos representan el valor de centenares de miles de hacienda criolla. Aquí se ha llegado ya al colmo del refinamiento: la Pampa se ha trocado en prado puro, y las reses bastas en ganado selecto y aristocrático. Esto se ha logrado tan sólo por el esfuerzo de la voluntad y con dinero.

En 1857 se importó la vaca Dalia, fundadora de la cabaña. El primer toro que se importó con Dalia se llamaba Don Juan: fueron el Adán y Eva de este Paraíso, sin la prohibición de comer la fruta del árbol del bien y del mal.

El primer Hereford se compró el año 1862. Hay ahora 600 vacas Durhan de plantel é igual número de Hereford. A cada cuarenta vacas corresponde un toro.

En la actualidad existen disponibles unos 6,000 novillos. El valor promedio de los toros vendidos este año, ha sido de 1,829 pesos cada uno. El toro Farrier, un reproductor Durhan, ad-

quirido en 1899, costó la friolera de 15,700 nacionales. Este patriarca cuenta ya doscientos hijos, habidos en tres pariciones. A los tres años de haberlo comprado vendieron tres hijos suyos, nacidos en la estancia, por 19,000 pesos. En el comedor de la suntuosa finca pudimos admirar, en preciosas fototipias, obra de don Leonardo Pereyra, los mejores reproductores y los más selectos ejemplares obtenidos en la estancia, con su árbol genealógico completo. Allí estaba Rass, hermoso animal, hijo de Dalia, que fué el campeón y ganador de la copa en la Exposición Rural de 1898, y Rass Betty, su hijo, que en 1900 obtuvo la misma recompensa, manteniendo los timbres de la estirpe.

El toro Farrier ha tenido en su descendencia tres campeones victoriosos. ¿Por qué será que las cualidades suelen mantenerse mejor en el linaje de los animales que en el de los hombres? Tal vez porque los cruces de los animales se sujetan más á la inclinación natural que los matrimonios de los hombres, y además porque se cultivan mejor.

El Parque de la estancia San Juan es algo ideal, por la magnificencia de su arbolado y los puntos de vista soberbios que ha sabido combinar su dueño, dotado de temperamento de artista. Los eucaliptus, en sus muchas variedades, dominan sobre la enorme masa forestal que llena 250 hectáreas. El misterioso lago, escondido en el centro del bosque, sus sombrías ve-

redas, las anchas avenidas, sus poéticos rincones y el derroche de flores que bordan los márgenes y los prados, encantan los ojos y arroban el espíritu.

Cuando se piensa que todo aquello es creación personal, obra del inmigrante de ayer, que quizás se embarcó con pasaje gratuito, y hoy para su delicia tiene un parque que envidiarían muchos reyes, se reconoce de nuevo que más que todas las minas y el oro de América, ha valido el trabajo, que es el manantial inagotable de la riqueza. Aunque parezca una paradoja, la pobreza de España se debe á haber encontrado colonias demasiado ricas, y los ingleses son ricos por haber encontrado colonias faltas de metales preciosos. El daño y la pobreza se nos seguía de la falta de manufacturas en España, lo que daba el predominio del comercio de las Indias á los extranjeros. Estimando en 38 millones de pesos, ateniéndonos á los datos y presunciones de los autores, el valor del oro anual que venía á España desde América, resulta que las operaciones de compensación verificadas en el Clearing-Housse de Londres en un año, representan mayor valor que todo el oro que ha venido á Europa desde América, á partir de su descubrimiento.

Para apreciar, bajo otro aspecto, la portentosa transformación de esa estancia, no hay más que decir que en uno de sus extremos en pocos años se ha levantado una ciudad grande y famosa.

Una parte de sus campos y prados constituyen el ámbito de la capital de la provincia de Buenos Aires; lo que se valoró á leguas cuadradas, se valora ya á palmos.

En pocos minutos, desde Pereyra se llega á la Plata, esa ciudad improvisada. En 19 de noviembre de 1882 la fundó Dardo Rocha, gobernador entonces de la provincia de Buenos Aires, en un sitio completamente inhabitado, para dar á la provincia una capital propia. Hasta aquella fecha se confundían la capital provincial y la federal.

Fué un grande error el de fundar una ciudad nueva, tan próxima á Buenos Aires, teniendo en la provincia una población como Bahía Blanca, en situación inmejorable y con un porvenir magnífico. La atracción poderosa de Buenos Aires, que tanto daño causa á la República, influyó en esta determinación, realizándose el milagro de levantar una ciudad grande y monumental en tres ó cuatro años.

Las consecuencias del grave error se han visto pronto, contrastando la decadencia de lo artificioso, de lo que ha sido un engendro oficial con el progreso de la creación, fruto del esfuerzo privado, de la condensación natural y espontánea del trabajo y de las inmensas riquezas comarcales. La Plata es una ciudad que nació muerta: Bahía Blanca era ya en aquellos tiempos una aldea que había nacido para gran ciudad.

La primera impresión que produce la Plata es deslumbradora, con sus amplias calles y avenidas, sus muchas y monumentales plazas, y más que nada sus bellos y grandiosos edificios. La Casa de Gobierno, la Casa Municipal, los Ministerios, la Casa de Correo, el Palacio de Justicia, forman un conjunto de palacios que pocas ciudades ostentan. La ciudad fué admirablemente trazada, los preceptos de la higiene se tuvieron muy en cuenta, y en este punto es digna de sumo elogio. Después del primer golpe de vista, se observa cierta monotonía en la construcción, que se explica por ser obra de pocos que han derramado siempre el propio estilo Renacimiento; viene á causar el mismo efecto de esa masa de edificios de una Exposición, que dejan adivinar en seguida el poco tiempo que han necesitado para construirse, el influjo de un mismo temperamento y el predominio de la apariencia más que de la realidad.

Al cruzar las grandes avenidas, se ve la yerba crecer en el arroyo como si la pradera quisiese recobrar su antiguo dominio; al encontrarse en sus plazas inmensas se nota la desanimación y el silencio. Al poco rato, la falta completa de movimiento hace creer que se encuentra uno en una gran capital despoblada por una calamidad ó en una ciudad completamente conservada, que ha surgido de una excavación.

Fijándose en los pormenores, se observa que los grandes edificios son casi todos inacabados,

mostrando algunos las grietas que aseguran la próxima ruina. Doquiera asoman las señales de la improvisación, que hace cosas poco durables, y de la especulación nunca escrupulosa, que se aprovecha de las circunstancias para falsear los objetos.

Algo hay que contribuye á darle carácter arqueológico, á pesar de su aire moderno, y es el gran Museo de la Plata, estupendo desde el punto de vista palanteológico. La grandeza de este Museo disculpa por sí solo el error ó el capricho de quien se empeñó en crear una ciudad puramente burocrática, una villa de estufa, nutrida exclusivamente por las oficinas de la administración provincial. Cuando no otra cosa, queda fundada aquella superior institución, que contiene tesoros para los estudiosos, verdadero monumento de cultura científica, que sirve para calificar á una nación.

La Plata está destinada á desaparecer absorbida por Buenos Aires, la metrópoli tentacular, la ciudad vórtice que envolverá con su crecimiento á las poblaciones cercanas.

La Plata, á una hora de tren de Buenos Aires, es hoy una *city* burocrática, que adquiere cierta animación durante las horas del día en que la administración y la política funcionan, para volver al silencio y á la inacción, como la *city comercial* de Londres pasada la fiebre de los negocios, cuando los gobernantes y los altos empleados regresan diariamente á Buenos Aires.

Lo que sí está destinado á adquirir un rápido desenvolvimiento es Puerto Ensenada, que existía antes que fuese la Plata y que perdió su nombre por la fama de la nueva ciudad. Puerto Ensenada, á cinco kilómetros de la ciudad, acaba de ser arrebatado á la provincia para convertirlo en Puerto de la Nación. La perspectiva de la competencia futura de Montevideo, cuando se hayan terminado las obras de su puerto, ha influído tal vez en esta decisión, que abre al tráfico un puerto que reune mejores condiciones que el de Buenos Aires para el comercio universal. Allí encontrarán los grandes buques trasatlánticos un fondeadero cómodo y de mayor calado que el de Buenos Aires, un puerto marítimo en vez de un surgidero fluvial, naturalmente formado para la salida de la feraz zona septentrional de la provincia de Buenos Aires, sin necesidad de acudir á la capital á buscar, con recargos inútiles de fletes, carga de exportación.

El resultado que se obtenga será asombroso, si prospera la idea de crear una zona neutral, en la cual puedan los comerciantes é industriales gozar de absoluta libertad para sus operaciones de tránsito. Más aún, si Puerto Ensenada se convierte en puerta de entrada de la inmigración, substrayéndola á la fascinación nociva de la metrópoli que se interpone entre el colono y el campo desierto.

Puerto Ensenada, dada su situación respecto á Buenos Aires, á la misma orilla del río, si

alcanza el grado de desarrollo y grandeza de que lo creo susceptible, lo veremos unido por medio de una serie de dársenas á Puerto Madero, como Londres con el mar.

Volviendo al Museo de la Plata, hay que reconocer que no es sólo una colección de curiosidades de la naturaleza, sino un instituto de investigaciones y estudios científicos. Encierra verdaderos tesoros que no se encuentran en ningún otro Museo, que atraen á los sabios de los más lejanos países.

Lo que me produjo honda impresión en este Museo, fué la enorme cantidad de cráneos de los primitivos habitantes de la Pampa. Allí están perfectamente clasificados y medidos; hablándonos de la capacidad intelectual y de las condiciones étnicas de los hombres que hasta ayer defendieron su suelo nativo del invasor, reducidos á mera curiosidad arqueológica. Los despojos de los indios que murieron en las luchas libradas para la conquista del desierto por los generales Roca y Villegas, los cementerios que conservaban los restos de sus antepasados en la proximidad de sus tolderías, están agrupados y clasificados en vitrinas, dándose el caso insólito de un pueblo sacrificado en aras de la civilización, desposeído de su suelo, cuyos restos han servido luego para formar las colecciones de un Museo zoológico. Vivo todavía el recuerdo de la lucha, los sabios estudian ya fríamente aquellos cráneos cual si fuesen de una raza prehistórica.

Lo que ha pasado con los indígenas ocurre con la fauna de aquellas regiones. Allí se pueden contemplar los restos de grandes mamíferos extinguidos, que existieron sólo en la América del Sud, entre ellos el grupo de los toxodontes, que han llegado casi hasta nuestros días. Uno de aquellos, el grypotherium domesticum, llamado el mamífero misterioso de la Patagonia, se ha presumido que vivía aún. Unos cuantos amigos, realizando una excursión por los alrededores de Puerto Consuelo, en el interior de Ultima Esperanza, descubrieron una gran caverna, y en ella encontraron un pedazo de cuero cuyo espesor era de 10 á 15 mm., que mostraba incrustados en su interior muchos huesecillos del tamaño de una alubia.

Más tarde se encontraron restos completos de este animal, que los hombres que vivieron en los tiempos prehistóricos mantenían en estado doméstico, y la frescura de alguno de sus residuos hizo creer en su presente existencia, tanto más cuanto algunos indios patagones describían un animal parecido. Lo cierto es que algunos ingleses organizaron una excursión en busca de ese animal misterioso, ó á lo menos tomaron ese pretexto para recorrer desconocidas zonas de la Patagonia andina.

El Sr. Moreno dió una conferencia en la Sociedad Zoológica de Londres, demostrando que todas las referencias de que se había visto aquel animal vivo son completamente ilusorias.

Lo único cierto es que estos animales, que ya resultan prehistóricos, hace pocos siglos que vivían aún; de igual modo que los habitantes de esas regiones aisladas donde no había penetrado aún el europeo, y que permanecían en estado completamente salvaje y primitivo, exterminados al primer avance de la civilización, han pasado desde los campos de batalla á formar parte de los museos con las razas desaparecidas.

En esas zonas alejadas de toda civilización, como fué la Pampa central, la prehistoria data de ayer, mientras en el Perú, en México, y más que ninguna otra parte en China, donde la civilización ostenta tan remoto origen, la historia alcanza tiempos en que los indígenas de la América Austral no habían hecho aún su aparición en esos territorios. En los pueblos salvajes, al primer contacto de la civilización destructora, por fatalidad, se confunde la prehistoria con la historia, desapareciendo en poco tiempo los hombres y los animales que vivían adheridos á su suelo.

D. Francisco de A. Moreno, el perito Moreno, como todos le llaman, ha sido y es el alma del Museo de la Plata. Bajo, regordete, de fisonomía simpática, con aire alegre y ojos curiosos, no se adivina en él fácilmente al excursionista infatigable y al sabio naturalista. En primer lugar, ha prestado á su país el grandísimo servicio de revelarle sus propias riquezas, ayudando al exacto conocimiento de su suelo, y en la cues-

tión de límites con Chile, ha sido el decisor, acreditándose á la vez de geógrafo, de patriota y de amante de la paz.

Nadie mejor que el Doctor Moreno, el primer viajero de su país, para fijar esa línea de la frontera argentino-chilena, formada por la Cordillera Nevada que, en tiempo de la dominación española, separaba las grandes dependencias meridionales de la Corona.

En su tratado de amistad, Chile y la Argentina, en 31 de diciembre de 1856, se aseguraron el respeto recíproco sobre los territorios que á los dos países correspondían respectivamente, al tiempo de separarse de la madre patria. La controversia parecía quedar reducida á averiguar la verdadera situación geográfica del estrecho de Magallanes y de la colonia Punta Arenas, en relación á la cordillera de los Andes.

Después de largas discusiones, en 1881, Chile abandonó sus pretensiones al Oriente de la cordillera de los Andes y al Norte del paralelo 52, y la Argentina reconoció como chilenos el territorio vecino al estrecho neutral de Magallanes, parte de la Tierra del Fuego y las islas del Sud.

Al querer trazar la línea divisoria, con arreglo al artículo 1.º del tratado de 1881, por causa de la guerra civil y otras complicaciones en Chile, se demoraron los trabajos hasta 1890. Apenas iniciadas las conferencias, hubo por parte de los peritos marcadas discrepancias. Barros-Arana, perito chileno, quería trazar la frontera basán-

dose en el *divortium aquarum,* afirmando la separación de las cuencas hidrográficas del Atlántico y del Pacífico, es decir, que los ríos afluentes del Pacífico debían ser chilenos desde su origen, y los que desaguan en el Atlántico argentinos desde sus manantiales. El comisionado argentino mantenía el criterio de la alta cordillera divisoria.

El protocolo de 1893 pareció resolver esta divergencia, señalando de un modo definitivo que la frontera entre las dos Repúblicas se extiende por uno y otro lado hasta la cumbre del encadenamiento principal de los Andes. Sin embargo, cuando los peritos fueron á realizar el trazado, nuevamente pugnaron los dos contrapuestos criterios. Primero el Doctor Quirno Costa y después el perito Moreno, se opusieron al criterio de Barros-Arana, obstinado en sostener su norma hidrográfica, manteniendo la línea orográfica, el divorcio continental contra el divorcio interoceánico.

El perito Moreno llevaba una gran ventaja sobre el Sr. Barros-Arana, gran escritor y geógrafo, que estudiaba sobre el mapa, mientras aquel determinaba la línea sobre el terreno. Uno seguía sus ideas teóricas, prescindiendo del examen geográfico real; el otro, partiendo de los tratados, acudía al terreno para estudiar los accidentes determinantes de la frontera. Las muchas exploraciones llevadas á cabo con este motivo por el Doctor Moreno han sido tan favo-

rables á la ciencia y á la cultura de la Argentina como á sus derechos territoriales.

El perito Moreno, hombre práctico, demostró con un hecho irrefutable el error del perito chileno, creando uno de los capítulos más curiosos de estas negociaciones. Para demostrar que la línea del divorcio interoceánico está muy lejos de poseer la condición esencial de inamovilidad que los tratados de límites prescriben, con el trabajo de unos cuantos hombres, en pocos días, restableció el antiguo cauce del río Fénix, afluente oriental del lago Buenos Aires y perteneciente, por lo tanto, á la región hidrográfica del Pacífico, haciéndolo desaguar en el Deseado, que corresponde á las vertientes del Atlántico. De manera que, de admitir que el encadenamiento principal de los Andes está constituído por la divisoria de las aguas del continente, habiéndose trasladado por aquel desvío la separación hidrográfica muchas millas al Occidente, podría afirmarse que la cadena principal de los Andes había sido removida de Este á Oeste y asentada en otro lugar.

Con esta lección práctica, dió Moreno un golpe mortal á la teoría chilena, probando que la línea que pasa entre las fuentes de los ríos es variable en muchos casos, como sucede en la Patagonia. En contra, la cordillera formidable es una frontera segura que nadie puede remover.

Es lo cierto que durante los muchos años en que permaneció indeterminada la línea fronte-

riza, las facilidades naturales y las corrientes emigratorias se habían encargado de empujar á los argentinos hacia territorios de Chile y á los chilenos hacia regiones argentinas.

Los galenses, colonizadores del Chubut inferior, fueron poblando los grandes valles longitudinales, cerrados al Oeste por los macizos nevados de los Andes, explicándose así que fueran estos colonos desconocidos en Chile, siendo descubiertos al realizarse las difíciles expediciones fluviales que se llevaron á cabo desde el lado occidental. Entonces fué cuando Chile se enteró de que existían allí colonias bajo la jurisdicción de Chile, fundadas desde la Argentina.

Por su lado, Chile, con su colonización, ha ido penetrando en la región de los lagos argentinos, al oriente de los Andes patagónicos, habiendo abierto tres caminos que ponen en comunicación aquella zona indiscutiblemente argentina con el Océano Pacífico. El perito Moreno fué el primer blanco, en enero de 1876, que llegó á admirar la magnificencia del lago Nahuel-Huapi desde las orillas del Atlántico.

La Argentina, que ha podido apreciar por fin la fertilidad de aquellas orillas, que ofrecen campo seguro para la colonización, presta ahora gran cuidado á la defensa de aquel pedazo de frontera, que consiente una fácil invasión, y hace tiempo que estudia la manera de hacer navegable el Limay hasta su confluencia con el río Negro, con lo cual pondría en comunicación

tan rica comarca con el Atlántico, cerca de Bahía Blanca, trazando una nueva ruta al ejército de emigrantes para la conquista de las tierras inexplotadas.

Inglaterra resolvió la cuestión de límites entre Chile y la Argentina, según he podido colegir, en forma parecida al célebre juicio de Salomón. No quiso quedar mal con ninguno de sus clientes.

Debemos felicitarnos, sin embargo, de la mediación de Inglaterra, puesto que ha asegurado la paz entre Chile y la Argentina, que, libres de la pesadumbre de la paz armada, pueden consagrarse por completo á la colonización de la Patagonia, que en vez de ser el campo de batalla será el punto de enlace de aquellas dos Repúblicas, allí donde se conjuntarán los esfuerzos de Chile y de la Argentina para colonizar una vasta y rica región hasta ahora desdeñada, en la que sobra espacio para aplicar la suma de actividad, de inteligencia y riqueza de aquellas dos Repúblicas, necesitadas, además, para esta empresa, del contingente de los emigrantes europeos.

En Buenos Aires, el perito Francisco J. Moreno quiso hacernos ver y admirar por medio de proyecciones las muchas é ignoradas regiones que no habíamos recorrido de la Argentina. Quedamos asombrados de aquella visión rápida de todas las zonas y de todos los climas, de los desiertos más hórridos y de las comarcas más

frondosas; de la vegetación tropical y de los paisajes glaciales.

Fué la última noche que pasamos en Buenos Aires, celebrándose tan hermosa velada en el Parque que posee el perito Moreno, en la calle de Caseros, esquina á la Catamarca. Allí tiene su vivienda urbana, en el centro de un bosque dentro de la ciudad, lejos del ruido y en plena naturaleza.

En la grata sociedad de distinguidas damas y de la simpática familia del Doctor Moreno, á la intemperie, gozando el suave ambiente de una noche de primavera, contemplamos los más diversos paisajes proyectados en la tela blanca colocada entre los árboles del jardín. Cada paisaje era una página del libro vivido por el perito Moreno, un momento de sus interesantes excursiones, viéndole siempre aparecer, ora cubierto de pieles en las llanuras heladas de la Patagonia, ora con el casco inglés y el vestido blanco en los bosques tropicales de Misiones; sonriente y satisfecho en medio de la desolación de la Puna de Atacama, ó reflejando su imagen en las aguas del Nahuel-Huapi, al pie de la soberbia masa del Tronador. Aumentaba nuestra admiración cuando, imaginando la resistencia, la voluntad y los sufrimientos que suponían aquella serie de excursiones por países incógnitos, nos volvíamos para mirarle y descubríamos sus aires de buen burgués, en apariencia amigo del regalo y la comodidad, con un rostro

bondadoso, que animaban las explicaciones pintorescas con que ilustraba las vistas de las cosas.

En aquellas pocas horas se nos reveló la inmensidad desconocida de este país, que irán poco á poco poblando las legiones de hombres que invaden el litoral, llevando el germen de añejas civilizaciones. El alma mediterránea reflorece á orillas del Atlántico; los iberos, los ligures, los griegos y los fenicios que poblaron y colonizaron aquel mar que fué el espejo de la cultura de sus orillas, son los que forman la moderna corriente emigratoria, que viene á continuar los anales de esas razas civilizadoras. Cuando se extinguieron en Fenicia, renacieron en Cartago; cuando Grecia y el Asia Menor las vió decaer, brillaron de nuevo en Italia y en España; prosiguen su camino de Oriente á Occidente; en la gran Historia, la colonización del Plata será, con toda evidencia, una nueva etapa de esa marcha triunfante de las razas privilegiadas que dominaron en el Mediterráneo.

La América Austral nos reserva en este siglo sorpresas tan grandes ó mayores que las que nos dió la pasada centuria con el crecimiento maravilloso de la América del Norte.

Capítulo XXXII

Despedida del Plata. — Río afuera. — A propósito de una conferencia de Grandmontagne. — Marinas. — Mi diario de viaje. — El Penedo de San Pedro. — Llegada á Tenerife. — Al valle del Orotava. — El Hotel Taoro. Mar gruesa del Noroeste. — Cádiz. — La vuelta al hogar.

la una en punto del 30 de noviembre, en el mismo vapor que nos llevó, emprendimos el regreso. Las manos no se dieron punto de reposo para estrechar las de las muchas personas que vinieron á despedirnos, repartiendo abrazos en abundancia á los buenos amigos que quedaban en tierra. Al salir el vapor de la dársena, entre la multitud que llenaba los muelles, prorrumpiendo en exclamaciones y agitando los pañuelos, nos sentimos poseídos de emoción manifiesta. Habíamos vivido tan intensamente durante los tres meses de permanencia en aquel hospitalario suelo, habíamos reflejado y desprendido tantas simpatías y corrientes de afecto, se nos habían dispensado tales atenciones y agasajos, que, al ver como se alejaba la tierra, nos

pareció que se apartaba de nosotros un ser querido, algo vivo y palpitante que retenía nuestro cariño. Cuando se cobra afición y amor á un lugar, siempre, al abandonarlo, mientras se aleja de nosotros, nos infunde la propia sensación de un sér viviente, como si aquel conjunto de cosas dejase percibir en aquellos instantes los efluvios de su alma recóndita.

Durante la noche, en el río, hemos visto de nuevo los vapores hundidos, asomando sus mástiles á flor de agua, teniendo á su vera un faro flotante, para evitar que se conviertan en escollos, que semeja una de esas lámparas colocadas al borde de las tumbas.

Por la mañana, como el mar estaba algo alborotado y á veces se hace difícil volver á bordo, con harto sentimiento hemos renunciado á ir á tierra, enviando desde la cubierta nuestro adiós á la gentil é inolvidable Montevideo.

Al salir, soplaba viento fresco; pronto hemos perdido de vista al famoso Cerro y la silueta de la ciudad risueña.

Al llegar á la isla de Flores el mar abandona ya el tono rojizo, característico del Plata, y luce matices de esmeralda, presagios del azul próximo.

Uno de nuestros entretenimientos es la pequeña colección zoológica que nos regaló el Intendente de Buenos Aires para el Ayuntamiento de Barcelona, que transporta gratuitamente la Compañía Trasatlántica.

El puma, el león americano, el rey de las Pampas, ha sido el primero en sufrir los efectos del mareo. No se acuerda para nada de su fiereza, resultando una verdadera caricatura. No hay domesticador que aventaje al mar para domeñar á las fieras.

Todavía nos siguen las incansables gaviotas, dando vueltas á los mástiles.

A las cinco se ofrecen á la vista los montes de Maldonado, marcándose la punta del Este con sus dunas que se lanzan desde la meseta en amarilla cascada al mar.

A las seis pasamos junto á la isla de Lobos, baja y pequeña, pero que es una fuente de riqueza por su abundancia de lobos marinos. El gobierno del Uruguay arrienda la pesca de dichos animales á una sociedad inglesa, figurando en la exportación anual más de 20,000 cueros de estos anfibios. Hay una luz para atraer á los lobos, que suelen entrar por un pequeño canal y luego, por la pendiente suave, se encaraman á la meseta superior de la isla, donde mueren á palos. El vapor español «Santander», de la Compañía Trasatlántica Española, naufragó entre los arrecifes que rodean la isla de Lobos.

A las once de la noche el faro del Cabo Polonio, con su lengua de fuego, nos da la despedida de la tierra americana.

Durante la noche hemos bailado de lo lindo á influjos del golfo de Santa Catalina, que actúa de golfo sin serlo.

2 diciembre

El mar se va purificando y adquiere transparencias y matices que tienen ya más del cielo que de la tierra, que se encuentra lejos ó á profundidades insondables. El color verde tiende al azul como la hoja del eucaliptus. Todavía vemos volar á algunas gaviotas, si bien no siguen ya la marcha del vapor, por más que no se vislumbra ni leve sombra de la mancha recortada de la costa.

Entre mis papeles he encontrado la primera conferencia que ha dado Grandmontagne en Bilbao, enviado por la Asociación Patriótica de Buenos Aires. Empieza por hablar del prestigio de los vascos en América, proclamándola raza victoriosa sobre toda competencia, apta para todas las regiones americanas, desde el golfo de México al cabo de Hornos. Allí, dice, ha encontrado el vasco campo para su acción difusiva y viril, y, de todas las inmigraciones, ninguna goza mayor prestigio que la vascongada, porque ninguna otra, incluso la inglesa, tiene tan profundo arraigo ni papel tan brillante en su desenvolvimiento económico.

A continuación nos habla de la desespañolización de América, diciendo: « Todos los esfuerzos se encaminan á hacerle perder el aire de familia. Sarmiento, con su política, combatía acremente toda procedencia moral española ».

Esta contradicción en que incurre Grandmontagne, dimana de querer considerar á España

como una sola cosa y con un mismo carácter. Lo que combatía Sarmiento y combate la actual América, es la supervivencia de los conquistadores, de los hidalgos, de la España imperial, completamente reñida con el espíritu mercantil; de esa España que excluyó de la obra colonizadora á los vascos y á los catalanes, los representantes de la energía productora, de los hábitos comerciales, del sentido moderno de la vida. Sobre el sedimento de los aventureros antiguos, de la España que pobló en un principio América, se asentaron después los hombres del litoral, así que encontraron expedito el camino. Ellos fueron los que iniciaron la colonización mercantil, los que impulsaron el comercio que la casa de Austria dejó en manos de los extranjeros.

Esto explica la contradicción de Grandmontagne, el por qué del influjo extraordinario de los vascos, de los catalanes y de los gallegos en el seno de una nacionalidad que pugna por substraerse á la intolerancia heredada, al caciquismo agresivo y al amor á la apariencia que ha heredado de otras épocas y que responde á otra manera de ser española.

El regionalismo español se ha manifestado también en América, y Sarmiento, descendiente de gallegos, no ha hecho más que impugnar el cesarismo en aras de la libertad política, de igual manera que Murguía ha combatido en España ese espíritu de dominación, invocando los anti-

guos fueros y libertades. Son dos tendencias, perfectamente españolas ambas, que han luchado allí como pugnan en España. Ese vasco que, según Grandmontagne en su *Teodoro Foronda*, sólo dos ideas políticas reputaba santas y grandes: el fuero vascongado y el federalismo argentino, sostiene eterna batalla con el oficinista, substituto del capitán y del caudillo, que crea un Estado burocrático, enemigo de la acción individual. Es el régimen del trabajo y de la libertad frente al régimen depredador y de dominación.

Grandmontagne no ha querido ó no ha sabido ver esto, adoleciendo del mal de la generalización, que aqueja asimismo á un notable escritor argentino, á Bunke, cuando señala la indolencia y la soberbia como el carácter nacional heredado de los españoles, sin fijarse en esa fuerte sencillez vasca, que se traduce en energía de adaptación y en respeto al medio en que se vive; en la actividad catalana, infiltrada de un sano espíritu positivista; en la humildad gallega, que encubre la fuerza colonizadora de los lusitanos, cualidades todas que entran con sensibles dosis en la formación del carácter nacional argentino, todavía evolucionante.

3 diciembre

El mar ofrece ya un aspecto distinto; junto al vapor es de un azulado subido y á cierta distancia tórnase blanquecino, oleoso, salpicado de movibles manchas azuladas.

Hay mar de fondo, viéndose montículos de agua en sucesión indefinida, como los médanos de la Pampa. A veces grandes olas de amplio dorso levantan todo el vapor blandamente.

Las aves marinas no nos han abandonado aún. Pasan y traspasan, tomando la delantera al vapor y rozando sus alas con el mar. Han hecho su aparición los delfines, asomando sus negras aletas que parecen plantas flotantes.

Por la tarde el viento que riza las amplias olas obscurece la superficie del mar. Hemos ganado la ventaja á un vapor inglés; puede que, contrariado al verse en zaga de un vapor, español por añadidura, ha cruzado por nuestra proa, obligándonos á torcer algo el rumbo y á no cortarle el paso. Los buques ingleses con razón se creen dueños del mar y no quieren ceder á nadie la derecha.

4 diciembre

Sentimos ya la influencia de los trópicos: el sol, bajo la bruma exhala un calor sofocante. La indolencia se apodera de la voluntad. ¡Qué duros contrastes! Vamos á marcha acelerada, desde los días más largos del año á los más breves; desde el sol canicular al tibio sol de invierno; desde las vides cubiertas de pámpanos y racimos á los sarmientos que arden en la chimenea campesina.

Viendo el vapor en marcha, sin que nada nos sirva de guía, se me antoja en ciertos momentos

que seguimos la misma dirección que á la ida. Me es preciso un gran esfuerzo de atención, y situar con el pensamiento la costa del Brasil á babor para orientarme.

A las cuatro ha surgido, disfumada, la montaña de Cabo Frío. Poco á poco se han precisado sus contornos, dibujándose el monte cónico que constituye un eslabón que lo liga á la costa.

Las fieras permanecen tranquilas y amodorradas. Los pumas yacen tendidos la mayor parte del día, sin dar muestra de contento ni gruñir siquiera cuando les acercan los pedazos de carne sangrienta; siguen mareados. El condor, que apenas puede moverse en su estrecha jaula, por los instersticios mira con envidia á las gaviotas que revolotean por el aire. El pobrecito juanaco, manso como un corderillo, se levanta apenas alguien se le aproxima, como ansioso de caricias, balando tristemente. El tigre, que está en acecho, le mira con ojos de *gourmet* implacable; á no ser por la cuerda que le sujeta, el tierno animalillo se acercaría á la jaula de su enemigo, no sospechando de sus aviesas intenciones. El avestruz saca constantemente el enorme cuello de la jaula, como una serpiente erguida, no convenciéndose sin duda de que aquella dilatada planicie sea la Pampa donde corría libremente.

Es curioso ver al viejo lobo de mar que tiene á su cuidado las fieras, con qué cariño abraza al juanaco y con qué bondad cuida á los anima-

les, perdido el temor que le infundieran al principio, como si no creyese ya en su fiereza.

A las once de la noche vimos los destellos del faro Tomé, que quedaba oculto por el horizonte, reflejando sus rayos de luz en la atmósfera como un astro después de la puesta. A dicha hora soplaba un viento desenfrenado, que mugía fieramente entre el cordaje como un toro enlazado.

Difícil fué conciliar el sueño con el sinnúmero de ruidos que poblaban el espacio. Deslizábase el mar al costado del vapor con el murmullo de un río; las olas, á intervalos, se estrellaban contra la banda con sordo estrépito; crujía ásperamente el maderamen; el viento sacudía la puerta, dejando oir rumores de muchedumbre inquieta, mientras arriba giraban las sillas con chirridos apagados, y las cenizas y escorias eran despedidas de la máquina con periódico estruendo. El hélice lejano acompañaba tal conjunto de ruidos con su ritmo acompasado, al par que los pitos de las señales y las campanadas de la guardia ayudaban á turbar la quietud de la noche.

Comienza á iniciarse la fatiga que se produce en las largas travesías. El paso de un vapor ha sacudido un instante la perezosa postura del pasaje.

He permanecido largo rato viendo como las olas que brotan del vapor se ciñen de espumas que levanta el viento, cayendo luego con irisados cristales. En toda la inmensa circunferen-

cia del mar, nada hay que distraiga la vista, á no ser los blancos penachos de las olas entreabiertas.

El azul se ha teñido de vetas rojas y grasientas, semejantes á penetraciones de los lejanos ríos turbios en las purísimas aguas ó filtraciones de la tierra en la enorme masa líquida. El oficial de guardia atribuye estas manchas fangosas al desove de los pescados, que forman así masas germinales que renuevan incesantemente la vida prodigiosa de las profundidades submarinas.

A la caída de la tarde, sobre un fondo tenuamente rosado que en gradación sutil se hacía verde amarillento, se destacaron en doradas franjas divergentes los rayos del sol que iluminaba el otro hemisferio, comenzando delgadas y brillantes para acabar anchas y pálidas, diluyéndose á medida que se apartaban del ocaso. El mar brillaba con los resplandores obscuros del acero oxidado.

Apagados los rayos póstumos del sol, quedó el mar completamente obscuro sobre un cielo levemente resplandeciente, truncado por nubes obscuras. Poco después, á levante floreció la luz en un pequeño espacio, con reflejos de alborada; emergió en seguida la luna, y en su disco de fuego, cuando descansó en el horizonte, viéronse grabadas menudísimas nubes como una tropilla de reses en el confín de la llanura. Las nieblas envolvieron luego al astro de la noche

dejándole á veces asomar á pedazos, dijérase que deshecho, afectando fantásticas formas. Ora fué globo incendiado en la altura, ora busto de fuego al que las nubes servían de ropaje, ora ramo de áureas flores circundadas de finísima blonda.

Libre de obstáculos brilló por fin con todo su esplendor, y la superficie sin límites quedó dividida por el camino argentado que trazaron los rayos de la luna, en el cual serpeaban los relieves obscuros de las olas.

El viento soplaba con fuerza, sacudiendo las alas tendidas de las mangas de ventilación que se agitaban, á la luz de la luna, como colosales albatros.

6 diciembre

En la enervante atmósfera flota el microbio de la pereza. Las nubes, á bandadas, persiguiéndose, cruzan la bóveda celeste, y, de súbito, se agrupan, penetrando en el mar con urdimbre de finísima lluvia. Ligero chubasco humedece la cubierta, á tiempo que se forma otro chubasco á estribor, quedando en seguida atrás las nubes que nos regalaron la lluvia, pintándose el chubasco en el horizonte por una masa gris y uniforme limitada por paralelas líneas oblicuas.

Estamos en la región de los chubascos constantes; el sol y el mar gozan aquí libremente de sus amores, viviendo en comunicación no interrumpida. Las olas se elevan en vapores atraí-

das por el sol, y los rayos solares bajan al mar en nubes caldeadas que se deshacen en lluvia. Los huracanes no turban aquí los dulcísimos coloquios de los sublimes elementos; sólo los vientos alisios vienen á arrullar como cantos de amor los desposorios de las dos inmensidades.

El aire fecundo que aquí sopla, impulsor de las lujuriosas vegetaciones tropicales, tiene algo que enerva, por lo mismo que provoca la mayor intensidad de la vida. El pasaje dormita; los ojos, entornados, no se fijan en las cosas; quienes se atreven á pasear, marchan con paso lento é inseguro. Circula por la atmósfera un cálido y voluptuoso aliento que embriaga.

En medio del completo aislamiento, las olas son las buenas compañeras que despiertan la sensación agradable de la variación contínua; al par de manadas de ovejas, triscan al lado del vapor y, al quebrarse, se extienden trocadas en vellones de blanquísima lana. Nunca cesan en su movimiento y jamás son iguales en su color ni en su línea; son la materia, siempre la misma, renovándose por el encanto misterioso de la forma.

Por la noche, cuando contemplaba la sublimidad de la estrellada bóveda, mi corazón dió un vuelco al señalarme el capitán la constelación de la Silla ó Casiopea, precursora de la estrella polar, á cuyo alrededor da vueltas, correspondiéndose con la Osa mayor. Era el heraldo

del hemisferio boreal, que nos anunciaba la proximidad del Ecuador.

Poco á poco las estrellas del ocaso fueron palideciendo, como si una mano misteriosa redujese sus destellos, y una claridad tenue y vaporosa presagió la salida de la luna que, al brotar inflamada, anegó con sus resplandores aquella larva luciente de mundos.

Desde el puente, el palo mayor, con sus mástiles en cruz, llenaba la inmensidad, por esa falsa perspectiva de nuestros ojos que engrandece sin medida las cosas de la tierra.

Al acostarme, no pude cerrar los ojos, completamente saturados de la luz de las estrellas que mantuvieron en vigilia el alma y el cerebro hasta que, por la lucerna del camarote, filtraron las luces primerizas de la aurora. Por la ventanilla contemplé el mar y el cielo: en el horizonte, sobre las nubes negras y recortadas, flotaba un resplandor rosado, transparente que, al remontarse, era violado, adquiriendo en el zenit reminiscencias de azul. Las olas que levantaba la marcha del vapor se erguían á mi vista de igual modo que negras barrancas tras de las cuales se distinguía el agua, en segundo término, de color morado con brochazos blancos. Las nubes se ribetearon de fuego, y en un instante fueron como tizones de roja brasa, de los cuales brotó la hoguera inmensa que viene á fecundar todos los días la vida prestada del planeta.

7 diciembre

Nos hemos comunicado con un brik-barca noruego que ha telegrafiado, para que lo transmitiésemos á su armador, que no tenía novedad á bordo. Con seguridad daremos con esta noticia paz á algunos corazones alarmados ó inquietos.

La puesta del sol atrajo la atención de los pasajeros y aún de los marineros, acostumbrados á tales espectáculos. El cielo ostentaba la diafanidad y el color del topacio; las nubes obscuras, simulando grandes montañas, dejaban manar por sus desgarros la luz del sol poniente, que les imprimía el aspecto de los grandes ventisqueros luminosos que se arrastran en las faldas de los sombríos montes. Entre las nubes y el horizonte restaba un leve espacio abierto, por donde filtraba á chorros la luz, aparentando una gran laguna situada en el valle, á la cual afluían los ríos en cascadas espumosas.

Las pequeñas nubes, que al horizonte asomaban negruzcas y hundidas, producían la impresión de esos grupos de árboles y ganados que limitan la perspectiva llana de la Pampa completamente rasa. En la altura, los grupos de nubes aparentaban hatos de animales quiméricos en fantástica cabalgada.

8 diciembre

Mañana pasaremos la línea y por la noche veremos ya la estrella polar.

El viento sopla de levante y la marejada viene del Norte, produciendo fuerte balanceo. Sentimos ya la influencia del hemisferio boreal, sumido en el invierno, pues estas olas nos llegan desde el Banco de Terranova.

Se siente constante modorra, como si en el aire cálido flotasen perfumes de beleño. Las sillas de tijera no quedan un solo instante libres, y transcurren largos ratos sin que en la hilera de pasajeros, indolentemente tendidos, se pronuncie una sola palabra.

La llanura líquida que no ofrece cambios en el horizonte; la perspectiva de varios días apartados de toda tierra; la falta de buques que rompan el solemne aislamiento, pesan gravemente sobre las almas.

La dulce melancolía es nuestra compañera y, al paso que nos aproximamos al término del viaje, la impaciencia alarga desmesuradamente las horas del día.

9 diciembre

A las nueve hemos pasado la línea, y á la una una ligera y blanca proeminencia en lontananza ha atraído nuestras miradas. Era el famoso Penedo de San Pedro, conjunto de islotes situado en medio del Océano.

Al acortarse la distancia, han ido cobrando forma. Bandadas de aves, volando al ras del mar, venían á nosotros, mensajeras de las innumerables que pueblan aquellos peñascos solita-

rios, cinturón de arrecifes de forma cónica y de negruzco color, en cuyo centro sobresale, á guisa de cúpula, una masa de color rojizo, tal vez un montón secular de guano. Desde lejos causa el efecto de una fortaleza flotante, con sus murallas y torreones, dominados por enorme casamata.

Los buques esquivan el formidable obstáculo, contra el cual se estrellan vanamente las olas.

Un temblor submarino quizá lo levantó desde los abismos del mar, y otro tal vez volverá á sepultarlo ,si es que no llega á ser con el tiempo un islote aprovechable. Según me contaron, los mapas ingleses señalan la elevación del suelo submarino á sus proximidades.

Poco debe valer por ahora cuando los sajones no han clavado en él la uña. Es quizás la única isla sin dueño en el Océano.

Los jazmines del Cabo se han cubierto de olorosas flores durante nuestro paso por los trópicos, y unos jacarandás que traíamos en tiestos han echado tiernos brotes. No saben el frío mortal que les aguarda.

A pesar del bochorno, de vez en cuando, entre el aire cálido, se filtran bocanadas del frío diciembre que se acerca.

10 diciembre

El día ha amanecido gris y lluvioso. El mar parecía de estaño derretido y las brumas mantenían el cielo sucio y ceniciento.

No hemos visto un solo vapor ni una vela ni un ave; tan sólo interrumpen la soledad del mar los enjambres de peces voladores que saltan á babor y á estribor, brillando con reflejos metálicos.

11 diciembre

Anoche, á causa de las nubes, no nos fué posible ver la estrella polar que hizo su aparición en el cielo. Se hace desear, como las hermosas que se ocultan tras de la celosía.

La noche era obscurísima y salpicaban la negrura del mar movedizos puntos luminosos. Nos recordaron los revuelos de luciérnagas que contemplábamos en la llanura argentina, cuando viajábamos de noche.

En tercera viaja una familia de gitanos mexicanos, que ofrecen el propio tipo pintoresco de los gitanos andaluces; se empeñan en decir la buenaventura á todo el mundo. Esta mañana han agotado todos los recursos para conseguir que se les cambiase en moneda española un billete de veinte soles del Perú, que, según he averiguado, no está ya en circulación. Estos nómadas de la tierra no se avienen con la sociabilidad del buque; en cubierta han establecido su campamento, comiendo aparte y acaparando cuanto pueden.

La gitanilla es un tipo interesante. Ciñe la cabeza con un pañuelo amarillo, anudado atrás; las trenzas, recogidas á ambos lados, sirven de

marco al agraciado rostro, en el cual se destacan sus ojazos negros; una falda roja, en que hay esparcidas flores amarillas, deja al descubierto sus pies desnudos.

Muestran pronunciados rasgos aztecas y hablan un español italianizado. El padre se tiende todas las noches mirando á las estrellas, que ha aprendido á conocer en su vida errante y aventurera.

Me ha dicho que habían trabajado en una colonia rusa, sita al Sud de Bahía Blanca, habiendo nacido sus hijos, unos en México, otros en la Argentina y algunos en el Brasil. Es un hombre que da hijos á todas las patrias, sin permitir que arraiguen en ninguna.

12 diciembre

Ya tenemos el brisote encima, atajando la marcha del vapor. Las anchas y extensas olas se quiebran al chocar con la proa; enfurecidas, lanzan al aire su cabellera de espuma y desbordan luego su blancura sobre el azul del mar, que á su través ostenta transparencias de esmeralda.

Hemos visto las costas de la isla de Mayo primero y de Buenavista después, pertenecientes al archipiélago de Cabo Verde. Sus montañas quedaban borrosas en la calima, amarilleando los arenales de sus bordes.

Desde las dos toda la gente está apercibida en espera del « Satrústegui ». Por la mucha bruma no lo hemos divisado hasta tenerlo próximo.

No ha sido posible acercarnos mucho á causa de la marejada. Su cubierta era un hormiguero humano, cuyas exclamaciones y gestos expresivos se correspondían con nuestras voces, apagadas por el rumor de las olas. Las sirenas se han saludado con sus estridentes sonidos, que han estremecido el aire y las dos masas humanas, puestas en contacto fugaz en medio de aquella soledad imponente.

Sea porque vuelvo ahora á mi tierra, sea porque la vista de Cabo Verde había roto el encantamiento de la incomunicación prolongada, ó tal vez por no habernos dejado el mar gozar plenamente de la rápida aproximación de los vapores, que produce una explosión de sentimientos y emociones, la impresión que me ha causado no ha sido tan profunda como en nuestro viaje de ida.

Lo que sí llena siempre de maravilla es la precisión con que se encuentran en un punto del Océano esos buques, como dos astros que se citaran en el incomensurable espacio.

13 diciembre

Hemos sentido las primeras frías caricias del invierno.

Desde el puente he contemplado, á las cinco y cuarto, la puesta del sol. El aspecto del cielo era ya invernal por los estratus que ocultaban el ocaso. Entre ellos se abría paso el globo de fuego, trazando líneas luminosas, paralelas al

mar, que daban al nublado semblanza de una inmensa escalinata que desde las aguas se elevaba al sagrario ardiente. Luego se ha transformado en una de esas grutas iluminadas interiormente y, al apagarse su resplandor, ha pugnado el sol por penetrar la negra cortina, logrando asomar por un instante un pedazo refulgente como una llama inquieta.

El mar, sin transparencia, ofrecía el aspecto betuminoso que le infunde un cielo nublado. Tan sólo, á Poniente, veíase una blanca pincelada luminosa, que se ha teñido luego de rojo, reflejando los últimos albores de la puesta.

14 diciembre

¡Qué contraste tan inesperado! Gozamos de un día espléndido, verdadero anticipo de esos hermosos días de enero que son augurio de la primavera. Con su blanca calma, parece el mar bruñido por lo brillante. Bajo aquella tranquila apariencia palpita, sin embargo, la mar de leva, que nos recuerda que estamos en el centro del Atlántico.

El azul turquí que aparece, á la sombra del vapor, suavemente se convierte en color argentado en el cual relampaguean líneas azules en zig-zag y agitados remolinos de pronunciado matiz celeste. Al Norte, el color blanco del mar destaca bajo el tinte obscuro del cielo y al Sud el cielo claro aparece cortado por la línea del mar levemente sombreado. Al Este y al Ocaso se

confunden las tintas del cielo con las del Océano, que revela sus lánguidas ondulaciones por los brochazos de moviente sombra que esmaltan la líquida superficie.

El desierto africano, con su calor acumulado, nos proporciona este día templado y delicioso, que es el veranillo de San Martín de nuestro viaje á través de las estaciones.

Un vapor á distancia sigue nuestro rumbo. Su humareda anima el círculo del horizonte, viéndosele marchar, hundido el casco, asomando su chimenea y sus palos.

15 diciembre

A las dos de la mañana fondeamos en Santa Cruz y á las ocho bajamos á tierra para realizar la ideal excursión al valle de Orotava, que organizó en nuestro obsequio la Cámara de Comercio.

Desde el tranvía que nos lleva á la Laguna, puedo apreciar el paisaje que había contemplado á la luz del astro nocturno que, en realidad, pierde algo del aspecto grandioso que le infundieran las sombras y el misterio de la noche. Profundos barrancos y negras gargantas que desaparecen entre sinuosidades, dan variedad al paisaje y le imprimen un sello de tristeza. A todos lados, disfrazan la masa volcánica los grupos de chumberas que en otros tiempos sirvieron para la cría de la cochinilla.

En la Laguna dejamos el tranvía y subimos á los carruajes previamente dispuestos para ir á Tacoronte. El valle de la Laguna, muy bien cultivado, tiene su principal encanto en la diversidad de cultivos que lo tiñen de varios colores, notándose como el trabajo del hombre escala las elevadas cimas rodeándolas de muros concéntricos que aprisionan, como macetas, los fértiles detritus que allí depositaron los volcanes. Doquiera se descubren las huellas de los cataclismos y convulsiones de la tierra que levantaron estas islas del fondo de los mares.

En el camino encontramos los aldeanos con sus capas de lana blanca, que motivan el nombre que les dan de mantuanos y peludos, y las aldeanas, con su ligero sombrerito de paja sobre el pañuelo de la cabeza, que recuerda el minúsculo casquete de los soldados ingleses. Tal vez sea esta manta, que usan también en verano para preservarse, de la lluvia ó dormir al raso, una supervivencia de la que lucían los primitivos conquistadores, á menos que sea remedo del albornoz árabe.

En Tacoronte, almorzamos muy bien en el Hotel Inglés de Camacho, un súbdito portugués. Sospecho que su título proviene de que allí todo se paga en esterlinas.

Proseguimos luego nuestra excursión, pasando por el Saucal y por Matanza, célebre por el tétrico barranco donde fueron sacrificados los soldados del conquistador Benítez de Lugo. Los

nombres y los lugares hablan constante y tristemente del antiguo pueblo guanche, tan dulce y tan sufrido, del cual apenas se conservan los vestigios. Allí están las grutas donde vivieron sus caudillos; los sitios en que lucharon por su independencia.

Al salir de Santa Ursula se abarca el panorama que causó el asombro de Alejandro de Humbold, ese prodigioso valle de Oratava, que en suaves pendientes se une con el mar, resguardado por el Teyde, siempre coronado de nieve mientras su falda recibe las caricias suaves de los vientos alisios. En aquellos senos ennegrecidos por la lava, junto á los obscuros montículos carbonizados por el volcán, se asientan los platanares que avivan el principal comercio de la isla. Los pacientes camellos, sobrecargados de frutos, marchan lentamente por la carretera, bajo la sombra de los eucaliptus y los castaños, levantando la cabeza para aspirar el aire saturado de perfumes. En la falda del monte se apoya la pintoresca ciudad de Orotava, y tocando las olas se extiende el Puerto de la Cruz, en una playa llena de enormes pedruscos negros cuyo color acentúa la espuma del mar siempre inquieto, á su orilla. En las colinas hay innumerables quintas, chalets y hoteles, que patentizan la atracción que ejerce aquel rincón de tierra donde el sol no abrasa ni el aire hiela. Aquí los pobres enfermos de lejanos países vienen en busca de la salud, y en medio de la vegetación exuberante

y de la naturaleza risueña, conmueve, á lo mejor, ver entre flores rostros con transparencias mortales.

El plátano ha avalorado tanto los terrenos, que una hectárea produce hasta 4,000 ptas. de renta y por lo mismo llega á venderse á 100,000 ptas. ¡Qué diferencia entre esas tierras que se venden á retazos y que producen con tal intensidad, y las que vimos en América, que se vendían á leguas, limitadas al sostenimiento de la ganadería!

El Gran Hotel Taoro, situado en una eminencia que domina el valle y el puerto de Santa Cruz, dotado de todo el *confort* apetecible, ha sido obra de la empresa y de los capitales de la isla. En un terreno calcinado, en los terrones, grietas y surcos volcánicos, de los cuales se ven todavía restos que dieron al lugar el nombre de Monte Miseria, se ha levantado este edificio hermoso, rodeado de jardines ideales que lo convierten en un trozo de Paraíso. Removiendo aquellas ruinas del suelo, llevando allí tierra fértil, curando las grietas y los hoyos, el trabajo del hombre ha realizado la maravilla que hoy contemplan los ojos. La labor humana ha sabido allí responder al ansia latente de una naturaleza pródiga, incomunicada con el exterior por obstáculos removibles. Al ver tanta hermosura se comprende por qué vienen aquí los hombres de tan lejos.

Por la noche los huéspedes, ingleses en su mayoría, de frac ó smoking, comían en el gran sa-

lón, oyendo la orquesta, que tocó en nuestro obsequio la *Folía,* aire popular canario. Era curioso observar la expansión y el regocijo de que están poseídos los ingleses cuando, huyendo de las nieblas de Londres, pueden embriagarse con el sol del Mediodía. Al entrar nosotros, en traje de viaje y formando comitiva, se suspendieron por un momento las conversaciones, notando que nos miraban como si fuésemos intrusos.

No fuimos afortunados: vimos el valle de Orotava sombreado por las nubes, agrisado por los chubascos, flotando en él la niebla, cuando su mayor atractivo, al decir de todos, anida en el esplendor de sus matices brillantes bajo el cielo rudamente luminoso. El Pico de Teyde se ocultaba tenaz de nuestra vista, envuelto por espesas nubes. Un instante se rompió la cortina nubosa cerca de la cima, dejándonos vislumbrar la blancura de los ventisqueros, pero en seguida una densa masa de cúmulus, avanzando desde el mar, cerró duramente el breve espacio abierto, que se borró como una esperanza desvanecida. Cuando nos marchamos, el cielo brillaba despejado, á la luz de las estrellas, pero en vano con nuestros ojos quisimos penetrar en la obscuridad para descubrir al blanco gigante que se ocultaba tras de las nubes tormentosas.

Allí están los inexaustos caudales de agua, ignorados todavía en sus cavidades misteriosas, que han de fertilizar los desnudos montones de lava, pulverizados por el tiempo, que sólo espe-

ran su fuerza creadora para producir la riqueza y la hermosura. No se concibe que padezca sed y que yazga inerte un territorio feraz que tiene en su centro á ese imponderable condensador, á esa mole que almacena en sus entrañas los tesoros que vierten las nubes que escapan de los trópicos: allí está escondido el secreto de la prosperidad de la isla, los manantiales que, al correr, vestirán sus tétricas negruras de verdores floridos, extendiéndose á todas partes las magnificencias del valle de Orotava. Hay que desencantar á la hermosa dormida en el seno del Pico de Teyde.

Al dejar Orotava, llevé la *recansa* del deseo no satisfecho, pues tenían mis ojos el ansia de ver la imagen grandiosa del Teyde, hostigado por la inexplicable atracción que ejercen sobre mí las elevadas cumbres.

Los treinta kilómetros que separaban Orotava de la Laguna transcurrieron largos y pesados. Nada hay más fatigoso que deshacer un camino, desde el cual se han dominado los más bellos panoramas, en plena noche, sin vislumbrar al paso los encantos del paisaje, que discurre entre las impenetrables sombras. Los caballos, soñolientos, trotaban apenas en la larga carretera; atravesábamos de vez en cuando un pueblo, vagamente iluminado, y sentados en los bancos veíamos á los magos (así llaman también á los aldeanos) embozados en sus largas capas, con el sombrero de anchas alas, como grupos anti-

guos de mosqueteros. Al acercarnos á la Laguna (las dos de la mañana) las aldeanas, descalzos los piés, con los cestos en la cabeza, pasaban en grupos, yendo al mercado.

En la cubierta del vapor, que nos esperaba para levar anclas, nos despedimos de nuestros simpáticos amigos de Canarias, y mientras contemplábamos las luces de Tenerife que se alejaban, sentados en el puente, recordamos sus conversaciones y sus protestas, rebosantes de la amargura que les produce ver cómo una nación extranjera domina por la necesidad que tienen de su mercado, en tanto que los propios les miran con inusitado desvío, acostumbrándose poco á poco á la idea morbosa de que aquello dejará de ser nuestro dentro de corto plazo. En contraposición á ese *galeotismo* que á los peninsulares nos invade, por el pesimismo que acompaña á las grandes decadencias, el patriotismo no es allí palabra vana, puesto que resiste á los halagos y se mantiene pese á influencias extrañas. Los canarios hacen honor á España como insulares y como colonizadores; sus iniciativas, su vigor y su amor al trabajo motivan que sean solicitados y bienquistos en todas partes. En el progreso de la isla, que no se debe á la acción del Estado, brilla la empresa de sus hijos y la audacia de sus capitales; justo es que desde la Península se coadyuve á sus empeños, preocupándose de las Canarias como mercado de consumo y centro productor, donde los capitales

españoles pueden encontrar vasto campo de acción. Hay que crear intereses comunes; por este camino, haremos más para mantener aquellas islas que no con pueriles obstáculos puestos á la construcción de muelles, so pretextos estratégicos, y con defensas inútiles y costosas. La metrópoli política se debe transformar en metrópoli comercial y económica, ligándonos por el vínculo de los negocios y por la solidaridad de los intereses.

Conviene no olvidar la maravillosa situación de Canarias, en el centro de las grandes rutas del comercio, con naturales aptos y aclimatados para poblar y colonizar lo mismo las Pampas americanas que los desiertos africanos. Es triste cosa que desde España, viéndolas sólo como un pedazo administrativo, se mire con horror un traslado á Canarias al par que los ingleses las miran como un ideal y consideran una delicia trasladarse allí; para éstos es un Paraíso y para nosotros un destierro.

Tendido ya en el camarote, removido por furioso balanceo, iba repitiendo mentalmente la *folía* (1) que nos cantaron en el Hotel Taoro:

Todas las canarias son
como su Teyde gigante;
mucha nieve en el semblante
y fuego en el corazón.

---

(1) El aire de la folía tiene parecido con el pericón argentino, por sus motivos y por su ritmo más suave y lento que el de la jota.

16 diciembre

El balanceo es duro. Hemos comido con violines.

Apenas corre viento, pero la mar gruesa de Noroeste muéstrase imponente; las olas, hinchadas y majestuosas, embisten el vapor por la mura de estribor y le inclinan dulcemente, reteniéndole acostado en la ola que sale violenta y espumosa de costado de igual modo que el agua comprimida por la turbina. Las jarcias y las poleas, al caer de un lado y al recobrar su posición normal, producen golpes secos y acompasados que se dirían redobles de tambor.

En la lejana línea del horizonte se vislumbran las sinuosidades de las gigantes olas.

La espuma, fuertemente sacudida al chocar el oleaje con el buque, penetra en el mar con cambiantes de esmeralda.

El balanceo inclina el vapor de tal suerte, que los mástiles describen á veces arcos de 25 grados.

17 diciembre

Por la noche ha sido imposible dormir con los fuertes ruidos que llenaban el aire, menos molestos que el incesante volteo del cuerpo, que nos obligaba á sujetarse bien para no caer.

A la tarde el tiempo mejoró bastante y se animaron los rostros, buscando con ávida mirada las próximas costas de la Península. A las cuatro de la madrugada teníamos á la vista el faro de Chipiona.

19 diciembre

A las siete fondeábamos en Cádiz, cuya bahía, de un color verde amarillento, ceñida de chubascos, ponía en contraste un día gris con las almas alegres.

Una nota triste hubo á nuestra llegada. El juanaquillo murió de frío durante la noche, siendo inútiles los esfuerzos que hicimos para reanimarle al calor de la caldera. ¡Pobre animalillo: fué nuestra víctima propiciatoria!

21 diciembre

A las once de la noche divisamos el faro de las Columbretes, que es como la avanzada de Cataluña.

El anhelo de contemplar el Montseny y el Montserrat nos ha hecho madrugar. La niebla cubre enteramente la costa, y oímos las voces de los pescadores que pasan cerca del vapor, sin distinguir los laúdes.

A las nueve de la mañana fondeábamos en el puerto de Barcelona, que se mantuvo oculto hasta que el vapor tocó casi la escollera.

No hay deleite comparable á la aguda sensación de bienestar que se experimenta al poner de nuevo los pies en el suelo patrio y al respirar el ambiente benéfico del hogar después de una larga ausencia.

Entre mis viejas paredes me sentía otro, fortalecido el espíritu por la transfusión de ideas

nuevas y por las indelebles impresiones que habían refrigerado la mente y renovado mi vida interna, en aquellos pueblos jóvenes, en vías de asombroso crecimiento, que emanan aires de primavera y luces de aurora.

Barcelona, 23 enero 1905.

ÍNDICE

Págs.

PREFACIO. 7

CAPÍTULO PRIMERO

Emigrantes detenidos. — En plena mar. — Palpitaciones de América. — Orientales y argentinos. — Diálogos interesantes. 17

CAPÍTULO II

La tierra se acerca. — Nuevos diálogos americanos. — Llegada á Tenerife. — Excursión á la Laguna. — Impresiones de la Isla en las sombras. — Descenso. — Recuerdos de la guerra hispano-americana.—España en Canarias 25

CAPÍTULO III

Hacia los trópicos. — Efectos psicológicos del aislamiento de los emigrantes. — Conversaciones de sobremesa. — La misa del domingo. — El paso del «Satrústegui» 34

Págs.

CAPÍTULO IV

Hacia la línea. — La zona de la igualdad. — Un polisón en la barra. — El dios Jano de los trópicos. — Adiós á la Estrella Polar. — El paso de la línea. — Excursión nocturna de proa á popa.— Un emigrante. 44

CAPÍTULO V

El brisote. — Los emigrantes se agrupan. — Reminiscencias de la última guerra, por testigos presenciales. — Un pasajero caído del cielo. — La Cruz del Sud. — De cómo vine á ser padrino. — Detalles del bautizo. — Todos alegres 53

CAPÍTULO VI

Reminiscencias del Golfo de Lyon. — Fuera de los trópicos. — El hijo de un emigrante. — Emigración clandestina. — Primavera en septiembre. — Puestas de sol. — Los ruidos del mar. — La tierra se acerca. 65

CAPÍTULO VII

Río adentro. — Montevideo desde el mar. — Pescado fresco. — De Montevideo á Buenos Aires. — Caras tristes y lluvia alegre. — Llegada á Buenos Aires. — Vértigo entre la lluvia 74

CAPÍTULO VIII

Buenos Aires. — Su grandeza y sus contrastes. — Estética social. — Falta de pátina y carencia de tradición. — La casa en Buenos Aires. — Amor á la apariencia. — Los Doctores. — El Mercado Central de

Págs.

Frutos y el Palacio de la Prensa. — Ciudades yuxtapuestas. — Milagros de la Higiene. — Intensidad de la lucha por la vida. — El Atorrante 82

Capítulo IX

El Palacio del Gobierno. — Visita al General Roca. — El Viejo Pastor y el Zorro. — Haces de trigo y luz de magnesio. — Visita á la Exposición Rural. — La ganadería argentina. — La lana de las vacas. — El General Mitre. — Recuerdos de España. — El Ministro Joaquín V. González y sus ideas directivas 94

Capítulo X

Buenos Aires implica un estado congestivo. — Causas de ese estancamiento humano. — Falta de justicia en el interior. — Fascinación que ejerce la capital sobre el inmigrante. — La ley de Residencia. — Opinión de Juan A. Alsina. — Buenos Aires como metrópoli de la población humana y de la hacienda de toda la República. — El desarrollo prematuro de la industria manufacturera. — El lujo y la miseria. — El reverso de la medalla 113

Capítulo XI

Los extranjeros no se naturalizan. — Los españoles no se inscriben en el Consulado. — Se divorcian del Estado y mantienen el amor á la nacionalidad. — El particularismo regional acrecienta la cohesión. — La beneficencia animando el espíritu de la colectividad. Sociedad de Beneficencia Española. — El Hospital Español. — Sus excelencias 124

Págs.

CAPÍTULO XII

De Buenos Aires á Rosario por el Río.—Mihanovich, rey de los Ríos. — Gonzalo Segovia. — Viajantes españoles. — El Doctor Olascoaga. — El Río de las Palmas. En el Paraná. — Júpiter Varado. — Rosario de Santa Fe. — La intensidad de su acción comercial. — Maquinaria agrícola. — Los golondrinos. — Cigarros sofisticados. — Refinería Argentina. — El puerto actual y el puerto futuro. — Recepciones en el Centro Español y en el Centre Català. — Influencia catalana en el Rosario. — *Molt bé, noy*. — Rosendo Olivé . . . 135

CAPÍTULO XIII

Hacia Roldán. — El Doctor Toribio Sánchez y su estancia Santa Rosa. — Aparición de la Pampa. — Liebres vizcachas y hormigas. — Los basureros del campo. — Los gauchos. — Sus nombres y apellidos — Misticismo de sus canciones. — La guitarra, el facón y la taba. — Spartán 6.°, el Buey Apis de Santa Rosa. — Doma de potros. — El descorne. — Comida criolla servida á la parisién. — La Biblioteca del Doctor Sánchez 152

CAPÍTULO XIV

Santa Fe. — Los españoles en América después de la Independencia de Cuba. — Españoles é italianos. — Como se suman y restan. — El Rincón de San Antonio. — El esfuerzo de un hombre para mejorar el suelo y la raza. — Los delanteros. — El hachero. — El colono. — El ganadero. — La evolución del trabajo. — Puesta de sol 163

Págs.

Capítulo XV

El gran reposo. — Ginetes de nacimiento. — Tipos gauchos. — El ladrón por naturaleza. — Como termina un drama. — El hombre boa. — El trabajo de los gauchos. — La obra de los vascos.—Cruzamiento de vascos é indias. — Tipos vascos. — Rostros infantiles. — Misteriosa gestación de un tipo nuevo. — Cochero millonario. — Perspectivas futuras 180

Capítulo XVI

El Doctor Freire. — Colastiné. — Paraná. — La provincia de Entre Ríos. — Tierras cansadas. — La vida en el vagón. — D. Rafael Escriña y los colonizadores de oficio. — Colonia Clara. — Los rusos judíos y el Barón Hirch. — Dificultades de la colonización israelita por la atracción de las ciudades. — La Pampa Argentina y la Estepa Rusa. — Los que permanecen en el suelo y los profetas de Israel. — Noche en pleno desierto. 191

Capítulo XVII

Ciento quince kilómetros de línea en un año. — Riqueza del quebracho. — Las nuevas estaciones. — El almacén de campaña. — Las armas de Eibar.—Viaje en la locomotora. — El ganado en la vía. — Llegada á Concordia. — Situación privilegiada de este puerto. Ventajas de una zona franca. — Los últimos tasajeros. — El paso del Río Uruguay. — Llegada á la República Oriental. 207

Págs

CAPÍTULO XVIII

La Banda Oriental. — De como 271 pesos argentinos se convierten en 109'20 pesos uruguayos. — El Uruguay monometalista oro con moneda ajena. — Razones que demuestran que es nación acreedora. — El absentismo financiero en la Argentina. — Parangón entre la Argentina y el Uruguay. — Los ferrocarriles del Uruguay. — Porvenir extraordinario de sus líneas. — Su actual paralización. — La fiebre revolucionaria. — Blancos y colorados. — Causas históricas y endémicas de estas turbulencias. — La inmigración como gran remedio. 216

CAPÍTULO XIX

Del Salto á Paysandú. — El carnero más caro del mundo. — El *pedigree* substituyendo al árbol genealógico. — Los merinos españoles. — Los indios churrúas. — Su exterminación. — Vestigios de la sangre churrúa. — Paso de los Toros. — Un parador pintoresco. — El Río Negro. — Montevideo se acerca. — Aspecto de la ciudad : sus tres circuitos. — Un gran *entraineur* de negocios, español. — Señales de su paso. — La colonia española. — Su situación en el Uruguay. — Subsistencia de los particularismos regionales . . . . . .

CAPÍTULO XX

Visita al Presidente del Uruguay.— Su origen catalán. El Uruguay, *hinterland* brasileño-argentino. — Su ideal fuera ser la Suiza de América. —La conveniencia y las circunstancias podrán inducirle á confederarse con la Argentina. — El Uruguay se rezaga. —

Págs.

Saladeros. — Diques. — El puerto de Montevideo llamado á ser el intermediario de la América del Sud. — Regreso á Buenos Aires. — Compendio de impresiones en la banda oriental 247

Capítulo XXI

Carlos Casares y el Jockey-Club. — Las carreras de caballos y el juego. — Los baños en Buenos Aires. — El *tub* y el *Finantial News*. — Mr. Thays y el Jardín Botánico. — Maravillas del clima. — Arboles ornamentales. — El Parque Nacional. — El Tiro Federal. La Sociedad de Tiro. — Concurso Internacional. — Una sesión en el Senado. — Ventajas de la no concurrencia de los Ministros á las sesiones. — Carácter familiar del debate. — El futuro Palacio del Parlamento 256

Capítulo XXII

La inmigración consciente. — El Hotel de Emigrantes. Alojamiento y pasaje gratuitos. — Impresión triste. Sufrimientos de la aclimatación. — Misión de sacrificio de los propios triunfadores. — Confidencias de emigrantes. — La segunda generación. — Atavismo de los biznietos. — La ciudad y el campo para la inmigración. — Los manuales y los preparados. — Un pródigo. — Un anarquista arrepentido. — Los conventillos y los barrios pobres de Buenos Aires. — Anhelos de mejora social. — Una conferencia política del Doctor Sáenz Peña 269

Capítulo XXIII

La cultura moral. — Algo de literatura. — El patriciado de la inteligencia vive más en relaciones con Eu-

Págs.

ropa que con su país. — Importancia de las publicaciones relativas á la economía comercial y á la población.—Influencia española en la poesía; modernísima influencia francesa. — Los *payadores*. — El teatro y la novela. — Juan Moreira. — Evolución urbana del teatro y la novela. — *M'hijo el Dotor*. — *Teodoro Foronda*. — El castellano en la Argentina. — Los literatos y la prensa. — El teatro y la novela empujan el neo-español. — La Academia Española y los americanismos. — Augurios sobre el resultado de la lucha. — El Arte en la Argentina. — Amor á la apariencia bella. — Galería de Guerrico. — Las obras de arte y los reproductores. — Esfuerzos laudables de José Artal. — La Sociedad Nacional de Fotografía.— El Museo Nacional de Bellas Artes. — Presentimientos de un arte propio. 284

Capítulo XXIV

De Buenos Aires á Bahía Blanca. — La Pampa central. La sierra de Curramalán. — Impresión de las montañas para un bonaerense. — Coronel Suárez. — Sociedad colonizadora Curramalán. — Primera impresión de Bahía Blanca. — Su estructura hace presagiar su gran crecimiento. — Lo que era hace cincuenta años. Su admirable posición geográfica. — La Pampa central y la Patagonia tienen en su puerto la salida.—La línea trasandina desde Bahía Blanca. — Augurios de su grandioso porvenir. — Líneas férreas. — Bancos. Intermediarios de un tránsito abundante. — Ventajas de su latitud. — Bahía Blanca llamada á ser la capital de la provincia de Buenos Aires. — Militares y comerciantes. 305

Págs.

Capítulo XXV

Puerto Galván. — Extensión de la bahía. — Un lobo de mar madrileño. — El frigorífico Sansinena. — La evolución frigorífica y la ganadería. — Congelación y enfriamiento. — Aspecto interior de un frigorífico. Espectáculo macabre. — Porvenir de la industria frigorífica. — Puerto del ferrocarril del Sud. — Su complicado mecanismo. — Juan A. Badía. — El puerto militar. — El ingeniero Luigi. — Dique de carena. Baterías de defensa. — El hospital. — Transformación del puerto militar en puerto comercial. — El nuevo pueblo de Punta Alta. — Ocupación de terrenos ajenos. — Transformación del arenal en bosque. — Los hombres enamorados del árbol. — Vaticinios sobre el porvenir de Bahía Blanca 317

Capítulo XXVI

A través de la Pampa Central. — Villa Iris. — Bernasconi. — Los estepares. — Los bosques de caldenes. Establecimiento Ramón Blanco. — Sus cinco estancias. — Ganados, bosques y sembrados. — 200 hectáreas de frutales. — Lo que era hace 20 años. — Sequías pertinaces. — Paisajes de la Pampa. — La caza del huanaco. — El pobre huanaquillo. — Hacia el General Acha. — El Indio Trapailán. — La Quinta de Adolfo Lafeuillade. — Los vascos en la Pampa. — Toay. — De Toay á Santa Rosa. — Producción y ganadería en la Pampa Central. — El cultivo de la alfalfa. — Un antiguo soldado español y su odisea. — El Capitanejo Rojas, el último cacique indio. — El huanaquito en la ciudad. 334

Págs.

CAPÍTULO XXVII

El Campo de Mayo de Buenos Aires. — El presupuesto de Guerra comparado con el de Instrucción y Obras públicas. — Maniobras de Caballería. — La fiesta del árbol en el Ejército. — Opinión del Mayor Tassi sobre el servicio militar obligatorio. — El Conservatorio de Alberto Williams. — Su Director y Julián Aguirre. Contraste en nuestra visita. — Visión de la mujer argentina. — Entrecruzamiento de rasgos. — Predominio del alma mediterránea. — Las dos mujeres: la del colono y la del triunfador. — Misión que cumplen. 353

CAPÍTULO XXVIII

Hacia Mendoza. — Panoramas del camino. — La Pampa de San Luis. — Las primeras viñas. — El cansancio de la llanura. — Aspecto risueño de Mendoza. — Avenida de Sanmartín. — Recuerdos del emancipador. Cómo preparó la invasión de Chile. — Sus dotes de gobernante. — Sanmartín y Bolivar sintetizando dos políticas. — De cómo Sanmartín facilitaba á España el reconocimiento de la Independencia. — Las viñas y el vino en Mendoza. — La crisis vinícola. — Sus causas. — Los vinos de Europa y los vinos de América. — Una visita á Guaymallen. — López Gomara. Su ensayo de socialismo municipal. — La antigua casa de López Gomara 364

CAPÍTULO XXIX

Terremotos en Mendoza. — Señales del último. — Ruinas del de 1861. — Una diana alarmante. — La Casa de España. — El trasandino. — Las gargantas de Cacheuta. — Los Potrerillos. — El Valle de Uspallata.

Págs.

Un gran desierto de montañas. — El pilón del Tupungato. — Los Penitentes. — Puente del Inca. — Mal de las montañas. — Las Cuevas. — Paisajes de los Andes. — El Aconcagua. — El invierno en las alturas. La perforación de la cumbre. — Varios proyectos de líneas trasandinas. — Asombro que producen los antiguos viajes á través de la cordillera. — Bellezas del regreso. — Adiós á los Andes 386

Capítulo XXX

Camino de Córdoba. — Río Cuarto. — Río Tercero. — Otra vez la llanura sin término. — Río Segundo. — Llegada á Córdoba. — Aspecto español de la ciudad. Reminiscencias de la sede colonial. — Su carácter señorial y místico. — Hidalgos y doctores. — Influjo del feudalismo del Perú. — Influencia moderna del litoral. — Socialismo é individualismo. — Aires populares argentinos. — Los varios estilos criollos y su semejanza á los diversos aires españoles. — El Río Primero y el Dique de San Roque. — Grandiosidad de la obra. — Temor de su rotura. — Proceso á los constructores. — El tiempo, gran defensor del dique y sus autores. — Carácter político del proceso. — Colección de antigüedades de Jacobo Wolf. — Una tempestad imponente en la Pampa. — Visiones de la tormenta. Llegada á Buenos Aires. — La Asociación Patriótica Española 404

Capítulo XXXI

Preparando el regreso. — La Estancia San Juan de don Leonardo Pereyra. — La vaca Dalia y el toro D. Juan. El primer Hereford. — El toro Farrier, patriarca bovino. — Una raza de campeones. — La Plata, ciudad improvisada. — Error de su fundación. — La Plata y

Págs.

Bahía Blanca; el engendro oficial y la formación espontánea. — Impresiones de la Plata. — Absorción de Buenos Aires. — Puerto Ensenada convertido en puerto de la nación. — El Museo de la Plata. — El panteón de los Indios. — Historia y prehistoria. — El mamífero misterioso de la Patagonia. — El perito Moreno. — Sus viajes y sus estudios. — Moreno en la cuestión de límites con Chile. — Cómo resolvió el conflicto Inglaterra. — Ventajas del desarme. — De cómo en la Patagonia hay campo para la obra colonizadora de las dos Repúblicas. — Velada en el Parque del Doctor Moreno. — Visión de las regiones desconocidas de la Argentina. — Impresión final 425

Capítulo XXXII

Despedida del Plata. — Río afuera. — A propósito de una conferencia de Grandmontagne. — Marinas. — Mi diario de viaje. — El Penedo de San Pedro. — Llegada á Tenerife. — Al valle del Orotava. — El Hotel Taoro. Mar gruesa del Noroeste. — Cádiz. — La vuelta al hogar 443

FE DE ERRATAS

Pág.	*Línea*	*Dice*	*Debe decir*
20	4	1905	1903
31	29	manifestaciones	preocupaciones
256	22	Falguières . . .	Falguière
257	2	Falguières . . .	Falguière
317	3	Sansirena. . . .	Sansinena
319	3	Sansirena. . . .	Sansinena

TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA
SERRA HERMANOS Y RUSSELL
RONDA UNIVERSIDAD, NÚM. 6
TELÉFONO 861